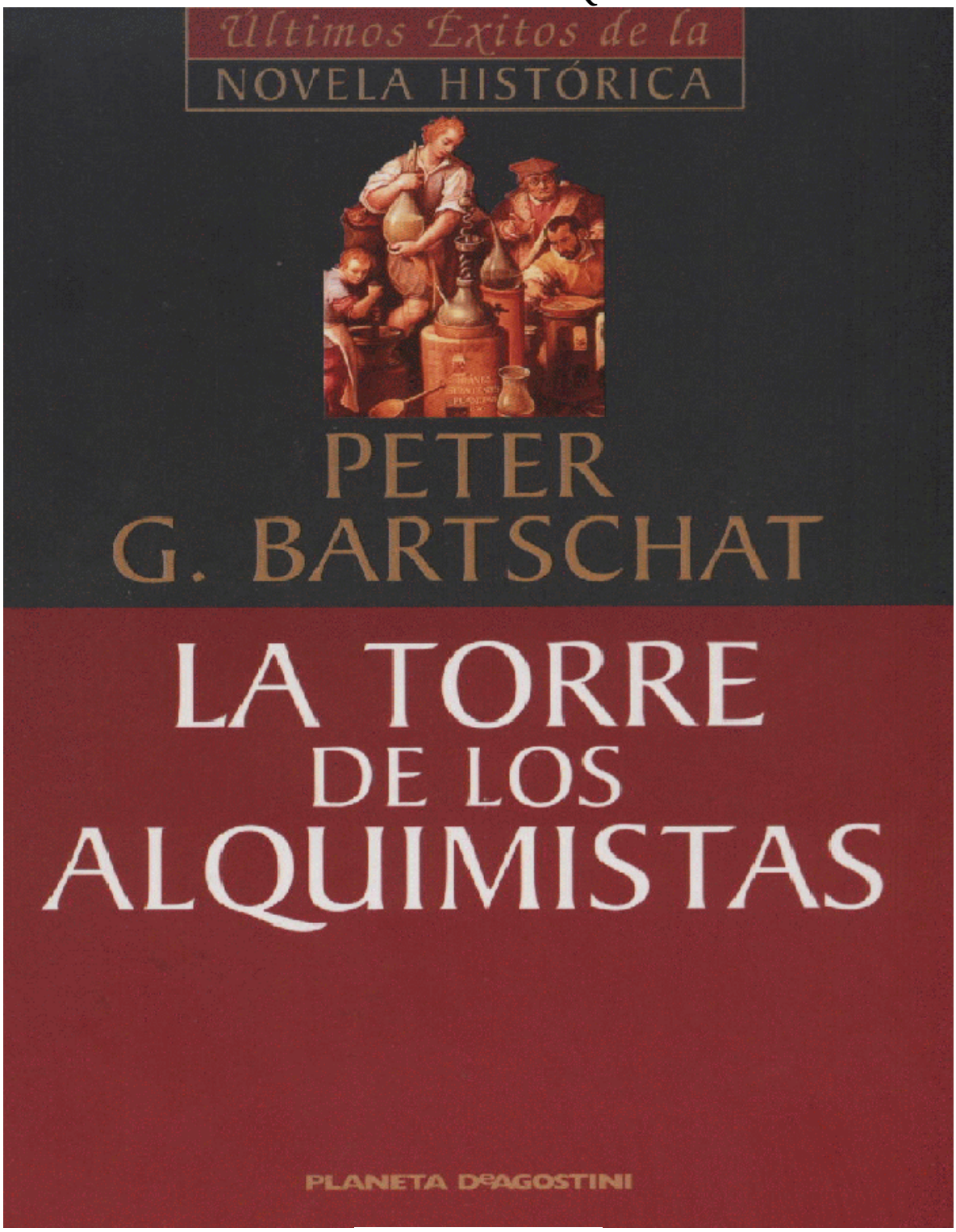
PETER GUSTAV BARTSCHAT
LA TORRE DE LOS ALQUIMISTAS




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

## CAPITULO 1

### donde el verdugo de la ciudad de Kühlenborn se ve imposibilitado de ejercer su oficio

CUANDO EL VERDUGO ENTRÓ en la taberna del Pato Feliz todas las conversaciones enmudecieron un instante. Un silencio breve, pero demasiado súbito para ser casual.

Entre la selecta concurrencia hubo un vaivén, como de un golpe de viento sobre la hierba de un prado. En seguida retornaron las conversaciones, los cubileteos de dados, los brindis recíprocos. No pasaba nada. Pero con una diferencia esencial: todas las miradas rehuían al intruso.

Los codazos de sus vecinos sacaron del despiste a los posibles distraídos antes de que el hombre consiguiera cruzar el local. Era Cornelius Sachs, el verdugo que venía a tomar su cerveza de gorra.

Sachs ocupó un lugar al lado de la chimenea y fue el tabernero en persona quien dejó la jarra sobre la mesa. De las tres mozas de la taberna, ninguna se le acercó.

Él levantó la cabeza con desplante y lanzó una mirada de desafío por toda la estancia. Cuando sus ojos se tropezaron con los míos llamé a la maritornes. Pongamos que a mí el verdugo me traía sin cuidado.

Me sumergí en la jarra. Por el rabillo del ojo, sin embargo, vi que el verdugo seguía mirándome.

Jamás me lo había tropezado antes. Me constaba que no dejaría ninguna impresión duradera, con tal de aparentar indiferencia. Lo que él estaba viendo, un hombre con zamarra dé cuero, un arriero cualquiera. El chambergo puesto sobre la mesa, la cara sin afeitar. Desde lejos podría distinguir incluso las facciones abotargadas por la bebida, los ojos hundidos. Un tipo corriente, desaliñado y más que cuarentón.

Entonces cruzó con aplomo la estancia en dirección al verdugo un individuo joven que vestía colores abigarrados, se cubría con una caperuza y llevaba en la mano un laúd.

—¿Puedo sentarme en vuestro banco? -preguntó.

-Podéis, pero no querréis —contestó Sachs.

No estaba yo tan apartado que no pudiera escuchar las voces de ambos, aunque se me escapasen algunas palabras en medio del runrún general. Por los ademanes se podía intuir lo que faltaba.

-Puedo todo lo que quiero y quiero todo lo que puedo -aseguró el recién llegado al tiempo que tomaba asiento-.Y si puedo, quiero. Soy Frollo el juglar. ¿Por qué estáis tan miserablemente sentado a solas?

Sachs se quedó mirándole.

-Habréis andado mucho mundo vos -era una pregunta.

-Eso diría yo.

-Y habréis visto mucho.

-No más de lo que necesitaba para componer mis canciones.

-Así pues, ¿por qué diríais que estoy aquí solo?

-Tal vez porque tenéis mal aliento. -El artista afectó olfatear el aire—. Pues no, no era eso. O porque sois un pelmazo. ¡Eh, muchacha! Sirve aquí otra jarra igual.

-En esta mesa no te servirán, Frollo.

-¿De veras? ¡Pues ya está resuelto el misterio! Sois el verdugo. El músico se puso en pie.

-Acertado y adiós.

-No querréis marcharos tan pronto. Cuando apenas empezábamos a conocernos. Por mi parte, voy a buscar esa cerveza.

Yo seguía mirando el fondo de mi jarra. La cerveza se había quedado caliente y sin espuma, pero yo no estaba allí para beber,

-¿Qué ejecución se anuncia? —preguntó el juglar mientras regresaba con dos jarras y ofrecía una de ellas al verdugo-. ¿Dará para componer un pliego de cordel?

-¿Lo tomáis a broma? -replicó Sachs-.Yo no los juzgo, los cuelgo nada más.

-Si los colgáis, bien podéis hablar de ello. ¿Qué os pasa, se os ha pegado la lengua al paladar?

-¿No teméis que os vean sentado a la mesa del verdugo? Eso no va a gustar.

El juglar empinó el codo y tomó un largo trago de cerveza.

-¡Ah! Baja por el gaznate como agua bendita —comentó—. ¡Buena cerveza sirven aquí! Ahora sí tengo ganas de escuchar una buena historia. Decidme, ¿quién va a perder su cabeza mañana?

-Un pobre diablo —replicó Sachs-. Uno que merecía mejor suerte. Y el que merecía ser descabezado anda por ahí, libre.

-Os lo suplico, no me contéis la historia empezando por el final. ¿Cómo se llama el individuo? ¿Qué fechorías ha perpetrado?

-Es un mozo de la ciudad llamado Bernhard Wagenbach. Aprendiz de carpintero en Tréveris. Pero todos los domingos hacía a pie el largo camino hasta aquí para visitar a su madre, ¡para que veáis si es buen chico el tal Bernhard!

-Tú no hablas con cualquiera, ¿eh? —se manifestó de súbito mi vecino, mal encarado y hablando en el tono agrio de quien se considera ultrajado personalmente.

-No lo toméis a menosprecio, vecino —hablé con voz gangosa de beodo-. Estaba pensando en mi novia, la que dejé en el pueblo. ¿Hay alguna novedad?

-Tú no eres de aquí, ¿verdad? ¿Vas a quedarte para ver la ejecución?

-Estaba de paso. Busco una caravana que quiera compañía.

-No estás de suerte. Todos nos preguntamos si el fulano hablará antes de quedar descabezado. Dicen que amenazó con hacerlo.

-A mí qué me importa -mentí.

La historia que estaba contando el verdugo, yo me la sabía de memoria, como si hubiera estado presente.Y bien que lo estuve, al menos durante un rato.

Bernhard Wagenbach conoció en Tréveris a un hombre que le cayó simpático. Tan bien le cayó, que no tuvo inconveniente en hacerle un favor. Al principio no fue más que llevar una carta a Kühlenborn para un amigo de su nuevo amigo. Luego fue un paquetito. Luego, otro más grande. La cosa duró un año y habría durado mucho más, si no fuese porque cierto día, una ronda de la guardia montada del obispo se tropezó con un coche que tenía la rueda rota. El capitán ofreció ayuda al cochero y éste dijo que no era nada. Ese fue su error. Los corchetes desconfiaron y hubo registro.

Pocos días después llegó Bernhard a la ciudad, buscó a su cochero y encontró el coche en el lugar donde lo esperaba, con una rueda nueva. Pero el que ocupaba el pescante llevaba coraza debajo del guardapolvo, y Bernhard quedó maniatado sin darle tiempo a decir jesús. Abrieron el paquete que traía, y seguramente Bernhard fue el más sorprendido cuando vieron lo que había dentro.

La puerta de la taberna se abría repetidamente para dar salida a los clientes ya vistos o entrada a otros nuevos.

Una vez más se abrió la puerta, no tanto rato que dejase entrar el frío de la noche, pero yo sentí que sé me ponía la piel de gallina.

Me agaché como si fuese a rascarme la pierna. La mano tanteó el cuchillo que llevaba escondido en la bota.

Hacía mucho tiempo que habría dado cualquier cosa para tropezarme con Joseph Peutinger. Pero no en aquel momento ni allí. No quería perder de vista al verdugo ni un instante.

La mirada de Peutinger barrió el local, pasó con indiferencia sobre mí y halló por fin el grupo de hombres que buscaba.

La parroquia que ocupaba el banco se estrujó un poco para que Peutinger pudiera sentarse. Él saludó con un apretón de manos a un individuo calvo que le presentó a los demás.

De nuevo dirigí toda mi atención a la cerveza. Apreté las rodillas para que dejasen de temblarme las piernas. Apreté

los codos contra las costillas y procuré dejar de pensar en Peutinger.Vano empeño.

Joseph Peutinger venía vestido de lansquenete. No llevaba sombrero y la melena, entre rubia y pelirroja, le caía sobre los hombros. El semblante juvenil, las comisuras de la boca siempre plegadas en una sonrisilla burlona...; en realidad no parecía un lansquenete, sino la encarnación de una estampa que pregonase las ventajas de vivir como un bizarro soldado de fortuna. Aunque a mí me parecía el mismísimo demonio. Peutinger charlaba con los compañeros de mesa.

Deseé haberme sentado al otro lado de la estancia, donde pudiese escuchar la conversación.Y luego deseé estar muy lejos de allí, para no tener que escuchar dentro de mí la voz que decía: «estás muerto, Edgar, ¡muerto, muerto, muerto!»

Con un esfuerzo volví a fijarme en lo que hablaban el verdugo y el juglar.

—Un brazo -estaba diciendo Sachs, y supe que describía el momento en que abrieron el paquete.

El brazo de San Florián. Los alguaciles se sonrieron con aire triunfante y Bernhard se echó a llorar.

Yo estaba no lejos de allí, viéndolo todo. Nadie se fijó en mí, ni los guardias, ni el preso. Como ha ocurrido siempre. Entonces lo mismo que hoy, quedé convencido de la inocencia de' Bernhard. Pero los jueces no creyeron lo mismo. Tampoco lo habían creído años antes, en otra ciudad.

Quedé paralizado, de pie en medio del henil.

A unos pasos de distancia agonizaba una mujer joven, el vestido hecho jirones. En el pecho se agrandaba una mancha roja, alrededor del lugar por donde acababa de entrar la muerte en su cuerpo. Movía las piernas convulsivamente, como queriendo huir de aquel lugar, huir de su propia muerte.

Tenía el cabello rojo y las facciones llenas de pecas. En otro tiempo ese rostro reía, tan magnífico que yo no me cansaba de mirarlo. Ahora estaba deformado por el dolor, desfigurado por una mueca horrible. Los labios intentaban articular unas palabras, pero sólo se escuchaba un jadeo sofocado.

La tertulia de Peutinger estaba cada vez más alterada. El calvo, que era el de más edad, intentaba persuadir de algo al recién llegado. Éste iba señalando a todos sus interlocutores uno tras otro, zahiriéndolos por turnos.

Uno de ellos se levantó de un salto y su mano buscó el puñal. El calvo le obligó a sentarse y seguía increpando a Peutinger.

-¿Qué significa todo eso? ¿Por qué no habló? —preguntó Frollo.

Sachs hizo una pausa para darse importancia y bebió un largo trago de cerveza. Al parecer le agradaba la compañía del juglar, por lo que continuó su relato.

El cual llegaba al momento en que la buena fe de Bernhard se convirtió en tontería imperdonable, cuando no quiso dar el nombre del sujeto que le confiaba aquellos encargos.

Einhard Murner, el canónigo doctoral de Tréveris, trataba de averiguar quién estaba robando al príncipe obispo Greifenclau. Hacía meses que desaparecían del templo piezas valiosas y reliquias. Por fin el ladrón descuidó la prudencia y empezó a dejar pistas. El canónigo Murner era hombre hábil, y supo ver huellas y pruebas que ni siquiera los alguaciles habían descubierto.

Ni la vigilancia de la cripta, ni el ofrecimiento de una recompensa sirvieron para resolver el misterio de las reliquias desaparecidas. Finalmente habían atrapado al hombre que sacaba de la ciudad lo robado, pero seguían sin saber quién era el instigador.

Cuando el juez Eisner lo condenó a muerte, Bernhard dijo:

-Él me sacará. No permitirá que yo muera. Bernhard creía en cosas como la bondad humana y la lealtad. Yo lo sabía mejor que nadie, porque pasé dos semanas encerrado con él en una celda. Poco me faltó para conseguir que hablase. El último día que estuve en la cárcel de Kühlenborn me pareció que Bernhard empezaba a darse cuenta de que nadie iría a sacarlo de allí. Estaba desesperado. Maldecía al mundo entero, y lloraba, pero no dijo nunca el nombre que yo esperaba. Cuando me di cuenta de que no iba a conseguir nada, llamé a los guardias para que me dejaran salir. Fue entonces cuando Bernhard comprendió con quién se las había tenido, y se despidió diciendo que diría el

nombre en el cadalso, si su amigo no se presentaba para salvarlo.

Cuando dijo esto estábamos presentes los dos guardias y yo. Les hice jurar que guardarían el secreto. La mañana siguiente, toda la ciudad estaba enterada.

-Ahora temen que el instigador haga alguna intentona para sacar a Bernhard del apuro -concluyó su relato el verdugo—. Han doblado y triplicado la guardia.Y mañana ningún mirón podrá acercarse a menos de treinta pasos del patíbulo. Pero ahora se me ha hecho tarde. Faltan sólo unas horas y voy a aprovecharlas para dormir.

-Qué historia tan interesante -dijo el juglar—. Os acompaño. Quizá me aconsejaréis dónde buscar cobijo para la noche.

El verdugo y el músico salieron juntos. En seguida Joseph Peutinger y el calvo se encaminaron también hacia la puerta. Por desgracia me faltaba tiempo para discurrir unos trucos con los que hacer frente a la situación, por ejemplo cómo dividirme en dos personas.

Mis ojos tardaron un rato en habituarse a la oscuridad del callejón.

Hacia la derecha oí unos pasos que se alejaban. Eché a correr en la misma dirección. Mis botas de suela flexible me permitieron acercarme a la esquina sin hacer casi ruido.

Por la otra esquina distinguí dos figuras, siluetas a la distancia, que doblaban hacia un callejón.

El verdugo y el juglar.

O Peutinger y el calvo.

Dejé que el destino decidiera la cuestión. Desentendiéndome de los que quizá se hubiesen alejado en sentido contrario, decidí seguir a aquellos dos.

Saqué el cuchillo de la bota y, sin dejar de andar, empuñé el mango escondiendo la hoja en la bocamanga.

Los seguí rápida y silenciosamente. Cuando me acercaba a las esquinas daba unos pasos despacio, como si fuese un simple paseante. Por si uno de los dos se volvía.

A lo mejor exageré mis precauciones. Una de las veces, cuando quise darme cuenta, las siluetas habían desaparecido.

Creí haber perdido la pista, pero luego comprendí que los dos hombres acababan de separarse tirando cada uno por su lado.

Uno de ellos estaba plantado en medio de la calle, mirándome.

Era el calvo. Ni rastro de Peutinger, ni del verdugo y su acompañante.

-Hombres de mano necesito, no cocheros —dijo.

Puse un acento francés en mi pronunciación tras elevar una silenciosa plegaria al cielo pidiendo que el de la calvorota no entendiese tal idioma y dije:

-Que no te engañen las apariencias. Sé hacer otras cosas además de guiar carrosses.

Lo que decía el calvo encajaba con lo observado en el Pato Feliz. Era que Peutinger buscaba espadachines, y el calvo hacía de reclutador. Pero la tropa reunida no había merecido la aprobación de Peutinger.

El destino decide, pensé; la cuenta más antigua es la primera que se liquida.

-Me llamo Jean Brunellin —me presenté-, y tengo la cabeza á prix.

-¿Y si la pasamos al cobro? -quiso amenazar el calvo.

-No lo harás, y te daré dos razones —le contradije.

-Me gustaría saberlas.

-La primera, que antes estarás mort.

Hubo un relámpago en la oscuridad y vi la espada en la mano del calvo.

-Francamente, no lo creo -dijo.

-La segunda, que tienes aquí al único homme de la ciudad que será aceptado por Joseph Peutinger.

La espada se alzó amenazadoramente, como venteando pelea, y el hombre adelantó un paso.

-¿De dónde has sacado ese nombre?

-Alors? —pregunté-. ¿Quieres luchar, o ganar tu parte de la soldada?

Yo me movía con demasiada rapidez para el calvo. El cuchillo saltó de la manga y la punta quedó rozando el ojo izquierdo de aquel individuo. Con la izquierda le sujetaba la nuca para que no pudiese ladear la cabeza.

-Dime cómo te llamas, mon ami. Me gusta saber a quién mato y con quién tengo negocio.

-¡Suéltame! ¿Es dinero lo que buscas?

-¡Ah, mon cheri ¿No te he dicho ya lo que busco? No me extraña que hayas reunido esa chusma para Joseph, cuando no eres capaz de distinguir a un homme de guerre de un clochard.

-¡Hablaras en cristiano! Aparta la mano, hombre, que me haces daño.Te alcanzaría con la espada antes de que tú me mataras.

-Est-ce que tu veux gager?

Esperaba persuadirlo pronto, pues mi francés se me estaba acabando.

-Está bien —cedió el calvo-. Soy Volker. Baja la mano, hombre.

El filo se apartó del cuello de Volker y desapareció de nuevo en la caña de la bota.

-¿Qué sabes hacer? -preguntó Volker—. Si conoces a Joseph, ya sabrás que no admite a cualquiera.

-¿Cuántos clochards de los que reuniste serían capaces de repetir lo que acabo de enseñarte yo? Si no te basta con eso, puedo cortarte una oreja -repliqué.

Le hace falta él dinero, pensé. Ahora, después del susto, no será capaz de pensar en otra cosa. ¡Ay, Joseph! Después de

tantos años he conseguido estar tan cerca de ti, ¡ahora no te me escaparás otra vez!

-Cuéntame más cosas sobre ti —dijo Volker—.Vamonos al establo, allí podremos hablar con tranquilidad.

A cincuenta pasos de distancia, en el establo adonde me invitaba Volker, estaba durmiendo Joseph Peutinger al lado de su caballo. Eso no lo supe hasta el día siguiente. Y hasta varias semanas después, a cada momento y mientras mi mente no anduvo ocupada en otras cosas, maldije la contestación que le di. Por exceso de prudencia perdí la ocasión de pillarlo dormido.

-Non, mon ami -dije-. Aquí en la calle, ¿sabes?, no estamos muy intime, pero cuento con que no puede acercárseme nadie por la espalda.

-Está bien, pues hablemos aquí.

-Alors, ¿cuál es la cosa? ¿Para qué reclutais gente?

-Es un gran golpe.

-¿Cómo de grande?

-Más grande de lo que tú imaginas.Y hay botín, más botín del que tú y yo seríamos capaces de reunir en toda la vida.

-Écoutez! Creo que así la conversación no va a ninguna parte. Te lo repetiré sólo una vez, ¿cuál es la cosa?

Si quería seguir dándomelas de simple salteador callejero, no podía entretenerme en largos diálogos. Pero si le apretaba demasiado a Volker me arriesgaba a salir de vacío, lo mismo que si pretendía fingir indiferencia.

-De acuerdo, te diré lo que sé -dijo Volker-. ¿Alguna vez te han hablado de...?

Se interrumpió mirando a todas partes, como si las paredes pudieran oírle. Entonces me hizo una seña para que me acercase más, se inclinó sobre mi oreja y susurró:

—...de Giovanni Pico della Spalatina?

Al mismo tiempo me agarró del brazo derecho, lo levantó bien alto y giró sobre su propio eje.

Había preparado bien su truco, sin duda practicado infinidad de veces. Es fácil dominar así a uno que está distraído, escuchando sin prestar atención a nada más.

Pero yo no estaba distraído. Clavé la puntera de la bota en la rodilla de Volker y el canto de la mano en la nuez de su garganta.

Volker cayó al suelo pero lo levanté casi en seguida. Amagó un golpe y cuál no sería su sorpresa al comprobar que tenía las muñecas atadas a la espalda.

-Basta de chanzas -dije-. ¿Dónde está Joseph?

—¡Mierda! ¿Dónde has dejado la maldita jerga?

—Me la he guardado.en el bolsillo cuando he sacado la correa. ¿Vas a contestarme ahora, o me guardo también los buenos modales? Volker me miró con rabia.

—Me habré vuelto viejo y lento, pero no cobarde. No me sacarás ni una palabra -dijo.

Volker se llevó algunos golpes y desgarrones cuando lo arrastré detrás de una cerca para atarle también los pies.

-Para qué tantas contemplaciones -dijo Volker-. No pierdas el tiempo y mátame.

-No sería mala idea. Pero antes, tengo otro compromiso.

-¿A que no lo dices en francés? -se burló todavía.

—Fermez la porte -contesté al tiempo que le ponía una mordaza. Me quedé a su lado hasta el amanecer, pensando que con el frío le apretarían más las ataduras y a lo mejor cambiaba de opinión. Hasta la mañana podía esperar.

Muy erguido, en las manos el hacha recién afilada lanzando destellos, el verdugo arrastraba su capa negra sobre una especie de tarima alzada en medio de la plaza del mercado. Con el capirote parecía aún más alto.

Ahora que escondía la cara, todas las miradas estaban fijas en él.

En una hora de espera, el círculo de treinta pasos libre de mirones se estrechó a menos,de diez. En la centinela apenas había militares formados y disciplinados. Lo demás

eran valentones de la milicia, santa hermandad autorizada a llevar yelmo y daga en alguna ocasión pero incapaz de contener un gentío decidido a no perderse el espectáculo.

Consiguieron mantener despejada una calle entre la casa consistorial y el cadalso.

El verdugo miraba por encima del mar de cabezas hacia el ayuntamiento. En el segundo piso se veía una ventana abierta.Y desde ella, un hombre solo contemplaba los acontecimientos en la plaza. Era Ernst Maria Eisner, el magistrado de Kühlenborn.

Frente a la puerta del consistorio, dos guardias izaron a la carreta un hombre con las manos atadas a la espalda.

La carreta, tirada por un mulo, se puso en movimiento poco a poco.

Bernhard Wagenbach vestía un camisón de arpillera, como los penitentes arrepentidos.

Las músicas que amenizaron aquel último paseo fueron los chirridos de los ejes mal engrasados y los abucheos del respetable, que tenía ganas de divertirse.

El verdugo pasó el pulgar por el filo del hacha, gesto que fue saludado por un clamor del público más impaciente, el que llenaba las primeras filas.

Desde mucho antes del amanecer me dirigí a la plaza del mercado para colocarme entre los primeros. Con todo, tuve que abrirme paso a codazos, hasta que no quedó entre el patíbulo y yo sino el cordón de guardias.

Cedí de buena gana a los que me empujaban por detrás, no sin pedir perdón educadamente a los guardias cada vez que chocaba con ellos y los obligaba a retrasar la posición un paso.

Al mismo tiempo procuraba no perder la mía, que había elegido entre los dos centinelas que me parecieron más esmirriados.

De nuevo llevaba mi cuchillo escondido en la bocamanga derecha.

El verdugo levantó el hacha con ambas manos, muy alta, para mostrar a la multitud el instrumento de la justicia. Como si él mismo hubiese acabado de inventarlo.

Me daba cuenta de que me faltaba tiempo para preparar nada, ni era fácil que se me ocurriese en el último instante.

Pero no quería quedarme contemplando cómo le ajustaban la cuenta a Bernhard. Ni siquiera ahora, que ya sabía quién había sido el instigador de los robos de reliquias.

El reo subió al patíbulo entre dos alguaciles. Lo obligaron a arrodillarse y le colocaron la cabeza sobre el tajo. Un tercer alguacil le pasó una soga tensa por los hombros, de manera que le imponía una postura dolorosa, con el torso estirado, la cabeza colgando directamente sobre el cesto de mimbre. De los que habían visto el fondo de aquel cesto, ninguno regresó nunca para contar cómo era.

Los esbirros bajaron y el reo se quedó a solas con el verdugo sobre el patíbulo.

La asistencia enmudeció y no se oyó sino el roce de ropas, el arrastrar de pies de los que intentaban acercarse todavía más.

El joven reo bizqueaba hacia arriba. Se notaba que la contemplación del cesto no era de su agrado.

Mostraba las huellas de un intenso uso. Los mimbres, rotos por dos partes, aparecían remendados con cordeles. La vida de un semejante valía poco, en cambio escatimaban el material.

Supuse que Bernhard Wagenbach habría visto en el oscuro fondo del cesto las manchas de la sangre seca, todavía más oscuras.

El verdugo apoyó la mano en la nuca de Bernhard, casi con ternura, y corrigió la postura de manera que alargase más el cuello. Un blanco fácil para el brillante filo de la segur.

Cuando el verdugo la levantó sobre su cabeza tomando impulso para el golpe, el hierro cruzó la carrera del sol y lanzó un destello, un resplandor sobre la plaza del mercado todavía en penumbra.

Los espectadores se abalanzaron hacia delante y los guardias se vieron obligados a estrechar el cordón.

Los dos que tenía delante de mí quedaron casi hombro contra hombro. Demasiado juntos para que yo pudiese abrirme paso.

Y en ese preciso instante, mientras toda la ciudad contenía la respiración,. Bernhard Wagenbach gritó:

-¡Alto! ¡Alto! ¡Hablaré, pero apartad ese cesto tres veces maldito!

Pensé que no sería posible pasar a empujones.

Cerrando ambos puños, los descargué con todas mis fuerzas en las jetas de los vigilantes.

Éstos cayeron de espaldas, y aún no se habían dado cuenta de que además dolía cuando me puse en marcha.

Cinco zancadas me llevaron al patíbulo. Tomando apoyo con la izquierda en el borde de la tarima, salté antes de que el primer alguacil tuviese tiempo para regresar hacia donde yo estaba.

El verdugo reaccionó ante el peligro, y mucho más rápido de lo que yo había previsto.

Volviéndose a medias, descargó el hacha. El filo pasó rozando el cogote de Bernhard y continuó hacia mí.

Alargué el brazo derecho como para detener al verdugo.

Y lo conseguí, pero no fue sólo el ademán. El cuchillo salió disparado de la bocamanga, giró en el aire y aceleró.

Me dejé caer de espaldas, hice el rodillo hacia atrás para no deslomarme sobre la tablazón y me puse en pie al instante, las rodillas algo flexionadas, la izquierda presta para la defensa y la derecha para el ataque.

Aunque no hizo falta ni lo uno ni lo otro.

La hoja penetró en la axila derecha del verdugo. El hacha se le escapó de la mano y, al caer, el hierro fue a clavarse en las tablas.

## CAPITULO 2

### En donde se cuenta cómo quedó desenmascarado un granuja

ERNST MARÍA EISNER, el juez de Kühlenborn nombrado por el señor de la comarca, que era el príncipe obispo Richard Greifenclau zu Vollraths, estaba sentado detrás del impresionante escritorio de roble de su officíum en el segundo piso de la casa consistorial.

Nos miró sucesivamente a todos con la expresión ceñuda que traslucía el señoril enojo. Me di cuenta de que no me reconocía.

Era fácil imaginar lo insólita que debió parecer la escena de la plaza vista desde allí arriba.Y que un solo hombre se atreviese a romper el cordón de guardias para agredir al verdugo.

Apenas cayó al suelo la segur, el pelotón de alguaciles saltó sobre el cadalso y mientras algunos caían sobre mí, los demás iban a socorrer al sayón. El amasijo de cuerpos tardó un rato en deshacerse. Me abstuve de hacer ningún amago de defensa, y así me salvé de lo peor.

Apenas me pusieron en pie, maniatado, empecé a presentar exigencias. Ni aunque me hubiesen puesto la punta de una daga en la garganta habrían impedido que yo siguiera reclamando. A voz en cuello pedí que le quitaran la capucha al verdugo y que se hiciese presente el juez Eisner.

Lo de mostrar la cara del verdugo era una pretensión insólita.

No creía que fuesen a hacerme caso, pero entonces ocurrió que el ejecutor de la justicia quiso escabullirse, y uno de los esbirros alargó instintivamente la mano hacia el capirote. No lo hicieron con intención, ni fue nada personal. Como vieron que el otro se resistía, la autoridad cedió al impulso acostumbrado.

—¡Traédmelos a todos! -exclamó Eisner desde la ventana-. Que me los suban aquí... ¡y pronto!

Conque allí estábamos, yo maniatado y el verdugo herido, entre dos forzudos alguaciles y sin capucha. Indudablemente, el descubrimiento valió la pena. Sobre todo para los mirones. De aquella ejecución aún se hablaría mucho tiempo, y mucho más que si hubiese salido redondo el descabezamiento del reo.

Eisner miró de reojo hacia el pupitre del escribano, asegurándose de que todo estuviese a punto para levantar acta.

El de la pluma empezó por tomar declaración al capitán de la guardia, quien resumió lo sucedido en pocas palabras y terminó diciendo:

-Y cuando quitamos la capucha, ¡resultó que no era Sachs! Sino que encontramos a este sujeto que se hace pasar por juglar, y que estaba disfrazado con la capa del otro. Uno de mis hombres lo reconoció porque recordaba haberlo visto en el Pato Feliz con Sachs ayer por la noche. Y este desgraciado -apuntó hacia mí para indicar a quién se refería el amable calificativo— pidiendo a gritos ser conducido a la presencia de Su Señoría.

El juez carraspeó y dijo:

-Un intruso disfrazado que quiere suplantar el brazo de la justicia en el día de la ejecución. Otro que tiene la osadía de tratar de impedirla. Son hechos que reclaman una investigación a fondo y un castigo ejemplar. Exijo la declaración completa de todos los comparecientes o ¡vive Dios que me obligarán a emplear la cuestión! —Se volvió hacia el capitán y prosiguió-: ¿Dónde queda Sachs? ¿No os he dado orden de enviar un hombre a por él?

-Con la venia —intervine-. Debisteis enviar dos, como poco. Un solo hombre no conseguirá traerlo.

El alguacil que estaba a mi lado me propinó un sonoro bofetón.

—¿A que no habías contado con esto, pillastre? —comentó en tono triunfal-. A los de Kühlenborn nadie nos toma el pelo.

—No lo diría yo después de lo que he visto -simulé de nuevo la voz gangosa de calamocano.

—Mal le conviene a Sachs hacerse el recalcitrante —comentó el capitán.

—El problema no es que desobedezca, sino que está muerto -expliqué.

—Esa voz la conozco -se dignó volverse hacia mí el justicia-. Pero teníais otra cara y otra actitud. ¿No dijisteis entonces que preferíais pasar desapercibido?

—Con la venia de Su Señoría -repetí-, explicaré la historia por sus pasos contados. Sólo os ruego que hagáis vigilar bien al falso verdugo, y que luego el barbero le sane la herida, pues estarán deseando verlo vivo en otro lugar.

Eisner consintió con un ademán.

El juglar Frollo me dirigió una mirada con cien mil maldiciones... en vez de agradecer mi solicitud. La capa negra se había rasgado durante la pelea y dejaba ver las ropas multicolores de saltimbanqui. Le habían arrancado de la herida mi cuchillo y él apretaba la mano izquierda contra el sobaco para tratar de contener la sangre.

Cuando lo sacaron de allí habló por primera vez:

-¿Tú por qué te entremetes? ¡Si ni siquiera te conozco!

En realidad me había visto dos veces en Tréveris, sólo que la primera creyó estar hablando con un maestro de obras italiano llamado Massimo Moscati, y la segunda yo era Géza Rabenalt, un campesino de setenta años que iba a buscar al cura para confesarse.

Preferí no sacarlo de su error.

-Si ahora tenéis la bondad de desatarme -me volví hacia el alguacil que me había abofeteado—, lo explicaré todo. Y no temáis, que no soy rencoroso.

El esbirro deshizo los nudos y en seguida retrocedió un paso para colocarse fuera de mi alcance.

-Al fondo del callejón de Tintoreros, detrás de una cerca de tablas, encontraréis a un granuja llamado Volker atado de

pies y manos -me dirigí al juez Eisner—. Si os servís mandar que lo traigan, mientras tanto prestaré declaración.

Eisner se volvió hacia el capitán y todos los guardias salieron. Aguardé hasta verme a solas con el juez.

Era la tercera vez que hablaba con él. La primera fue para presentarle la carta de recomendación del príncipe obispo Greifenclau. Después de la segunda, fue él quien ordenó a los guardianes de la cárcel que me encerraran en la misma celda que Bernhard Wagenbach. Pero en ambas ocasiones había visto a un hombre diez años más joven y con bastantes libras menos, supuestamente llamado Harnischmacher.

-De modo que habéis necesitado un año entero para encontrar la pista del canalla -dijo Eisner.

No consideré necesario explicarle a qué actividades había dedicado yo el año al que se refería.

Durante mucho tiempo, en efecto, el príncipe obispo Greifenclau sólo quiso confiar en Einhard Murner para que resolviera el asunto. El canónigo estaba más indignado que el mismo Greifenclau y habría prometido llevar las averiguaciones con la mayor diligencia.

-Murner asumió personalmente la investigación y prometió resultados inmediatos —le expliqué al juez Eisner—. Pero por más que inventó un complicado sistema de turnos de guardia, y encargó al mejor herrero de la ciudad una cerradura que necesitaba tres llaves diferentes para abrirla, los robos continuaron. Todo parecía indicar que estábamos ante una banda numerosa, la cual tenía vigiladas las iglesias de la ciudad a todas horas con intención de aprovechar el menor descuido. Cuando lográbamos localizar alguno de los objetos, aparecía tan lejos y después de tantos rodeos que no se lograba reconstruir por qué manos había pasado. La cabeza pequeña del Bautista se recuperó en Praga y hubo que pagar mucho para que la devolvieran.

-¿Qué significa eso de la cabeza pequeña? —preguntó Eisner.

-En Tréveris tienen dos cráneos del Bautista. La cabeza grande es el cráneo del santo cuando murió, y la cabeza pequeña es el cráneo de cuando tenía siete años. ¡Milagros que nos recuerdan que los designios del Señor son inescrutables! Creímos tener casi resuelto el asunto cuando

pillaron por casualidad a dos de los individuos que sacaban el género por la frontera del principado. ¡Cómo podíamos adivinar que el único enlace directo del jefe de la banda no era un ladrón, sino un muchacho ingenuo!

Pero todo cambió cuando Bernhard explicó los motivos de su obstinado silencio. Estaba convencido de que iban a rescatarlo en el último momento. Sin embargo, parecía muy difícil que consiguieran salvarlo, y muy probable, en cambio, que lo mataran para que no hablase.

Bernhard había anunciado que hablaría en el último instante. Si querían eliminarlo, cualquier instante era bueno, siempre y cuando fuese antes de que el preso cantara. Pero por muy hábil que fuese el pillo, no era fácil entrar en una celda con la puerta atrancada, enfriar al preso y volver a salir sin que nadie lo viese.

Si algún desconocido quería matarlo, ninguna oportunidad mejor que la legalmente anunciada. El único que puede matar a otro durante una ejecución es el verdugo.

-Así pues, sospechasteis que alguien eliminaría al verdugo para suplantarlo y encargarse personalmente de la ejecución. ¿Por qué no lo dijisteis? Habríamos dado protección a Sachs.

-Era una sospecha nada más -respondí-. Así que me vine aquí y me dediqué a vigilar al verdugo. Para ver si alguien trataba de acercársele. Imaginaos mi sorpresa cuando vi quién era el que se sentaba a la mesa de Sachs disfrazado de músico: ¡el canónigo Murner en persona!

Hice una pausa para que el juez pudiese representarse a lo vivo mi sorpresa, y luego proseguí:

-Pero con eso todavía no tenía ninguna prueba irrebatible. Si lo hubiese denunciado al príncipe obispo, él habría dicho que estaba haciendo lo mismo que yo, seguir la pista. No, era menester atraparlo con las manos en la masa. Por desgracia perdí el rastro mientras intentaba seguirlos.

-Según eso, esta mañana tampoco teníais la certeza de que fuese Einhard el que se escondía bajo la capucha del ejecutor —observó el juez.

—Confieso que asistí al levantamiento de la capucha con cierta emoción. ¡Ah!… y supongo que ahora no necesitaremos más al joven Wagenbach, ¿verdad? Tenemos

al culpable auténtico, y sabemos que el mozo sólo anduvo metido en el caso por ignorancia.

—No es tan sencillo, Harnischmacher -replicó el juez-. Olvidáis que lo he sentenciado a muerte yo mismo.Y convendréis conmigo en que no han cambiado las circunstancias que justificaron la sentencia.

-Entienda Su Señoría que no dudo de la justicia del fallo. Sólo suplico vuestra clemencia, en vista del nuevo giro de los acontecimientos.

Por desgracia, alguien decidió que mi día de buena suerte acababa de terminar.

Eisner declaró sin más rodeos que insistía en la ejecución tan pronto como se localizase a otro verdugo. Al poco regresó uno de los alguaciles que habían salido a por Volker. Traía lo único que se encontró: dos cuerdas y una mordaza. El hombre había desaparecido.

Si Peutinger andaba todavía por la ciudad, era muy posible que yo me convirtiese en el cazador cazado.

Hasta el más precavido puede ser víctima de un tirador oculto detrás de una tapia. O andar por un callejón lleno de gente y encontrarse con un cuchillo clavado entre las costillas. Iba siendo hora de cambiar de disfraz.

Así que cuando el juez Eisner expresó con un ademán su voluntad de que lo dejara solo, me pareció bien. Viendo en la antesala al escribano, le pedí que me llevase a donde el capitán de la guardia.

En presencia de los alguaciles hice una descripción detallada de Peutinger y de Volker. Los guardias fueron a averiguar si alguno de los dos individuos descritos había sido visto saliendo de la ciudad por cualquiera de sus puertas.

## CAPITULO 3

**En donde verá el que leyere las cosas que pueden ocurrir en un camino**

EN EL CUARTO DE GUARDIA me tropecé con un muchacho que tenía los ojos llorosos. Sepultaba la cara entre las manos y yo creí que trataba de ocultar las lágrimas. Hasta que me di cuenta de que tenía la nariz rota.

El padre del chico alquilaba unas cuadras en el callejón de Tintoreros. La noche anterior había encerrado los caballos de dos individuos que no podían ser otros sino Joseph Peutinger yVolker.

Al entrar en los establos por la mañana, el mozo vio que uno de los sujetos había pernoctado dentro, durmiendo sobre la paja. Era un lansquenete bien parecido, entre rubio y pelirrojo. Al chico también le hubiera gustado ser un lansquenete, un aventurero bizarro y vigoroso como el que allí dormía.

Durante un rato no pude seguir escuchando. La imaginación me representaba cómo estuve apenas a unos pasos del durmiente mientras me ocupaba en dominar a su cómplice. Y luego me había quedado toda la noche sin hacer nada más.

Uno de los alguaciles enviados a las puertas de la ciudad para hacer averiguaciones regresó diciendo que Peutinger y Volker habían salido hacia Tréveris a primera hora de la mañana. Pero no juntos, sino con media hora de diferencia.

Añadiendo los nombres, que eran desconocidos para el muchacho, restando llantos y quejidos, y prescindiendo de las interjecciones con que le animaba a continuar cuando lo que más necesitaba él era, ya que no un cirujano, sí al menos un consuelo, se sacaba esto en limpio: que Peutinger debió esperar un rato a Volker, puesto que seguramente habían convenido salir juntos. Y luego emprendería la marcha al amanecer, quizá sólo minutos después de que yo dejé solo a Volker.

El muchacho salió a la calle, contrariado porque sin duda prefería contemplar la ejecución en vez de quedarse limpiando los establos, o soñando tal vez con ser soldado y andar en peleas y por países extranjeros en vez de tener que obedecer a su padre.

El callejón estaba tranquilo porque toda la ciudad se agolpaba en la plaza del mercado. Así pudo escuchar los ruidos detrás de una pared de tablones junto a la muralla, descubrió a Volker atado y amordazado, y lo desató.

Volker se dio masaje en los miembros para restablecer la circulación y se dirigió a las cuadras con la ayuda del chico. Cuando vio que Peutinger se había marchado sin esperarle montó en cólera.

—Esta mañana al llegar yo había salido ya -dijo el mozo de establo-. Iba a preguntarle si querría llevarme. ¿Creéis que me aceptaría en su tropa?

-A un muchacho robusto como tú, seguro que sí. —Iba dándole cuerda Volker-. Yo también soy de su bandera, y necesito darle alcance lo más pronto posible. Comprenderás que me harán falta dos caballos.

-Lo siento, señor, no alquilamos caballos. Los que veis aquí están a hospedaje.

-¿Y tú quieres ser lansquenete, muchacho? Los soldados tenemos que ayudarnos los unos a los otros. Préstame un caballo de refresco.

—No puedo. Mi padre me molería a palos.

—Escucha un momento. Voy a contarte un secreto, pero antes me prometerás no repetir a nadie lo que yo te diga -dijo Volker bajando la voz a un susurro conspirativo, al tiempo que miraba a todas partes.

Todavía estaba contando el mozo cómo su nariz se había tropezado con el puño de Volker cuando salté sobre mi caballo.

Volker llevaba dos monturas y cinco horas de ventaja.

La ventaja de Peutinger era todavía más grande. De nada serviría reventar el alazán, así que lo puse al trote ligero. Con esa andadura recorreríamos mucho camino en poco tiempo.

Un personaje tan llamativo como Peutinger seguramente sería recordado por cualquiera que lo hubiese visto, y Volker sin duda le seguiría por su mismo camino.

Si Peutinger necesitaba hombres, bien podía ser que se hubiese encaminado a Tréveris.

Calculé que tenía bastantes posibilidades.

Había olvidado que mi racha de suerte estaba agotada desde primera hora de la mañana.

Un mozo de labranza venía clavándole los talones al mulo con todas sus fuerzas. Parecía tener prisa por llegar a Kühlenborn.

Cuando estuvo más cerca hizo alto y atravesó el mulo en medio del camino.

-Necesito vuestro caballo —gritó—. ¡Deprisa! Hay un muerto.

-Si está muerto podrá esperar. Además mi caballo lo necesito yo -repliqué.

Lo puse al paso. El muchacho no daba muestras de querer apartarse.

-Hay que dar aviso al juez -insistió-. Debéis ayudarme.

-Voy a hacerlo. Os cedo el camino. —Con estas palabras metí mi caballo en el sembrado contiguo, y dando un pequeño rodeo volví a entrar en el camino.

-¡Maldito seas tres veces! -gritó el otro a mis espaldas.

¿Sólo tres veces? Poca cosa era para quien llevaba más de un centenar de maldiciones.

Sentí una especie de náusea, un mal presentimiento, aunque no porque me hubiese maldecido el paisano. Adivinaba lo que iba a encontrar un trecho más adelante.

Dos mozos fueron los que encontraron el cadáver de Volker detrás de un granero, cerca del camino.

Hartos de vomitar, uno de ellos fue en busca del amo. Éste mandó llevar aviso al pueblo más cercano y desde allí lo enviaron con el mulo para llamar al juez de Kühlenborn.

Cuando llegué al granero se habían reunido unos cincuenta aldeanos atraídos por una mezcla de fascinación y repugnancia.

Los destripaterrones lo habían pisoteado todo, como para borrar las huellas adrede.

Volker estaba desfigurado, pero reconocí las ropas que el desconocido asaltante le había quitado antes de encarnizarse con el cuerpo.

Docenas de voces excitadas me interpelaron diciendo que los tiempos estaban muy mal, que la vida humana no valía nada y que los malos ejemplos de los extranjeros y de los herejes descarriaban a la juventud y andaban todos hechos unos bandoleros.

Desmonté, les di la razón en todo y traté de reconstruir el descubrimiento del cadáver. Los mirones no se atrevían a acercársele, conque no tuve dificultad para echarle una ojeada a Volker y observar el saludo de despedida que Joseph bahía dejado para mí.

Las ropas estaban cuidadosamente plegadas a un lado, sobre ellas la espada, unas monedas y el resto de las escasas pertenencias del difunto. Registré los bolsillos y no me sorprendió hallarlos vacíos.

Joseph se había tomado la molestia de vaciarlos para luego dejarlo todo allí. Que nadie creyera que el móvil de la muerte había sido el robo.

—No me parece bien que andéis revolviéndolo todo -se indignó un anciano—. Cuando aparezcan los alguaciles verán que alguien lo ha registrado antes.

—¡Que no toque el dinero! -chilló una mujer al tiempo que se refugiaba detrás de uno de los grupos.

—¿Se ha visto al asesino? —pregunté sin dirigirme a nadie en particular.

—Podría estar en cualquier parte -replicó el vejestorio-. Bien mirado, hasta podría ser que hubiese vuelto al lugar del crimen.

Casi todos retrocedieron un paso. Pero algunos villanos, los más atrevidos, se hicieron con unos bieldos y hacían amago de rodearme.

—¿Habéis buscado alguna pista? -seguí preguntando.

—No hay ninguna pista -dijo alguien.

Tenía razón. Ellos mismos se habían encargado de borrarlas.

Pero yo no necesitaba muchas pistas para intuir cómo ocurrió la cosa. Volker alcanzó a Joseph y se apresuró a notificarle que alguien andaba buscándolo. Le contaría nuestra conversación y cómo lo dejé atado. Entonces Joseph lo invitó a proseguir la narración detrás del granero, para que Volker pudiera contarle tranquilamente todos los detalles.

¿Lo hiciste porque sabías que te seguiría los pasos, verdad? ¿O sólo para darte gusto?

Llevando a mi caballo del ronzal me abrí paso entre la muchedumbre hasta pisar tierra de labor. Entonces anduve en círculo alrededor del granero. Todos los presentes me miraban, y algunos hombres me seguían los pasos, muy atentos a todas mis acciones.

Que no fueron especialmente dramáticas. Me limité a mirar la tierra. Observé las huellas que confluían en el granero desde distintas direcciones. Se veían, eso sí, dos hileras de pisadas que se alejaban. Junto a una de ellas, restos de vómitos sobre los cuales alguien había intentado echar tierra, antes de que las prisas le hubiesen obligado a continuar andando. Las huellas del que fue a dar aviso. Las del mismo yendo a por el mulo.

Crucé el camino y registré los sembrados de la linde opuesta. Allí no había pisadas.

Así que Joseph había salido al camino, y se limitó a continuar el viaje tranquilamente.

Una mano fue a apoyarse en mi hombro y una voz dijo a mis espaldas:

-Os quedaréis hasta que aparezcan los alguaciles, ¿verdad? ¿O queréis que pensemos que tenéis algún motivo para temerlos?

Los que volvían hacia mí sus bieldos y otros aperos eran casi una docena ya, pero sólo uno de ellos se había atrevido a acercarse para tratar de retenerme.

Levanté el brazo hacia el camino y dije: -Por ahí vienen ya.

Mientras los pardillos se volvían a mirar por dónde se divisaba la polvareda, yo salté sobre la silla y le clavé los talones en los flancos a mi caballo.

Viendo que no había polvareda, los semblantes se volvieron de nuevo hacia mí, pero no me quedé a escuchar sus voces indignadas. Tras recorrer una legua al galope eché pie a tierra y fijé la vista en el camino.

Naturalmente, estaba lleno de huellas de herraduras, de ruedas y de zapatos, superpuestas y confundidas las unas con las otras. Pero acabé por descubrir lo que buscaba: las huellas de unos caballos al galope, de cuando la tierra todavía conservaba la humedad del relente, y que aún no estuvieran borradas por otras. Pisadas de aquella misma mañana.

Me arrodillé en tierra y registré hasta las hojas caídas y los guijarros. De vez en cuando echaba una ojeada hacia atrás. Algunos de los aldeanos se habían lanzado a la persecución a pie. Ellos, por lo visto, no necesitaban más averiguaciones. Tenían resuelto el crimen.

Monté de nuevo, antes de que se me acercasen demasiado.Ya había visto cuanto podía deducirse de aquellas pisadas. Hacía un par de horas que habían pasado por aquel camino tres caballos al galope, de los cuales sólo uno llevaba jinete.

Otra cosa que me dijeron las huellas fue que no necesitaba darme prisa. Peutinger llevaba demasiada ventaja.

Junto al camino corría un arroyo que Juego, como si lo hubiera pensado mejor, cambiaba de dirección hacia la derecha, metiéndose en unos prados y desapareciendo en un bosquecillo.

Saqué la cabalgadura del camino y seguí el curso del agua hasta verme al abrigo, entre los árboles.

Entonces me desnudé por completo, me lavé todo el cuerpo, y me afeité con cuidado dejándome sólo el incipiente bigote.

Quien me viese luego no reconocería al arriero que yo había sido en Kühlenborn. La barriga me la quité con la ropa, ya que consistía en una almohada cosida por el interior de la camisa. El arroyo se llevó lo demás: la harina que me había servido para blanquearme las sienes, el carmín que

engrosaba las venillas de mi cara de beodo, y el hollín con que me había pintado las ojeras.

El hombre nuevo que se echó a la espalda el zurrón tendría cerca de treinta años y era delgado, más correoso que musculoso. Aunque tampoco diré que la transformación me embelleciese especialmente.

La pista estaba más fría que el cadáver de Volker. Eso no podía arreglarlo ni disfrazándome, ni por mucho que quisiera galopar.

Aquel camino tenía más de diez encrucijadas antes de llegar al puente sobre el Mosela por donde se entraba en Tréveris.

Yo había intentado agarrar un bulto y me había quedado con un pelo entre los dedos. Más me valía sujetar bien ese pelo.

El pelo de Peutinger que tenía en la mano no era más que un simple nombre: Spalatina.

## CAPITULO 4

### Que presenta a Su Eminencia el príncipe obispo Von Greifenclau

SIETE MESES DEDICÓ Greifenclau a la preparación de su golpe maestro. Un sistema añadido de murallas y de fosos había venido a reforzar las defensas de la ciudad por su sector más débil, al oeste, el lado que habían sitiado las tropas de Fritz von Sickingen el año anterior. Entre la muralla vieja y la nueva fortificación nació un campamento con tiendas de campaña y barracones de madera para servir de establos.

Fundieron muchos cañones y compraron más. Los pacíficos ciudadanos se convertían en lansquenetes y hacían la instrucción dirigidos por veteranos comprados a peso de oro en Frisia, Westfalia, Oldenburgo y Colonia. Por todas partes

ensillaban caballos, afilaban espadas y despedazaban muñecos de paja a tiros y mandobles.

Mientras Greifenclau deshojaba la margarita de sus intrigas entre la casa imperial y el Papa, las ideas del doctor Martín Lutero calaban en toda la región.

En la mitad de los dominios del Emperador la venta de indulgencias no daba ya ni para el remedio. Mientras los protestantes incitaban a la rebeldía contra Roma, la nobleza del país y los comerciantes ricos intentaban sacudirse el yugo del antiguo régimen.

Hacían falta ejércitos cada vez más numerosos, y no había con qué financiarlos. Y por si fuese poco, cuando se ganaba una batalla no se los podía licenciar, porque entonces los mercenarios andaban sueltos por la comarca y tomaban el botín por libre.

En medio de todo este malestar se le ocurrió a Franz von Sickingen presentarse con cinco mil lansquenetes ante los muros de Tréveris, incitado por Ulrich von Hutten y reconfortado con el dinero de todos los grandes mercaderes del país, para exigir la capitulación de Greifenclau.

Los habitantes de Tréveris temblaban, pero Greifenclau reía. Puedo atestiguarlo porque yo mismo lo vi. Cinco mil hombres a las puertas de la ciudad parecían muchos. Pero sólo tres años antes, durante los disturbios previos a la elección del Emperador, el mismo Sickingen aún había conseguido armar a veinte mil contra Colonia.

Mientras Franz von Sickingen y Ulrich von Hutten tuvieron sitiada a Tréveris, todos los días salía Greifenclau a lo alto de la muralla para observar el campamento enemigo.Y todos los días veía a Sickingen y a Hutten, que le miraban a él.

A los seis días levantaron el asedio sin que hubiese más bajas entre los nuestros sino dos gallinas, que cayeron víctimas de una bala rebotada.

Y mientras los ciudadanos de Tréveris respiraban, a Greifenclau no se le pudo dirigir la palabra durante algún tiempo, de tan colérico que estaba. Él quería derramamiento de sangre y su decepción fue indescriptible.

Había reunido un regimiento de cuatro mil hombres por lo menos, y su aliado el landgrave Philipp von Hessen le

prometió tres mil más. Sickingen podía ir buscando castillo en donde refugiarse. No resistiría más de una semana contra siete mil soldados y treinta cañones.

Sin embargo, el día que Greifenclau quiso emprender su campaña contra Sickingen, todo el Mosela y todo el valle del Rin, desde Rüdesheim hasta Coblenza, eran como mesa puesta y las puertas del comedor abiertas de par en par. Allí campaban por sus respetos las partidas de la soldadesca. No me fue necesario cavilar mucho para imaginar qué papel representaba en aquella historia el nombre de Spalatina.

Antes de entrar en la vivienda le eché el pienso a mi caballo. La viuda Kapeller acudió en seguida a saludarme.

-Como no os esperaba tan pronto, apenas he comprado nada en el mercado. Pero os puedo preparar unas gachas de avena.

-Ya entiendo lo que significa eso, mi señora viuda. Queréis darme a mí las gachas que habíais preparado para vuestra cena. Os lo agradezco, pero esta noche no me apetece nada. Creo que me quedaré a escribir un poco, y luego me acostaré en seguida.

-¿Se va a estrenar por fin vuestra comedia, señor Frischlin?

La viuda Kapeller, pobre pero honrada, tendría no menos de sesenta años de edad. El pobre Ludwig Kapeller había sido, en vida, el farolero municipal de Tréveris. Hasta que una noche, mientras iba alumbrando las calles y andando él bastante alumbrado de aguardiente, un suceso inesperado acabó con su vida.Y fue que en vez de bajarse de la muralla por la escalera dio un paso en el vacío. La noche siguiente hizo la ronda el sustituto.

Ludwig Kapeller le dejó a su viuda una casita de tres habitaciones, con establo, sus prendas personales y una alabarda.

La viuda estaba a punto de solicitar la licencia para ponerse a mendigar cuando se le presentó casualmente un mozo en busca de alojamiento.

Así que se confinó a un cuarto de la planta baja, y me alquiló las otras dos habitaciones y el establo.

Fui un inquilino tranquilo, que se encargaba por sí mismo de asear su habitación y del cuidado de su caballo. Eso sí, salían y entraban visitantes de todos los oficios y condiciones: escribanos, herreros, barberos, mercaderes, panaderos, tejedores, soldados de distintas unidades y diferentes graduaciones. Hasta cirujanos y sacerdotes frecuentaban mi modesta morada.

Salían y entraban... La viuda Kapeller tardó algún tiempo en darse cuenta de que las visitas ocurrían, en cierto modo, del revés. En efecto los visitantes salían primero de la casa, y luego regresaban a ella para hacer la visita.

Hasta el día que se atrevió a interpelarme al respecto. Al fin y al cabo, ella no quería indisponerse con su inquilino, quien pagaba con puntualidad, pero tampoco deseaba tener disgustos con la ley.

Yo le sonreí con amabilidad, para demostrar que no me molestaba su pregunta.

-¡Mi buena señora Kapeller! -dije-. ¿Eso era lo que os tenía preocupada? Sabed que soy autor de comedias. Hace tiempo que albergo el designio de componer una gran obra, un auto sacramental en donde declare las alabanzas de Nuestro Señor y exponga lo perecedero de todas las cosas mundanales. En una función así salen muchos personajes diferentes, y para que todos ellos hablen con naturalidad y según cumple a cada uno de sus oficios, ¿qué imagináis que hago?

A la viuda Kapeller no le costó nada imaginarlo.

—Os ponéis en cada uno de esos papeles. Os disfrazáis para vivir a fondo los personajes.

De esto habían pasado nueve años y la función sacramental todavía no se estrenaba. Sospechaba yo que por las noches, cuando la podagra agobiaba demasiado a la viuda Kapeller, algunas veces dudaría de llegar a vivir lo suficiente para asistir a la gran jornada.

Aunque aún no había anochecido, puse una lámpara de aceite junto a la ventana. Era una linterna cerrada por los lados y con un espejo detrás, que permitía dirigir la luz con bastante precisión a cierta ventana del palacio episcopal.

Tenía mucho interés Greifenclau en que mis actividades fuesen un secreto para todo el mundo excepto él mismo y

su mano derecha Crispin Schongauer. Cuando la luz iba dirigida a la habitación de Schongauer, significaba una entrevista en la ciudad. Entonces Crispin solía introducirme por una puerta excusada del palacio en el gabinete particular de Greifenclau.

Por eso mismo quedé sorprendido cuando Crispin se presentó a cara descubierta en la casa, vistiendo el uniforme de la guardia.Y tras darle a la viuda su nombre auténtico declaró que venía a hablar con el inquilino.

-¿Qué ha pasado? —le pregunté mientras íbamos por las calles—. ¿Acaso están vencidos todos los enemigos de Su Eminencia y podemos renunciar al secreto?

Crispin no se dignó contestarme. No era amigo de hablar mucho. O mejor dicho, no era amigo de nadie.

Crispin Schongauer era un toro de hombre. Con sus seis pies y medio de estatura y más de doscientas libras de peso, su cuerpo musculoso que siempre parecía recién engrasado, y las muñequeras de cuero con clavos de hierro que usaba, más que criado de un religioso parecía un luchador, un forzudo de feria, o tal vez el cómitre de una galera.

Crispin parecía muy capaz de aplastarle el cráneo a una persona sin que por ello le asomara el sudor a la frente.

Y en efecto había aplastado más de uno, y había sido luchador, y forzudo de feria. Y si no fue cómitre de galera, sí estuvo a punto de ser galeote cuando mató a tres marinos en Amberes con sólo la fuerza de sus puños. Pero antes de que le tocara sobrellevar las consecuencias intervino Richard Greifenclau zu Vollraths y le hizo una oferta que no se podía rechazar.

A partir de entonces Crispin se dedicaba a proteger la vida del príncipe obispo, y de vez en cuando suprimía algunas de las vidas que estorbaban a su amo.

Crispin abrió un portillo de la tapia que ceñía el palacio episcopal. Detrás de ella había un huerto pequeño pero muy bien cuidado, con espacio para un sendero, un banco y una fuentecilla en medio.

El príncipe obispo estaba sentado en el banco y hojeaba un libro en octavo, la frente algo fruncida como si el lector no estuviese completamente de acuerdo con el contenido. Que

no solía estarlo, ni aunque fuese el Antiguo Testamento o las tablas balísticas de Leonardo daVinci, cuando resultaba que el tomo había salido del obrador sin el expreso imprimatur de Su Eminencia.

Esperé a que me dirigiese la palabra. Por el rato que el príncipe obispo tardaba en levantar la mirada, el subordinado podía sacar algunas conclusiones sobre el favor o el disfavor con que le recibía la egregia persona.

Para aprovechar el rato, intenté curiosear lo que estaba leyendo Greifenclau.

Era un tomo encuadernado en papel fuerte. Por tanto no sería un tratado de teología para lectores cultos sino un opúsculo barato, tal vez uno de aquellos grandes tirajes de 250 o incluso 300 ejemplares que se imprimían últimamente. En la tapa se veía a seis individuos en traje talar debajo de un portal en arco de medio punto. No hacían caso los unos de los otros, sino que cada uno estaba enfrascado en la tarea de escribir una carta.

Sobre los personajes flotaba un rótulo en el que pude distinguir las palabras OBSCVRI VIRI, varones de dudosa procedencia, hombres oscuros, agentes de las tinieblas como si dijéramos. En la parte inferior, donde suele declararse el tenor de la obra, el dedo pulgar del obispo me tapaba las letras y sólo pude leer la primera palabra y parte de la segunda: EPISTOLAE OBSC…

Greifenclau cerró el libro bruscamente.

Bajé la cabeza y dije con humildad:

—Eminencia…

Su Eminencia dijo:

-Idiota.

Después de lo cual escuchó la novedad con semblante inexpresivo.

En los últimos años, yo había ido descubriendo las tácticas que utilizaba el príncipe obispo para confundir a sus interlocutores. Fijaba la mirada, no en los ojos sino en el entrecejo del oponente, lo cual daba la sensación de un escrutinio especialmente atento. Además, ni torcía el gesto ni respondía una sola palabra, de manera que uno tenía

siempre la sensación de no haberse explicado bien o no haberlo dicho todo. De modo que acababa por decir mucho más de lo que se hubiese propuesto antes de empezar. Cuando se dignaba contestar, lo hacía de modo que traslucía una leve desconfianza en cuanto a lo que acababa de escuchar, y entonces uno empezaba a dudar de sí mismo.

Le conocía todos los trucos y, sin embargo, nunca dejaban de surtir su efecto sobre mí.

Tal vez si hubiese conocido a Greifenclau en otras circunstancias...

Apartaron de un puntapié el tarugo de madera en donde apoyaba mis pies, y el dogal de cáñamo se cerró alrededor de mi cuello.

Quise inhalar aire, pero mis pulmones permanecieron vacíos. Quise mirar a los dos hombres para implorar auxilio, pero mi cuerpo se bamboleaba debajo de la rama y los árboles en derredor se agitaban en una danza absurda. En mi cabeza retumbaba una voz: Estás muerto, Edgar, muerto, muerto, muerto...

De súbito me di cuenta de que respiraba otra vez, mientras unos brazos vigorosos me alzaban en el aire y me aflojaban el lazo.

Al principio sólo vi a aquel hombre fuerte como un oso, que me levantaba en vilo como si yo fuese un muñeco. Luego me depositó con cuidado en el suelo, me puso de espaldas contra el tronco y me obligó a beber un trago de vino.

Después me fijé en el hombre a caballo. Su capa de terciopelo cubría la grupa del corcel árabe. Quieto como una estatua, me miraba tranquilamente desde lo alto y por último dijo:

—Ahora eres nuestro, Edgar Frischlin.

... Me habría resultado más fácil defenderme.

—Así que no me quedaba otra solución sino reducir a Einhard Murner -di por terminado mi relato.

—¿Qué habíamos convenido? —preguntó Greifenclau.

-Que me limitaría a observar sin llamar la atención, y que os lo contaría todo.Y que sois vos quien decide a quién le toca actuar y cómo.

-¿Observaste sin ser visto, e hiciste posible que nos tomáramos la decisión?

-No, pero él se habría limitado a cortarle la cabeza al Wagenbach si yo no hubiese intervenido.

-¿Dijimos acaso que fuese obligación tuya salvarle la vida al tal Wagenbach?

—No, Eminencia.

—Por tanto, sabías cuál era tu misión pero no la cumpliste al pie de la letra, ¿cierto?

—Así es.

Greifenclau arrojó el libro a mis pies y preguntó:

—¿Lo conoces?

Recogí el volumen y le di vueltas entre las manos como si no lo hubiese visto antes. Hojeé unos instantes las primeras páginas. Era una colección de cartas en latín, todas ellas dirigidas a un teólogo de Colonia llamado Ortvin Gratius. Los remitentes firmaban con nombres falsos como Avestrucerius, Estercorarius o Cordelerius.

La página titular no llevaba fecha ni pie de imprenta.

Yo apenas sabía unas palabras de latín, pero tampoco me hacían falta para reconocer lo que tenía entre las manos. Eran las famosas «Cartas de los Oscuros», una falsa correspondencia que satirizaba la corrupción y la hipocresía del clero.

De este libro se había visto una primera edición en 1515 y desde entonces las reimpresiones secretas fueron tantas como las quemas públicas. En cuanto al autor o autores de las supuestas cartas, nada se sabía, aunque muchos sospechaban de ciertos humanistas como Erasmo de Rotterdam, Johannes Reuchlin y Crotus Rabeanus.

En cuanto al mismo Greifenclau, las atribuía a su enemigo jurado Ulrich von Hutten.

—¿De dónde habrá salido esa fabricación? -me preguntó.

—Sin duda se lo habréis encontrado a un hereje — aventuré.

—Exacto, ¡y en esta ciudad! ¡Aquí mismo! El anticristo es insidioso y astuto. Vamos a necesitar toda nuestra vigilancia para vencerlo, ¡y tú quieres que nos paremos a considerar si ha sido excesiva nuestra severidad cuando castigamos a uno de sus servidores! ¿Acaso te crees llamado a ser la voz de nuestra conciencia?

—No, Eminencia. Pero contando con vuestro permiso, querría volver sobre el asunto de Joseph Peutinger...

—De eso nada. No hemos olvidado la historia que nos contaste, pero no tenemos nada que agregar a nuestro ofrecimiento de entonces. ¿Sabes a qué me refiero?

—Diez años a vuestro servicio incondicional contra la conmutación de la pena.

—¿Y han vencido ya esos diez años?

—Todavía no, aunque sólo faltan seis meses. Por cuyo motivo deseaba preguntaros...

—A ti no te incumbe preguntar nada. Así pues, admites que la pena todavía no está conmutada.

—Cierto, Eminencia Reverendísima. Sólo pretendía llamar vuestra atención sobre una posible relación con Spalatina. Supongo que os sonará ese nombre.

—Nos suena. Pero ahora tenemos otro encargo para ti.

—El cual cumpliré puntualmente, como es natural.

-No lo dudamos. ¿Tú serías capaz de traicionarnos?

-Nunca.

-Sin embargo, en eso consiste la misión precisamente.

Los centinelas de la puerta de Poniente abrieron una poterna y salimos de la ciudad. La presencia de Crispin era inconfundible y no menos imponente que la voluntad de su amo.

Sin dudar un instante, el coloso se encaminó al campamento de los lansquenetes, al pie de la muralla, donde se nos esperaba.

Mientras los demás dormían, junto a una fogata velaba un individuo entrado en años que se incorporó lentamente al ver que nos acercábamos. Llevaba chupa amarilla de cuero abierta por delante, con vueltas verdes, camisa roja arremangada, y se apoyaba en un mandoble de anchísima guarnición.

-Ahí tienes a tu nuevo campeón -le anunció Crispin-. Su Eminencia te recomienda que lo vigiles bien, no vaya a perderse durante alguna marcha.

El soldado se limitó a asentir con la cabeza. Cuando Crispin se hubo despedido a la francesa, se volvió hacia mí y dijo:

-Vas a recordar tres cosas, ¿crees que serás capaz?

-Desde luego que sí.

-Está bien. La primera, que me llamo Gotthold Uz, pero tú me llamarás maese Gassenhauer como hacen todos aquí. La segunda, que mi pelotón es el mejor del regimiento, el primero en las batallas, el primero en todos los asaltos. De mi pelotón se sale hecho un veterano y con soldada doble, o con los pies por delante. ¿Lo vas entendiendo?

-¡Sí, maese Gassenhauer! -dije con toda la marcialidad que pude. —La tercera, que no queremos tenerte husmeando por aquí. Te daremos una pala y te dedicarás a sacar boñigas de caballo.

## CAPITULO 5

### En donde se describe la vida alegre y aventurera de los valientes lansquenetes

Si PENSABAN HUMILLARME al hacerme mozo de establo,se equivocaron de medio a medio. Yo me crié paleando estiércol de vacas y de cochinos. Para mí, sacar boñigas de caballo venía a ser como un ascenso. Pasarme todo el día cruzando el campamento de un lado a otro con una carretilla llena de estiércol fatigaba mis brazos, pero no mi amor propio. Comenzaba al amanecer, mientras todo a mi alrededor aún dormía. Silbé algunos compases de una marcha de lansquenetes mientras llenaba la carretilla con una nueva carga humeante:

Ninguna pena nos duele
ni menos los reinos de Roma…

Pronto me di cuenta de que había equivocado la tonada, más indicada para un regimiento de protestantes que para las fuerzas del príncipe obispo. Así que entoné en seguida un Miserere mei Deus que me pareció muy puesto en su punto.

Y así seguí dándole a la pala, y volcando carretadas de bosta como si no hubiese imaginado nunca mejor manera de pasar la vida.

-Eres un trabajador diligente —comentó maese Gassenhauer una de las veces que me vio con la carretilla-. A lo mejor me quedaré contigo para mozo de establo cuando termine la guerra.

Los lansquenetes que lo oyeron soltaron la carcajada. La guerra no terminaba nunca.

-A lo mejor maneja tan bien la espada como la horquilla de recoger cagarrutas -se burló otro de ellos, la vez siguiente que se me ocurrió pasar por allí.

-Quizá la maneja mejor que tú -replicó maese Gassenhauer—. No he visto que le temblasen las manos como a ti.

Al día siguiente Gassenhauer mandó:

-Deja la carretilla, coge aquella pica y haz como si fueses un soldado.

Así que me vi en medio del césped con una partesana en las manos, con un asta que tendría unos doce pies de largo. Clavé el regatón en el suelo a mis espaldas y dirigí el hierro hacia los hombres de Gassenhauer.

-Ésta es la partesana que llevan los suizos -explicó Gassenhauer-. El asta es de madera de fresno y notaréis que el hierro tiene la forma de una hoja de fresno y tres filos. Con esto, un lansquenete bien entrenado consigue traspasar una coraza de un solo golpe. Naturalmente no se puede hacer esgrima con un arma tan larga, pero cien hombres puestos en cinco filas apretadas pueden romper cualquier carga de la caballería. Sólo hay dos maneras de contrarrestarlos. La primera, disparar con metralla desde una distancia segura. La segunda somos nosotros, poniéndonos en primera línea y abriendo calle con los mandobles, ¡así!

Interrumpió la erudita y sosegada explicación con un movimiento rápido como un relámpago. En un abrir y cerrar de ojos descargó un tajo que cortó el asta apenas a un palmo de donde yo la sujetaba con ambas manos.

—En la batalla os faltará tiempo para tomar la distancia y medir el golpe —continuó Gassenhauer la instrucción—. Pero ahora sí podéis. Mozo, ahí enfrente tienes un montón de astas. Coge una de ellas y defiende tu fortaleza.

—Me alegro de servir de ayuda -repliqué-. Pero con vuestro permiso, os recuerdo que mi tarea...

—Te queda toda la noche para limpiar los establos. Desde ahora hasta el anochecer te nombro alabardero -replicó Gassenhauer. Me coloqué en posición.

—Cuidado con hacerlo picadillo, al menos por ahora -advirtió el bondadoso Gassenhauer a su chusma—. O tendréis que volver a hacer la instrucción con muñecos de paja.

Los que se entrenaban conmigo no eran rústicos labriegos sino soldados que habían visto más de una batalla.

No tardaron en dolerme las muñecas de tanto soportar espadazos. Y los adversarios, envalentonados con el juego, se acercaban cada vez más.

-Lo que acabáis de ver no ocurriría nunca en el combate real —interrumpió el ejercicio Gassenhauer—. Nuestro alabardero ha dado un paso atrás para esquivar un tajo. En la realidad, el que huye queda ensartado por el que está detrás. O sea, que para abrir calle hay que tumbarlos a

mandobles. Vamos a repetir, pero procurando que el contrario mantenga la posición.

Uno de los lansquenetes sacó el puñal y se colocó a mi espalda.

-Tienes mi hoja a dos dedos de tu cogote -anunció-.Y mi hoja no se moverá.

Otro de los atacantes se puso en disposición de acometerme.

Me di masaje en las muñecas, cogí un palo nuevo y miré con melancolía el sol, a ver qué hora era.

Apenas habíamos pasado de mediodía.

-Fijaos bien -anunció mi nuevo adversario-. Ahora, además de cortar el asta voy a rebanarle la punta de la nariz.

Yo llevaba tres añarazos en los brazos. No eran muy profundos, ni dolían mucho, pero se veía la sangre y eso había despertado la codicia de aquellos marrajos.

Iba siendo hora de abandonar mi política de colaboración amistosa.

El soldado hacía molinetes con su mandoble, tomó la medida del golpe y atacó.

Di un paso adelante y levanté la contera del suelo. Se oyó un chasquido y una exclamación dolorida cuando le clavé la punta del palo en la entrepierna al que estaba detrás. Pero no hice caso, sino que empujé la otra punta con todas mis fuerzas hacia la cara del atacante.

Éste cargaba con alegría, la espada en alto, así que estaba completamente desguarnecido.

La punta del asta le rompió la nariz y el hombre cayó al suelo como un saco.

Me acerqué de un salto y le quité el mandoble de las manos.

-De acuerdo. ¿Queréis ejercicio? Tengamos ejercicio. ¿Queréis sangre? Que haya sangre -dije.

El pelotón se puso en formación de combate. Si uno se presentaba como enemigo, no perdían el tiempo en discusiones.

Hay que cargar primero contra el más flojo, pensé, como que ya lo tenía elegido. Era un tipo flaco y pelirrojo, que durante la instrucción había fallado varias veces el intento de retajar el palo.

Entonces se interpuso Gassenhauer entre ellos y yo.

-Ésta no es la primera vez que empuñas la espada. A lo mejor es verdad que sirves para otras cosas además de acarrear boñigas. Tú recoge el asta, Hans.

El llamado Hans apartó las manos de su nariz rota, se puso trabajosamente en pie y requirió el palo.

-Acércate y verás -dijo con voz gangosa.

Quedamos en el mismo lugar que antes, pero con las posiciones cambiadas.

-Eso, que lo veamos todos. No me hacen falta soldados torpes. -Y luego, dirigiéndose a mí-: Si él deja que lo mates, te doy su plaza.

Se le notaba a Hans que no estaba muy complacido con su nueva situación. No se mostraba tan fanfarrón como antes.

Todos pudieron ver cómo temblaba la punta del palo.

Gassenhauer tiró de espada y se colocó a espaldas de Hans.

-Igualdad de condiciones para todos, ¿de acuerdo?

Todos estuvieron de acuerdo y Hans no dijo nada. A él no se le consultaba.

Sopesé el mandoble volviéndolo un par de veces a un lado y a otro. Me bastaba con amagar un golpe contra el palo, saltar a un lado para esquivar a Hans, y acabar con él. Después de eso, la vida regalada, la paga doble de veterano, la gloria, el botín... y la libertad para cuando terminase la campaña.

Arrojé el mandoble al suelo delante de mis pies.

-Los caballos estarán echándome en falta -anuncié, y eché a andar hacia donde me aguardaba mi carretilla.

Al amanecer y a última hora de la tarde limpiaba las cuadras, y durante el día me tocaba hacer de alabardero o esgrimir un mandoble desvencijado y recubierto de orín que me había regalado el oficial.

Pasaba las noches frotando la hoja con aceite, estopa y pedernal para restituirle su brillo, para recibir todas las mañanas la bronca de Gassenhauer porque las manchas aún no habían desaparecido del todo.

El tiempo sobrante podía dedicarlo a lo que se me antojase. O dormir las cuatro horas, o cavilar. Pronto me faltaron fuerzas para cavilar.

-Aparta la horquilla un rato y hablemos —me dijo cierto día Gassenhauer.

Traía una jarra y un objeto largo envuelto en un trapo.

Sentados sobre un montón de heno en el establo, Gassenhauer me invitó a vino.

-No te entiendo -empezó-. Sabes manejar las armas, pero también se te nota que has sido mozo de establo otras veces.

-¿De qué queréis que hablemos, maese Gassenhauer?

-Explícame por qué no aceptaste mi oferta de entrar en el regimiento.

-Os lo diré cuando me hayáis dicho por qué me lo ofrecisteis.

-¿Y qué querías que te ofreciera, cuando pusiste fuera de combate con una vuelta de muñeca a dos luchadores experimentados, y aún estabas dispuesto a pelear contra doce más? Tienes madera de lansquenete pero prefieres acarrear mierda, ¡a ver cómo se entiende eso!

-¿No os aconsejó Schongauer que no confiarais en mí? Gassenhauer guiñó un ojo.

-Sí lo hizo, pero no explicó el motivo. No sería la primera vez que el obispo desconfía de uno. Y hemos compartido

muchas campañas sin preguntar por el motivo. Poco vale un motivo, comparado con una buena espada.

Me arrojó el envoltorio. Lo abrí y vi que contenía una especie de machete de doble filo, la espada corta que era el arma preferida de los lansquenetes para el combate cuerpo a cuerpo.

-¿Has manejado alguna vez una de ésas? —me preguntó Gassenhauer.

-Supongo que sabría usarla si fuese necesario.

-Está bien. Tarde o temprano la necesitarás. Seguí limpiando las cuadras.

A la mañana siguiente se presentó en ellas un mozo y empezó a cargar la carretilla.

-Que vayas a hacer la instrucción —me dijo.

El pelotón practicaba la lucha a corta distancia con espadas de madera. Yo no estaba acostumbrado a manejar aquel tipo de arma y los golpes eran demasiado rápidos para mí.

Cada vez que el adversario me desarmaba, el maese me ponía varios minutos con el brazo derecho al frente y sosteniendo la espada a pulso.

Por la noche me dolían los brazos, apenas pude dormir y al día siguiente estuve peor.

Una vez me tendieron una emboscada dos de los que habían sido desarmados por mí. Me defendí como pude, pero después de recibir el primer golpe estaba demasiado tocado para pelear con eficacia. Menos mal que acudieron otros dos para defenderme, y la refriega terminó sin vencedores ni vencidos.

Abandoné la costumbre de afeitarme. Muchos lansquenetes llevaban la barba cerrada, al estilo de los arcabuceros españoles. Algunos se hacían trencillas o se las recortaban de manera extravagante. Preferí la barba entera, que me salía negra y recia.

A finales de abril pagaron la soldada y me hallé con cuatro ducados en el bolsillo..., más pobre que nunca desde que estaba al servicio de Greifenclau. Por tres ducados me compré unos bombachos a rayas como los llevaban la

mayoría de mis compañeros, y un cinturón de cuero viejo y usado, pero que me servía para llevar el machete. El puñal me lo até por dentro de la bocamanga izquierda con una correa de cuero cuyo lazo se soltaba con la mayor facilidad.

Cuando salí del carromato de la buhonera con mi nuevo atuendo, mi compañero de fatigas Miklas Waldis exclamó:

-A ver si ahora ya no hiedes a caballo.

-Mientras siga durmiendo en la cuadra... -expliqué.

-Pues no sigas durmiendo allí. En nuestra tienda de campaña siempre cabrá uno más.

Por lo visto, estaba admitido en la compañía de los lansquenetes.

-¿Tienes alguna dificultad para sujetar bien la espada, Edgar? -me preguntó Gassenhauer.

Vaya si las tenía. Sentí el brazo derecho más pesado que un buey y la muñeca como de cristal y a punto de partirse en cualquier momento. Yo jadeaba, y me corría el sudor por la cara. Una de las gotas acababa de cruzar la muralla defensiva de la ceja, y si entraba en el ojo me escocería. Entonces yo tendría que doblar el brazo que sostenía el machete para frotarme el ojo... y Gassenhauer volvería a darme con el puño en la barriga.

-No es tan difícil sujetar así una espada, ¿sabes? -continuó Gassenhauer—. Un lansquenete auténtico debe poder hacerlo.

Tenía prohibido volver la cabeza. Era preciso que la mirada siguiera el filo de la espada y que ésta apuntase al muñeco de paja que tenía a tres pasos delante de mí. Sin quitarle ojo. El ojo donde no tardaría en penetrar el líquido salado y ardiente.

-Tienes una gota de sudor colgando de la pestaña, ¿te has dado cuenta? -me preguntó el solícito Gassenhauer-. Un lansquenete no debe sudar porque eso distrae, y pierdes la concentración. Basta por hoy, y confío en que hayas aprendido algo.

Dentro de mí todo ardía en deseos de arrojar la espada y secarme el sudor. Pero no lo hice, porque sabía que sería doloroso y acabaría hincando el pico en el suelo. Así que

guardé el arma colgándomela del cinto y sólo entonces me enjugué la cara con la bocamanga.

—Cualquier puta lo haría mejor que tú -dijo Gassenhauer—. Lo que has padecido hoy no tiene ni comparación con lo que te tocaría padecer en un combate, cuando alguien te quitase de un golpe el arma de la mano. Tienes que sujetarla con fuerza para parar, y aún tiene que sobrarte fuerza para replicar.

—¿Qué, cómo te encuentras? -volvió a preguntarme por la noche, mientras yo estaba acurrucado delante de la tienda de campaña. Cualquiera que me viese debía darse cuenta de que me encontraba fatal.

—Muy bien, gracias, maese Gassenhauer. No os preocupéis.

—¡Muy bien, en efecto! Eso quiere decir que te he tratado con demasiada consideración.Veremos mañana cómo te desenvuelves en la pelea con un brazo atado a la espalda.

Gassenhauer me arrojó un frasco pequeño.

—Toma, es para ti. Pero no se te ocurra bebértelo. Es para que te hagas friegas en el brazo.

Lo que había anunciado para el día siguiente se cumplió, por desgracia.

—¡La rosca, Edgar! -berreó Gassenhauer-. ¡Rayos! ¡Voto a tal! Cuando te acometen con la punta has de hacer la rosca, ¿es que eso no cabe en tu cabeza hueca? Si intentas la parada, en un santiamén te verás traspasado de parte a parte. Tienes que rozar la hoja del contrario con la tuya, y entonces haces un movimiento de tornillo hasta que enganches con su guarnición. ¡Cuántas veces te habré quitado la espada de la mano de esa manera! ¿Lo has entendido por fin?

—Sí, maese Gassenhauer.

—Confío en que no me hayas mentido, porque cuando me canse de verte con el brazo estirado sosteniendo la espada lo ensayaremos otra vez.

Todos los días me tocaba ejercitarme con la maldita espada corta, y todos los días el maese me arrebataba el arma de la mano. Jamás lo conseguiré, pensaba yo. Esta noche deserto del campamento y que sea lo que Dios quiera.

Naturalmente, no lo hice. Pero ansiaba que apareciese Crispin para darme la señal.

—La tiene tomada contigo -me dijo una noche Miklas Waldis mientras estábamos sentados junto a la fogata contemplando la pierna de cordero que daba vueltas—. Todos andamos un poco escamados. Tú no estás aquí voluntario, ¿verdad?

—Desde luego que no -dije de todo corazón.

—¿No quieres hablar de eso?

—Justamente.

—¿Y cómo es que nunca te vienes de putas con nosotros? Eso te ayuda a pensar en otras cosas.

-Tengo ya muchas cosas en que pensar.

-Por ejemplo, cómo podría sujetar esa condenada espada cuando me ataca Gassenhauer.

-No se puede. Si quiere, te quita el arma de la mano. Pero tratándose de ti, quiere siempre.

Dos días después lloviznaba y la tierra estaba empapada y blanda cuando Gassenhauer y yo nos vimos una vez más frente a frente, en posición de pelea.

-¿Qué? ¿Lo has aprendido? -preguntó él.

-Anoche estuve practicando. Creo que ahora lo he aprendido -aseguré.

-Anda, Edgar. Sorpréndeme.

Gassenhauer atacó, yo paré, retrocedí un poco, y tiré una estocada a la garganta de Gassenhauer.

Gassenhauer hizo la rosca y me quitó el arma de la mano. Le clavé el codo en la boca del estómago, saqué el puñal y apoyé la punta en la nuez del maese.

-Nunca más -dije-. Nunca más tiraré con el brazo completamente estirado hacia delante. Ahora me da igual lo que hagáis. -Pues si te da igual...

De pronto vi el cielo abajo, y el fango del suelo venía hacia mí por arriba mientras Gassenhauer me tumbaba en una vuelta de campana. Tragué barro por la boca, por la nariz y por los ojos. Resoplé y creí ahogarme, pero finalmente conseguí ponerme de nuevo en pie.

Gassenhauer me ofreció la empuñadura de la espada.

-A ver si adivinas lo que vas a hacer ahora.

Al amanecer llegó a Tréveris la caravana de los Fugger. Entraron en la ciudad sin detenerse en nuestro campamento. Los lansquenetes cubrieron de mofas y de improperios a los cocheros y a los hombres de la escolta. Los de la caravana no replicaron, aunque no pareció que nosotros los intimidáramos lo más mínimo.

Eran treinta carromatos cargados a rebosar, cada uno conducido por dos cocheros. La escolta estaba formada por un centenar de hombres de a caballo. El primer carromato y el último llevaban además sendas baterías de culebrinas y los artilleros iban con la mecha encendida en la mano.

Corrían malos tiempos, y no había seguridad en los caminos. El que se viese en la necesidad de enviar una mercadería o un mensaje, lo mejor que podía hacer era llevarlo a una oficina de los Fugger, con la seguridad de que desde allí lo enviarían a la oficina que tuviesen en otra ciudad.

Con Jakob Fugger no se atrevía ni siquiera Franz von Sickingen, que no respetó jamás a señor alguno ni noble ni eclesiástico. La cólera del patriarca era de cuidado. Desde su casa familiar de Augsburgo y de un plumazo podía desencadenar guerras o ponerles fin, en este o en otros continentes. De los que no supieron entenderlo así, muchos se pudrían ya en tumbas anónimas.

Cuatro ducados eran la soldada mensual de un lansquenete; ocho, la de los veteranos. Los hombres empleados por la familia Fugger en la escolta de sus caravanas, si cumplían como bravos, podían llegar a ganar diez. Aquellos sujetos que acompañaban los carromatos eran matones, verdugos, desertores, espadachines a sueldo, lo mismo que nosotros. Sólo que más eficaces en lo suyo.

Llevaba sólo tres semanas en el campamento pero ya me parecían más largas y más reales que toda mi vida anterior.

Sentado a solas en la cuadra, me daba friegas en el brazo derecho. Un día más, me dije. Intenta resistir un solo día más.

Si los rumores no mentían, la campaña comenzaría pronto. Que comenzase, pero no contarían conmigo.

Entonces entró Gassenhauer, y me puse en pie de un salto.

-Descansa, hombre -dijo el maese—. Es de noche y podemos sentarnos a beber tranquilamente un trago de vino.

En efecto, traía otra vez una jarra de vino, que parecía dispuesto a compartir conmigo. A mí me habría gustado estamparle la jarra en la cabeza, pero seguramente Gassenhauer también estaría preparado para esa circunstancia.

-¡Maldita sea! ¿En qué os he ofendido yo? -pregunté.

-¿En qué me has ofendido? Desperdicias tu talento, muchacho. No sé a qué te dedicabas antes, pero manejas la espada mejor que ninguno de aquí... excepto yo, naturalmente. Y sería pecar contra esa bendición de Dios que dejaras de ejercitarte hasta que lo hagas tan bien como yo. Así que bebe, y deja de quejarte.

Tomé un largo trago de la jarra.

-Y si ocurre un accidente mortal, ¿qué pasa?

-Aquí no hay accidentes mortales. Mis hombres cuando mueren lo hacen en la batalla y con las heridas en el pecho.

-A veces pienso que, comparada con vuestra disciplina, la guerra debe ser una fiesta.

-¿Todavía no has entendido por qué te disciplino tanto? Cuando las cosas se pongan serias, necesitaré alguien que me cubra la espalda. Y ese alguien tiene que ser el mejor. Lo eres tú, aunque todavía tienes mucho que aprender.

Eso era lo peor, que confiaba en mí. Bebí.

-¿Te encuentras mejor ahora?

-Un poco.

-¿Te animas a practicar un rato conmigo?

-Después de beber vino estoy más lento.

-¡Ah! He dicho que voy a hacer de ti un lansquenete. Y un soldado de fortuna siempre está dispuesto, bebido o no. Pero no quiero ventajas injustas.

Con estas palabras apuró de un solo trago el resto de la jarra.

Sacamos las espadas. Las hojas chocaron despidiendo un sonido argentino, y mi arma cayó al suelo.

-Es que tienes la mano agarrotada -criticó Gassenhauer—. ¿Cómo quieres pelear así? Pelear no es plantarse como un mulo, sino pensar con la cabeza.

-Vos mismo dijisteis que debía sujetar la espada con fuerza.

-Sujetarla sí, pero no colgarte de ella. ¡Otra vez!

Intenté tirar una estocada a fondo, algo entorpecido por el vino. Gassenhauer paró con facilidad, cedió un paso y me ofreció el flanco descubierto.

Titubeé un instante... y con un rápido movimiento de Gassenhauer mi espada cayó al suelo.

-No hay que titubear, Edgar. Puedes amagar un titubeo siempre que tengas pensado lo que vas a hacer después.

Gassenhauer retrocedió un paso y quedó en postura de atención.

-Coloca tu hoja al lado de la mía y haz la rosca, a ver si me desarmas. ¡Anda, que no voy a morderte!

Puse la hoja de mi espada paralela a la de Gassenhauer, e hice el movimiento de tornillo hasta que la punta enganchó la guarnición adversaria. Empujé, notando que dominaba la acometida... y volví a perder cuando Gassenhauer me desarmó.

-Esta vez has estado mejor -dijo-. Recoge la espada y vamos a probar otra vez.

Hubo un breve asalto. Gassenhauer cedió terreno hasta quedar de espaldas contra la puerta de la cuadra. Entonces hizo un veloz movimiento de esquiva.

Reaccioné sin pensarlo. Hice la rosca sobre el acero del maese, enganché la guarnición y la espada de Gassenhauer salió volando.

-¡Lo conseguí! -exclamé con júbilo sincero-. ¡Esta vez lo hice! ¡Vive Dios, maese Gassenhauer! Habéis logrado que lo aprendiese.

Gassenhauer permaneció inmóvil, como sorprendido por el éxito de sus enseñanzas.

Lleno de entusiasmo, le di una palmada en el hombro.

Gassenhauer se derrumbó. Tenía un mandoble clavado en la espalda.

Retrocedí un paso, la espada en posición de defensa.

Entonces se recortó en la puerta de la cuadra una silueta gigantesca, y al mismo tiempo capté dos cosas: que Crispin acababa de matar a Gassenhauer, y que lo había hecho con mi viejo mandoble oxidado.

-Coge un caballo —dijo Crispin-. Se acabó la diversión.

## CAPITULO 6

### Que nos devuelve a la patria de nuestros amores

LLEVÉ DE LAS RIENDAS el caballo del furriel, un tordo de gran alzada que me pareció rápido y resistente. El campamento despertaba en derredor, a toque de timbal y entre las cariñosas invitaciones de los cabos:

—¡Arriba, carroña, vagos, inútiles!

Crispin me llevó hacia una poterna que estaba sin centinela. Nos alejábamos de la ciudad cruzando por un prado mojado de rocío hacia un bosquecillo. Allí pacían tranquilamente dos caballos. Sentado sobre un tocón, Greifenclau leía un librillo cuya cubierta me mostró en seguida. El título decía Memorial de agravios y brújula de incautos contra el poder del anticristo Papa de Roma y de los clérigos corrompidos.

—Un libro interesante -comentó—. ¿Tú lo has leído?

—No, Eminencia.

—Pues viene en lengua vulgar. El tal Ulrich von Hurten dice ser un humanista, y luego escribe en la lengua del populacho. ¡Como si los pensamientos sublimes pudiese entenderlos el pueblo bajo! Sólo por eso ha de arder el de Hutten tan pronto como nos logremos hacernos con su persona.

Guardé silencio, puesto que no se me preguntaba.

—¿Habrás aprendido a manejar pasablemente la espada?

—Hago lo que puedo por ser digno de pelear a mayor gloria de Vuestra Eminencia.

—Basta de chanzas -replicó él-. Ahora se nos notificará que asesinaste traicioneramente a tu benefactor el capitán, y no contento con eso has robado un caballo y has desertado como un cobarde en vísperas de la campaña, poniendo pies en polvorosa. Dime, Crispin, ¿qué pago les dan los lansquenetes a los perjuros y granujas de tal calibre cuando los atrapan?

—Los invitan a carrera de baquetas.

La carrera de baquetas era el castigo que se administraba a los lansquenetes que hubiesen saqueado los bienes de la comunidad. Los hombres formados en dos filas y armados con correas y picas hacían pasar la calle al delincuente semidesnudo. Todos procuraban espetarlo pero si conseguía llegar vivo al final quedaba perdonado. Suceso poco frecuente cuando los doscientos soldados se empeñaban en evitar que saliese con vida.

-Nunca se habló de matarlo -dije—. Lo convenido era dejarlo sin sentidos y robarle sus pertenencias.

-A nuestro juicio, ibas a quedar más propio como asesino que como ladrón. Además nos parece recordar que tienes alguna experiencia en lo primero, ¿verdad?

Dice el refrán que quien se sienta a comer con el diablo ha de llevar cuchara larga.Yo no ignoraba que la mía era demasiado corta.

-No os defraudaré, Eminencia.

-De eso estamos seguros. Hoy mismo emprendemos la marcha sobre Landstuhl para borrar de la tierra esa ofensa a los ojos de Nuestro Señor que son el hereje Sickingen y todos sus secuaces. Mientras tanto ha nacido otro peligro a nuestras espaldas, pero por fortuna tenemos ojos en todas partes. Algunos príncipes y nobles que se decían aliados nuestros han pactado en secreto con las fuerzas del mal. Ha llegado a nuestro conocimiento que la hechicería y la herejía están haciendo estragos allí donde nosotros hacíamos alardes de paciencia y transigencia.

Es decir, en ninguna parte, pensé yo, y luego me dije que debía vigilar mejor mis pensamientos, pues algunas veces Greifenclau daba muestras de ser capaz de adivinarlos.

-Tú mismo has llamado nuestra atención sobre Giovanni Pico della Spalatina —continuó Greifenclau-. Ha formado una partida de bandoleros y es de temer que aproveche nuestra ausencia para una incursión y para perpetrar estragos nunca vistos.

-Con mucho gusto me uniré a sus huestes y averiguaré todos sus planes -me ofrecí.

-Nada de eso -me reprendió Greifenclau—. El verdadero peligro está en las intrigas, en la indisciplina frente a la autoridad. Un saqueo no es nada, porque el tiempo repara todos los daños. Pero un insumiso que no recibe su castigo deja una simiente que puede retoñar muchas generaciones después. Según nuestras noticias, ésa es precisamente la siembra que ha ocurrido en la comarca de Schónburg. Tenemos entendido que tú la conoces bien.

-¿En Schónburg? Sí, Eminencia. Soy oriundo de allí. Me parece que no sería buena idea que yo anduviese disfrazado por aquellos parajes.

-En realidad no irás disfrazado, sino que te presentarás como quien eres, un prófugo de la justicia que retorna a su país, y que aceptará cualquier tarea que se le ofrezca. Sabemos que el conde Frowin von Pirckheim está reclutando hombres para limpiar de salteadores de caminos la región.Tú aprovecharás esa oportunidad. Así podrás entrar en el castillo y averiguar sus secretos.

-¿No sería mejor que me uniese a los salteadores de caminos? Entre ellos pasaría desapercibido y nos enteraríamos de lo que piensan hacer.

-No nos preocupa lo que hagan unas partidas de desharrapados. Nos interesa lo que ocurre detrás de los muros del castillo. Ayer, con el correo de los banqueros recibimos noticias de un fiel confidente, noticias inquietantes que nos han causado la mayor consternación. Tratan de tremendos secretos y de tejemanejes blasfemos perpetrados a puerta cerrada en cámaras secretas. Tu misión consistirá en averiguar todas esas cosas.Y si los huéspedes del castillo son enemigos de la fe verdadera, serás mejor recibido si te presentas como otro enemigo de la fe verdadera.

-¿Cómo va a saberse eso, si resulta que soy un asesino prófugo de la justicia? Al fin y al cabo, no voy a proclamarlo yo mismo.

-Todo vendrá en el mandamiento de busca y captura que enviaremos a Oberwesel en momento oportuno.

-¿De qué naturaleza son los tejemanejes blasfemos y los secretos tremendos que se sospechan? Convendría que yo supiese aproximadamente lo que debo buscar.

-No lo veo necesario. Así entrarás en el castillo con el alma limpia. Con el alma limpia no me pareció la descripción más ajustada para un supuesto criminal y prófugo, pero no quise discutirlo.

-¿Quién es vuestro hombre de confianza en Schónburg? — pregunté.

-Tampoco me parece necesario que conozcas su identidad, ni él la tuya. A su tiempo te enviaremos un mensaje. Deseamos que seas nuestros ojos y nuestros oídos, pero no nuestra boca, ¿entendido?

-Su Eminencia puede quedar tranquilo.

Crispin Schongauer y yo enfilarnos hacia el este, yo delante y él detrás. Como procurábamos andar por despoblado, nuestro camino nos llevó laderas arriba, hacia los bosques de Hunsrück.

—Desde aquí puedes continuar solo —dijo Schongauer al tiempo que tiraba de las riendas-. He hecho por ti lo que podía.

-No encuentro palabras con que expresar mi gratitud. A lo mejor debería tomarme en serio mi papel de prófugo y poner tierra por medio hasta salir de estos reinos.

-Te encontraré, vayas adonde vayas.

No me cabía ninguna duda. Sin esperar mi contestación, Schongauer volvió grupas y se fue por donde habíamos venido. No tardó en desaparecer detrás de un recodo.

Volví mi cabalgadura hacia el norte. Por aquellos caminos debía andar Spalatina. De manera que si él seguí la orilla del Rin y yo cruzaba hacia Schónburg, sería cosa del diablo que dejáramos de tropezamos y yo no encontrase por fin a Joseph Peutinger.

Muchos años más tarde, cuando el dolor era ya sólo un recuerdo, leí en un libro de Platón aquello de «¡ay de ti, desdichado! No quieras ver realizados tus deseos».

Se cuenta que en sus tiempos tampoco le hicieron caso. Cuatro días más tarde, de pie en la linde del bosque surgió bajo mis ojos la aldea de Damscheid. Vista desde lo alto, no parecía que hubiese pasado por ella el tiempo.

A la izquierda de la calle principal estaba la alquería de mis padres. A lo lejos, la silueta del castillo de Schónburg. Allí me aguardaban, tal vez, traiciones, intrigas y luchas. Sin embargo, yo lo contemplaba todo con tranquilidad, como si sólo se tratase de una visita a la familia.

Cobarde, me reprendí. Todavía te espantan los palos que recibiste de niño.

Con un chasquido de la lengua por mi parte, el caballo echó a andar en dirección a Damscheid.

En los campos, algunos de los que trabajaban levantaron la vista a mi paso. De vez en cuando me pareció divisar alguna cara conocida.Y cuando dos juntaban las cabezas después de pasar yo, me daba cuenta de que yo también estaba siendo reconocido.

Por fin entré en el patio de la casa de mis padres, dejé el caballo atado a una estaca y entré sin pararme a pensarlo demasiado.

En la cocina me tropecé con mi hermano Ottokar, una mujer joven y tres criaturas, todos sentados alrededor de la mesa. La mujer y los hijos me miraron con sorpresa y temor. Mi hermano dijo:

-Confiábamos en que hubieses muerto.

Vi la cicatriz en el rostro de la mujer; el cardenal en la cara de uno de los críos, y contesté:

-Y yo confiaba en que no hubieses salido tanto a nuestro padre.

-Aquí no se te ha perdido nada -dijo Ottokar-. Cuando te fuiste, padre lo dejó todo a mi nombre.

-Qué recibimiento tan cordial —fui a sentarme sobre un escabel frente a Ottokar.

-No eres bienvenido -dijo él—. ¡Y vosotros, largo de aquí!

Sin decir palabra, la mujer cargó al más pequeño en brazos y todos salieron con gran apresuramiento, como anhelando perder de vista al páterfamilias.

-¿Qué tal nuestros padres? —pregunté.

-Un poco tarde para preguntarlo. Madre murió al poco de largarte tú, y padre, un par de años después. Mal deben irte las cosas para que hayas vuelto aquí, a mendigar ayuda después de tanto tiempo. ¡Y con esa facha, disfrazado de lansquenete! Que no creo que lo seas. Ningún ejército emplearía a un cobarde como tú.

-¿De qué murió madre? —pregunté.

-Tú no tienes derecho a preguntar. Y ahora, ¡largo de mi casa, si no quieres que te sacuda el polvo!

Para dar mayor énfasis a su disposición de sacudirme el polvo, se puso en pie y se hizo con una pala. Levantó la herramienta en actitud de atacar, pero manteniéndose a prudente distancia.

Siempre había sido más bajo que yo. En los años que llevábamos separados, sin embargo, había crecido a lo ancho. Tenía las facciones abotargadas, la nariz surcada de venillas color púrpura, y un bigotazo de morsa le tapaba la boca al tiempo que daba cuenta de la minuta de la última comida.

-Cómo cambian las cosas -filosofé-.Vengo para presentarme con orgullo al hombre temido por mí durante tanto tiempo, y me recibe un enano rencoroso y ahito de lacón y cebolla. Bien es verdad que el mundo va a peor.

Me puse en pie.

-¡Cuidado! -me advirtió Ottokar dando un paso atrás—. Si te mato en mi casa, la ley está de mi parte.

-Y cuando maltratas a tu familia también, ¿o no?

-Tú aquí no pintas nada.

-Conozco a los tipos como tú —le dije—. Como no vas a poder conmigo, desahogarás la rabia con los tuyos. Dime dónde están enterrados nuestros padres y te dejo en paz.

-¿Para qué? ¿Vas a llorar sobre las tumbas para lamentar tu vida desgraciada? ¡No te lo diré!

-Voy a salir por esa puerta, y cuando lo haga te volveré la espalda, Ottokar. Hazme un favor. Intenta atacarme por detrás.

Ottokar no se atrevió.

Salí de la casa sin ser molestado. Poco a poco fueron desvaneciéndose en la distancia los insultos que Ottokar le prodigaba a su mujer para aliviarse el enojo.

No me hizo falta buscar mucho en el fosar detrás de la iglesia. Mis padres descansaban al lado de los demás antepasados de la familia. Una lápida sencilla, sin más leyenda que los nombres y las fechas, me permitió encontrarlos.

Por poco más de un año no pude ver a mi padre.

Pero no, que sí le había visto, pensé entonces. Acababa de hablar con él, sólo que rejuvenecido unos cuantos años.

Me volví dispuesto a alejarme y entonces me tropecé con el viejo cura, que estaba a mi espalda y me había observado.

-Que me zurzan si no es Edgar -dijo el presbítero—. ¡Cuánto ha crecido, hijo mío! Como siempre, llegas tarde para la misa del domingo.

-Que me zurzan si no es el cura Seuse —repliqué—. Cuánto os habéis encogido, padre.

-Y tan respondón como siempre. ¿Has visitado a tu hermano?

-Sí.

-Está hecho un buen granjero, ¿verdad?

-Habréis tenido que pensarlo mucho para decir algo bueno de él, padre.

-Todavía sigo pensándolo. Supongo que no harás ascos a un vaso de buen vino mientras hablamos de tu porvenir.

La rectoral exhalaba el mismo tufillo mohoso de antaño, cuando el cura nos encerraba a los rapaces más despabilados del pueblo después de la misa, para enseñarnos a leer y escribir.

-Vuestro padre dijo que vuestra madre se cayó en el establo y se partió la cabeza —explicó Seuse—. No voy a ocultarte que hubo algunas conjeturas.

-Supongo que los que conjeturaron estarían en lo cierto — contesté.

-A partir de entonces las cosas le fueron de mal en peor a vuestro padre. Se emborrachaba y desatendió las labores. Tu hermano Ottokar se encargó de todo, trabajando de sol a sol. A cambio tu padre lo llenaba de improperios. Cuando te fuiste, te maldecía a ti, pero apenas pasaron unos años te convertiste en el hijo modelo. Finalmente dijo que te haría heredero de la alquería porque Ottokar no sabía llevarla. Que tenías derecho porque eras el primogénito.

-¿Para qué? Nunca la he pretendido esa finca, ni la quiero ahora.

-Ya lo sé. Además la realidad es que Ottokar la lleva bien, sólo que vuestro padre no quería reconocérselo. Hasta el día que Ottokar vino a verme y dijo que vuestro padre se había caído en el establo y se había partido la cabeza. Curioso, ¿verdad?

-Es curioso, en efecto. No veo llegado el día en que se os presente la mujer de Ottokar toda llorosa, para deciros que su marido se partió la cabeza en el establo.

-Tienes una fantasía malévola, hijo. O un cerebro demasiado despejado. Tanto lo uno como lo otro pueden crearte dificultades. Vamos a beber ese vaso de vino.

Seuse llenó dos vasos y preguntó:

-¿Qué harás ahora, Edgar?

-He decidido hacerme soldado de fortuna. ¿Sabéis si por casualidad alguien necesita lansquenetes en esta comarca?

Seuse puso cara de perro guardián que acaba de ventear algo insólito. Un perro de guarda muy atento, al que no se le escapaba detalle.

-Si quisieras combatir a mayor gloria de la Iglesia -dijo por fin el cura-, lo mejor sería encaminarte a Tréveris. El príncipe obispo está reuniendo allí un ejército para ajustarles las cuentas a los nobles rebeldes y a los luteranos.

-Indudablemente, quien combate por la causa justa no sólo gana el premio terrenal sino también la gloria celestial.

-Muy bien dicho, hijo mío. Sólo que con eso todavía no sabemos cuál es la causa justa, ¿no te parece?

-¿Y cuál es la causa justa, mi señor cura?

-¡Qué sé yo! No soy más que un pobre cura de aldea y nada entiendo de los asuntos mundanales.

-Es verdad que no tenéis ni la mitad de libros que la biblioteca de Alejandría -dije señalando con la mano una librería cuyas tablas se doblaban bajo el peso de los volúmenes.

-¡Bah! No exageremos. Sí he leído algún que otro libro. El monje Lutero de Wittemberg escribe que la Santa Madre Iglesia se ha desentendido de las almas de los fieles.Y el sabio Ortvin Gratius replica diciendo que Lutero es el heraldo del Anticristo. Entonces va el muy honorable Johannes Reuchlin y escribe que la venta de indulgencias no es más que un tráfico vergonzoso que enriquece a los grandes mercaderes y a los príncipes de la Iglesia.Y el príncipe obispo Greifenclau nos envía una pastoral para advertirnos de que Reuchlin es otro mensajero del Anticristo. Me alegro de pasar los últimos años de mi vejez en una iglesia de aldea sin ver una hoguera ni desde el pie ni desde la cima.

-Supongamos que voy aTréveris.Y supongamos que el camino pasa por Oberwesel.

-Pues podría suceder que allí estuvieran buscando soldados. Sólo unos cuantos, ¿entiendes?, y no de los mejor pagados.

-¿O sea que el conde Von Pirckheim también está armando un ejército?

-Ejército sería mucho decir. Más bien una partida, para defender el castillo contra los bandoleros.Y no es el conde quien la reúne. Me parece que tú no te acuerdas del conde.

-¡Cómo iba a acordarme! Si no soy más que un labrantín.

-Vaya, vaya. Sí lo eres. Espera un momento..., ¿cuándo fue eso...? Hará treinta años..., poco antes de que nacieras tú. ¿En qué año naciste?

-En 1495.

-Pues ya sería hora de que pensaras en fundar una familia, ¿no?

-No digo que no. ¿Qué pasó entonces?

-Pues que fue el año en que murió el conde Nikolaus von Pirckheim. Dijeron entonces que tenía un pacto con el diablo y que Satanás acudió a llevarse su alma. A lo que pareció, se había encerrado por dentro en una torre de su castillo. Cuando forzaron la puerta lo encontraron allí, pero con todo el cuerpo carbonizado y los cabellos blancos como la nieve. Además dicen que la habitación hedía a azufre,

todo lo cual se atribuyó a la presencia del Maligno. Le heredó su hermano Frowin, porque los hijos de Nikolaus no aparecieron. Se aseguró que su mismo padre los había sacrificado al demonio. La esposa murió cuando dio a luz a la niña, y desde entonces nadie se había ocupado de las tres criaturas...

-Todo esto es muy interesante, señor cura, pero ¿qué tiene que ver la historia familiar de los Pirckheim con los lansquenetes de su rol?

-Déjame hablar, muchacho. Si algún privilegio tiene la ancianidad es que los jóvenes deben escuchar con respeto. Pues resulta que Frowin von Pirckheim es un sujeto bastante raro. Algunos dicen que él también tiene hecho pacto y contrato con el diablo. Por suerte para él, o mejor dicho por suerte para los pueblos de la región, tiene un administrador honrado, llamado Wiggershaus, y ése es el que recluta a los hombres. Como el dinero no sobra, será una tropa poco numerosa. Pero si quieres luchar por una causa justa, ponte al servicio del castillo. Si quieres fama y fortuna, búscate otro señor.Y si lo que andas buscando es la gloria celestial..., que Dios te ampare.

—Es una decisión difícil.

—A mí no intentes engañarme, Edgar Frischlin, ¡que te conozco! Viniste al pueblo con intención de ponerte al servicio de los señores del castillo.

—Me ha emocionado tanto vuestra historia que quizá parezco algo conmovido.

—Pues ya me gustaría ver lo que parecerás cuando veas allí a Susanne.

—¿Susanne? ¿Que Susanne ha vuelto a casa?

—A casa exactamente, no, porque no se ha dejado caer por el pueblo.Yo la he visto allá en Oberwesel. Vive en el castillo y según me han contado, muchos la tienen por bruja.

—¿Susanne una bruja? ¡Eso nunca! -aseguré.

—No sería la primera vez que alguien dice de alguien que es un brujo. Yo sólo te lo cuento para que luego no digas que nadie te lo había advertido.Y no me mires así. Siempre he sabido que estabas enamorado de ella, y sigues estándolo.

—La he olvidado y ahora me es totalmente indiferente.

—¿No sabes que es pecado mentirle al cura?

Por último acepté de buena gana el ofrecimiento de quedarme a dormir en la rectoral. Un monaguillo se encargó de mi cabalgadura y por primera vez desde hacía muchas semanas pude dormir tranquilamente y sin pesadillas, en cama de plumas y bajo techo.

La mañana del lunes el cura Seuse me despertó antes del amanecer.

—Hoy es día de mercado en Oberwesel -anunció—. En la mesa hay un buen desayuno. Se cuenta que allá por Schónburg sólo dan sopas de avena para comer, así que aprovéchate ahora que todavía puedes.

## CAPITULO 7

### En donde se explica por qué las ventas del mercado quedaron muy por debajo de lo que se esperaba

EN LA ENTRADA DE OBERWESEL se aburría un único centinela que me dejó pasar sin preguntar nada. Así entré, a primera hora de la mañana del lunes, en aquella ciudad donde hacía más de diez años que no paraba.Y me encaminé derecho a la plaza del mercado, que estaba al pie de la iglesia de arenisca roja.

Descubrí que mis recuerdos infantiles habían engrandecido la plaza. Es una experiencia muy corriente de la edad adulta, cuando volvemos a ver los lugares que de niños nos parecieron tan espaciosos. Será que ellos siguen creciendo en el recuerdo, o que nosotros éramos entonces más bajitos.

Ni lo uno ni lo otro me servían para explicarme por qué no se veían puestos de venta en medio de la plaza.Yo recordaba

unos pasillos estrechos por donde se apretujaba el gentío curioseando entre carromatos de buhoneros y tenderetes de tablas.

Hasta la parroquia evitaba pasar por el centro y andaba pegada a las tiendas, sin detenerse apenas, para seguir luego rápidamente su camino.

Me detuve en una de las bocacalles y até el caballo a una argolla de la pared.

Allí nadie compraba nada, por lo visto, y lo que me pareció todavía más raro, nadie pregonaba mercancía alguna.

Avanzaba la mañana y no se abrían los postigos de las ventanas que daban a la plaza.

Entonces apareció en la calle de enfrente un buhonero con su carro cargado de cestas y de enseres de cocina. El recién llegado miró a su alrededor, no menos asombrado que yo. Sin duda venía convencido que de le resultaría casi imposible encontrar plaza.

Lo que sobraba era plaza, sin embargo. Pero antes de que el hombre se decidiera, un sujeto alto y flaco se salió del umbral donde se resguardaba e interpeló al buhonero.

Este sujeto tendría unos treinta años, cabello negro y barba de chivo pulcramente recortada. Lo que dijo no gustó al comerciante, pero el hombre tenía un aire de autoridad que no admitía réplica. El buhonero dio media vuelta con su carro y se fue por donde había venido.

Los clientes del mercado parecían bailar una extraña rondalla. Iban contorneando los puestos de venta, siempre de izquierda a derecha. De vez en cuando se detenían, pero no compraban.Y luego, otra vez dale a la rueda. Al principio no me había dado cuenta de la maniobra, cuyos movimientos me parecieron demasiado estudiados.

Pasaba algo raro. No era la conducta normal de los habitantes de una ciudad tranquila y confiada que deja abiertas las puertas de sus murallas y no interroga a los forasteros. Pero tampoco era la conducta de una ciudad que estuviera aguardando un asalto.

Pensé que no le faltaba olfato a Greifenclau para ventear misterios. Entonces me fijé en un viejo que apoyado en un montón de leña se dedicaba a desatar teas. El individuo me

miró un instante con curiosidad pero luego se hizo el desentendido y volvió a ocuparse de sus teas, que iba amontonando dentro de un cesto.

Una de ellas estaba clavada en el suelo de tierra de la plaza, encendida a manera de antorcha.

Me acerqué al hombre y le pregunté:

-¿A cuánto las teas?

El vejete se mostró confuso.

-¿Mis teas? ¡Ah, sí! Son unas teas muy buenas. Trabajo de artesanía,

¿cuánto ofrecéis?

-Necesito muchas teas. ¿Me haréis un precio especial si me las llevo todas?

-¿Todas? ¿Ahora mismo?

-Sí, y sobre todo la que está encendida me gustaría llevármela ahora mismo.

-Ésa es la de muestra. No la venderé por nada del mundo.

-¿Para qué necesitáis la muestra una vez hayáis vendido toda la mercancía de la jornada?

—¡Ah, sí! Acabo de recordar que las tengo todas comprometidas. Lástima, pero no puedo venderos ninguna.

—Sí, es una lástima -dije—. Echaré un vistazo por el mercado, a ver si se encuentra algo.

—Sí, mirad, mirad. No tenemos nada que ocultar.

A mí me parecía más bien lo contrario. Que los ciudadanos de Oberwesel tenían no poco que ocultar.

Me limité a entrar en la rueda, soportando las miradas desconfiadas de los más cercanos, que sin embargo no se atrevieron a dirigirme la palabra.

Al pasar por un puesto cuyo rótulo decía «A la tahona de Funcken» me compré una torta de chicharrones y empecé a darle mordiscos. Resecaba la boca.

Consideré una parada con aperos agrícolas, otra que decía vender huevos (y exponía en efecto un par de docenas), una de flautas y cascabeles, y una de sombreros. Por algún motivo difícil de adivinar, en medio de los sombreros habían colocado una linterna encendida. A pleno día.

Me quedé mirando a la vendedora que estaba detrás de los sombreros de fieltro y me contemplaba también muy sorprendida.

-¡Susanne! -exclamé-. ¿Quién habría imaginado que te encontraría convertida en sombrerera?

-Quítate de mi vista —dijo Susanne, el gran amor de mi juventud.

-Te he recordado muchas veces y me preguntaba qué habría sido de ti -dije sonriente.

-Pues yo no me he acordado de ti para nada -replicó ella-. Pero hay cosas que no se pueden evitar, por lo visto.

-No has cambiado nada —estaba diciendo yo cuando sentí una mano vigorosa que caía pesadamente sobre mi hombro.

-¿Conoces a ese mozo, Susanne? -dijo el de la barba de chivo que poco antes había echado de la plaza al buhonero.

-Un haragán de Damscheid -dijo Susanne.

-Muy bien, muchacho. -Se volvió el otro hacia mí-. Aquí tenemos una bonita posada para los tipos como tú. Es muy segura, tan segura que no vas a necesitar tu espada. Soy Hans Kuehnemund, el mejor espadachín de esta ciudad. Así que dámela, que yo te la guardaré. -Alargó la izquierda en ademán de exigencia, la derecha puesta sobre el pomo de su arma.

A nuestro alrededor empezaban a congregarse los transeúntes y pude notar que algunos de los hombres también iban armados. Las mujeres, que eran las menos, se mantenían aparte.

-No hay razón para desconfiar -le dije con amabilidad. En seguida salté a un lado para colocarme de espaldas al tenderete de sombreros, y saqué la espada corta.

Kuehnemund desenvainó la suya y tras cruzar su acero un instante con el mío me invitó:

-Vamos a verlo.

-¡Alarma! -exclamó alguien desde una bocacalle. Un muchacho muy excitado entró a toda prisa en la plaza mientras la exclamación corría de boca en boca.

Por un instante creí que la voz de alarma se refería a mi inminente combate con Kuehnemund. Pero casi en seguida los presentes se hicieron los desentendidos y fingieron retornar a sus ocupaciones habituales.

Se oyó un ruido de cascos cada vez más cercano. En algunos establecimientos los tenderos desaparecieron detrás de los mostradores, en otros aparecían hombres que habían permanecido hasta entonces ocultos.

Con no poca sorpresa por mi parte, Kuehnemund envainó su espada. Susanne le arrojó una pistola que él atrapó al vuelo, y me apuntó en seguida.

-Una sola palabra a los tuyos, y eres hombre muerto -me advirtió—. ¡Y guárdate tu arma!

Me apresuré a obedecerle.

-¿Estás preparada? -preguntó Kuehnemund.

-Desde el primer momento -respondió Susanne,

El galope de caballos se volvió atronador. Sin duda corrían ya entre las casas. Daba la sensación de que fuesen más de cien los jinetes que se acercaban.

El vendedor de teas recogió del suelo la que tenía encendida y dijo ser su muestra, y se puso a hurgar en el montón de leña. Susanne abrió la linterna y tras rebuscar debajo de su mostrador sacó un puñado de mechas.

Entonces apareció el primer jinete. Era un individuo de aspecto marcial, que se cubría con un peto y guiaba el caballo con las rodillas, mientras esgrimía la espada en una mano y una pistola en la otra.

Le seguía una columna de hombres de a caballo, todos de aspecto fiero y dando voces. Cargaron sin orden ni concierto y se desparramaron por la plaza.

—¡La ciudad es nuestra! —exclamó el jefe mientras caracoleaba frente al puesto de Susanne.

Oí que ésta exclamaba:

—Nunca había visto un hombre tan equivocado. Y Kuehnemund gritó:

—¡Ahora!

Al mismo tiempo apuntó al primero que había entrado y apretó el gatillo. La victoriosa exclamación del jefe se ahogó en un grito.

De súbito aparecieron arcabuces, ballestas y arcos en manos de todos los tenderos. Una lluvia de proyectiles cayó sobre los jinetes. El ataque por sorpresa iba a degenerar en pánico. Los caballos se encabritaban, los jinetes caían muertos de las sillas, y algunos heridos quedaron colgando de los estribos y salieron arrastrados por sus monturas.

Otros volvían ya grupas para huir en desbandada, pero entonces se oyó una voz poderosa más fuerte que el clamor general:

—No nos conceden la victoria, dejaremos amarga memoria.

El autor de la arenga era un tipo flaco que estaba parado sobre su caballo en medio de la plaza. Al mismo tiempo levantó la ballesta y disparó. El hombre que estaba en el puesto junto a Susanne cayó desplomado con el dardo en medio de la frente.

Los jinetes se rehicieron en seguida y se pusieron a disparar a su vez. Por todas partes caían los defensores del mercado.

—A los burgueses desollaremos y nuestro valor centuplicaremos —exclamó el flaco al tiempo que clavaba las espuelas a su caballo y armaba la ballesta.

En efecto se hubiera dicho que los burgueses acababan de gastar toda su munición de valentía con la primera descarga.

Cuando los atacantes se pusieron en formación para intentar por segunda vez el asalto, algunos de los defensores emprendieron la fuga.

Kuehnemund arrojó la pistola y tiró de espada desentendiéndose de mí para enfrentarse a uno de los bandoleros, que venía haciendo molinetes con su arma. Kuehnemund se agachó para esquivarlo y lanzó una gran estocada que descabalgó al asaltante.

Susanne metió dos mechas en la linterna, que prendieron en seguida.

Sentí como un golpe en un larguero sobre mi cabeza. Uno de los bandoleros, que había perdido el caballo, acababa de disparar su arcabuz al tiempo que corría hacia mí. Viendo que había fallado, lo agarró por el cañón, decidido a utilizarlo como si fuese una maza.

Con mi espada corta otra vez en la mano, me aparté a un lado de un salto y cuando hubo descargado el golpe en el vacío, le dejé el muslo como una res abierta en canal. El hombre cayó al suelo y un pisotón en la cara lo dejó fuera de combate.

Algunos jinetes echaron pie a tierra y perseguían a los defensores por entre los puestos de venta. Un grupo bastante numeroso formó cuña en medio de la plaza para lanzarse de nuevo al asalto.

Vi que el viejo vendedor de teas tumbaba de un puntapié el montón de leña. Era sólo un atado que había servido para disimular el carro colocado detrás. Al apartar el carro apareció un cañón y el mercader prendió la carga sin pérdida de tiempo.

El cañón rugió y la cuña atacante se convirtió en un amasijo de hombres y caballos que agonizaban en tierra.

Uno de aquellos desuellacaras corría hacia Susanne armado con un hacha. Le corté el paso y detuve el golpe. Al notar que el pico del hierro quedaba trabado con mi espada hice la rosca sin pensarlo siquiera y mi contrario quedó desarmado, lo que me permitió traspasarlo en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Agáchate, idiota! —me gritó Susanne.

Sentí que el suelo se levantaba debajo de mis pies. En el centro de la plaza se abrió un volcán de tierra y humo.

La onda me arrojó al suelo y comprendí que Susanne acababa de pegar fuego a una carga de pólvora enterrada.

Había perdido mi espada, así que saqué el puñal y volví a la refriega. Vi que a Kuehnemund sólo le quedaba ya un enemigo. Un sujeto me asaltó con la dusack o daga larga que usaban los mercenarios húngaros. Mi adversario consiguió sujetarme la muñeca derecha antes de que le clavase el puñal en la garganta.

Era fuerte y pronto me vi tumbado de espaldas y en dificultades para evitar que me taladrase el gaznate con su daga. Por fortuna conseguí encoger las piernas y empujando con ambos pies lo envié dando una voltereta por encima de mi propia cabeza.

El pequeñín se afanaba como un poseso con la culata de la pieza de artillería. A sus pies se veía el cadáver de un muchacho.

-Ayúdame y no te quedes ahí como un pasmarote —me invitó mientras yo intentaba recobrar el aliento. Mi contrario cargaba otra vez, pero tuve más suerte y doblé la rodilla a tiempo. Pasó por encima de mí, y acerté a ensartarlo en el aire con mi puñal.

En seguida corrí hacia el cañón.

-Tira de aquí -ordenó el alfeñique.

El mecanismo de cierre estaba atascado. Apartándome un poco, descargué un par de puntapiés y la palanca giró hacia arriba.

Sin perder ni un momento el hombre metió la carga de pólvora en la recámara y luego se dejó caer sobre el cierre con todo su peso, que bien mirado no era mucho.

—¿Qué te quedas mirando? —me interpeló, mandón—. Acércate a la rueda izquierda. Hay que girar treinta grados para allá. Ojalá tuviese aquí a mi Edwina en vez de este Berraco estúpido.

En realidad la pieza era demasiado pesada para dos hombres. Con todo, el cañón fue girando poco a poco hacia la izquierda.

Kuehnemund saltó a la grupa de un caballo y derribó al jinete. Cuando se vio dueño de la cabalgadura enfiló hacia el flaco que arengaba a sus hombres en verso.

Otro de los desuellacaras fue a cruzarse lanza en ristre entre los dos. En el último instante Kuehnemund hizo volver grupas a su caballo y los dos brutos chocaron de frente. La montura de Kuehnemund cayó al suelo, pero también el otro quedó derribado y le rompió la pierna a su jinete, quien gritaba que partía el alma.

Al fondo de la plaza, algunos tenderetes de tablas ardían. En aquella parte llevaban ventaja los bandoleros, y andaban muy ocupados rematando a los heridos.

El cañonero enfiló el Berraco hacia el montón.

-¡Eh! ¡Que ahí quedan de los nuestros! —le advertí.

-Pero son pocos -replicó el pequeñín, y aplicó el botafuego. La metralla barrió la plaza. Amigos y enemigos quedaron confundidos en la muerte, y cayeron sobre ellos las pavesas de los puestos incendiados.

-¿Qué te has creído que es esto? ¿Una fiesta de caridad? -continuó el artillero cascarrabias-. ¡Abre la palanca!

El retroceso del último cañonazo había estropeado el mecanismo de cierre, al parecer definitivamente. Intenté reanimarlo a puntapiés pero no se abrió.

-¡Atacad hasta el fondo de la plaza y manejad la espada con buena traza! -berreaba el flaco desde el lado opuesto.

De la casa vecina salió un barrigón provisto de una calva incipiente y un trabuco, que se detuvo a nuestro lado y apuntó hacia la plaza la boca en forma de embudo de su arma.

Sin dejar de tirar conmigo de la palanca del cierre, el pequeñín jadeó:

-Atención, magister Wiggershaus, no vayáis a haceros daño en el hombro.

Wiggershaus descargó el naranjero contra un grupo de bandidos que corrían hacia nosotros. Tres de ellos cayeron y los otros dos emprendieron la huida.

El que había disparado dejó caer su arma y se llevó la mano al hombro derecho con una exclamación de dolor.

Los que restaban de la partida cerraron filas para intentar un nuevo asalto, y una vez más retembló la tierra al estallar otra mina en medio del grupo.

De súbito la recámara se abrió.

El cañonero metió una carga y yo fui a colocarme junto a la rueda izquierda sin aguardar la orden.

El flaco volvió a cruzar sobre su caballo por en medio de la plaza y chillaba:

-¡Que no decaiga, valientes soldados, a los enemigos tenemos acogotados!

A aquellos valientes soldados ya no se les inflamaba con palabras, sin embargo. Dos cráteres en medio de la plaza estaban rodeados de cadáveres. Algunos de los vivos empezaron a buscar la salida de la ciudad.

En todos los portales aparecían ciudadanos que hasta entonces se habían mantenido a cubierto, y se abalanzaban sobre los heridos.

-¡A la derecha el Berraco! ¡A la derecha! —insistía el artillero. Hice girar la rueda y el cañón enfiló la calle por donde huía un grupo de asaltantes.

De los callejones que desembocaban en aquélla salían ya, sin embargo, grupos de hombres armados de chuzos y hachas.

El flaco poeta espoleó su caballo y salió al galope hacia la calle principal, no sin derribar de un tiro a un alabardero que intentaba cortarle el paso. Al mismo tiempo iba gritando:

-De los nuestros hicisteis gran matanza, volveré para tomar cumplida venganza.

Por un instante creí divisar una melena entre rubia y pelirroja entre la polvareda y los humos negros de la pólvora. No pude distinguir la cara, y el sujeto desapareció en seguida entre los demás jinetes que huían.

Abandonando el cañón me hice con un arcabuz que se le había caído a un muerto, y corrí en busca de mi caballo.

Estaba muerto también, la cabeza vuelta hacia arriba en una postura extraña, sujeta por la rienda a la argolla de la pared.

Corrían muchos caballos por las calles, espantados por el estrépito y el olor a sangre. Calculé que perdería demasiado tiempo tratando de capturar alguno, y proseguí la persecución a pie.

La puerta de la ciudad estaba abierta de par en par todavía. De los centinelas no quedaba ninguno con vida. Los atacantes debieron dejar apostados algunos hombres para evitar que les cerraran y no quedar atrapados en la trampa si el asalto salía mal.

Cuando salí afuera vi que algunos de los fugitivos galopaban siguiendo la orilla del río, con evidente deseo de poner tierra por medio. Todavía estaban a tiro de arcabuz. De nuevo vi al pelirrojo.

Apoyé el cañón del arma en un saliente de la muralla y procuré contener el temblor de las manos. El mundo quedó reducido a dos individuos, yo y el del pelo anaranjado. Levanté la boca del cañón dos dedos por encima de la enfilada de su cabeza y apreté el gatillo. El tiro no salió. El arcabuz estaba descargado.

A mi lado apareció entonces Kuehnemund. Llevaba en la mano un arma corta que no podía ser de peligro para los que huían, visto lo lejos que estaban ya.

Apuntó y disparó casi en seguida. El último de los fugitivos cayó a tierra.

Los demás y con ellos el hombre en quien yo creía reconocer a Peutinger desaparecieron en una vaguada.

-Buen tiro -felicité a Kuehnemund por su habilidad.

-Vos tampoco os habéis portado mal -respondió él-. Pero otro día mirad que no perdáis vuestra espada tan pronto.

-No estuviste mal, muchacho —dijo el artillero al tiempo que me tendía la mano—. Soy Henning Locher, y éste -con una palmada cariñosa sobre el cañón— es el Berraco. Buen chico.

El resultado de la pelea, por lo visto, había mejorado su aprecio por la pieza.

-Me llamo Edgar Frischlin -acepté la mano ofrecida—. ¿Quién es la tal Edwina que habríais preferido tener aquí hoy?

-Ya te la enseñaré. Digo, si quieres quedarte entre nosotros. ¿Qué? ¿Vas a enrolarte?

-Soy lansquenete y donde haya peligro, allí estoy yo -dije con cierta grandilocuencia.

-¡Asombroso! Yo también soy lansquenete, pero estoy más por salvar el pellejo. Ya conoces a nuestro comandante Hans Kuehnemund. Estoy seguro de que le vendrán bien dos hombres más. ¡Eh, magister! Esperad, que voy a ayudaros.

Henning corrió a donde el orondo Wiggershaus, que se había sentado en el suelo después de realizar su único disparo y empezaba a dar señas de querer levantarse.

-¿Estáis bien, magister? —preguntó Henning con aire de preocupación mientras le tendía la mano.

Pero el magister no pareció darse cuenta, sino que se puso en pie sin ayuda, frotándose el hombro.

-Ha sido... terrible -dijo-. No pensé que...; creí que tendiéndoles una emboscada... -Miró a su alrededor como buscando a alguien-. ¿Dónde está el comandante?

Kuehnemund y Susanne escuchaban a un hombre que lucía la cadena de burgomaestre. Éste hablaba con gran indignación y aunque Kuehnemund intentó varias veces justificarse, el otro no quería escucharlo.

Wiggershaus se acercó al grupo.

-Ved las consecuencias de vuestros consejos -exclamó el edil cuando vio a Wiggershaus-. Muertos, heridos, incendio y destrucción. Debí negociar con esos hombres tal como me lo había propuesto. Somos gentes pacíficas, ¡y vos nos obligasteis a pelear!

Eché una ojeada a los tres individuos, que tenían aspecto de prósperos mercaderes y machacaban a un herido. Lo de

gentes pacíficas, estaba visto, era un concepto bastante elástico y acomodaticio.

-Aún puedo dar fuego a otras dos minas si hace falta -se ofreció Susanne al burgomaestre.

-¡Sí! ¡Fuego y destrucción! Sólo servís para eso, y vos más, a quien muchos acusan de bruja. Pero voy a deciros una cosa —prosiguió volviéndose hacia Kuehnemund-. A partir de ahora asumo toda la autoridad. Si os empeñáis en pelear, tendréis que pelear solos.

-Me gustaría saber... -contestó Kuehnemund haciendo un esfuerzo por hablar con serenidad-. Esta mañana, ¿en qué momento exactamente habríais empezado a negociar?

-Ha sido un día difícil para todos —terció Wiggershaus—. Confieso que no tenía una noción de lo terrible que puede ser una batalla. Pero si no nos hubiéramos defendido, lo habríamos pasado peor.

-Eso decídselo a las viudas y a los huérfanos -tronó el burgomaestre.

-Lo haré -asintió Wiggershaus-.Y vos encargaos de que no se siga rematando a los prisioneros.

-Sí, y daos prisa. Que quede al menos uno para poder interrogarlo -agregó Kuehnemund.

El burgomaestre les volvió la espalda y Wiggershaus se volvió hacia Kuehnemund:

-Terrible, terrible. Pero al menos, hemos vencido.

-No lo creáis —le rebatió Kuehnemund—. Lo que hemos visto habrá sido una avanzadilla que quiso tomar la ciudad por sorpresa. Si queremos vencer al grueso de las fuerzas tendremos que realizar un esfuerzo diez veces mayor.

-Hemos tenido muchas bajas y no creo que se presenten muchos voluntarios —observó Susanne.

-Aquí tenéis uno -dije colocándome al lado de ellos.

-Cuatro ducados mensuales y muchas perspectivas de salir derrotados la próxima vez -dijo Kuehnemund.

-Es mejor que vuestra oferta anterior —dije.

-¿Cuál? No recuerdo haberos hecho ninguna oferta.

-Sí, la de traspasarme la barriga con vuestra espada.

-¿Sois rencoroso?

-Por cuatro ducados al mes lo perdono todo. Y además pongo mis armas -contesté, pues acababa de ver mi espada, y me aparté del grupo.

-No confio en él -dijo Susanne-. Si peleó fue porque uno de los bandidos le disparó un tiro.

-Mejor motivo no tuve yo tampoco —zanjó la discusión Wiggershaus.

-Maldeciréis el día en que os parieron vuestras madres.

El prisionero hablaba con dificultad, pero su rabia parecía más fuerte que el dolor de las dos piernas rotas.

Con un puñado de guardias y de lansquenetes lo habíamos salvado de la multitud y lo echamos sobre una mesa en el atrio de la casa consistorial.

Estaban con él Wiggershaus, Kuehnemund y el burgomaestre Hochstraten, mientras yo montaba guardia en la puerta con dos lansquenetes.

-Habla y te perdonaremos la vida —dijo Wiggershaus—. ¿Cuántos sois en vuestra partida?

-Averiguadlo vosotros mismos, pellejos.

-¿Cuáles son vuestro planes?

-Pronto lo sabréis, cuando os saquemos la piel a tiras.

-No hablará —aventuró Wiggershaus.

-Será nuestro mensajero cuando haya que parlamentar, ¡que no me lo toque nadie! -mandó Hochstraten.

-Es verdad. No vamos a maltratarlo —asintió Kuehnemund—. Al fin y al cabo, se ha hecho acreedor a nuestra misericordia.

-Pero... -empezó Wiggershaus.

-Dejémoslo. Ocupémonos de los nuestros y veamos la manera de regresar al castillo con los heridos y el cañón.

Se encaminó hacia la salida y los demás le siguieron. Hochstraten los retuvo cuando iban a salir.

-Digo yo que podríais dejar el cañón en la ciudad. Aquí no tenemos más armamento, y...

-No lo necesitaréis, si vais a parlamentar -replicó Kuehnemund, terminante—. Regresamos a Schónburg y si queréis, podemos reunimos mañana. Pasadlo bien, señor burgomaestre. No queremos seguir distrayéndoos de vuestras obligaciones.

Mientras tanto Henning Locher había enganchado el Berraco a un tiro de cuatro caballos. Unos cuarenta hombres de la guarnición del castillo se pusieron en formación. En un carro de heno iban sentados o tumbados media docena de heridos.

-Han caído más de veinte de los nuestros -se volvió Henning hacia mí-. Muy alto precio hemos pagado.

-¿A qué viene este abandono? —le preguntó Wiggershaus a Kuehnemund—. ¿No dijisteis vos mismo que era importante interrogarlo?

-Fijaos bien en el armón -replicó Kuehnemund—. ¿No os llaman la atención esas ruedas tan redondas? ¿Y el cañón? ¿A que parece de auténtico metal?

-¡Os habéis vuelto loco!

-Tú mira con disimulo por encima de mi hombro —continuó Kuehnemund dirigiéndose a mí—. ¿Qué hace el burgomaestre?

Noté que me tuteaba y supuse que estaba admitido como camarada de armas.

-Está en medio de un grupo de gente y todos hablan al mismo tiempo -dije.

-Ahora que lo pienso, he olvidado una cosa en el ayuntamiento. Voy a buscarlo.

-¿Qué habéis olvidado? -preguntó Wiggershaus.

-Las respuestas que necesito.

-¡Un momento! -se dirigió Susanne a Wiggershaus-. Vos nunca dijisteis que habría batallas ni que yo tuviese que tomar parte en ellas. ¿No os parece que se me debe una satisfacción?

—Hicisteis más que la mayoría de nosotros —reconoció Wiggershaus-.

Sin las minas enterradas y las mechas que fabricasteis, ahora todos estaríamos muertos. Si está en mi mano daros una satisfacción, decidme lo que pedís.

-Que se vaya ese sujeto -dijo señalándome a mí-. Es uno que andaba tirándome los tejos en otros tiempos.

-Lo ha enrolado Kuehnemund, pero si os parece que...

-Que no se os ocurra ninguna tontería —terció Kuehnemund, que regresaba en aquel justo instante-. Como comandante, soy dueño de elegir a quien quiera.

-Poco habéis tardado -comentó Wiggershaus-. ¿Pudisteis averiguar algo?

-El enemigo tiene todavía ochocientos hombres a unos dos días de marcha de aquí. Su caudillo es un italiano, un tal Spalatina. ¿Os suena? Susanne y Wiggershaus menearon la cabeza.

-Un tipo instruido el tal Palatina. Muy leído. Cuando estaba en Italia donó una gran suma de dinero a favor de un convento.

-No me parece mal eso -dijo Wiggershaus.

-Con una partida de desharrapados es capaz de vencer a un ejército. Organiza los asedios como un general. Y mientras el convento celebraba una misa por su salvación, él lo asaltó y se llevó un botín que valía cien veces más de lo que había donado.

-¡Dios mío! —exclamó Wiggershaus.

-Atacarán esta misma semana, y no tengo la impresión de que quieran hacer prisioneros.

-¿Cómo conseguisteis que hablara ese bandolero? -preguntó Susanne-. ¿Lo habéis torturado?

-No, sólo charlamos como colegas. El dijo que le agradaría escuchar mis gritos cuando me arrancaran la piel, y yo le contesté que podría escucharlos pero no verlo porque antes yo le habría sacado los ojos.

-La violencia de los demás nos obliga a ser violentos —filosofó Wiggershaus con fatalismo.

-La violencia nos hace vencedores —dijo Kuehnemund.

-Me gustaría estar en otra parte -dijo Susanne.

## CAPITULO 8

### Que nos presenta a una admiradora joven y un perfecto idiota

CUANDO UNO REGRESA victorioso lo mínimo que se puede pedir es una entrada triunfal. Cuando entramos en el primer patio del castillo y vimos plantado en medio un hombre de noble presencia, supuse que iba a escuchar un homenaje. Pero el hombre miró a Wiggershaus y sólo dijo:

-Acompañadme al gabinete, magister.

Dicho lo cual giró sobre sus talones y se alejó.

Wiggershaus le siguió y Kuehnemund hizo ademán de acompañarle.

-Quedaos con los hombres —le dijo Wiggershaus—. Prefiero hablar a solas con el conde. No podrá negar que hoy sí hemos sufrido un asalto.

Susanne se ocupó de disponer que los heridos fuesen transportados por sus compañeros a una sala vacía. Luego hizo un aparte con Kuehnemund diciendo:

-Puedo darles algo que calme el dolor y les baje la fiebre, pero no sé extraer balas ni remendar heridas. Hay que ir a por un cirujano.

-¿De dónde voy a sacarlo? El barbero de Oberwesel tendrá quehacer a manos llenas.

-No sé qué deciros, sólo que mañana tendremos siete muertos si antes no los ve alguien que entienda de heridas.

Me quedé en el patio para ayudar a Henning Locher, que desenganchaba el Berraco. Con la ayuda de otros dos hombres lo pusimos al lado de otra pieza del mismo calibre.

-Ésta debe de ser la Edwina -supuse.

-No, es el Palurdo. Son dos piezas corrientes de a veinte libras, como ves. Tenemos además el Buey. Pero la Edwina es algo especial, ya lo verás.

Poco después metía yo mis escasas pertenencias en un saco de paja. En el dormitorio se veían una cincuentena de sacos parecidos y algunos míseros efectos personales.

Algunos de los que como yo habían salido de la pelea con sólo arañazos se tumbaron a descansar. Tras charlar con varios de mis nuevos compañeros, hice que Henning me acompañara al comedor.

A juzgar por el tamaño de la sala, había sido concebida para unos trescientos comensales. Pero la mayoría de las mesas y los bancos estaban arrimados a las paredes.

Lo que habían dejado en medio serviría para unas sesenta plazas. Me dije que sesenta soldados eran muy poca guarnición para un castillo de aquella importancia.

-Pídete algo de comer en la cocina -dijo Henning—.Yo voy a ocuparme de mis cañones.Y por cierto... si no te destinan a otra cosa, podrías quedarte conmigo. Necesitaría cinco hombres por cada pieza y no tengo más que cinco para todas.

-No tengo gran experiencia en artillería.

-Tuviste la sangre fría para quedarte al lado de la pieza y no salir corriendo, y supiste apuntar el cañón. Lo demás te lo enseñaré yo.

-Voy a pedir un poco de comida -dije, pensando que sería un buen pretexto para perderme por los corredores del castillo y espiar un poco.

Cuando hubo salido Henning me acerqué a una puerta que emanaba tufos de sebo rancio y de queso mohoso. No me cabía duda de que aquélla sería la cantina de la tropa.

Lo mismo que el comedor, la cocina se había previsto para mayor número de hombres. En aquellos momentos sólo trabajaban allí dos mujeres, la cocinera, una gorda que estaba vaciando un pollo, y una muchacha de unos quince años que frotaba un perol con piedra pómez y un trapo para quitar los restos chamuscados del último cocido. Pregunté cortésmente si tendrían algo de comer.

—No hay nada -intentó despacharme la cocinera—. La cena se sirve a la hora de vísperas. Cuando todos coman, tú también comerás -y luego agregó volviéndose hacia la muchacha—: Todos iguales, esos fulanos. Porque han salido airosos en una rebatiña ya se creen con derecho a todo.

—No era mi intención molestar -dije con mucha cortesía, ya que tenía muy aprendido que jamás debe uno indisponerse con el personal de la cantina—. Me contentaría con un poco de sobras recalentadas.

—Así que el señor se contentaría. A lo mejor te has creído que es plato de gusto para mí el tener que cocinar para más gente cada día -dijo la cocinera plantándose en jarras delante del pollo, como para defenderlo a cualquier precio.

Había dicho cada día más gente. Lo cual significaba que normalmente la guarnición del castillo era todavía más reducida.

-Ha sobrado un poco de papillas de cebada -dijo la chica dirigiéndose a la cocinera-. Si quieres lo pongo a calentar.

-No es por el huevo, sino por el fuero -explicó la dueña del lugar.

-¿Qué es el fuero? —preguntó la muchacha.

-El fuero es.... ¡bah! Por mí puedes darle la cebada si quieres. Pero la mesa tendrás que limpiarla tú mismo después, mozo. Nosotras no tenemos tiempo.

Les aseguré que mis hábitos de limpieza eran exquisitos.

Me senté a la mesa más próxima y, al poco, la muchacha me sirvió un plato de papilla y un tazón de vino.

Hecho esto fue a sentarse enfrente.

-Os he puesto un vino endulzado con miel -explicó.

-Gracias. Es una atención de tu parte.

Puse en movimiento la cuchara. La papilla, como de costumbre, estaba fuertemente cargada de especias para remediar la total ausencia de sabor propio.

-Me llamo Adriane. ¿Cómo te llamas tú? —preguntó la chica.

-Soy Edgar Frischlin. ¿Es tu madre la que está ahí dentro?

-Yo no tengo madre. Ésa es Berta, la cocinera. No es mala persona, sólo que un poco gruñona. Compró mi libertad a los mendigos cuando iban a cortarme la mano.

Era una costumbre tradicional de los gremios de vagabundos. Robaban las criaturas huérfanas y las mutilaban para exhibirlas y ablandar así el duro corazón de los burgueses adinerados. Pero si Berta había pagado para evitar un caso semejante, bien podía perdonársele que fuese algo gruñona.

Mientras comía ella me miró y yo la miré a ella. Puesta de pie apenas si me alcanzaría al hombro. Era delgada, aún no tenía las formas femeninas que atraen las miradas de los hombres. Llevaba una sencilla camisa de lino muy remendada, llena de manchas de grasa y con agujeros de quemaduras, el cabello castaño y ondulado afeado por los pegotes de hollín. Un príncipe la habría desdeñado para un pasatiempo, y quizá no la querría tampoco un lansquenete con derecho a todo botín, vivo o muerto.

Sin embargo Adriana era una muchacha bonita, siempre y cuando uno se fijase en ella y supiera apreciar dicha cualidad. Desde un rostro algo encendido por el esfuerzo y el calor de los fogones me contemplaban dos ojos

inteligentes. Y la boca siempre pronta a sonreír me la hacía simpática a primera vista.

Dios te proteja de Joseph Peutinger, pensé.

-¿Cómo fue la batalla de la ciudad? -preguntó Adriane.

-¿Acaso no se ha comentado todavía por aquí? -respondí con la boca llena.

-¡Bah! Conmigo no quieren hablar. ¿No te parece que estás en deuda conmigo por la comida?

Resumí en pocas palabras el desarrollo de la pelea, y me callé los detalles más sanguinarios.

-¿Qué tal peleó el comandante Hans? -siguió inquiriendo ella-. ¿Mató a muchos bandoleros?

Vi su semblante lleno de emoción y adiviné lo que esperaba escuchar.

-Yo he conocido muchos espadachines -dije—, y puedo asegurarte sin exagerar que nunca había visto pelear con tanto valor como lo hizo vuestro comandante. Abatió a cinco hombres con sus propias manos, y ninguno de sus adversarios consiguió hacerle un arañazo siquiera.

-¿Pues cómo lleva un chirlo en la mejilla?

-Se lo hizo el sexto, un cobarde que se le acercó por la espalda. Pero tampoco le duró demasiado.

-¿Cuántos eran los atacantes?

-Un centenar diría yo.

-Pues, ¿cómo duró tanto la pelea? En la ciudad vive mucha gente, hay muchos hombres, pero desde aquí se oyeron los disparos largo rato.

-No todos tienen madera de héroe. Y otra cosa, Adriane. ¿Por qué hay tan pocos hombres en este castillo? Pensé encontrar unos doscientos soldados de guarnición.

-¿Por qué?

-Porque las salas son grandísimas. Mira, en ésta sobran las mesas y las tienen amontonadas. Si estuvieran puestas cabría más gente.

-¿Cuántos? -preguntó ella.

-Entre doscientos y trescientos calculo yo.

-¿Y por qué somos tan pocos?

-Creí que ibas a decírmelo tú.

-Yo no soy más que una sirvienta de cocina. A mí nadie me cuenta nada. ¿Qué falta nos hacen tantos hombres?

-Para ocasiones como la de hoy, por ejemplo. Si hubieran bajado doscientos y bien curtidos en la lucha, habríamos acabado con los asaltantes mucho más pronto.

Seguí meneando la cuchara. Adriane me miraba con aire dubitativo, como si no hubiese quedado muy conforme con la respuesta.

-En fin. -No pude por menos que continuar-. Es verdad que le corresponde al príncipe obispo de Tréveris el armar un ejército para limpiar los caminos. Pero él anda muy metido en la guerra de los frailes.

-¿La guerra de frailes? —preguntó Adriane.

-Yo sólo quería comer un bocado, ¿y ahora me toca explicarte la situación política?

-Lo preguntaba sólo porque explicas las cosas tan bien... y como nadie habla nunca conmigo...

-Está bien, no quiero defraudarte. El príncipe obispo Greifenclau anda a la greña con Franz von Sickingen y con Ukich von Hutten. Fue el de Hutten quien inventó lo de la «guerra de frailes». A él le trae sin cuidado Greifenclau como persona. Piensa más en la Iglesia como institución, y por eso lo dijo.

-Estos nombres los he oído otras veces. ¿Quiénes son?

-El de Sickingen es el caudillo de los imperiales. Apoyó la elección de Francisco Primero pero luego se sintió traicionado porque el Emperador no recortó las atribuciones de la Iglesia. El de Hutten es también de los imperiales y

amigo suyo. Opina que la nobleza del imperio en tanto que defensora del país debería tener más participación en el gobierno. Pero el clero no quiere porque teme ver disminuidos sus privilegios.

-Pero entonces, ¿no ganarán con facilidad los nobles? Porque los curas no tienen armas. Al menos, el capellán de nuestro castillo no las tiene.

-Hay nobles que están a favor de la Iglesia porque el reparto actual de las influencias ya les parece bien.

-¿Tú a favor de quién estás?

-Yo soy un soldado de fortuna. Sirvo a quien me paga.

-¿Y quién ganará al final?

-Eso nunca se sabe al principio.

-Entonces, ¿cómo decides tú a cuál de los bandos sirves, para que te paguen?

La aparición de Berta me dispensó de tener que contestar a tan difícil cuestión.

-¡No me distraigas a la chica con charlas! ¡Seguro que ambos tenéis cosas más importantes en que ocuparos!

Adriane se puso en pie y, tras persuadirse con una rápida ojeada de que Berta había desaparecido otra vez en la cocina, me preguntó en voz baja:

-¿Cuándo me contarás el resto de lo de la guerra de los frailes?

-No sé cuándo voy a tener tiempo...

-¿Esta noche? ¿O te va mejor mañana por la mañana?

-De acuerdo, esta noche, si no me cae ningún servicio.

-Te buscaré -dijo Adriane y corrió hacia la cocina como un pilluelo.

Cuando hube rascado el fondo del plato llevé los cubiertos a la cocina, en cumplimiento de la palabra dada. Adriane estaba removiendo el contenido de una cacerola enorme y Berta acababa de espetar el pollo.

-¿No será poco un solo pollo para tanta gente hambrienta? -aventuré.

-¡Largo de aquí! —respondió la cocinera.

Salí con la sensación de no haber averiguado apenas nada, excepto que el comandante de la guarnición tenía una joven admiradora.

Con sólo volverme a la derecha regresaría al patio anterior donde guardaban la artillería.

Por otra parte, después de un combate la disciplina siempre se relajaba un poco, antes de volver a endurecerse para preparar el siguiente. Mientras anduvieran todavía excitados, yo tenía más posibilidades de despistarme por el castillo y ver alguna cosa, si mantenía los ojos bien abiertos.

Por eso decidí buscar a Henning en el ala izquierda.

Salí al patio posterior al hallar abierto el portal de acceso. Al estar el castillo encaramado en un espolón montañoso, el patio tenía forma irregular, de pasillo alargado con un par de recodos.

A la izquierda había alojamientos de criados, seguidos de almacenes y el horno de pan. A la derecha hallé varias construcciones de diversos estilos, unas de piedra y otras de ladrillo. La última era una capilla con su gran ventanal de vidrio en mosaico. Faltaban algunos trozos y se veía que nadie cuidaba de reponerlos.

Hacia el fondo se estrechaba cada vez el patio; a izquierda y derecha se alzaban sólo las murallas provistas de matacanes.

Lejos, en el ala norte, se alzaba una torre que tenía el tejado hundido. La puerta daba al sur y sobre ella se abrían algunas saeteras, pero no había ventanas. Allí doblaba el patio de manera que no se podía ver la muralla del lado norte. No parecía existir comunicación entre aquella torre y las demás edificaciones. Estaba adosada a la muralla por el lado izquierdo. Pensé que tal vez habría servido de último reducto con ocasión de algún asedio. Pero las grietas visibles en la pared de piedra y las vigas de madera que la apuntalaban por debajo permitían dudar de que sirviese todavía a tal efecto.

En medio del patio y apuntando hacia la entrada se veía otra pieza de a veinte, que me figuré sería el Buey mencionado por Henning.

En aquel momento salieron de la capilla dos hombres. Al principio creí que eran dos curas.

Uno de ellos, de mediana estatura y semblante tan anodino que resultaba indescriptible, llevaba sotana de capellán, bastante raída por cierto. En una de las mangas lucía un remiendo de género diferente. Estaba claro que las riquezas de la Santa Madre Iglesia no alcanzaban a aquel humilde hijo suyo.

Del otro difícilmente se adivinaba su condición ni su edad. Al principio, cuando vi su frente despejada me pareció un anciano. Pero mientras ambos cruzaban la plaza enfrascados en su conversación, vi que tenía la piel demasiado lozana para ser un viejo, aunque le quedasen sólo cuatro pelos en la cabeza, lo cual debía ser consecuencia de alguna enfermedad ya que no de los años. Como vestía talar negro con alzacuello blanco parecía también un religioso. Hablaba con voz nasal, aguda y rencorosa como la de un crío enfurruñado, y venía diciendo:

-Pues yo os digo, hermano Johannes, que el pecado acecha en todas partes.Y que Satán ha encontrado aliados fieles aquí mismo, entre nosotros y ante nuestros mismos ojos. El mensaje que he recibido de Nuestro Señor esta noche no admite dudas. No podemos seguir titubeando.

Parecía que estuviese ensayando su papel en una comedia, pensé. Pero sería una comedia protestante y el papel sería el de un cura católico chiflado.

-No me interpretéis mal, señorito -replicó el capellán, y pude notar que elegía cuidadosamente las palabras—. Me parece bien que acudáis todos los días al sacramento de la confesión. Pero si me permitís una observación, os aconsejo que os centréis más en vuestras propias acciones.

-Tengo la misión de anunciar un mensaje importante. El arcángel Gabriel, que se me aparece en sueños, insiste cada vez más en su exacto cumplimiento. A decir verdad, esperaba más apoyo por vuestra parte. La próxima vez que se me aparezca el ángel, le pediré que me enseñe el rollo donde están escritos los nombres de los bienaventurados,

para ver si el vuestro figura allí. ¿Acaso osáis dudar de mis sueños?

-Ni se me ocurre. Pero a veces, un sueño no es más que un sueño.

-¿Que no es más que un sueño? —El hombre se detuvo y agarró del brazo al capellán-. ¿Y qué me decís de las predicciones, que se han cumplido todas?

-¿Os referís al diluvio de azufre que iba a destruir la ciudad de Oberwesel?

-Como es natural, el ángel habla en parábolas, en imágenes, y nosotros tenemos la obligación de interpretarlas. No olvidéis que me ha sido anunciado un nuevo diluvio. ¿Y cuál puede ser, sino las hordas de apóstatas que suben por el Rin para caer sobre nosotros? Pero ¿se ha arrepentido acaso mi padre? ¿Ha dejado sus actividades pecaminosas? ¡No!, y sigue permitiendo que ande por aquí el magister y que haga su voluntad. ¡Mirad ahí! -Me señaló de súbito al verme—. Otro forastero. Casi todos los días aparecen desconocidos por aquí, enrolados por ellos, y ¿sabemos acaso cuántos de éstos están poseídos por el demonio? ¿Pues no hemos desenmascarado a una bruja y sin embargo mi padre sigue consintiendo su presencia? ¿Habéis contado cuántas mujeres tenemos aquí? El cuerpo de la mujer es el vaso del pecado, ¡todas las mujeres lo son!

Un loco, pensé. Un perfecto idiota, un descerebrado. Hijo del conde, evidentemente. No era de extrañar que el señor del castillo estuviera siempre de mal genio.

El idiota se acercó a mí y me preguntó:

-¿Quién eres tú, muchacho?

-Soy un lansquenete al servicio del conde —dije.

-¡Ya lo tenemos! -Se volvió hacia el capellán como si acabase de recibir una prueba irrefutable-. Este hombre puede ser un espía.

-No, no, señorito Conrad. -Intentó poner paz el capellán Johannes-. Fijaos en esta cara tan honrada, ¡cómo va a ser un espía un hombre con esa cara!

Asentí. Me caía decididamente simpático el capellán.

-¿De veras? Como sabéis, el Señor me ha concedido el don de la clarividencia y puedo leer el fondo de las almas. Con un par de preguntas veremos quién es este sujeto. ¿Cómo te llamas, hombre?

-Soy Edgar Frischlin.

-¡Aja! En esta comarca nadie lleva tal apellido. ¿Dónde naciste?

-En Damscheid, a menos de media jornada de aquí.

-Entonces sabrás describirme cómo es Damscheid, naturalmente. —Guiñó el ojo Conrad al capellán con aire de conspirador.

-Pues... un par de alquerías y una iglesia, todo rodeado de prados y de sembrados —dije.

-¿Ah, sí? ¡Hum! Otra pregunta. ¿Por qué estás en este castillo?

-He tenido una revelación. Una voz me dijo en sueños que buscase a un hombre que habla con el arcángel Gabriel. Que me presentase donde vive ese hombre, y que me enrolase allí como mercenario. ¿Sabríais por casualidad dónde podría encontrarlo?

-Qué raro... -Se quedó chupándose el dedo Conrad—. ¿Me cumple revelar la verdad? Buscaré consejo en la oración.

Y olvidando lo que se hubiese propuesto hacer, volvió sobre sus pasos y regresó a la capilla.

-Si aceptas un consejo, lansquenete, no juegues con fuego -me dijo el capellán Johannes.

-¿Qué queréis decir? -me hice el bobo, lo cual se me daba bastante bien.

-El señorito no es tan inofensivo como tal vez hayas pensado. Algunas veces..., en fin, no puedo decir más.

Y en efecto no pudo decir más, porque en aquel momento se presentó resoplando como un buey el burgomaestre de Oberwesel, Ludwig Hochstraten.

-Necesito hablar con el conde inmediatamente -anunció.

-Temo que el conde no está visible -replicó el capellán Johannes.

-Traigo una noticia de la mayor urgencia. Cuando el conde se entere de que me hacéis perder el tiempo dejaréis de ser el capellán de este castillo.

-No es que quiera haceros perder el tiempo, sino que el conde Frowin está despachando con su administrador.

-¡Ah! Me viene al pelo el magister. ¿Dónde están reunidos?

-En el gabinete, supongo.

El burgomaestre se precipitó hacia los aposentos del conde.

-Yo os mostraré el camino. -Eché a correr detrás de él, suponiendo que el otro conocería el camino perfectamente y así podría aprenderlo yo.

Hochstraten no hizo ningún caso de mí, así que pude seguirle cómodamente hasta el primer piso.

## CAPITULO 9

### Que trata de lo que aconteció en el paraíso

CUANDO VI CUÁL ERA la puerta adonde se dirigía Hochstraten, me adelanté, llamé y entré diciendo: —Con la venia, señor conde. El burgomaestre Hochstraten ha insistido...

Al mismo tiempo Hochstraten me apartó a un lado para entrar en tromba, plantarse delante del conde y anunciar:

-¡Esto no puede seguir así!

Una mesa, unos taburetes, un pupitre para escribir, eran todo el mobiliario de la estancia. Al fondo, una chimenea, y una sola ventana que daba al patio. Aparte la pesada puerta de roble, el gabinete no tenía ninguna otra abertura.

El conde Frowin descargó un puñetazo sobre la mesa.

-¡Cómo os atrevéis! ¡Guardia, expulsad inmediatamente del castillo a este hombre!

Obediente, adelanté un paso hacia Hochstraten, pero Wiggershaus me hizo una seña para que no me precipitara.

-Señor conde, señor burgomaestre -dijo—. Tenía pensado solicitar esta entrevista. Podríamos aprovechar la ocasión para sentarnos a hablar.

-No tengo la menor intención de permitir que un don nadie disponga cuándo se le ha de recibir para hablar con él — replicó Frowin.

-¿Un don nadie? -repitió Hochstraten en tono de incredulidad-. Desde que el emperador nos dio el fuero, como ya no mandáis en la ciudad no hacéis más que ofender e intrigar.

-Por favor, señores. -Wiggershaus exudaba moderación y hombría de bien. Parecía haber superado su abatimiento, o por lo menos lo disimulaba. Dirigiéndose a mí, agregó—: Retiraos, soldado, y cerrad la puerta para que no seamos molestados.

Hice una reverencia, salí del gabinete y cerré la puerta. Por desgracia no tenía ojo de la cerradura, así que no tuve otro remedio sino aplicar la oreja contra la madera.

Se oía que hablaban los de dentro, pero la puerta era demasiado gruesa y no dejaba entender las palabras.

Eché a andar por el pasillo y entré en otra estancia, una galería larga en donde se exhibía una armadura completa y varias panoplias. Me pareció que la pared derecha de la galería debía ser colindante con el gabinete, pero no descubrí ningún recurso que pudiera servirme de ayuda.

Tras reflexionar unos momentos deshice lo andado, regresé a la escalera y subí dos tramos. En el rellano más alto una escala de madera llevaba a la buhardilla pasando por una trampilla abatible.

Subí, descorrí el pasador, entré y después de bajar la trampilla miré en torno. Las tablas del suelo estaban húmedas y enmohecidas. Por los lugares donde se habían roto las tejas entraba la luz del sol, lo suficiente para orientarme. Dos palomas espantadas revolotearon por la buhardilla. Las tablas crujían bajo mis pisadas. Entre los efectos esparcidos por el suelo pude distinguir varios sacos, unas sillas estropeadas, prendas de vestir rotas y un violón de manubrio sin cuerdas.

Varias chimeneas cruzaban la buhardilla, todas ellas provistas de un registro de metal que servía para deshollinar sin tener que jugarse el pellejo haciendo equilibrios por el tejado.

Descorrí con bastante esfuerzo la pantalla más próxima, que precipitó una lluvia de polvo y pedazos de yeso. Apliqué la oreja a la abertura pero sólo se oía el sollozo del viento en el conducto de la chimenea.

En cambio la segunda se abrió con más facilidad y no desprendió polvo, como si la abriesen con frecuencia o hiciese poco que lo habían hecho por última vez. Este detalle debió servirme de advertencia, pero cuando escuché la voz de Hochstraten tan clara como si lo tuviera sentado junto a mí, olvidé toda precaución.

-Las cartas sobre la mesa, magister -estaba diciendo-. Puesto que decís que os gustan las cosas claras, ¿qué hicisteis cuando vuestro comandante interrogó a mi prisionero por orden vuestra?

—Comprendo vuestra indignación — replicó Wiggershaus—. Sí, los ciudadanos han sufrido muchas bajas y sin duda os pedirán explicaciones por ello. Por eso mismo es menester que actuemos de concierto los reunidos aquí.

-¿No escuchasteis lo que dijo el prisionero? ¿O vuestro comandante no suele informaros?

—Lo que dijo el comandante, mi señor Hochstraten, no fue sino la confirmación de nuestros temores. Conocemos la fuerza del enemigo y sabemos más o menos cuándo se dispone a atacar.

-¡Ochocientos hombres, ochocientos! ¿Y cuántos tenéis aquí en el castillo? No creo que lleguen a cincuenta.

-Esperamos refuerzos. Pero en todo caso, con los hombres de la ciudad capaces de valerse reuniríamos una fuerza por lo menos igual. Si mandarais reparar vuestras fortificaciones...

-No estáis escuchando lo que os digo. No tenemos nada con que enfrentarnos a ochocientos bandoleros sanguinarios. ¿No visteis que tuvimos más bajas nosotros que los atacantes?

-Sí, claro. Como que la mayoría de los hombres de la ciudad se negaron a pelear. Si hubiéramos tendido la emboscada, no con doscientos sino con seiscientos, habríamos quedado victoriosos después de la primera andanada.

-¡Hubiéramos! ¡Habríamos! ¡A eso se reducen vuestros grandes planes de batalla, magister! Vuestra genial encerrona se convirtió en un baño de sangre. Y para colmo, la bruja que tenéis aquí ha reducido a escombros media ciudad.

-Aquí no hay ninguna bruja, que yo sepa -terció Frowin.

-Los insurrectos tienen artillería -prosiguió Hochstraten-. El príncipe obispo, como todos sabemos, marcha contra Landstuhl. Pueden pasar meses sin que recibamos refuerzos. Para entonces, todos estaremos muertos.

-Perdonad que discrepe de vuestra argumentación -dijo Wiggershaus—. Estando así las cosas, ¿no deberíamos poner mayor empeño en pelear contra los bandoleros sin aguardar ayudas?

-También podemos ofrecer un rescate a cambio de no ser saqueados. Sé de buena tinta que San Goar pactó con los bandidos, pagó y se salvó.

-Pues según mis noticias, lo último que se ha sabido por el lado de San Goar es que pasó la horda de bandoleros disparando en todas direcciones.

-El prisionero me dijo que la tropa pasó de largo después de hablar el burgomaestre de la ciudad con el jefe de los salteadores.

-Con el jefe de la caballería, quizá -replicó Wiggershaus-. Pero no con el del grueso de la tropa.

-Por cierto, ¿sabéis quién es el caudillo de esa banda? Le llaman Giovanni Pico della Spalatina. Y ese nombre no es del todo desconocido en Alemania.

-¿Y qué se sabe en Alemania de ese sujeto?

-Que es tan loco y vesánico que ni siquiera César Borgia quiso tenerlo en su ejército —replicó Hochstraten-. Supongo que eso quiere decir algo.

—Quiere decir, ante todo, que los rumores crecen al pasar de boca en boca -dijo Wiggershaus con tranquilidad-. A veces crecen tanto que asoman la jeta por encima de los Alpes.

—Y vos sólo queréis que demos la sangre por los del castillo, para poder continuar con vuestros tenebrosos manejos sin que nadie os moleste.

—¡Basta ya! —rugió Frowin-. ¡Salid de aquí, villano, si no queréis que os hagamos echar a fustazos!

Oí que arrastraban los pies y luego un ruido, como si alguien hubiese tumbado una silla. La voz de Hochstraten dijo:

—¡Ya hablaremos, señor conde! —Y acto seguido se oyó un portazo.

—Esto es el colmo -dijo el indignado Frowin-. Desde que el Emperador va concediendo franquicia a las ciudades, esos ruines se insolentan más a cada día que pasa.

Hubo un silencio y luego se oyó de nuevo la voz de Frowin, ya más calmada:

—Os había reprendido, magister, por pelear contra los bandoleros sin mi autorización. Pero ahora... ochocientos hombres cayendo sobre la comarca..., ¿estáis seguro de que son tantos?

-Del todo. Al principio incluso temí que fueran más.

-Y no tenemos fuerzas que oponerles.

-No antes de una semana. Pero recibiremos refuerzos. En la ciudad no todos creerán que vayan a salvarse pagando un tributo.

-¡Ah! ¡Debí haceros caso! -exclamó Frowin en tono de resignación.

-También sé que os im'porta sobre todo vuestra gran obra —respondió Wiggershaus-. Cuando salí a pelear sin pediros permiso no lo hice por traicionaros.

-¡Ah, magister! ¡Me habéis ayudado tantas veces!

-Y no obstante, nunca he podido cumplimentar vuestro primer encargo -dijo Wiggershaus-. Pero todavía no hay nada perdido. Hens Kuehnemund es un gran campeón, y Susanne Gundelfinger, una aliada que vale por cien lansquenetes.

-¡No puedo cederos a la mujer! Sería demasiado peligroso para ella. Y retrasaría innecesariamente la gran obra.

-No digo que suba a pelear desde las almenas, señor conde. Acordaos de Arquímedes de Siracusa, el que dio tantos disgustos a los romanos con sus máquinas, aunque él no ceñía espada.

-Todavía necesito a la mujer.

—Desde luego, señor conde. Pero es mejor aceptar una demora de pocos días, en vez de comprometer el éxito de toda la empresa. Me parecéis fatigado. Solicito vuestro permiso para retirarme.

-Sí, magister, retiraos. No estoy fatigado, pero prefiero visitar ahora la torre.

Cerré con disimulo la pantalla del tubo.

Cuando me volví, estaba a mis espaldas la muerte en persona.

La muerte se envolvía en una sotana larga de color negro y se alzaba frente a mí, inmóvil. Unos ojos de color azul muy claro me contemplaban desde las cavernosas órbitas de la calavera. Me sentí traspasado por aquella mirada, no como si estuviese mirando a través de mí, sino como si pudiera ver algo escondido en mi interior.

La muerte adelantó un paso y cayó sobre ella un haz de sol, la sotana se entreabrió y pude ver que era una capa negra con capucha en realidad. Debajo de ella, el hombre llevaba botas negras y calzón y jubón también negros. Con breve

movimiento se quitó la capucha y descubrió el cabello blanco y muy corto.

También vi entonces que el rostro no era una calavera, sólo que tenía las mejillas tan chupadas y los ojos hundidos en unas órbitas tan profundas, que visto a media luz justificaba la confusión.

-¿Qué os entrometéis por aquí? —pregunté.

El de negro me miraba fijamente y cuando habló apenas movió los labios:

-A esa pregunta os toca más responder a vos.

-Pertenezco a la guarnición del castillo —dije.

-Hace poco de eso.

-Oí un ruido aquí arriba y he subido a mirar —expliqué.

-Habrá sido un ruido muy fuerte. ¿Cómo no han venido más guardias? Es extraño.

-Ahora mismo vienen.

-¿Vamos a esperarlos juntos?

Me pareció más oportuno mudar la conversación.

-Disculpadme si os he sobresaltado. Es verdad que hace poco que estoy en este castillo. Será por eso que no os conozco.

-¿Os he dado la impresión de que me habíais sobresaltado? ¿Cómo os llamáis, soldado?

Dije mi nombre y el de negro asintió como si no hubiese esperado a otro.

-¿Os complace vuestra estancia aquí, Edgar Frischlin? —preguntó.

-En vista de que no hay motivo de alarma por aquí, preferiría retornar a mis obligaciones.

-¿Eso es lo que habéis visto, que no hay motivo de alarma? Os tropezáis con un hombre que no dice su nombre ni explica su presencia, ¿y vais a dejarme solo aquí arriba?

-Es evidente que sois huésped habitual de este castillo y sería improcedente que os molestara con mis preguntas.

-Pero ¿qué pasa si no soy huésped del castillo, sino un intruso furtivo?

-Un furtivo no se encaminaría a la buhardilla precisamente. Aquí no hay nada que sea de valor.

-Al contrario, aquí está lo más valioso que tiene el castillo - replicó el de negro—. Esto es el paraíso. Naturalmente, no se lo parecería a una persona normal. Se necesita una mirada especial para distinguir que aquí estamos en el paraíso.

Otro loco, pensé. Sin duda sería de la familia del conde.

-Me refiero a la mirada de un espía, como es natural — prosiguió el de negro—. Lo más valioso para un espía son las conversaciones.Vos ni siquiera habéis registrado los objetos que se encuentran por aquí. Sólo os interesaba una cosa: cómo escuchar una conversación de una de las estancias de abajo. Desde mi escondite yo os vigilaba todo el rato. Decidme ahora una buena razón para que no os entregue a la guardia.

-Si yo fuese un espía, esto no sería el paraíso para mí, puesto que aquí me habríais pillado.

-Y expulsado. No olvidéis que todo paraíso implica finalmente la expulsión.

-¿Qué puedo hacer para convenceros de que soy inofensivo?

-Es un poco tarde para eso, ¿no? Limitaos a reconocer que si no os denuncio, quedáis en deuda conmigo.

El de negro se retiraba poco a poco. Le seguí con cuidado, muy atento a cada uno de sus movimientos.

-No pertenecéis a la guarnición del castillo, porque en tal caso me habríais denunciado. ¿Quién sois?

-Uno que no os debe ninguna explicación.

El de negro caminaba de espaldas y parecía conocer tan a fondo el lugar, que esquivaba de memoria todos los obstáculos mientras no me quitaba los ojos de encima.

-Si sacáis la espada, os mato —dijo el de negro en tono tan tranquilo y natural como si me dijera que el que se expone desnudo a un aguacero puede pillar un resfriado.

-¿Qué planeáis?

-No os debo ninguna explicación, ya os lo he dicho. Para que os sirva de consuelo, sabed que vuestra presencia no ha estorbado para nada mis negocios. De otra manera, ya estaríais muerto.

El de negro alcanzó la trampilla.

Yo esperaba que se agachase para sujetar la argolla de hierro que servía para abrirla. Pero lo que hizo el de negro fue meter el pie izquierdo en la argolla, doblar la rodilla y alzar la trampilla lo justo para que la mano tomase el relevo, todo esto sin dejar de mirarme fijamente.

Empezó a bajar la escala de madera sin volverme la espalda.

-Si alguien os pregunta -dijo a guisa de despedida-, diréis que os habéis encontrado con Leo von Cleve y que estáis vivo para contarlo.

¡Ahora!, me dije a mí mismo, pues calculaba que el de negro no habría previsto un ataque en tal momento.

Pero sí lo había previsto. Mientras yo me abalanzaba hacia delante, Leo von Cleve se agachó y dejó que la trampilla se cerrase por su propio peso.

Agarré la argolla, pero al mismo tiempo pude escuchar cómo corría el pasador al otro lado.

Tiré de la argolla. La trampilla no se movió.

Metí la punta del machete en el hueco entre la trampilla y las tablas del suelo y la moví de un lado para otro. Rozaba el pasador pero el hueco era demasiado estrecho para poder descorrer el cerrojo.

A continuación probé con la punta distintas tablas de la trampilla. Por las juntas podría atacar con el acero, pero costaría bastante trabajo arrancarlas.

Un par de horas, en efecto, me devolverían la libertad, pero dejando una trampilla rota y, por tanto, la prueba de una intrusión injustificable.

Busqué alrededor de la trampilla con la esperanza de hallar algún objeto que pudiera servirme.

Encontré juguetes de madera enmohecidos, una colección de frascos y tarros vacíos con restos de bálsamos o de pomadas, piezas de ropa hechas jirones y una colección de instrumental médico viejo y oxidado.

El tiempo apremiaba. No era posible que un guardia desapareciera sin más ni más.

Pensé que tal vez habría otras posibilidades para salir de allí. Como la construcción era alargada, bien podía ocurrir que hallase otra trampilla. O podía salir al tejado y colarme por el conducto de alguna chimenea. Muchas de éstas tenían por dentro una escala de barrotes de hierro para los deshollinadores. Claro que estarían sucios, pero era un modo de bajar no demasiado peligroso.

Saqué la cabeza por uno de los agujeros del tejado. Desde mi observatorio tenía una excelente vista sobre el patio.

En aquel momento cruzaba por el patío Adriane.

Tenía un plato en la mano, y aunque estaba lejos para distinguirlo bien, por el color y el tamaño lo que llevaba me pareció ser el pollo único que había guisado la cocinera.

Adriane anduvo hasta la torre del fondo y dejó el plato en el suelo, delante de la puerta. Luego llamó con un solo golpe y se volvió por donde había venido.

Miré a mi alrededor. Desde mi observatorio las chimeneas me parecieron demasiado estrechas para descolgarme por ellas.

Por el lado norte, el tejado daba al vacío. Por el sur remataba en una construcción maciza que establecía la división entre los dos patios, un piso más alta que los aposentos del conde y provista de varios ventanucos estrechos. Con un poco de suerte conseguiría acercarme por el tejado hasta una de aquellas aberturas y entrar.

Un poco de suerte significaba que no se hundiese el tejado bajo mi peso, que yo no resbalase cayendo al patio, y que

no se le ocurriese a nadie mirar arriba y decir «pero qué hace ahí ese individuo».

Me acerqué al agujero más próximo al lado meridional. Me quité las botas y me las colgué del cuello. Descalzo andaría más seguro sobre las tejas.

El plato puesto delante de la entrada de la torre había desaparecido. No se veía ni un alma.

¡Ahora o nunca! Subí al tejado y sujetando con ambas manos uno de los travesanos de la parte rota, descolgué poco a poco las piernas, hasta alcanzar con los pies el borde inferior. Tanteando con los dedos de los pies encontré un canto rugoso, el del muro exterior.

Tumbado boca abajo sobre la pendiente del tejado, alargué el brazo izquierdo. Debido al mal estado de las tejas, no faltaban huecos en donde introducir la mano para sujetarse.

Lentamente fui alejándome del agujero, paso a paso, cambiando los puntos de apoyo con precaución.

Me detenía con frecuencia para mirar de reojo hacia el patio, por si alguien había reparado en mí. Debido a la postura sólo veía la parte de enfrente, mientras que el centro y los aposentos señoriales quedaban ocultos por el canto del tejado.

Conseguí llegar hasta el final sin resbalar y sin ser visto. Alcanzar la ventana resultó más difícil de lo que pensaba. Cuando llegue junto a la pared vi que no alcanzaba el alféizar con el brazo levantado.Y no podía erguirme porque estaba boca abajo. Empecé a darme la vuelta con precaución. Pero al hacerlo perdí la sustentación que hasta entonces encontraba con los dedos de los pies. Al instante resbalé un trecho hacia abajo, hasta que conseguí engarfiar los dedos en una grieta de la pared, rompiéndome una uña. Me mordí los labios para reprimir la exclamación.

Mientras me sujetaba con la derecha, palpé las tejas con la izquierda en busca de un nuevo agarre. Una de ellas estaba torcida, y aproveché para meter la mano en el hueco.

La teja se desprendió instantáneamente y empezó a deslizarse hacia el patio. Quise agarrarla con la izquierda y la atrapé con las puntas de los dedos, pero se me escapaba.

Así que levanté la pierna izquierda y detuve la caída de la teja con el pie.

Hice fuerza con la izquierda que tenía puesta en el hueco. Cuando me vi seguro, empecé a encoger la pierna izquierda con el propósito de devolver la teja hacia arriba.

Como estaba sujetándome con ambas manos para no resbalar a mi vez, junté el pie derecho con el otro y sirviéndome del dedo gordo y de su vecino, sujeté la teja. Quedó tan bien agarrada como si la tuviera en la mano.

Pero sólo durante dos segundos. Uno de los dedos resbaló, y la teja se me escapó y desapareció de mi vista.

Contuve la respiración.

Una voz espantada exclamó:

—Pero ¿qué quieres de mí?

No me pareció el comentario más oportuno para la caída de una teja. Aunque era la voz del conde Frowin, y en aquella familia la normalidad parecía constituir excepción.

¡Plaf!, se hizo añicos la teja en el suelo del patio.

-¡Vete de aquí! -habló otra vez Frowin-. ¡Yo he cumplido con mi parte del pacto!

De nuevo saqué la conclusión de que aquellas palabras no tenían que ver con la caída de la teja. Así que me descolgué las botas del cuello y las arrojé al interior de la estancia, a través de la ventana abierta.

Puesto en pie habría alcanzado la ventana con mucha facilidad. Pero la pendiente del tejado era demasiado grande para intentarlo siquiera.

Para llegar a la ventana no tenía otro recurso que incorporarme de un salto y agarrar el alféizar con ambas manos. Sólo se podía intentar una vez.

-No -estaba diciendo Frowin en el patio-. No renunciaré.Ya no te tengo miedo.

Tomé impulso con ambas manos y salté. En seguida perdí el equilibrio, me tambaleé hacia fuera y en el mismo

instante noté que se rompía una de las tejas debajo de mi pie derecho.

La teja rota me hizo una herida en el tobillo, pero al mismo tiempo pude sujetarme con las dos manos en el alféizar.

Sin tomar aliento siquiera me alcé a pulso, pasé la ventana y me vi en el rellano de una escalera..

Temblándome todavía las rodillas, fui a por mis botas para tratar de restablecer un aspecto presentable.

Los pintores cuando toman apuntes del natural suelen colocar a sus modelos en posturas forzadas. Un cuadro que reprodujese la escena que se ofrecía en aquellos momentos a mis ojos tendría que titularse «el Emplazado», o «la Muerte dando la hora» o algo por el estilo. De pie en medio del patio, el conde Frowin se cubría con ambas manos el rostro, lívido como si acabase de perder toda su sangre,

El de negro estaba a dos pasos de él, un brazo escondido debajo de la capa y el otro extendido, apuntando en el dedo a Frowin.

Dos criados que transportaban una pesada viga de madera entraron procedentes del patio anterior y se detuvieron al ver la extraña escena.

El de negro estaba diciéndole a Frowin:

—Con esto has firmado tu sentencia. Morirás lo mismo que los demás. Y si es necesario, morirán contigo todos los secuaces de que te has rodeado. Ni el jurista Wiggershaus, ni el campeón Kuehnemund, ni la bruja Gundelfinger te salvarán la vida si yo te condeno.

—¡Vete! —exclamó Frowin.

-Sí, me voy. ¡Pero ay de la noche en que yo vuelva a visitarte!

El de negro le volvió la espalda al conde y se encaminó hacia la salida.

Frowin aguardó a tenerlo algo lejos y entonces ordenó a los dos criados:

-¡Matadlo! ¡Es un espía!

Los dos hombres dejaron caer la viga y sacaron sus puñales.

Yo saqué a mi vez la espada corta y salí al patio. Estaba a espaldas del hombre de negro, que no podía verme. Apreté el paso para coincidir con el momento en que el de negro se enfrentase a los dos criados.

Entonces entró Kuehnemund, también procedente del otro patio. Cuando vio al de negro cambió de dirección sin pensarlo un instante.

-¡Quitaos de enmedio! -ordenó el de negro a los dos mozos.

-¡Alto ahí! -replicó uno de éstos.

El de negro se abalanzó sobre ellos y los mozos retrocedieron un paso, levantando los puñales en postura defensiva. El otro hizo una finta para esquivarlos.

Salté sobre él para derribarlo con el pomo de la espada. Pero el de negro debió verme por el rabillo del ojo, me esquivó y se colocó fuera de mi alcance.

Kuehnemund estaba ya cerca y empezó a tirar de espada. Pero nuestro adversario había calculado bien la carrera. Pasó por entre nosotros y nos dio esquinazo hacia el otro patio.

-¡Cogedlo! ¡Matadlo! -vociferaba el conde Frowin.

Nos lanzamos a la persecución. Kuehnemund fue el primero en asomarse al patio, mientras yo le pisaba los talones.

La puerta principal del castillo estaba cerrada. En el patio, Henning Locher y un grupo de ayudantes suyos estaban de pie alrededor de tres barriles. Mientras los ayudantes atendían las explicaciones de Henning, otros hombres encaramados en las almenas remendaban los rotos de la muralla poniendo empalizadas.

Ni rastro del hombre de negro.

-¿Dónde está el de negro? -interpeló Kuehnemund a los presentes. Todos le miraron con asombro. El único que respondió fue Henning:

-¿Quién?

Pude ver varias puertas abiertas. Por alguna de ellas debió colarse al interior del castillo.

Kuehnemund pensó lo mismo, pues dijo:

-Estará todavía en el castillo. -Y alzando la voz, ordenó—: ¡Eh! ¡Que bajen los de la muralla! Locher, vigila con estos hombres la puerta. Que no salga nadie. Estamos buscando a uno que viste de negro de pies a cabeza. Si lo veis, atrapadlo. Pero ¡cuidado! Es un sujeto peligroso.

Hizo ademán de encaminarse hacia una de las entradas, pero luego se detuvo y se volvió hacia mí:

-Reúne a los del dormitorio, y quiero ver aquí formados a todos los hombres que sean capaces de mantenerse en pie.

En la sala los combatientes que se habían tendido a descansar andaban ya alarmados.

Les expliqué en dos palabras el motivo del alboroto, y reanudamos la persecución.

Desde el patio delantero pude ver a través de las ventanas numerosas procesiones de los que buscaban al de negro. Pensé que no se le habría ocurrido refugiarse en aquella parte, ya que parecía conocer bien el castillo.

Regresé al patio posterior.

De la capilla salían dos hombres armados de arcabuces y perseguidos por Conrad, quien clamaba enfurecido:

-¡Blasfemia! ¡No se entra con armas de fuego en la casa del Señor!

Miré hacia los aposentos del conde. ¿Era de creer que el de negro hubiese regresado a la buhardilla? Me pareció improbable. Era fácil adivinar que al menos yo, de entre los perseguidores, le buscaría en tal lugar.

Frowin se había eclipsado.

Kuehnemund, que había reunido un pelotón de hombres armados, apareció entonces en el patio. Repartió a los suyos en varios grupos. A los que se dirigían hacia los aposentos del conde les gritó:

-¡No dejéis de registrar la buhardilla! Me uní al grupo que iba a registrar la parte posterior. Uno de los hombres hizo ademán de encaminarse hacia la torre, pero su compañero le retuvo del brazo:

-¿No sabes que tenemos prohibido entrar allá?

-Pero ¿no estamos buscando a un intruso, maldita sea?

-Más te vale esperar a que alguien te lo mande.

Mientras los demás se dispersaban dentro del edificio, yo me quedé en el patio.

¿Así que la torre era zona prohibida? Pues apenas cabía imaginar que un fugitivo pudiera buscar un escondite más favorable.

Conrad se cansó de montar guardia a la puerta de la capilla y desapareció en el interior de ésta.

Como no quedaba nadie que pudiese verme, decidí visitar la torre.

Bien mirado, a mí no me lo había prohibido nadie. Y con el trastorno general, era posible que nadie reparase en mí.

Cuanto más me acercaba a la torre, más curioso me parecía que la obra hubiese permanecido en pie. Se veía fuera de plomada, vencida hacia el patio. La habían apuntalado pero estaba por ver si el remedio duraría mucho tiempo.

En cambio la puerta parecía nueva. Olía a madera fresca. Removí el picaporte pero la puerta no se abrió.

Debajo del picaporte se veía el ojo de la cerradura. Contando con herramientas adecuadas me atrevería a abrirla, pero las tenía en el dormitorio. Di un rodeo y pasé al fondo del patio. Allí confluían dos lienzos de muralla formando ángulo agudo. Pero si antaño duplicaban sobradamente la altura de un hombre, con sus almenas y su camino de ronda para la circulación de los centinelas, en aquellos momentos estaban desplomados en varios puntos, sin que nadie se hubiese ocupado en repararlos.

Enfilé una rampa para asomarme a las almenas y vi que apenas era de temer un asalto por aquel lado, porque allí la montaña caía casi a pico y carecía de vegetación salvo algunos matorrales que habían anidado en las grietas. Si

duda un grupo de escaladores avezados podría intentarlo, pero habría bastado un par de ballesteros con buena puntería para rechazar tal tentativa. Observé, sin embargo, otro peligro más grave. A menos de medio tiro de flecha se alzaba un risco con abundantes árboles y arbustos.

La más elemental seguridad habría consistido en talar aquella loma cercana y apostar un cañón en la parte correspondiente de la muralla, para evitar que la posición pudiera ser ocupada por unos posibles sitiadores. Los antepasados del conde sí habían distinguido el peligro, como lo indicaban unas gruesas argollas de hierro clavadas en la pared, y ya muy oxidadas. Sin duda servían para fijar las poleas con que izaban una pieza de artillería.

El arbolado de aquella cima no alcanzaba un gran desarrollo. Ninguno de aquellos ejemplares tendría más de treinta años, lo cual señalaba la época en que los del castillo empezaron a desentenderse de la defensa.

Entre los dos tramos de la muralla y la torre quedaba una plaza triangular en cuyo centro se alzaba una especie de andamio hecho con unos postes y unas tablas de madera. En la parte más próxima a la torre los largueros se elevaban apenas un codo sobre el suelo. Hacia la muralla el andamio se elevaba un poco más, hasta alcanzar la altura de un hombre con los brazos levantados. De uno de los travesaños colgaban un cubo de madera y un cedazo. No parecía de ninguna manera una máquina de guerra o ingenio similar que justificase la prohibición de acercarse por aquella parte.

Por ese lado la torre había tenido en otros tiempos varias saeteras, pero estaban tapiadas. En una época posterior abrieron dos ventanas, la una a media altura y la otra cerca del tejado. Unos postigos de madera representaban la única concesión a un posible peligro por aproximación de fuerzas enemigas al otro lado de la muralla.

Vi un movimiento detrás de la ventana central. Al poco se asomó Frowin. Al verme gritó:

-¡Fuera! ¡Aquí no se te ha perdido nada!

Dicho lo cual sacó medio cuerpo fuera para cerrar de golpe los dos postigos.

Como soldado obediente, fui a reunirme con los que seguían buscando.

Quedaba a mi espalda la torre cuando me avistó Kuehnemund, quien discutía con un grupo de soldados, y me llamó con una seña.

-¿Qué hacías junto a la muralla prohibida? -preguntó en tono severo.

-Buscaba al de negro. Pensé que intentaría esconderse donde a nadie se le ocurriera buscarlo. Pero ¿qué significa eso de muralla prohibida?

Kuehnemund se encogió de hombros. No parecía muy dispuesto a dar explicaciones, como si él tampoco creyese mucho en la sensatez de la prohibición.

-Es una orden del conde, de modo que no quiero verte más por allá, y lo mismo vale para todos vosotros. ¿Habéis registrado todas las edificaciones de ahí detrás?

Todos aseguraron que habían mirado con gran escrupulosidad. Uno de los lansquenetes contó que el hijo del conde los había echado de la capilla y no les permitió registrarla.

-Está bien -dijo Kuehnemund—. Tendré que ocuparme personalmente.

Acompáñame tú, Frischlin.

Mientras cruzábamos el patio dije:

-Puesto que de todos modos he visto lo que hay detrás de la torre, me gustaría participaros una observación. Al otro lado de la muralla se alza una colina aislada, y si alguien...

-Ya lo sé —me interrumpió Kuehnemund-. Pero el conde ha prohibido terminantemente que vaya nadie a la parte norte del patio.

-¿Y si se le ocurre al enemigo apostar allí un par de tiradores?

-Si nos vemos sitiados, ya se me ocurrirá alguna solución. Haz el favor de no insistir más en eso.

Efectivamente, pensé, el castillo era todo él un paraíso para espías. Bastaba pasearse por allí para reunir un montón de informaciones. Lástima que nadie le explicase a uno cómo casaban las unas con las otras.

Kuehnemund sujetó la culata de su arcabuz debajo del brazo y abrió la puerta de la capilla con brusco empujón.

Conrad estaba arrodillado sobre las baldosas delante de un pequeño altar, y se puso en pie de un salto cuando nos oyó.

Kuehnemund me dijo en voz baja:

—Diga lo que diga él, déjamelo a mí. Tú procura que no entre aquí nadie más.

Conrad se acercó a nosotros por el pasillo central entre las dos hileras de bancos. Abría los brazos el iluminado, como dispuesto a evitar la profanación del santo lugar a toda costa.

—Estáis en la casa del Señor -dijo-. Aquí no se le ha perdido nada a ningún mercenario.

—Tenéis toda la razón, señorito —dijo Kuehnemund—. Estamos aquí por orden del conde, vuestro señor padre, para capturar a un intruso que ha entrado en el castillo. Decidme, ¿habéis visto a alguien?

—Ningún hombre de corazón impuro puede penetrar en este lugar.

—El hombre a quien buscamos amenazó a vuestro padre. A lo mejor no os disteis cuenta de que era un bribón. Es posible que haya sabido fingir.

—Marchaos ahora y no busquéis más. Aquel a quien buscáis quizá no sea siquiera un hombre. Acordaos de lo que pasó en Sodoma y Gomorra cuando los habitantes quisieron violentar a los ángeles del Señor.

—No puedo marcharme ahora, señorito. Comprended que tenemos el deber de registrar este lugar, con vuestro permiso o sin él. —Y volviéndose hacia mí agregó-: Empieza por el lado izquierdo y no dejes rincón sin registrar.

Me acerqué a la pared izquierda. Tenía varios nichos con floreros o cirios encendidos, pero demasiado pequeños para que pudiera ocultarse un hombre en ellos.

Conrad quiso seguirme los pasos, pero Kuehnemund se plantó delante de él.

—Dejadme pasar —ordenó Conrad-. La ira del Señor caerá sobre vosotros si profanáis su casa.

Cuanto más clamaba él al cielo, más seguro estaba yo de que allí había gato encerrado. Saqué la espada en previsión de un ataque por sorpresa.

Mientras iba agachándome para mirar entre las filas de bancos, poco a POCO me acercaba al altar.

—¡Que nadie toque el altar! -dijo Conrad.

Era una especie de repliegue estratégico. El territorio que defender se había encogido considerablemente.

Pero ni por ésas. Kuehnemund siguió cortándole el paso al defensor de Dios, y yo levanté los paramentos del altar con mis manos sacrilegas, a ver qué había debajo.

Por muy perturbado que estuviera Conrad, le quedaba sentido común para evitar el enfrentamiento físico con un soldado como Kuehnemund. De modo que pude terminar mi ronda sin temer más castigos que los celestiales.

Pero el fugitivo no aparecía.

Cuando me vio al lado de Kuehnemund, el loco la tomó conmigo. Con un guiño de conspirador dijo:

-Yo sé bien quién es el que buscáis.

-¿Sí? ¿Quién es? -le pregunté.

Conrad se inclinó hacia mí y susurró a mi oído:

-Es el Innombrable.

¡Acabáramos! Ya no hacía falta seguir buscando.

Al fin no nos quedó más remedio que retirarnos sin haber conseguido nada. A nuestras espaldas Conrad vociferaba:

-Algún día seré yo el amo de este castillo. ¡Entonces me pagaréis este desafuero de hoy, Kuehnemund!

El interpelado cerró la puerta de la capilla a su espalda y dijo:

-Confio en no estar aquí cuando llegue ese día. No tengo inconveniente en pelear contra ogros y bandoleros, pero contra un fanático...

-Creo que estáis a favor de los imperiales -aventuré procurando que pareciese un comentario sin importancia. Kuehnemund me miró muy serio.

-El conde Frowin es vasallo del príncipe obispo Greifenclau. Incluso hemos enviado fuerzas a Tréveris para la campaña contra el de Sickingen. ¿Qué te ha dicho al oído el vizconde?

-Que el hombre a quien buscamos no es hombre sino el diablo en persona.

-Pues entonces, vuelve a lo tuyo. Henning Locher andaba buscándote hace un rato. Parece convencido de que conseguirá hacer de ti un artillero pasable.

-¿Y la búsqueda del intruso?

-El de negro aparecerá tarde o temprano. Hemos puesto centinelas, así que no va a poder salir.

-A menos que conozca algún pasadizo secreto.

—No hay pasadizos secretos en Schónburg -dijo Kuehnemund. Lo raro sería que los hubiese, pensé yo.

## CAPITULO 10

### En donde se explica por qué no toca el órgano de la muerte

HENNING LOCHER y Susanne Gundelfinger estaban en el patio anterior, al lado de una pieza de artillería. Cuando me acerqué, Henning me preguntó:

-¿Dónde te habías metido?

-¡Ah! Estaba buscándote y me perdí.

-No se podía esperar otra cosa -comentó Susanne.

-Y luego he colaborado en la búsqueda del misterioso hombre de negro.

-Pudiste regresar con Henning -dijo Susanne—. No hacía falta tu ayuda para que el de negro escapase de todos modos.

Con lo cual me volvió la espalda y le preguntó a Henning:

-Así pues, ¿cuál es vuestro nuevo quebradero de cabeza, maese Locher? —Lo cumplí todo al pie de la letra tal como vos dijisteis. La carga de todos los tubos exactamente igual. Incluso he utilizado la copa de medir que me disteis.

-Ya vamos progresando, después de lo de «cinco pulgaradas de salitre cada medio puñado de carbón de leña».

-Pero los tubos siguen desviándose hacia arriba, y eso que he comprobado varias veces los engranajes.

Ambos volvieron su atención hacia la pieza.

Yo no había visto nunca un arma semejante.

Los cañones normales que yo conocía constaban de una pieza puesta sobre un afuste. Pero en aquél sólo se distinguían dos ruedas y un amasijo de tubos. Serían unos cincuenta, todos de una longitud como de codo y medio, y ninguno apuntaba en la misma dirección. Venían a formar como una doble espiral cuyo eje era el mismo eje del afuste.

Los cañones de varios tubos llamados «órganos» no eran desconocidos, pero sólo tenían sentido cuando todos los tubos apuntaban en la misma dirección. Entonces se conseguía más potencia de fuego. Pero con aquel trasto tendrían que corregir la puntería cada vez que disparase.

-Los engranajes giran bien -dijo Susanne—. ¿Habéis medido bien las mechas?

-Todas de la misma longitud. Incluso las he cortado todas del mismo cordón, previamente empapado por mí de salitre para que ardan todas a la misma velocidad.

-Se podría aplicar a un lado una pieza basculante, que al oscilar vaya soltando un trinquete. Si lográis sincronizar las oscilaciones con la cadencia de tiro, a cada retroceso la caja del mecanismo retornará a la misma posición quedando fija, para soltarla antes de realizar el disparo siguiente.

-¡Doña Susanne, sois verdaderamente...!

-Basta, basta. Os dejo a solas con vuestro ayudante, y procurad que no haga demasiado estropicio.

-Oye, Susanne —empecé-. No hemos tenido tiempo para hablar, pero...

-Ésa es la buena noticia -replicó ella.

-En cualquier caso, celebro que hayamos vuelto a encontrarnos.

-Mira, Edgar, y escúchame bien. Aunque tú fueras el último hombre del mundo y yo una anciana arrugada y fea, nunca me alegraría de volver a encontrarte, ¿entiendes?

Con esto giró sobre sus talones y se alejó. Me volví hacia el artillero.

-Somos viejos amigos -expliqué.

-Ya lo había notado -dijo Henning.

La seguí con la vista hasta que desapareció en el patio posterior. Luego me quedé mirando la pieza.

-Así que ésta debe ser la famosa Edwina.

-¡El órgano de la muerte! -dijo Henning con teatral solemnidad, hablando como un feriante que anuncia la atracción de su barraca—. Será la gran revolución de la artillería. Es un sistema completamente nuevo, que combina la precisión con la potencia de fuego. Un invento sensacional que me hará rico y famoso, ¡ya lo verás cuando funcione!

-Tiene un aspecto algo extraño. Tendrás que corregir la posición después de cada tiro.

-¡Pues no! En eso consiste la novedad. Edwina restablece la posición automáticamente después de tirar. El retroceso gira hacia atrás la caja, y el tubo siguiente pasa a posición

de tiro. Hay que atar las mechas de manera que la chispa vaya circulando. Cincuenta disparos en menos de un minuto, ¿qué te parece?

-¿Y cuál es el inconveniente?

-Pues... que por ahora falla la alineación. La caja gira demasiado, o demasiado poco. Pero esa idea de un péndulo con trinquete ha sido genial. La Gundelfinger es una mujer como no hay otra. Por ejemplo, fabrica la pólvora mejor que nadie.

-¿A qué se dedica en este castillo?

-¿Qué hace aquí, quieres decir? El conde la llamó para que le ayudase en sus experimentos?

-¿Qué clase de experimentos?

-¡Y yo qué sé! Las cosas a que se dedica en la torre de atrás. Pero yo digo que eso es desperdiciar un talento. Cubramos a Edwina con esta tela embreada y luego te diré cómo se hacen las mezclas para una pólvora de primera.

Cuando hubimos tapado el órgano de la muerte Henning se puso a explicarme las proporciones de azufre, carbón de leña y salitre que intervenían en la fabricación de la pólvora, y la conveniencia de empaquetarla en un cartucho para cargar las recámaras a mayor velocidad.

-¿Por qué no mezclamos cantidades mayores para tener una reserva?

-Tú no querrás estar cerca de un barril lleno de pólvora negra si le acierta una bala caliente. Nunca mezclamos más de la que se necesita para un par de tiros.

Mezclé pólvora hasta que se me agrietaron las manos, la piel quemada por los ingredientes. Por último Henning me dio permiso para ir a cenar.

Con la cena sirvieron vino caliente pero, a diferencia de los demás hombres, me impuse moderación. Tenía turno de guardia en el patio posterior desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada, y pensaba aprovecharlo para echar otra ojeada por aquellos lugares.

Creí que habían olvidado la búsqueda del hombre de negro, pero entonces se presentó Kuehnemund en el refectorio

para recordarnos a los que estábamos de guardia que tuviéramos los ojos bien abiertos para dar la alarma tan pronto como se le avistase.

-El hombre al que buscamos se llama Leo von Cleve y es más peligroso de lo que parece a primera vista. El señor conde ofrece un premio de cien ducados a quien lo capture.

Cada uno desearía tropezarse con el llamado Leo von Cleve, o todo lo contrario, según su temperamento.

-¿Me ayudas a llevarlos? -me preguntó Adriane, que andaba trastabillando por el patio con dos cestas enormes cargadas de panes.

Precisamente iba yo al dormitorio de la tropa.

Tal vez fue la sonrisa con que parecía decirme «amigo», pero cargué con uno de los cestones, y me despreocupé de la guardia, puesto que de todas maneras no me la quitaría nadie.

-¿Adonde vas con los panes a estas horas? -le pregunté-. ¿Tal vez a la torre norte?

-¿Por qué crees que llevo los panes a la torre norte?

-Esta tarde te he visto cuando llevabas allá un plato de comida.

-Pues yo no te he visto a ti, ¿dónde estabas?

-En el patio de atrás.

-Pero yo no te vi. El patio estaba completamente desierto.

-Te vi por casualidad desde una de las ventanas.

-¿Y cómo estabas allí por casualidad?

-Buscando al tal Leo von Cleve.

-¿Por qué le busca todo el mundo? ¿Qué pasa con ese hombre? Poco a poco fui dándome cuenta de que no dominaba el curso de la conversación.

-Yo no soy más que un pobre lansquenete. Nadie quiere contarme esas cosas -dije imitando el tono de ella.

-Lo mismo me pasa a mí. Anda, vamos a guardar los panes en la despensa. De camino terminarás de contarme lo de la guerra de los frailes.

Sin embargo, vi que íbamos hacia la cocina, que estaba desierta a aquellas horas. Adriane tomó dos lámparas de la pared y las prendió.

-¿Llevas el pan a la cocina? -me sorprendí-.Yo pensé que lo sacabas de aquí.

-No, el horno queda ahí delante, cerca de la puerta principal. Además no los traigo aquí.Vamos de paso.

Al fondo de la cantina se abría una escalera de caracol muy estrecha, que se sumía en las profundidades. El enlucido de las paredes desaparecía al poco, y nos hallamos en una galería excavada en la roca viva de la montaña.

Hacía frío. No podían elegir mejor lugar para conservar alimentos.

Una puerta al fondo cerraba el paso. Adriane se sacó una llave que llevaba colgada al cuello, y abrió.

-Es molesto llevar esa llave de hierro sobre la piel, pero Berta dice que no la enseñe, o me acosarían todos los lansquenetes -explicó.

Al abrir del todo y entrar con las lámparas se reveló un recinto grande,

de paredes irregulares. Parecía una cueva natural. El suelo era de barro apisonado que allanaba las irregularidades de la roca.

La caverna contenía varias filas de estanterías muy altas y anchas. A juzgar por el tamaño de la despensa, el castillo estaba bien preparado para hacer frente a cualquier eventualidad. Pero no podía decirse lo mismo del contenido, porque los panes y los peroles almacenados apenas llenaban las estanterías de los dos niveles inferiores.

Adriane colocó su cesta sobre uno de los tableros, y yo me agaché para hacer lo mismo.

Cuando ella se volvió, ocurrió una cosa extraordinaria. Las puntas de su cabellos rozaron un instante mi rostro, y mi

olfato aspiró un perfume que recorrió todo mi cuerpo hasta repercutir en las ingles.

¡Ah, no! ¡Eso no!, pensé. Apenas tiene la mitad de años que tú. Sólo pretendo averiguar si sabe algo del secreto de la torre.

Y dentro de mí, aquella voz terrible, inolvidable, me advertía: Estás muerto, Edgar, muerto, muerto, muerto.

-¿Vas mucho a la torre del norte? -le pregunté.

-Alto ahí, lansquenete. Ésas no son las reglas del juego —me advirtió Adriane—. Allá arriba te he contado algo. Ahora te toca a ti, tal como prometiste.

Yo no recordaba haber prometido nada, pero en aquellos momentos me importaba más pasar el rato en compañía de Adriane... aunque no sirviese para enterarme de nada.

-Ya te he contado lo de los caballeros del Imperio y la lucha entre el poder de la Iglesia y el poder temporal -empecé-. Las prensas no paran de imprimir octavillas y libros que invitan al combate decisivo. Ulrich von Hutten es uno de los más decididos enemigos del Papa y de los partidarios del clero. El otro es Martin Luther, o Lutero como se dice en romance. Asegura que los papas han traicionado la verdadera misión de la Iglesia, y ha logrado persuadir de esto a muchos sacerdotes y obispos. Por eso el emperador convocó a reunión la Dieta, para allanar diferencias.

Y seguí contando cómo la Dieta se había reunido en Worms. Fue durante la pasada primavera y Lutero estaba convocado, pero el emperador Carlos envió emisarios secretos al de Hutten para que no acudiese. Por lo visto temían que la coincidencia de dos hombres tan persuasivos inclinase la opinión de todos los delegados en favor de los rebeldes.

Pero no hubo debate, sino un proceso contra Lutero para obligarlo a retractarse. También hubo un atentado, y Lutero se salvó de milagro. Los de la Dieta acabaron arrojándose los trastos a la cabeza, los partidarios de Lutero abandonaron la reunión, y los demás proclamaron por unanimidad que el fraile de Wittemberg era un hereje. Pero sabían perfectamente que muchos de los príncipes se negarían a acatar tal resolución.

En cuanto a Franz von Sickingen y al de Hutten, sin duda se arrepintieron de no haber asistido, con lo cual se privaban de hacer valer su influencia. En verano dieron muestras de querer enmendar su error.

A instigación de Ulrich von Hutten, una partida de hombres del de Sickingen persiguió a la delegación papal que regresaba a Roma. Nunca se supo con qué propósito. Pero la intentona fracasó porque el emperador había puesto a la expedición una fuerte escolta.

De resultas de este incidente, el conflicto ya no rezaba «los nobles del Imperio contra Roma», sino «Von Sickingen contra el Emperador», que era lo que menos le convenía a aquél, y sin duda no había figurado en sus planes. Cuando colgaron los hábitos dos monjes de la cartuja de Estrasburgo y se acogieron a la protección de Von Hutten,- el prior se procuró un retrato de éste y lo utilizó para..., ¡ejem!..., ¿cómo podría contarlo yo?

-¿Me tomas por una beata? ¿Quieres decir que se limpió el culo con el retrato?

-Exacto.Y no sólo eso, sino que hizo imprimir la escena y mandó colgar los carteles por todas partes. En cuanto al príncipe obispo Greifenclau, aprovechaba cualquier oportunidad para meter cizaña. Por último Greifenclau dispensó del juramento de fidelidad a un vasallo del de Sickingen, y la consecuencia fue que éste y Von Hutten reclutaron un ejército y marcharon sobre Tréveris.

-Quizá Greifenclau había previsto eso.

-Mirándolo retrospectivamente parece que ésa fue, en efecto, su intención. Durante todo el verano distrajo al de Sickingen con escaramuzas, pero fue a finales de otoño cuando provocó el asalto contra Tréveris. Sabía que Von Sickingen no aguantaría el asedio durante los meses de invierno..., en cambio la ciudad sí. -Pudo regresar en primavera.

-No, porque cuando llama a enrolarse bajo sus banderas un derrotado no es lo mismo que si lo hiciese un vencedor. Cuando el de Sickingen vio que apenas conseguía reclutar a nadie, optó por hacerse tuerte en su castillo. Ahora Greifenclau y sus aliados le han puesto sitio, estamos en primavera y si hace falta, pueden prolongar el asedio durante todo el verano y el otoño que viene.

-Hablas como si estuvieras de parte de los imperiales. ¿Por qué te agradan los caballeros?

-Porque son nobles -contesté con no poca sorpresa por mi parte, hasta que me di cuenta de que lo había dicho en serio. Aunque yo estaba al servicio del otro bando. El bando de aquellos a quienes más odiaba y temía, pero continuaba a su servicio. Pensé que lo noble por mi parte sería dejar a Greifenclau y unirme a las huestes de Von Sickingen para correr la suerte que le correspondiese, buena o mala.

Quise desterrar de mi mente tal idea. Pero las ideas son más obstinadas que las moscas y siempre vuelven, sobre todo cuando encuentran el pastel de la verdad.

-¿Qué hay al otro lado de esa puerta? —pregunté.

Al extremo opuesto de la despensa se veía otra puerta de madera.

-Puedes mirar -dijo Adriane-, pero no le digas a nadie que te lo he enseñado.

Me acerqué a la puerta, que estaba entreabierta. Daba a otra escalera. Bajé y me encontré en otra bodega más pequeña que la anterior, llena de grandes toneles encajados entre las rocas del techo y una viga de madera.

Las paredes eran de roca y a la luz de la lámpara pude ver la humedad que corría por ellas. No se podía continuar, así que emprendí el regreso escaleras arriba.

-Menuda reserva -le dije a Adriane-. Al menos moriremos hartos de vino.

-¿Tú crees que vamos a morir?

Hasta entonces me había persuadido a mí mismo de que lo más sencillo sería desertar del castillo antes de que se presentaran los sitiadores. Pero cuando miré a Adriane no supe qué contestar.

-¿Por qué no dices nada?

-Puede ser peligroso —dije por último-. Será mejor que no pensemos en emborracharnos.

-Así es mejor. Porque excepto el primer barril, todos los demás no contienen sino vino agrio. Por curiosidad he abierto varias espitas, pero sólo dan vinagre.

Subimos juntos y no volví a acordarme de la bodega. ¡Cómo podía sospechar yo que había estado apenas a unos pasos del más terrorífico de todos los misterios del castillo de Schónburg!

## CAPITULO 11

### Que relata lo que descubrió Edgar con la ayuda de su ganzúa

DESPERTÉ CON LA SENSACIÓN de habérseme ocurrido en sueños una idea genial. Algo que le imprimiría a mi vida un giro decisivo... si conseguía recordar lo que era.

—Cambio de guardia -me dijo un adormilado centinela—. Te toca el patio de atrás, con Hermann Lotzer. —El ademán señalaba a un desganado lansquenete que se frotaba los ojos tratando de disipar el sueño.

Me puse el cinto con la espada y me palpé el bolsillo del calzón para asegurarme de que llevaba lo necesario.

Los centinelas del patio posterior nos saludaron con un malhumorado «¡ya era hora!» y se alejaron antes de que pudiéramos darles alguna noticia por el estilo de «os quedáis de imaginaria».

Hermann traía alabarda, o mejor dicho se apoyaba en ella. Sujetando el asta con las dos manos, se quedó quieto y empezaron a caérsele los párpados.

—Deberíamos hacer una ronda -propuse.

—Hazla tú la ronda. Yo me quedó aquí -murmuró Hermann.

Di una vuelta a la plaza, pendiente de todas las puertas y ventanas. El cielo estaba despejado y la media luna lucía con mucha claridad, lo cual me permitió distinguir los detalles. Nos hallábamos a solas en el patio.

Aunque se aviniese a dejar desguarnecida la parte posterior de la muralla -gran irresponsabilidad, a mi modo de ver-, Kuehnemund no dejaría de controlar los turnos de guardia. Antes de intentar la aproximación a la torre sería preciso esperar la visita del control, y que nos hallasen despiertos y alerta como era nuestro deber.

Cuando regresé donde Hermann vi a un hombre capaz de dormir de pie. Era perro viejo de la milicia el buen Hermann.

—Espabila, hombre. ¿No ves que puede acercarse el oficial por aquí? Hermann eructó una vaharada de alcohol.

-Anda, vamos a dar una vuelta al patio —le sugerí-. Cuando haya pasado el control te tumbas en un rincón mientras yo vigilo.

-Podríamos turnarnos -propuso Hermann con escasa sinceridad-. Tú vigila primero.

-¿Qué te sugiere lo del hombre de negro? —opté por darle conversación.

-Recompensa -bostezó Hermann—. Podría emborracharme durante una temporada. Cierra el pico ya.

Pensé si podía exponerme y visitar la torre sin esperar el paso del control.

Quizá no volvería a presentárseme una ocasión tan favorable. Una noche clara, un compañero medio dormido. Me arriesgaba a dejarla escapar por demasiada prudencia. Pero también me arriesgaba a estropearlo todo por temeridad.

Empecé a pasear de arriba abajo. Como por casualidad, cada vez me acercaba más a la torre prohibida.

Dos pasos más y me hallé junto a la puerta. Me incliné para inspeccionar la cerradura.

Extraje de mi bolsillo un clavo de hierro con la punta doblada en ángulo. No era una obra maestra de la

cerrajería, pero hacía su oficio. Hasta entonces nunca me había fallado. Lo metí en la cerradura.

Después de algunos intentos en falso tropezó con una resistencia y ésta empezó a ceder cuando giré el clavo. Era una cerradura de falleba simple mantenida por un resorte. Cuestión de pocos instantes. Saqué la ganzúa y regresé junto a Hermann.

Me maldije a mi mismo mientras la luna continuaba su eterna carrera por el cielo, Hermann respiraba pacíficamente, el control no aparecía y la torre se alzaba incólume ante mis ojos.

La luna se acercaba al borde del tejado por el lado de los aposentos señoriales. Pronto habría transcurrido la primera mitad de la guardia.

Me fijé un plazo a mí mismo. Cuando la luna desapareciese detrás del tejado, yo iría a abrir sin más titubeo.

El borde inferior de la luminaria celeste rozó el tejado.Yo miraba el semicírculo brillante como si fuese un reloj de arena que marcaba la fugacidad del tiempo.

Aparté la vista con un esfuerzo y paseé los ojos por el patio, hasta la ojiva de la puerta. Al cambiar la posición de la luna el patio delantero quedó más iluminado y pude distinguir una silueta que se acercaba al amparo de la pared.

Rápido como el rayo le arrebaté la alabarda a Hermann, la dirigí hacia la sombra que venía y grité:

-¿Quién vive? ¡La contraseña!

Hermann despertó, dio unos manotazos en el aire buscando su alabarda y por fin se decidió a desenfundar la espada.

El intruso se acercó más y entonces vi que era Kuehnemund.

-No tenemos santo y seña -dijo.

-Cierto, pero eso lo sabemos únicamente los del castillo - repliqué con lógica aplastante.

Kuehnemund le dirigió a Hermann un ojeada dubitativa.

-¿Estás despierto, lansquenete?

-Sí, señor. A la orden, señor.

Kuehnemund me contempló como esperando algún comentario. Me limité a devolverle francamente la mirada, como si no hubiese nada que ocultar.

-Edgar Frischlin -dijo Kuehnemund—. Mientras dure este turno de guardia quiero que te consideres el oficial de este patio posterior. Te hago responsable de este hombre.

-Como mandéis, comandante. No os defraudaré.

-Está bien, continuad la guardia. Regresaré luego. Y una cosa, Frischlin...

-¿Sí, comandante?

-Puedes ahorrarte lo de «comandante», pero exijo disciplina, ¿entiendes?

Kuehnemund se acercó a la torre, aferró la argolla de la puerta y tras darle varias sacudidas se convenció de que estaba bien cerrada. Puso cara de alivio, sentimiento en el que le acompañé muy sinceramente.

Le devolví la alabarda a Hermann.

-Gracias por no delatarme -dijo el lansquenete.

-Somos compañeros, ¿no? Ahora si quieres, puedes meterte en ese nicho y descabezar un sueñecito. Si se acerca uno, gritaré otra vez pidiendo el santo y seña. Pero júrame que Ce levantarás en seguida.

-Claro, hombre. Yo tengo el sueño ligero.

Hermann se sentó en el nicho, apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos.

Esperé hasta que se tranquilizó la respiración del durmiente, y también para persuadirme de que no traicionaba con unos ronquidos inoportunos su escasa afición a la vigilia.

Eché una última ojeada alrededor y luego me acerqué a la torre.

Saqué la ganzúa. Tras breve rato de tanteo, escuché un ligero chasquido y noté cómo se descorría la falleba. Abrí la puerta y entré, dejándola entreabierta para que entrase un poco de claridad en la torre.

Cerca de la entrada vi tres lámparas de aceite, y junto a ellas un eslabón y un pedernal. En seguida encendí una de las lámparas, pero bajando la mecha para que diese una luz muy atenuada. Cerré la puerta con precaución y corrí el pasador.

La planta baja era un solo recinto de techo muy alto. La escalera iba ceñida al muro. Una sola columna central sustentaba el piso superior.

Subí.

En la primera planta me tropecé con un tabique cuya puerta de madera daba paso a una habitación, pero estaba cerrada. Se veía también una escala de madera que terminaba en una trampilla.

El vano por donde subí a la primera planta tenía unas bisagras de hierro a un lado. Era evidente que en otros tiempo había existido allí otra trampilla, pero hacía largo tiempo que estaba olvidada la utilidad originaria de la torre, la de servir como último reducto donde se encerraban los defensores y lo defendían de piso en piso.

El tabique era de ladrillo y constituía un añadido posterior en aquella obra de piedra viva.

Por lo recorrido al subir deduje que la ventana a media altura que había visto desde el exterior debía hallarse dentro de aquella habitación. Por tanto la claridad de mi lámpara no salía al exterior, así que alargué la mecha para ver dónde estaba.

Por algunas huellas de piqueta en la pared distinguí que en otros tiempos la escalera espiral de la planta baja continuaba ininterrumpida, hasta que la derruyeron sin duda para ampliar la habitación situada al otro lado del tabique. La escala de madera que la sustituyó había sido reparada varias veces, como lo indicaban algunos peldaños nuevos.

Apliqué el oído a la puerta. No se oía nada, pero mi olfato percibió un olor penetrante, desconocido para mí.

En la colocación de la puerta no habían escatimado medios. Abría hacia el interior de la habitación y tenía un marco de hierro empotrado en el tabique y provisto de sólidos anclajes. Ni las bisagras ni la cerradura podían manipularse desde el exterior, ni quedaba resquicio para la palanqueta. Sólo tenía holgura por abajo, apenas la anchura de un dedo meñique, para que la puerta no rozase el suelo al abrirse.

El que quisiera forzar la entrada habría necesitado mucho tiempo y causaría un estrépito considerable.

La puerta tenía dos cerraduras superpuestas. Me pareció que no sería posible abrirlas con una sencilla ganzúa como la que yo llevaba.

Lo intenté, sin embargo. Y aunque encontré el punto sensible de ambas cerraduras, las fallebas no se movieron. Respondían a llaves de paletones complicados y seguramente sería preciso abrir las dos cerraduras al mismo tiempo.

En vista de que no adelantaba nada con mis manipulaciones, intenté echar al menos una ojeada al interior de la estancia.

Alumbré con la lámpara por el ojo de la cerradura de arriba y apliqué el ojo abajo. Pero la claridad no penetraba en la habitación. Cuando quise intentarlo al revés me chamusqué la cara, por lo que decidí retirarme con la mayor celeridad. El sistema de fallebas y pasadores era tan complicado que no dejaba ningún orificio pasante.

Iba siendo hora de regresar a mi puesto de centinela. Estaba junto a la abertura donde antes hubo una trampilla cuando mi indiscreción pudo más y empecé a trepar por la escala de madera para curiosear el piso de arriba.

Después de pasar la segunda trampilla vi que la escalera antigua continuaba en aquella sección de la torre.

Aproveché la circunstancia para continuar la ascensión, que me llevó a través de un techo falso a la habitación de la buhardilla.

La puerta no tenía cerradura sino un picaporte normal.

De nuevo me detuve a escuchar. Volví a reducir la mecha y empujé la puerta poco a poco. Las oxidadas bisagras

rechinaron un poco. Se olfateaba la presencia de un ser humano. Sudor, restos de comida, un orinal usado. Y otro olor más, que me pareció conocido pero sin poder precisarlo.

Entré en la habitación a paso furtivo, el brazo extendido con la lámpara por delante.

La única ventana estaba abierta, y al otro lado relucían las estrellas. Si aumentaba la luz de mi lámpara, también reluciría para un posible mirón externo.

La experiencia me había enseñado que uno siempre es más tonto de lo que se figura. Me acerqué a la ventana con precaución. Con la lámpara amortiguada apenas lograba ver a mi alrededor. Pasé junto a una mesa con un vaso vacío, un plato donde habían quedado unos huesos de pollo muy mordisqueados, y al lado unos papeles y un montón de libros.

De la ventana colgaba un cordón cuyo extremo caía suelto sobre el poyo. Tiré y los postigos se abatieron.

Con la ventana cerrada podía atreverme a aumentar la luz. Debajo de la mesa se veía un taburete y, un poco más allá, un banquillo cubierto de prendas de ropa y una espada apoyada contra la pared. Junto a la puerta, un arcón cerrado. Al fondo, una cama de la que salía un leve rumor. A medida que mis ojos se acostumbraban a la media luz pude distinguir el bulto de un ser humano debajo de un amasijo de mantas. Escuché su res-• piración puntuada por un ronquido de vez en cuando.

Al lado de la cama tenía un trébede con un brasero donde quedaban algunos pedazos de madera medio consumidos.

Me acerqué más y el olor se intensificó. Parecía emanar de la madera. Entonces el durmiente echó las mantas a un lado y se incorporó de súbito. Contemplé la boca del cañón de una pistola y el hombre dijo:

-Lo de roncar es lo que se me da mejor, amigo. He engañado a más de uno con ese truco.Y ahora, ¿quieres decir algo antes de que devuelva tu cadáver al obispo Greifenclau?

## CAPITULO 12

**En este capítulo Edgar se dedica a coleccionar rumores**

A TODOS NOS TOCA morir, tarde o temprano -dije. —Menuda perogrullada —replicó el hombre-.Veremos si continuáis tan indiferente cuando empiece a doblar el dedo.

-De todos modos, preferiría que no me enviarais con Greifenclau. Esta vez no sería tan fácil escapar.

En la penumbra no se distinguían las facciones de mi oponente, Habría dado una fortuna por saber cómo reaccionaba a mi insinuación. Y habría dado cualquier cosa por tener su pistola.

-¿De veras? Ardo en deseos de saber quién sois y qué tenéis en contra del muy noble príncipe obispo -dijo con un leve deje de ironía.

-Soy Edgar Frischlin —contesté—. Personalmente nada tengo contra Greifenclau. Sólo que sus esbirros quisieron colgarme la última vez que estuve en Tréveris.

-¿Qué hicisteis, robar gallinas?

-Leer.

El hombre se incorporó del todo. La luz de la lámpara dejó ver un semblante desfigurado de llagas y cicatrices de otras llagas anteriores. Me miraba con interés y comprendí que en esta ocasión yo había contestado con sentido de la oportunidad. Sus rasgos me parecieron conocidos.

-¿Qué fue lo que leíais?

-No creo que vos conozcáis la obra. Apenas era más que un pliego de cordel, pero su autor es un hombre a quien Greifenclau odia más que a la plaga. Trataba de que el Papa es la encarnación del Anticristo y el clero, el peor azote de Dios. ¡Para qué os cuento eso! Estoy en vuestras manos y si decidís entregarme a Greifenclau, ¡que os aprovechen las treinta monedas!

Mi interlocutor bajó la pistola y se sentó al borde de la cama.

-¿Cómo os halláis aquí? ¿No sabéis que está prohibido entrar en la torre?

-Yo sólo soy un soldado de fortuna, y me enrolé ayer mismo. Estaba de centinela cuando vi que entraba uno en la torre, y lo seguí. ¿Fuisteis vos?

-No, yo no fui. ¿Qué aspecto tenía ese hombre?

-No pude verlo con claridad. Me pareció alto y delgado, y vestía completamente de negro.

Aguardé con interés la reacción, pero no hubo nada. Mi oponente replicó:

-No me suena. Pero decidme, ese librillo que leíais, ¿os gustó el estilo?

-¡Ah! No soy más que un hombre sencillo, sin educación, y entiendo poco de esas cosas. Sólo puedo decir que me pareció gramaticalmente correcto, sintácticamente bien trabado y retóricamente modélico. ¿Por qué lo preguntabais?

-Simple curiosidad. ¿Recordáis el título de ese opúsculo?

-Es un título corto, fácil de recordar: Memorial de agravios y brújula de incautos contra el poder del anticristo Papa de Roma y de los clérigos corrompidos.

-¿Vos no sabéis quién soy? -dijo inopinadamente.

-Ni la menor idea —le mentí a Ulrich von Hutten en sus propias barbas.

-Digamos que soy un huésped que prefiere no salir de su habitación.

-¿Y os quedáis aquí encerrado todo el día? —le pregunté.

-¿Pretendéis que me dedique a bailar la morisca, cuando estoy a las puertas de la muerte? En otros tiempos era capaz de medirme con cinco franceses a la vez, aunque no lo creáis, pero ahora...

-No lo dudo -me precipité a contestar, quizá con demasiado apresuramiento. Él me dirigió una mirada de incredulidad.

-¿De veras? En tiempos conocí a muchos que lo dudaban.

-Pues yo he conocido a muchos que manejaban la espada como nadie, aunque flacos de cuerpo y endebles en apariencia.

—No digo que los venciese con la espada. Pero jugando al tute les quitaba hasta las camisas.

Un golpe de tos le impidió seguir hablando. Dejó caer la pistola sobre la cama, se retorció en un espasmo y por último escupió en el suelo.

—Es el condenado mal francés —explicó cuando hubo recobrado el aliento-. Acabará conmigo, si antes no me atrapa Greifenclau.

—¿Queréis decir que vos también os ocultáis del príncipe obispo?

-¿Qué otra cosa puede significar?

-No sabía yo que el conde fuese adversario de Greifenclau. Así pues, no me hacía falta guardar en secreto que yo lo fui también y que prefiero no caer en sus manos.

-A cualquier cosa llamáis un secreto, si sois el primero en proclamarlo a los cuatro vientos cuando nadie os lo ha preguntado. Pero no temáis, vuestro secreto no corre peligro conmigo. Aunque no os aconsejaría que lo compartierais con todos los habitantes de este castillo.

-Así pues, ¿sois vos la causa de que se nos prohiba acercarnos a esta torre?

-No, eso sería demasiado honor para mí. Cierto que tengo aquí un escondrijo, pero Dios sabe para cuánto tiempo. De momento que un lansquenete ha podido descubrirme por casualidad, significa que si alguien se propone buscarme lo conseguirá también.

-Será mejor que regrese a mi puesto -propuse.

-Sí, hacedlo. Pero si queréis volver otro día, seguiremos hablando de ese libro. Quizá yo pueda prestaros otros que también os gustarán.

-Que me parece bien, y quizás os dignéis decirme entonces vuestro nombre.

-Sí, quizás.

Abandoné la habitación y emprendí el descenso.

La imprenta difundía el retrato de Ulrich von Hutten en grabados, y además yo mismo lo había visto una vez frente a Tréveris, a través de un catalejo. Por eso lo reconocí en seguida, aunque desfigurado y envejecido por las llagas.

No repetí el intento de entrar en la habitación cerrada, sino que me apresuré a volver al lado de Hermann.

Éste dormía en la misma postura en que lo había dejado.

Como tenía mucho que pensar no temía quedarme dormido. Pero por otra parte, cualquier exceso de amabilidad y consideración para con un prójimo, en vez de suscitar gratitud, suele despertar el recelo del beneficiado.

En consecuencia, hice llover codazos y pescozones sobre mi compañero hasta despertarlo. Le recordé que me tocaba la vez de dormir un rato. Y aunque no me gané de esta manera su eterno agradecimiento, casi seguramente no se le ocurriría que yo hubiese aprovechado su somnolencia para darme un garbeo por los lugares prohibidos.

El martes continuamos con el remiendo de la muralla. Unos artesanos de Oberwesel subieron a construir un andamio y una rampa de madera junto a la muralla, al lado de la puerta principal.

Henning Locher vigilaba con desconfianza los progresos de la construcción.Yo ayudaba a acarrear vigas y tablones.

Poco después se presentó media docena de familias de Oberwesel para solicitar refugio en el castillo. A los mozos Kuehnemund los puso en seguida a transportar maderas y pedruscos. Los demás quedaron alojados en una dependencia vacía de la fortaleza.

El andamiaje iba tomando forma pero Henning estaba mohíno. Si lo entendí bien, trabajábamos demasiado lentos y no terminaríamos a tiempo. Por otra parte, trabajábamos demasiado apresurados y la construcción carecía de estabilidad.

Pese a tales críticas, los carpinteros dominaban su oficio. A mediodía la rampa y el camino de vigía quedaron terminados. En la parte superior fijaron dos polipastos. Entonces comprendimos las razones de la prisa de Henning. El andamio y las poleas debían servir para izar el Buey hasta una plataforma construida detrás de las almenas.

Trabajamos sin pausa hasta dejar emplazada la pieza. El día fue caluroso, por lo que casi todos los hombres se quedaron a comer en el patio. Tomé mi escudilla y fui a sentarme con el grupo de Henning. Éste acababa de dibujar en la mesa una figura de ruedas dentadas, barras y péndulos, y explicaba con entusiasmo el artefacto que estaba construyendo. Al principio seguí sus palabras con escaso interés, pero luego los reunidos empezaron a hablar del hombre de negro y de la torre prohibida del ala norte, lo cual mereció toda mi atención.

En efecto la torre era territorio vedado para todos los habitantes del castillo, incluso los veteranos que contaban ya más de diez años de servicio. Corrían al respecto rumores de todas clases, obviamente. Como siempre, el más enterado era Henning Locher. Muchos le escuchaban con fascinación, sobre todo los lansquenetes novatos. Halagado al verlos pendientes de sus palabras, Henning iba confundiendo realidades, rumores y supersticiones, pero el relato no dejaba nada que desear en cuanto a dramatismo.

—Tal vez no lo creáis -estaba diciendo Henning—, pero las gentes del país tienen por cierto que el viejo conde Nikolaus fue nigromante, que buscaba el elixir de la vida eterna, que pactó con el Enemigo y que celebró sacrificios humanos. Dicen que los pueblos de los alrededores le pagaban tributo mediante doncellas y él hacía matanzas sacrilegas con ellas. Que ni siquiera respetó a su propia descendencia.

-¿Qué ha dicho que hacía con las doncellas?

Henning no defraudaba las esperanzas de su público. Su narración evocaba imágenes de lo que sucedía dentro de aquella torre apartada, de calderos llenos de aceite hirviendo, de máquinas infernales y verdugos encapuchados, de ceremonias blasfemas y doncellas suplicantes víctimas de fantásticas y duraderas sevicias corporales y espirituales. Cundía el entusiasmo entre los oyentes.

-Pero Nikolaus tenía a Frowin, su hermano bueno. Para salvarlo y tratando de obtener la anulación del pacto, Frowin también invocó al Príncipe de las Tinieblas. Pero el Malo se limitó a reír y declaró que jamás renunciaba a un alma que estuviera en su poder. Sin embargo se le escapó e! contenido de una de las cláusulas del pacto. Habían acordado que debían sacrificársele cien mil vírgenes en el plazo de diez años, y entonces Nikolaus viviría eternamente. Pero si faltaba o sobraba tan sólo una, Nikolaus se condenaría para siempre y padecería cien mil veces en su propia carne lo que él hizo. Y casualidades de la vida, el día que Frowin se enteró de todo esto era el último del plazo, y sólo faltaba una doncella de las cien mil. Nikolaus la tenía ya encerrada en las mazmorras del castillo, y estaba encendiendo los fuegos de la torre cuando Frowin haciendo de tripas corazón puso en libertad a la doncella.

»Nikolaus pidió explicaciones a su hermano y le amenazó con matarlo si no entregaba a la joven. Pero Frowin no cedió. Entonces Nikolaus quiso salir para secuestrar otra doncella de la ciudad, pues no ignoraba que el burgomaestre tenía escondida a una hija de gran hermosura. A lo cual Frowin amenazó a Nikolaus diciendo que si salía a buscar la doncella número cien mil, entonces él mismo sacrificaría a la que tenía escondida tal como solía hacer Nikolaus. De esta manera, las doncellas sacrificadas serían cien mil y una, y Nikolaus se condenaba de todos modos.

«Faltaba poco para que el reloj diese las doce campanadas, cuando el castillo quedó envuelto en una nube oscura.Y con la última campanada se vio en medio del patio a un hombre totalmente vestido de negro, y Nikolaus se quedó lívido de espanto.

»Sí, en aquel entonces ya entraba y salía cuando quería, y empleaba muchos nombres diferentes.

El poco celo del auditorio por reanudar la caza de Leo von Clewe se fundió como un azucarillo, como la paga de un jornalero en la taberna el día antes de Cuaresma.

-Nikolaus huyó a la torre del ala norte y se encerró en la habitación que había sido teatro de tantas infamias suyas.Y el hombre de negro desapareció tan repentinamente como había aparecido, sin que se supiese cómo. De él sólo quedó un intenso olor a azufre, que permaneció flotando sobre el castillo como el aliento hediondo de la plaga. Por la mañana cuando la brisa hubo aventado el mal olor, salió el sol y

cantaron los pajarillos saludando al nuevo día, se hubiera dicho que aquellos terribles acontecimientos no eran más que un mal recuerdo. Frowin creyó salvado a su hermano, ¿acaso no había desaparecido el Malo sin poder llevar a término sus designios?

»Frowin se encaminó a la torre y quiso entrar en la habitación. Pero estaba cerrada. Frowin tuvo un mal presentimiento, y como quería a su hermano pese a todo, mandó llamar a unos cerrajeros. Fue preciso der'ribar la puerta, sin embargo, ¡y entonces Frowin pudo ver la espantosa realidad!

Henning hizo una pausa retórica, miró el fondo de su vaso con aire dubitativo y habiendo comprobado que estaba vacío, meneó la cabeza melancólicamente.

-En fin.Ya os he entretenido bastante -dijo-.Vamos, ¡al trabajo! Los jóvenes, que traigan más piedras. Debo ocuparme de los cañones.

En seguida resultó que el vaso podía rellenarse. Todas las manos se volvieron hacia el narrador, y los restos que quedaban en los vasos de los demás alcanzaron para una segunda vez en provecho de Henning.

-¿Qué encontró el conde Frowin en la habitación? -le preguntaron. Henning bebió un largo trago, como si necesitase reunir fuerzas para seguir contando aquellos hechos terroríficos.

-Recordaréis que Nikolaus se había encerrado y que los hombres se vieron obligados a romper la puerta. Luego se vio que había dejado la llave puesta por dentro, con lo cual quedaba descartada cualquier manipulación.

-Y Nikolaus había desaparecido —aventuró uno de los oyentes,

-No, no -replicó Henning-. Nikolaus estaba todavía en la habitación. En parte, al menos.

—¿Cómo se entiende eso?

—El visitante se llevó su cabeza. Tarde o temprano todos pagamos nuestro precio, sea en este mundo ó en el otro.

—¿Le cortó la cabeza? —fingí extrañarme—. Sin embargo, Nikolaus había comprometido el alma, y todos sabemos que el asiento del alma es el corazón.

—Yo no he dicho que la hubiese cortado —replicó Henning, y luego se dedicó a sortear hábilmente mi pretendida objeción—. Estaba desaparecida como si alguien se la hubiese llevado. En el suelo no había ni una sola gota de sangre. Y dicen que todavía hoy el Enemigo sigue apareciéndose en el castillo.

-¿Tú estuviste presente? -le preguntó uno de los lansquenetes.

-No, para suerte mía. No creo que a estas alturas quede con vida nadie de los que estuvieron entonces… excepto el conde, naturalmente.

-Pues, ¿cómo estás tan enterado de los detalles? -pregunté. Los oyentes contrariados abuchearon al incrédulo, pero Henning no se inmutaba por tan poca cosa.

-Mi padre Hein servía entonces aquí. Cuando regresó a casa y nos lo contó, me advirtió de que no se me ocurriese entrar al servicio del castillo.

-¿Y por qué no le hiciste caso?

-Porque así podía ocuparme de esa chapuza de Edwina. La soldada no es mucha, pero nunca sucede nada peligroso. Hasta ayer, al menos.

Promovido a artillero, quedé dispensado de acarrear piedras por la tarde. A cambio de lo cual me dediqué a acarrear balas y barriles de pólvora, limpiar el ánima del cañón después de un disparo imaginario, vaciar y recargar la recámara, y mover el armón hacia aquí y hacia allá.

Poco después Henning distribuyó a sus ayudantes en dos grupos para que siguieran practicando solos. Yo quedé encargado de ayudarle mientras él intentaba desencasquillar con lima, aceite y martillo el mecanismo del Berraco.

-Estos cañones de carga por la recámara no valen nada -se lamentaba—. Disparan un par de tiros y se les encasquilla el mecanismo. Una vez salió volando toda la culata e hizo estragos entre los propios servidores de la pieza. Créeme,

los órganos son el futuro. Una vez cargados, tienes munición para toda la batalla.

-Qué interesante -dije-. Pero estaba yo pensando..., ¿no se llevó a cabo ninguna investigación después de la muerte de Nikolaus?

-¿Qué iban a investigar? Nikolaus murió, su cabeza desapareció, y Frowin heredó el título. Todo quedó bien claro.

—Pero ¿no dijiste que hubo cien mil muertes en diez años? Veintisiete doncellas todos los días no son pocas doncellas.

-Noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve —me rectificó Henning-. Olvidas que Frowin salvó a la última.

—Me parece a mi que no dejaría de llamarle la atención al señor de esta comarca semejante despoblamiento de sus aldeas.

—Bien mirado..., ¡ah, sí! Creo que sí hubo una investigación. Al día siguiente se presentó un juez de Tréveris y tomó declaración a todos los testigos.

—¿Y cuál fue el resultado?

—Fallecimiento por desaparición no natural de la cabeza. ¡Eh! ¡Me parece que no me crees! -agregó Henning, indignado al ver mi expresión dubitativa.

—Vida eterna, experimentos blasfemos, asesinatos en masa, apariciones diabólicas... -resumí—. ¿Por qué no íbamos a creerlo? Pero que el juez de Tréveris se presentase un día después, ¡eso no se lo traga nadie!

—¡Bueno! A lo mejor fueron dos días —concedió Henning.

—¿Y las difuntas, qué? Cien mil cadáveres no desaparecen así como así.

—Qué hombre tan escrupuloso. Quieres saberlo todo. Más vale que sujetes la palanca, voy a limarla un poco por este lado.

Lástima que la exactitud de las informaciones de Henning no estuviese a la altura de su carácter portentoso.

Entonces, de súbito, retornó la misma sensación que cuando desperté en plena noche. La de verme muy cerca de la solución, pero sin conseguir atraparla.

El cura Seuse me había contado que Nikolaus murió el año de mi nacimiento, 1495. Pero si Nikolaus había dedicado diez años a sus experimentos sacrilegos, debió comenzar en 1485. Henning había dicho que no se salvó ni siquiera su propia descendencia. ¿Cuándo asesinó Nikolaus a sus criaturas, al principio o al final de los diez años?

Lo de las doncellas sacrificadas seguramente no sería más que un rumor, pero ¿de dónde había salido tal rumor? ¿Tal vez sí hubo una doncella sacrificada al menos? ¿O alguien calumnió a Nikolaus?

Era bien posible que Henning tuviese razón cuando dijo que en el castillo no quedaba vivo ninguno de los que presenciaron aquellos acontecimientos excepto el conde. En Oberwesel quizá quedaban personas que los recordasen. Además existirían registros sobre el fallecimiento de Nikolaus y la investigación consiguiente. A última hora de la tarde vi que Susanne se encaminaba hacia la torre, abría con llave y entraba. Comprendí que acababa de averiguar quién estaría en condiciones de contarme algo acerca de la habitación cerrada. Aunque era dudoso que quisiera hacerlo.

Por la tarde el cielo había empezado a encapotarse. Al caer la noche ya estaba completamente cubierto, y poco después empezó a lloviznar. Sacamos unas lonas enceradas de un almacén y cubrimos las piezas.

A los fugitivos de Oberwesel les habían dado alojamiento y los invitaban a tomar parte en el trabajo, pero la manutención, por lo visto, era cuenta de ellos. Motivo por el cual las familias salieron al patio de delante para encender una fogata. Cuando empezó a llover se llevaron los enseres y parecían dispuestos a contentarse con una comida fría.

Yo acababa de cubrir el Berraco cuando se me acercó una mujer y me pidió una lona del almacén para poder cocinar.

Puesto que nadie me lo había prohibido, la ayudé a sacar una lona y me procuré un par de varas para montar una especie de toldo junto a la muralla. Así quedaría un espacio a cubierto, lo imprescindible para poder colgar un perol sobre el fuego.

Mientras los dos trabajábamos se acercó un viejo que, después de sentarse debajo del toldo, se quedó mirando lo que hacíamos y refunfuñando.

-Nos tratan como si fuésemos basura -decía—. Cuando pedimos algo nos envían a tomar viento, ¡como si nos hiciese falta! En mi familia nos dedicamos desde hace generaciones al honorable oficio de zapateros. Lo único que pedimos es un poco de protección cuando aparecen las partidas de bandidos. Pero el conde y sus secuaces sólo quieren protegerse ellos mismos. Lo que nos pase a nosotros les trae sin cuidado.

-No hables así, padre —dijo la mujer—. Tú sabes que el magister Wiggershaus no dejó piedra por remover intentando que las ciudades se aliasen contra los fuera de la ley. Pero si el burgomaestre es tan cobarde que no quiere pelear, no te extrañe que los de la ciudad no seamos demasiado bien recibidos aquí.

-¿Que no hable así? ¡Eso se lo dirás al bragazas de tu marido! Todo el día se ha pasado acarreando piedra, ¡y luego consiente que la cocinera lo eche de la cantina, sin una palabra de protesta! Me gustaría ir a donde esa gorda para decirle lo que pienso de ella.

Miró a su hija, como esperando a que ella lo disuadiera. Pero ésta se limitó a echar más leña a la fogata. Así que no le quedó otra solución sino disuadirse a sí mismo.

Y ese zángano de ahí, ¿qué hace? -preguntó refiriéndose a mí—. A lo mejor se queda por si le convidamos a sopa. Vete, vete, que vosotros coméis exquisiteces en la cantina mientras nosotros nos conformamos con una sopa de acelgas.

~Déjalo en paz, padre -le reconvino la mujer-.Y si queréis comer con nosotros, claro que estáis invitado -dijo al tiempo que se volvía hacia mí-. Gracias a vuestra ayuda hemos cenado algo más que raíces y mendrugos.

-Eso es lo que nos quedará para mañana, ¡pues sí que hemos salido ganando! -refunfuñó el anciano.

-Gracias, pero no quiero nada -dije-. En realidad sólo buscaba con quién hablar, pues aunque soy paisano hacía muchos años que no me dejaba caer por aquí.

-Dice que es de aquí, se sienta junto a nuestro fuego pero no sabemos cómo se llama ni quién es su padre —prosiguió el viejo, desconfiado—. ¡Qué modales los de hoy en día!

A lo cual dije mi apellido y procedencia, acompañados de un comentario general sobre la nostalgia que me había empujado hacia los escenarios de mi niñez.

En correspondencia supe que estaba tratando con la familia Linck. Mi interlocutor Wenzel Linck, zapatero de cuarta generación en Oberwesel, había sido un valiente mozo en su juventud según aseguró él mismo. Casó a su hija con uno del oficio para que heredase su obrador. Sobre las cualidades del yerno como zapatero, padre e hija no se ponían de acuerdo..., ni en casi ninguna otra cosa.

Está demostrado que a los humanos les gusta hablar sobre todo de sí mismos. Y cuanto más viejos, más se inclinan a relatar las grandes hazañas de su juventud. En el círculo familiar necesariamente obligado a escuchar siempre las mismas historias, eso conduce al desacuerdo entre las generaciones. Al hallar en mí un oyente bien dispuesto, Wenzel Linck se explayó sobre cómo su abuelo y su padre habían llevado pésimamente el taller, y cómo él lo había levantado gracias a su laboriosidad e inteligencia, y cómo las generaciones sucesoras lo arruinarían todo por efecto de su incapacidad, hasta la probable desaparición del oficio de zapatero.

En cuanto a los líos extraconyugales del burgomaestre Hochstraten, en media hora los supe todos, además de enterarme a fondo de cómo se dobla correctamente una lezna.

-Lástima que no haya trascendido en la ciudad lo de la extraña muerte de Nikolaus von Pirckheim -dije.

-¿Que no trascendió? -repitió Wenzel Finck con sorna-. Lo que pasa es | que hay que ir por el mundo con los ojos bien abiertos, no como la juventud de ahora.

-No hables de eso -le advirtió su hija Henriette-. Al conde Frowin no le agradan esas hablillas.

-Disculpad mi impertinencia -dije—. Claro está que me gustaría saber en dónde me he metido. ¿Acaso no hubo una investigación?

-Sí, ¡vaya investigación! -siguió ironizando el escéptico Wenzel-. Estuvo aquí el juez de instrucción de Tréveris. Dijeron que el conde Nikolaus había muerto en una habitación cerrada por dentro con llave. Que fueron unos demonios, unas brujas o qué se yo. Si quieres saber mi opinión, creo que alguien se inventó esa historia.

-¿No arrestaron a nadie?

-No, ni siquiera a los vagabundos y sospechosos habituales. Buscaron alguna cabeza de turco, eso sí. Andaban detrás de no se qué gitano o remendador de sartenes a quien algunos declararon haber visto. Pero no se encontró a nadie que respondiera a la descripción.

-Pero cuentan que hubo una serie de crímenes, que Nikolaus degollaba doncellas...

-¡Pamplinas! Sus criaturas sí desaparecieron, eso es verdad. Él ofreció incluso una recompensa a quien diese razón de ellas. Pero yo digo que el que mató a Nikolaus fue el mismo que eliminó a las criaturas.

-¿Quién se beneficiaba con eso?

-Que me parta un rayo si digo una sola palabra más. Son cosas de los señores y allá ellos. Al fin y al cabo, ¿a quién nombraron conde cuando murió Nikolaus?

-No lo toméis en serio. -Se volvió hacia mí Henriette—. Está viejo y chochea a veces. Nadie sospechó nunca de Frowin. Buscó a las criaturas durante muchos años.

-¡Para lo que sirvió! Todo el mundo sabe que están no menos tiesas que el padre.

-Nunca fueron encontrados los cadáveres de los niños -explicó Henriette—. Frowin dobló incluso la recompensa que había ofrecido su hermano. Rondará el millar de ducados. No daría tanto si no quisiera a esas criaturas, pues todos sabemos que no afloja de buena gana los cordones de la bolsa.

-A lo mejor estaba seguro de que no corría ningún peligro de tener que pagarlos -siguió rezongando el viejo.

## CAPITULO 13

### De lo que ocurrió en una noche larga, oscura, fría y lluviosa

LLOVÍA CADA VEZ MÁS y el frío calaba hasta los huesos. Como no me tocaba guardia, iba a ser una buena ocasión para recuperar sueño atrasado. O mejor aún, para dar otro paseo por las inmediaciones de la torre.

Desperté cada vez que llamaban al turno de guardia.

Dicen que la peor somnolencia es la de las primeras horas de la madrugada. Cuando tuve la sensación de que me costaría mucho levantarme, lo hice. No veía las estrellas ni tenía reloj, pero había memorizado bien quiénes estaban de centinela y los horarios de los turnos.

Eran las tres cuando despertaron a Otto Fechter y Michel el viejo (aunque ya no hacía falta llamarlo así, habiendo caído Michel el joven durante la batalla por la plaza del mercado). Les había tocado la peor parte, la guardia de la puerta principal por fuera de la muralla, sin garita ni posibilidad de guarecerse. Y expuestos a la puntería de cualquier francotirador oculto tras las matas.

Me puse las botas y la capa, y salí tras ellos.

Estaba oscuro como boca de lobo y el nublado no dejaba ver la luna. Entre la cortina de lluvia distinguí unos puntos de luz que contorneaban la muralla. Era la ronda, que llevaba linternas.

El oficial de guardia era Henning Locher y, conociéndole, sabía que se podía confiar más en su sentido del deber que en la veracidad de sus historias.

A tientas me encaminé hacia el barracón de madera que servía de letrina. Como si hubiese salido del dormitorio a impulsos de una necesidad natural. Mis ojos se habituaban a la oscuridad poco a poco, pero si me tropezaba con alguien contaba con una explicación irrefutable.

Me fijé entonces en otra luz que salía del primer patio, donde no se habían apostado centinelas, y me acerqué con precaución.

Henning había tendido entre cuatro palos la lona con que cubría a Edwina. De rodillas sobre el suelo mojado, andaba trasteando con sus herramientas al tiempo que miraba un papel lleno de dibujos.

Me retiré con disimulo. Desde luego no se le podía discutir el sentido del deber, aunque parecía tener una idea algo rara de las obligaciones de un oficial de guardia.

Traspasé el portal que daba al otro patio, caminando siempre pegado a las paredes.

En seguida vi dónde estaban los dos centinelas. Al lado izquierdo del patio, en el nicho donde había dormido Hermann la mayor parte de su turno.

Los dos hombres se apretujaban dentro del nicho huyendo del chaparrón.

La noche se me antojó que ni pintada para mis intenciones. Aprovecharía la oportunidad para explorar la parte del patio detrás de la torre y los andamios.

Así que continué pegado a la pared del lado derecho. Todas las ventanas estaban a oscuras. En la parte posterior de la torre, por el contrario, asomaba claridad a través la ventana a media altura. Desde mi situación no se veía el interior, pero los altibajos de la luz me dieron a entender que alguien caminaba de arriba abajo dentro de la habitación, por lo que cruzaba periódicamente entre su lámpara y la ventana.

El resplandor no iluminaba el patio, por lo que hube de continuar casi a tientas. Pero después de palpar todos los postes desde el suelo hasta la punta y de haberme golpeado la frente contra casi todos los travesanos no pude sacar ninguna conclusión. A lo mejor habían empezado a construir algo y lo dejaron a medias, pero en todo caso no parecía que aquel tablado pudiera soportar ningún peso importante.

Como mucho, el solitario barreño de hierro que colgaba de uno de los postes. Lo desenganché y lo volqué para vaciar el agua de lluvia. Palpé el fondo. Estaba áspero, recubierto de orín, pero no contenía ninguna otra cosa.

Finalmente subí por la rampa al camino de ronda, moviéndome con cuidado, pues recordaba que faltaban trozos del parapeto. Una caída por aquel lado se saldaría con un par de costillas rotas, como poco.

Antes de dar un paso tanteaba el suelo con el pie, por si hubiese losas sueltas, y alargaba el brazo para tocar el parapeto.

Tras salvar de esta manera dos tramos algo ruinosos de la defensa, alcancé el punto más próximo a la ventana. Desde donde yo estaba podía ver el techo de la estancia y nada más. Tenían puesta la lámpara en un escabel bajo o algo parecido, porque proyectaba las sombras en el techo y así pude observar que eran por lo menos dos las personas que se movían dentro de la habitación.

Hasta que las sombras se convirtieron en dos siluetas nítidamente dibujadas cuando se acercaron a la ventana y depositaron sobre el alféizar una especie de jarra o botellón de donde salían volutas de humo. Los dos se miraron un instante y al quedar de perfil las sombras reconocí al conde Frowin y a Susanne Gundelfinger.

Me dije que poco más iba a averiguar aquella noche. Por descontado que no sería posible visitar el interior de la torre.

El viento había cambiado de sentido y llovía en diagonal, de este a oeste. El nicho estaba inundado y los dos centinelas se habían apostado delante de la capilla, al amparo de una pared resguardada.

Por desgracia para mí la linterna que llevaban alumbraba todo el tramo de patio hasta la torre. Una dificultad insuperable, ya que me impedía el regreso por el mismo camino.

Los guardias conversaban en voz baja y andaban algunos pasos arriba y abajo sin destaparse. No me quedaba otro remedio sino confiar en que el viento volviese a cambiar de dirección.

La noche se anunciaba condenadamente larga y fría.

Acurrucado contra el parapeto, me envolví en la capa y decidí que no hacía frío. Al cabo de un rato decidí que

apenas hacía frío, y transcurrido otro rato más, decidí no hacer caso de él.

Mi pensamiento regresó a la época en que Susanne era el gran amor de mi vida. Yo tenía entonces quince años y estaba perdidamente, desesperada y eternamente, dolorosamente enamorado de ella con el alma y el corazón. ¡Pero a ella le importaba un comino!

Susanne dejó atrás las últimas casas de Damscheid y suspiró al darse cuenta de que no iba sola.

Yo la seguía algo rezagado, lo bastante lejos como para convencerme a mí mismo de que disimulaba, pero no tanto que el disimulo engañase ni al más despistado.

En la linde del bosque ella descubrió las primeras setas y se quedó un instante indecisa, como si no estuviese muy segura de si quería empezar a cogerlas o no.

Por nada del mundo daría a entender si había reparado o no en mi presencia, naturalmente. Pero si paraba allí sin continuar su camino, yo me quedaría a mirarla de reojo, incapaz de apartar la vista de sus pechos. Por mí podía bajarse a recoger la setas, si se le antojaba.

Además eran unos hongos gordos y sabrosos. Lo mismo que los pechos de ella, pensaba yo, confiado en que tales pensamientos no se reflejaran en mi cara. Pero tal vez dentro del bosque los encontraría más gordos y sabrosos aún.

-¿Vas a entrar en el bosque? —le pregunté.

-No lo sé. ¿Vas a entrar tú?

-En realidad no tenía intención de hacerlo.

-Pues entonces, ¡adiós!

Agachándose para evitar una rama baja, me dio la espalda y se metió en la espesura. Yo la seguí.

-He pensado que quizá debía protegerte.

-¿Ah, sí? ¿De qué vas a protegerme?

-Hay fieras aquí. Jabalíes, osos...

—¡Osos! ¿Vas a decirme que nunca has visto un oso?

-Una vez, por poco los veo...

Anduvimos un rato sin decir nada. Sólo se escuchaba el roce de dos pares de pies descalzos sobre la hojarasca, los crujidos de ramas secas, el golpe sordo cuando tropecé con un árbol.

-Anda, vete a casa -dijo ella-. Es hora de ordeñar las vacas y como se entere tu padre de que no estás, ¡ya verás!

-¿Y el tuyo?

-Al mío le da lo mismo si ordeñas tus vacas o no.

-No quiero que te pase nada.

-Y ¿por qué no quieres?

Yo sabía muy bien por qué no quería pero no veía llegado el momento de decírselo, todavía no, ahora no, en todo caso. Aún me faltaba una pizca de valor para decírselo.

-No digas que estás enamorado de mí, porque me darás risa.

-¿Enamorado yo? ¡Cómo se te ocurre! ¡Ni caso!

-Mejor para ti, pues tendría que darte una paliza. Pronto se lo diría.Tan pronto como me hallase un poco más atrevido... y bastante más fuerte.

—Estamos muy adentro del bosque —fue lo que dije.

No hubo respuesta.

-¡Susanne! ¡Susanne! ¿Dónde estás? ¡Habla!

Susanne se había quedado detenida, con intención de que yo pasara de largo y recorriese un trecho sin darme cuenta. Entonces andaría un rato de un lado a otro buscándola y por último regresaría corriendo a casa con la esperanza de que mi ausencia no hubiese pasado desapercibida. El truco habría resultado si se le hubiese ocurrido un poco antes, pero en aquellos momentos lucía ya el sol, e incluso dentro del bosque se distinguía bastante bien entre una persona inmóvil y un tronco.

-¡Ah! Estás ahí -dije-. Mejor será que te pongas a recoger tus setas. Nuestros padres ya estarán levantados.

-Lo que están mis padres es muertos.

Susanne era una hija de nadie. Una mañana los Gundelfinger encontraron a la puerta de su alquería un envoltorio que contenía una criatura. Estaba en los huesos y lloraba de hambre y sed. La madre Gundelfinger pensó que lo mismo le daba tener siete criaturas hambrientas alrededor que ocho, y el padre Gundelfinger se dijo que no le vendría mal otro par de brazos para más adelante. Así que se la quedaron.

-¿Puedo ayudarte en algo?

-Claro. Lárgate a casa.

Me agaché y recogí una seta.

-¿Qué te parece? ¿Quieres que la ponga en tu cesto?

-¿Te has propuesto envenenarme? Con eso podrías exterminar a toda la familia Gundelfinger. Sin embargo yo le había ofrecido un mizcalo estupendo, sabrosísimo. Además, a aquellas horas los Gundelfinger ya estaban exterminados.

-Si hubieras aceptado mi ayuda, a estas horas tu cesta estaría llena. ¡Qué digo llena! ¡Estaría que se saldría! -le aseguré.

-¡Y yo te saco a ti los ojos! -exclamó Susanne abalanzándose sobre mí.

Eché a correr. De todos los caminos que pueden conducir al corazón de una mujer, con mi torpeza de novicio en el amor yo había elegido sin duda el menos adecuado. Pero llevarme además una tunda habría sido el colmo de la desgracia.

Mientras corría no me atreví a volverme, porque estaba seguro de que entonces Susanne conseguiría atraparme. De manera que seguí corriendo de frente con todas mis fuerzas, pero me atrapó de todos modos.

-¡Ay! ¡Ay! ¡Suéltame! ¡Me haces daño! -chillé.

-Eso es lo que quiero, hacerte daño —replicó Susanne y mientras se subía a horcajadas sobre mí (y lo más extraño

fue que pese a lo humillante de la situación, sentí un placer desconocido al hallarme así cabalgado por ella), me administró una puñada en la boca.

-He oído un ruido -pude articular con dificultad-. ¿Qué ha sido eso?

-Tu cabeza, que suena a hueco -explicó Susanne-. Ahora lo oirás otra vez.

-No, ha sido como un tiro. ¡Ay! ¡Espera un momento! No muy segura de si lo decía en serio o para distraerla, Susanne interrumpió su actividad.

Levanté el cuerpo hasta donde me permitió hacerlo la bella vengativa, e hice pantalla con la mano detrás de la oreja.

Susanne se quedó mirando el bosque como si desde allí pudiera ver su casa a través de los árboles.

-Ahí no hay nada -dijo.

Puse en tensión los músculos y me levanté. Susanne, que no había previsto la tardía defensa, rodó por el suelo.

Puesto en pie, eché a correr hacia el pueblo, no sin algún tropezón que otro.

Susanne reanudó la persecución sin demora.

-Esta me la pagarás -bufó, y no dudé que lo decía en serio.

Pero no consiguió reducir la ventaja que yo llevaba... hasta que salí de la arboleda y me detuve en seco.

Como no lo había previsto, chocamos con todo el empuje de la carrera de ella.Y como no quiso abrazarse a mí, caímos ambos al suelo..., delante mismo de las patadas de un caballo encabritado.

El percherón, espantado seguramente por las detonaciones y el olor a sangre, había roto el ronzal y andaba escapado. Al vernos se encabritó y salió al galope por el rastrojo.

Susanne fue la primera en rehacerse y corrió ladera abajo en dirección, a la alquería de los Gundelfinger. O lo que restaba de ella.

La casa y los establos estaban en llamas. Desde lo alto parecían muñecos los vecinos de la cadena humana que se pasaban los cubos desde el arroyo hasta el lugar del incendio. Muñecos desvalidos ante el fuego y la gran columna de humo que se empinaba en el aire encalmado.

Corrí tras ella tan rápido como pude, pero no con aquella fuerza de la desesperación.

Cuando Susanne llegó a donde la alquería quiso entrar. Los vecinos la retuvieron. Susanne preguntaba a todos, hasta que por fin se soltó y corrió a un lado para contemplar un bulto que yacía en el suelo.

Al acercarme vi que era como un paquete alargado, de color sonrosado. Tenía aproximadamente la forma y el tamaño de una persona echada, pero el aspecto era muy diferente del que presentaría ninguna persona echada.

Era algo terrible sin duda, porque Susanne, a quien nunca había visto indecisa ni atemorizada, lo miraba con los puños cerrados, sin moverse, sin hacer nada.

El cura Seuse quiso rodearle los hombros con un brazo en ademán de consuelo.

Ella se apartó con un movimiento de rebeldía. Oí que el cura estaba diciendo:

—No digas eso, hija mía. Mía es la venganza, dice el Señor. Dejemos a la voluntad de Dios el juicio y el castigo.

Susanne habló con voz sorda, sin ira pero con la firmeza de quien pronuncia un juramento.

—Los mataré a todos, uno a uno.

Entonces comprendí lo que estaba mirando Susanne.

Todavía estaba rezagado unos diez pasos, pero por nada del mundo me habría adelantado ni un solo paso más. Pese a la distancia, veía demasiado bien lo que preferiría no haber visto.

Cuando recibí un puñetazo en el lomo, cuando alguien me agarró brutalmente por los cabellos y contemplé el semblante de mi padre, enfurecido como de costumbre, casi me sentí aliviado.

—¿Qué andas haraganeando por aquí, inútil? ¿Sabes lo que te espera? -aulló.

Lo sabía.

Mi madre me curó después las heridas, lo mismo que tantas otras veces.

Mi padre era un colérico y un desgraciado. Era desgraciado porque su mal carácter impedía que la granja prosperase.Y como no prosperaba, su carácter tampoco mejoraba.

Maltrataba a todos cuantos le rodeaban, si eran más débiles que él y no tenían más remedio que soportarlo: la mujer y los hijos.

Gracias a mi madre supe al fin lo que había sucedido a primera hora de la mañana. Por el Rin había subido una partida de saqueadores. Eran pocos y no se atrevieron con el pueblo, pero una alquería aislada como la de los Gundelfinger les cayó al pelo.

Los tiros y los gritos despertaron a la gente del pueblo. Armados de bieldos y hachas, los hombres se reunieron decididos a defender sus hogares.

Uno de los bandidos disparó con su arcabuz desde la alquería de los Gundelfinger en dirección a la aldea. Lo hizo a bulto, pero bastó para que los hombres se conformasen con apostarse detrás de sus tapias y sus pajares renunciando a mayores hazañas bélicas.

Mientras tanto, los bandidos sacaban de la casa todo cuanto se les antojó. También sacaron a las mujeres y a las mozas, las forzaron a la vista de todo el pueblo y anunciaron burlonamente que quedaba invitado a participar todo el que tuviese lo que debía tener un hombre.

A continuación se apoderaron del amo y lo ataron a un poste para ensayar con él los filos de sus puñales.

Cuando se cansaron todavía estaba vivo. Lo bastante para seguir gritando mientras lo embreaban y le prendían fuego. Por último cargaron las acémilas y se retiraron tranquilamente.

Acostumbrado a los azotes y los puntapiés de mi padre, no me creía yo capaz de llorar la desgracia de un prójimo. Pero todavía me sobraron un par de lágrimas cuando comprendí

lo que era el bulto que Susanne había contemplado aquella mañana.

No pude conciliar el sueño en toda la noche, y aún no habían desaparecido del todo las estrellas cuando salí furtivamente de mi casa para ver otra vez a Susanne.

Estaba junto a los restos carbonizados de la alquería de los Gundelfinger. Calzaba unas botas de hombre y una capa vieja que conocí ser del cura Seuse. Miraba fijamente sin ver, absorta, y supe que la conversación iba a ser una despedida.

—¿Adonde irás? —le pregunté.

—Adonde vayan los asesinos -contestó ella—. Acabaré con ellos uno a uno, aunque me cueste toda la vida.

—No podrás acabar con ellos -objeté—. Eres una mujer.

Susanne se echó el hatillo a la espalda. Seguramente llevaba todo cuanto hubiesen dejado los saqueadores, el fuego y los buenos vecinos. Era un hatillo muy pequeño.

—Quédate, Susanne. Si quieres, yo los mataré cuando sea mayor. Ella se quedó mirándome.

—¿Tú? ¿Tú que eres tan tonto que ni siquiera echas a correr cuando viene el bruto de tu padre? Anda, lárgate a casa antes de que te deje más baldado todavía.

No me largué a casa. Ni ella, por algún motivo, se decidía tampoco a marcharse.

Como para quitarse el pensamiento que se lo impedía, acabó por echarlo fuera:

-Tal vez venían a por mí en realidad.

-¿Por qué dices eso, Susanne?

-Porque yo no soy de este pueblo. Aquí siempre creyeron que sería hija natural de alguna gitana, pero a lo mejor soy una princesa.

Con estas palabras giró sobre sus talones y se alejó hacia el valle del Rin, siguiendo la dirección por donde se habían marchado los asesinos.

Me retiré muy abatido, tan dolorido por la desaparición de Susanne como por mi propia incapacidad para dejarlo todo y seguirla.

Lo primero que vi al entrar en casa fue mi hermano Ottokar.

-Aquí está el hijo pródigo —se burló-. ¿Qué? ¿Te has tirado ya al amor de tu vida? Dicen que las mujeres se ponen más blandas cuando han llorado un buen rato.

Nos dimos de golpes hasta que nuestro padre nos separó.

Aguanté dos años más en casa de mis padres. Hasta la noche en que yo también lié el hatillo y me marché de Damscheid. Iba decidido a convertirme en un héroe, a vengar la muerte de los padres adoptivos de Susanne y así conquistar su gratitud y su amor. Nada de eso se cumplió, sino que me convertí en asesino de mujeres.

Aquella noche en Schónburg el viento no cambió más de dirección y cuando despuntó el sol, los dos centinelas seguían apostados entre mi escondrijo y la salida del patio.

Hacia levante la torre cortaba la muralla, no se podía continuar, y la perspectiva de salvar la torre escalando la pared exterior no era de las más atrayentes. Pero el turno de guardia no terminaba hasta las siete. Mucho antes de eso tocarían a diana para los lansquenetes y se descubriría mi ausencia.

Levanté los ojos hacia la ventana, donde aún se veía luz.

De súbito asomó el conde Frowin y se llevó el frasco sin prestar ninguna atención al exterior.

Poniéndome en pie, eché a andar por la defensa.

Menos mal que permanecí atento al espacio despejado, por el otro lado de la torre. Al primer movimiento me eché al suelo y hurté el cuerpo en dirección al parapeto, para que no pudieran verme desde abajo.

Estaba cerca de un tramo de muralla bastante deteriorado.

En el patio, alguien jadeaba como si arrastrase un peso muy grande.

En caso de apuro, es decir, si alguien subía al parapeto, siempre podría manifestarme sorprendido por tanto jaleo, y si me decían que aquello no era el dormitorio de la tropa, yo contestaría que ya me parecía raro porque le entraba la lluvia.Y si tanto me insistían, no tendría otro remedio sino confesar que yo era sonámbulo de toda la vida.

-Temo que esta lluvia impida un resultado favorable -dijo la voz de Susanne en el patio—. Es muy volátil durante las primeras horas y necesita luz solar para solidificarse.

-Pero vos creéis que lo hemos conseguido esta vez -dijo el conde Frowin.

-No estoy segura.

-Dijisteis que las constelaciones estaban en aspecto favorable y que teníamos a favor la primera noche de luna menguante.

-Cierto, las posiciones de las estrellas han sido propicias. Pero el cielo encapotado impide que ellas desarrollen todo su poder. Además no está claro lo que manifiesta Carolus Magnus cuando escribe «y hete aquí que hemos dado el primer paso a la segur segunda...«.También puede significar la primera fecha después de la media luna.

-Sería dentro de una semana a contar desde hoy, pues.

-Sí, pero entonces no tendremos una configuración estelar de tan buen augurio.

Escuché un ruido que me pareció como el batir de unas alas muy grandes.

Arrastrándome por el suelo, me asomé al borde del camino de ronda.

Si uno de los dos levantaba la vista no dejaría de descubrirme.

Llevaban dos escobones y otra cosa que al principio creí que era una alfombra grande.

Las escobas tenían unos palos de longitud descomunal, y un travesaño al extremo con el atado de ramajes.

Cuando volví a levantar la cabeza sobre el borde de la obra de defensa los vi ocupados en tender la supuesta alfombra

sobre el andamio de madera. Era bastante pesada. Los maderos se bambolearon y los dos humanos todavía más. Manejaban la pieza con tanto miramiento como si fuese uno de aquellos preciosos tapices en cuya confección trabajaban generaciones enteras y que servían para conmemorar las heroicas proezas de algún linaje; imperial.

Por consiguiente, no se entendía bien por qué la exponían a la lluvia.

Aunque luego me desengañé al ver mejor su aspecto. Era una simple lona encerada, y no muy limpia por cierto, con los bordes provistos de agujeros reforzados por aros metálicos, así como de cintas por la parte de abajo. Evidentemente no era alfombra ni tapiz, sino carpa.

Mientras la extendían sobre el andamio y la fijaban en los largueros superiores, Frowin y Susanne la estiraban, la alisaban y la volvían a mover como si fuese importantísima la colocación exacta.

Cuando quedó ceñida al armazón, parecía un tejado inclinado con una regata o canalón en medio, formando en conjunto un cobertizo, como para resguardarse de la lluvia.

En vez de ponerse a cubierto, sin embargo, Frowin daba vueltas alrededor de la tablazón y todavía enmendaba la colocación de la carpa. Se veía que le preocupaba, sobre todo, que el desagüe vertiese en el barreño colgado a un lado.

Susanne le ayudaba un poco. Para quedar bien, como si dijéramos, y procurando guarecerse todo el rato debajo de la lona.

La parte superior de ésta se hallaba ya empapada de lluvia, formándose pequeños charcos que confluyeron en diminutos arroyuelos, y éstos desembocaron en el canal central para continuar por el camino de mínima resistencia.

Una menuda catarata chapoteó en el barreño.

-Demasiado pronto —dijo Frowin, y acercándose al barreño lo descolgó de sus ganchos e hizo ademán de ir a vaciar su contenido. Pero en el último instante cambió de opinión y volvió a colgarlo.

-Quizá la lluvia resulte favorable a pesar de todo —dijo Frowin-. Podríamos pasar luego el agua por el cedazo. ¿No sería mejor trabajar siempre con agua en adelante?

-Pésimo -replicó Susanne-. Las únicas condiciones admisibles son calor y sequedad.

Ella también se acercó al barreño y ambos se quedaron mirando el fondo, como si hubiese algo que ver debajo del agua que se acumulaba poco a POCO en el recipiente.

Hecho esto tomaron los escobones y se pusieron a fregar la carpa, mientras ellos mismos se calaban hasta los huesos.

Desde mi observatorio pude darme cuenta de que Frowin trabajaba a fondo, mientras que Susanne simulaba frotar un poco por aquí y por allá, mas pendiente de hacer ruido que de conseguir ningún resultado. Cuando le pareció a Frowin que había fregado bastante se acercó de nuevo a mirar el interior del barreño.

-Creo que no hay nada más que agua —anunció—. Como es natural, la filtraremos con cuidado.

La pareja desató la lona y luego la enrollaron empezando por arriba. Encogí la cabeza prudentemente.

Al poco se alejaron también los dos centinelas, bajé y me encaminé hacia la cantina como si tal cosa.

Cuando llegué la mayoría de mis compañeros lansquenetes acababan de desayunar.

Adriane y otra sirvienta estaban retirando los enseres. En una mesa vi a Henning con dos ayudantes suyos.

Deseé buenos días a todos con mucha educación, me senté con el grupo y me serví agua de una jarra en un vaso bastante limpio.

Partí un trozo de pan, tomé una porción de queso y me puse a masticar. Los tres me miraban atónitos.

-Estás empapado -dijo uno de los lansquenetes.

—Pareces trasnochado —dijo el otro.

—No estabas en el dormitorio cuando tocaron diana -dijo Henning.

—Cagaleras —expliqué con la boca llena—. Habrá sido la sopa de acelgas de ayer. Con tantos viajes de ida y vuelta entre el dormitorio y el cuarto de los truenos, tendré que comprarme un par de botas nuevas.

—¿De veras querrás bajar a Oberwesel? —preguntó Henning.

—Si se me autoriza a salir durante un par de horas.

—Te encargaré una comisión de servicio.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Necesito un martillo de cinco libras. Al mío se le ha astillado el mango. El herrero te venderá uno. Lo puedes comprar siempre que no te pida más de medio ducado.

—Descuida, iré a por él.

Y me encaminé hacia allá muy contento, recordando triunfos pasados y pictórico de esperanzas en cuanto a los que pudiese depararme el futuro. No tardaría en advertir lo equivocado que estaba.

## CAPITULO 14

### En donde se recibe un periódico

CUANDO LOS DEMÁS HUBIERON abandonado el comedor llevé aparte a Adriane y le pregunté: -Te parecerá extraña mi pretensión, pero ¿podrías prestarme unos calzones?

-¿Cómo te has empapado tanto los que llevas? -replicó ella.

-¿Siempre contestas a una pregunta con otra?

-¿Cuándo te has dado cuenta?

Le repetí el cuento de las diarreas causadas por la sopa de acelgas. Ella lo escuchó sin manifestar ninguna extrañeza y dijo:

-¿Cómo han de ser esos calzones?

-Secos, no pido más.

-Si no es más que eso, puedo ayudarte.

Dicho esto me condujo a un anexo y, dentro de éste, a una cámara que era un almacén de prendas. No encontré nada especialmente digno de atención. Casi todo lo que tenían eran uniformes usados de los ex guardias del castillo.

-Muchas gracias, puedo escogerlos yo mismo -dije.

-Hazlo.

-Prefiero cambiarme a solas.

-No creerás que es la primera vez que veo un hombre desnudo.

-Sí lo creo.

-¡Ah! Está bien, me volveré de espaldas para que no pases vergüenza. Increíble, pero lo hizo. Mas apenas me había quitado los calzones mojados se volvió otra vez de cara, diciendo:

-Una cosa que deseaba preguntarte... -Hizo una mueca de decepción y continuó-: ¿Por qué te has envuelto en la capa antes de cambiarte?

-Por si alguna moza demasiado curiosa se daba la vuelta antes de tiempo -dije mientras me enfundaba los calzones secos, algo cortos para mí pero que me parecieron suficientemente cómodos.

Elevé una breve plegaria deseando que no contuviesen inquilinos de seis patas, pues no daba la impresión de que imperase mucha limpieza en aquel ropero.

-¿A qué tanta curiosidad mientras me cambio los calzones? —me sonreí—.Yo tenía la impresión de que soñabas con Hans Kuehnemund.

-¿No te parece que ya tengo edad para conocer la diferencia entre lo ideal y lo alcanzable?

-No.

Ella irguió la cabeza con mucho donaire, echándose los cabellos a la espalda, y salió andando con majestad.Yo la seguí con bastante menos majestad, porque mis botas rechinaban al andar debido al remojón.

Aún no había entrado en el patio cuando Henning, que estaba casi al otro lado, se volvió a mirarme.

—Confío en que no se te ocurra andar por ahí como un furtivo —dijo—. Se te oye en todo el castillo.

—A decir verdad, nunca me he atrevido a hacer de furtivo. A mí siempre me atrapan en seguida, aunque ande con las botas secas -contesté.

—Como llegas el último, no hará falta que cargues piedras ni tablones. Hoy te destino a cargar troncos. Hemos hecho una tala en el monte, ahí abajo.

No me resultó difícil encontrar el lugar. Por el camino fui encontrando grupos de a cuatro o cinco hombres que transportaban sendos troncos hacia el castillo.

Hice mi parte del trabajo, aunque cada vez que nos deteníamos temí caerme dormido. Mediada la mañana rebasé el punto muerto y resistí mejor a partir de entonces.

Kuehnemund y Henning Locher contemplaban uno de los tramos ruinosos de la muralla mientras los mozos empezaban a evacuar los cascotes.

En el patio otros mozos provistos de hachas se pusieron a desbastar los troncos y afilar las puntas. Cuando los tenían acabados los colocaban paralelos intercalando cuñas y los sujetaban en grandes prensas de tornillo.

Dos hombres sostenían un gigantesco taladro que aplicaban verticalmente a los troncos para abrir en cada uno de ellos tres grandes agujeros. Era trabajo pesado, los hombres corrían en círculo y tenían que saltar sobre los troncos dando largas zancadas. Cada vez que terminaban un agujero eran relevados pero con todo, la tarea no progresaba sino lentamente.

Obviamente Kuehnemund había decidido reparar los daños de la fortificación con empalizadas a falta de tiempo para reconstruir la muralla. Por eso era necesario que los agujeros se practicasen con mucha precisión ya que debían servir para atornillar los travesanos que darían solidez a la empalizada.

Se nos iba acabando el plazo. Con el tiempo transcurrido desde que conseguimos rechazar la avanzadilla de los bandoleros, seguramente la fuerza principal se habría acercado bastante.

Iba yo al castillo, el último de una fila de cuatro que transportábamos nuestro tronco, cuando al pasar por la puerta principal oí un silbido y un objeto alargado pasó cerca de mí y quedó clavado en uno de los portalones.

Solté el tronco y eché cuerpo a tierra. Los dos centinelas de la puerta lo habían visto también y apuntaban con los arcabuces, rodilla en tierra.

Los que venían conmigo, completamente sorprendidos por mi maniobra, no pudieron con el tronco y todo el grupo se tambaleó, cedió varios pasos hacia atrás. Por último los tres perdieron el equilibrio y quedaron sentados en el suelo de manera más bien brusca.

Uno de los centinelas entró corriendo en el patio y gritó:

-¡Alarma! ¡Atacan!

Tres pares de ojos se volvieron hacia mí, y tres bocas se abrieron para declarar lo que pensaban hacer con los correspondientes puños tan pronto corno se hubiesen rehecho.

Uno de los hombres hizo ademán de levantarse pero el otro centinela le gritó:

-¡Al suelo!

En ese momento se dieron cuenta mis compañeros de que el centinela y yo mirábamos con mucha atención hacia la linde del bosque. Repté por el suelo corno una lagartija, al amparo del tronco, hasta que me vi en el interior del portal.

-¿Qué ha pasado? —preguntó uno.

En vez de contestar, me incorporé de un salto y arranqué la flecha que estaba clavada en la puerta.

En un abrir y cerrar de ojos Henning y dos ayudantes suyos se subieron a la plataforma nueva de madera, y aún no había acabado de subir el último cuando ya Henning quitaba la lona que cubría el Buey.

Los arcabuces se hallaban apilados en el patio formando montones piramidales. Todos llevábamos puñal o espada corta. También estaban aprestados los chuzos y picas para los criados del conde y los refugiados de Oberwesel. Así armados todos los hombres, las mujeres desaparecieron en uno de los edificios.

Kuehnemund y un puñado de arcabuceros se acercaron a la puerta principal para cerrarla.

Suponiendo que un grupo de bandoleros oculto en el bosque hubiese intentado un asalto por sorpresa, la puerta debería cerrarse inmediatamente, al menos según las previsiones. Por fortuna no hubo tal asalto, porque allí había quedado el tronco impidiendo cerrar.

-¡Vamos! ¡Quitad ese tronco de ahí! -ordenó Kuehnemund.

Los lansquenetes la emprendieron a puntapiés con el tronco, sin dejar de apuntar en todas direcciones con sus arcabuces.

Al poco el tronco empezó a moverse, hasta que lo echaron a rodar cuesta abajo.

La puerta se cerró y cuando corrieron la enorme cerradura de hierro resonó como la campana que anunciaba el fin de la alarma.

-Desde aquí arriba no se ve nada -dijo Henning.

-¿Qué ha pasado? ¿Quién ha dado la voz de alarma? -preguntó Kuehnemund.

-Yo -se presentó uno de los lansquenetes—. Han disparado una flecha contra nosotros desde el bosque.

-Eso quiere decir que la partida está ya mucho más cerca de lo que yo creía —replicó Kuehnemund—. Dime, Henning, ¿está arreglado el Berraco?

-Funciona -respondió Henning-. Aunque no sé cuántas veces podrá disparar, porque me falta el martillo. Le toqué a Kuehnemund el hombro.

-Esto no ha sido todavía el asalto -le dije-. Nos han enviado sólo un veredero...

Un buen arquero no fallaría un blanco que se moviese tan despacio como unos hombres que transportaban un tronco. Como la flecha había pasado entre mi persona y la del que iba delante, era de sospechar que se pretendía que pasara precisamente por ahí.

En efecto la flecha llevaba una especie de canuto. Mientras todos los del castillo se aprestaban al combate, me entretuve en observar con más detenimiento el canuto en cuestión. Consistía en un trozo de papel enrollado alrededor del asta y atado con dos hilos. Desenrollé el papel y le eché una ojeada.

El texto era breve y nada equívoco. Estaba escrito con tinta negra y decía sólo: «Esta vez pagarás con tu sangre, Frowin».Y como firma, unas inicíales, LvC.

-No es para mí -dije al tiempo que le entregaba el mensaje a Kuehnemund.

Él lo leyó sin torcer el gesto, lo enrolló y se limitó a decir:

-Gracias.

Mientras se guardaba el mensaje en la pechera del jubón se volvió hacia todos nosotros y dijo:

-Abrid la puerta y que prosiga el trabajo. Tú, Edgar Frischlin, elige dos hombres e intenta atrapar al que disparó.

Alzando la voz hacia los de la plataforma, agregó:

-Por si acaso, Henning, deja dos hombres con el Buey, y bajas a ocuparte de la empalizada.

Pedí el arcabuz a uno de los lansquenetes y me volví hacia Hermann Lotzer y Otto Fechter.

-¿Os apetece?

-Es mejor que acarrear troncos -dijo Otto.

-Aunque menos bueno que dormir el sueño atrasado -dijo Hermann—. Pero qué le vamos a hacer.

-Marcad el camino -nos dijo Kuehnemund-. Os seguiré en cuanto pueda.

Caminando separados y agachados, nos acercamos a la linde del bosque.

-Poco tardaste en darte cuenta de que no había asalto -comentó Otto.

-Es que vi el papel enrollado en la flecha.

-Entonces, ¿por qué te arrojaste al suelo?

-Podía estar equivocado.

Cuanto más nos acercábamos a los árboles, más encogidos andábamos. De quedar algún ballestero emboscado, sin embargo, tendría blanco fácil.

Pero conseguimos adentrarnos en el bosque sin que ocurriese nada, yo en medio y los otros dos a unos treinta pasos de mí por cada lado.

Me metí en la arboleda procurando dedicar tanta atención a las posibles huellas en la tierra como a los rincones sombríos entre los árboles. No esperaba encontrar otra cosa sino el rastro que suele dejar uno que se retira apresuradamente.

Hermann fue el primero en descubrir algo y nos llamó.

Todavía estábamos contemplando el hallazgo cuando nos alcanzó Kuehnemund.

Junto a uno de los troncos más gruesos del bosque alguien había colocado, de manera que no pudiesen pasar desapercibidos, un arco y un carcaj, ambos de color negro. El carcaj estaba vacío.

-¡Qué fantasma! -exclamó Kuehnemund.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Otto.

-Nuestro tirador -explicó Kuehnemund-. Se ha asegurado de que encontraríamos su arco y su carcaj vacío. Con eso

nos dice que no cree necesitarlos porque sabe que no vamos a encontrarle.Y que estaba tan seguro de acertar en el blanco, que no necesitó llevar más flechas.

-Cualquiera acierta en un portalón tan grande -dijo Hermann.

-Por eso digo que es un fantasma. Busquemos sus huellas.

Pero no había huellas, en cambio nuestras propias pisadas sí se distinguían con toda claridad.

Perdimos casi una hora buscando en vano y por último decidimos regresar al castillo.

-¿Cómo se les habrá arreglado para no dejar rastro? -preguntó, o más bien se preguntó Otto.

Si me lo hubiese preguntado a mí, yo le habría indicado dos posibilidades. Aquel bosque era de árboles viejos, con gruesas raíces sobre las cuales podía avanzar a saltos un hombre ágil, de manera que no necesitaría pisar tierra. O tal vez ni siquiera escapó a través del bosque, sino por la linde, agachándose detrás de las hierbas de los prados. Éstos, empapados de lluvia, no conservarían mucho rato un rastro, aunque dicho camino habría resultado más peligroso pues se exponía a ser visto, por más que la atención de todos estaba fija en la arboleda.

Pero, a fin de cuentas, a mí la cuestión de cómo había desaparecido no me parecía tan importante.

Más me habría agradado saber cuál de las palabras del mensaje «esta vez pagarás con tu sangre, Frowin» subrayaría mentalmente el conde cuando lo leyese. ¿«Esta vez», o «tu sangre»?

—Conviene salir de reconocimiento para averiguar las posiciones y la fuerza exacta de la partida -arengó Kuehnemund a los hombres formados en el patio—. Necesito un voluntario, alguien que conozca los caminos de esta comarca mejor que yo.¿Quién se presenta?

Se ofrecieron dos.

Uno de ellos fue Henning.

-En otros tiempos he viajado mucho por el valle del Rin -explicó-. Río arriba hasta Worms, y río abajo hasta Xanten. El otro voluntario fui yo.

-Soy oriundo de esta región -dije—. No sé nada de Xanten, pero aquí me conozco todos los atajos y todos los escondites.

Para mí era una ocasión que ni pintada. Mediante el trato con un tipo influyente como Kuehnemund quizá conseguiría hacerme con las actas de la investigación sobre la muerte de Nikolaus.Y siguiendo a la partida de bandoleros podría reanudar la persecución de Joseph Peutinger.

-Te necesito aquí, Henninger -decidió Kuehnemund-. Tú me acompañarás, Edgar, pero antes quiero hablar contigo.

La conversación se celebró en el diminuto officium habilitado para el administrador del conde, y no versó acerca de la misión, sino de mi humilde persona.

-La Gundelfinger objeta a vuestra presencia en el castillo — empezó Wiggershaus-. ¿Qué tenéis que decir al respecto?

-Lo que Su Señoría quiera saber, pero antes debería enterarme yo de qué naturaleza son esas objeciones.

-Dice tener motivos para desconfiar.Y puesto que es oriunda de la misma aldea que vos, estimamos que no se puede pasar por alto la objeción.

Los amores fracasados de la juventud no es fácil confesarlos. En cambio, no tuve inconveniente en resumir los acontecimientos del día que murieron los padres adoptivos de Susanne.

-Supongo que todavía me relaciona con aquella jornada -terminé—. Me ha sorprendido mucho encontrármela aquí. ¿Se sabe cuándo regresó?

Wiggershaus y Kuehnemund intercambiaron rápidas miradas y luego Wiggershaus continuó:

-Eso no se discute aquí. El conde Frowin confía en ella y por eso nos importa la opinión de esa mujer.

-Pero no en asuntos tocantes a la defensa —intervino Kuehnemund—. Para eso yo confío en los que confío. ¿Tú me prometes que puedo confiar en ti, Edgar?

-Sí.

-No esperaba de ti otra respuesta. Pero dime alguna razón por la que yo deba creer que no eres un espía.

-¡Por todos los santos! Espía, ¿de quién?

-Hay muchas partes en este pleito -dijo Wiggershaus—. Podríais ser un infiltrado de los bandoleros. O un partidario de los imperiales, o incluso un enviado del príncipe obispo Greifenclau.

-¿Qué razones tendría el príncipe obispo para enviar espías aquí? -pregunté en tono de absoluto desconcierto.

-Esperábamos que tú nos lo dijeras —dijo Kuehnemund.

-Yo soy un lansquenete y mi oficio es la guerra, no el espionaje -contesté-. Sois vasallos del príncipe obispo, así que él no puede tener ningún motivo para enviar espías aquí. En cuanto a la liga de los caballeros del Imperio, se deshizo el otoño pasado. Franz von Sickingen puede haber enviado espías, pero no a un castillo tan alejado del teatro de los acontecimientos. Con esto nos restan únicamente los bandoleros. Creo que recordaréis que combatí a vuestro lado en Oberwesel. ¿Hay alguna manera más evidente de demostrar cuál es mi partido?

Kuehnemund asintió a mis palabras.

Wiggershaus continuó:

-Os habéis defendido bien. Como si hubierais previsto que alguien os haría esas preguntas. ¿Cómo estáis tan enterado de lo que hacen o dejan de hacer Greifenclau y el de Sickingen?

-Como soldado de fortuna me conviene conocer a los posibles compradores de mis servicios.

-Siendo así, es de extrañar que no os hayáis ofrecido a Greifenclau.

-Sí me ofrecí, maese Wiggershaus. Pero tuve algunas diferencias con mis oficiales y me pareció más oportuno cambiar de aires.

-Es suficiente para mí -dijo Kuehnemund-. Al fin y al cabo, nuestra tropa se compone de los que no están con Greifenclau.

—Si os satisface a vos, también ha de bastar para mí -concluyó Wiggershaus.

## CAPITULO 15

### En donde dos buscadores encuentran lo que buscaban

SALIMOS DEL CASTILLO a primera hora de la tarde. Kuehnemund hizo ensillar cuatro caballos, para disponer de refresco si tocaba retirarse a toda prisa.

Llevaba su carabina a la grupa, la espada y una pistola al cinto.Yo, un arcabuz atado a la silla, mi machete y mi puñal escondido en la manga.

Avanzábamos con rapidez a favor de la claridad del día. La lluvia iba escampando.

El Rin doblaba hacia la derecha y la mirada abarcaba todo el camino, por lo que no hacía falta andar con precauciones por si nos tendían una emboscada.

-Antes de llegar al acantilado de la Lorelei deberíamos subir a través de los viñedos —dije—. De allí a Boppard todo el valle es un bosque y sería fácil que cayéramos en una trampa.

-¿Podremos pasar entre las viñas?

-Más despacio que por el camino, y alguna vez tendremos que echar pie a tierra. La ventaja es que desde arriba veremos mejor lo que hay abajo.

Caía la tarde y nos acercábamos a la Lorelei.

Por el camino que bordeaba la orilla derecha discurría, como de costumbre, un abundante tráfico de carruajes y jinetes. Numerosas chalanas de transporte navegaban río arriba.

A nosotros, en cambio, no nos salió nadie al encuentro, lo cual nos hizo sospechar que camino adelante había algo que disuadía a los viajeros de circular por la ribera izquierda.

-No me gustaría pasar de noche cerca de los bandoleros sin haber visto antes su campamento -dijo Kuehnemund-. ¿Estás seguro de que podremos verlos en el valle aunque sea de noche?

-Las fogatas del campamento no pasarán desapercibidas -contesté—. Podría ser peligroso si se les ocurre apostar centinelas arriba. O si nos tirotea un viñador escondido en un soto. O si...

-Basta. Tú ocúpate del camino, que yo me ocuparé de los emboscados.

-Pues vayamos a abrevar los caballos. Desde aquí tomaremos el primer sendero hacia arriba, porque no sé si encontraremos otro más adelante, antes del recodo del río.

Tras breve descanso emprendimos la ascensión, los caballos atados de dos en dos y llevando una pareja del ronzal cada uno de nosotros.

Las viñas eran el medio principal de los cultivadores que tenían tierras en aquellas laderas. A tal efecto habían construido terraplenes divididos mediante muros de pizarra. Aquellos bancales iban creciendo en el decurso de muchas generaciones aprovechando la abundancia de la piedra entre los terrones donde agarraban las cepas.

Cuando tales muros eran anchos y bien rematados, podían servir de caminos. En cambio los senderos, obligados a enfilar por las vaguadas muchas veces, se alejaban del río e imponían rodeos tremendos, con gran pérdida de tiempo.

Yo no había mentido al decir que conocía bien los atajos y los rincones de la comarca, sólo que mis conocimientos se limitaban a los alrededores de Damscheid. Pero había supuesto que se podría pasar lo mismo que en cualquier otro lugar donde hubiese viñedos, y que seríamos dueños de dirigirnos a cualquier punto que nos conviniera. Por supuesto el camino nunca sería fácil ni directo.

Anochecía cuando dejamos atrás la Lorelei. En la orilla opuesta del río se divisaban las luces de Sankt Goarshausen. Desde Maguncia hasta Colonia no había puentes, motivo por el cual aquella población disfrutaba tranquilamente de la velada. Aparte de algunas barcas de remos, los bandidos no tendrían embarcaciones de porte suficiente para cruzar.

Propuse que hiciéramos un alto durante la noche.

-Tal vez estamos más cerca de nuestra meta de lo que te figuras -replicó Kuehnemund.

Apuntaba río abajo, donde se elevaba al cielo una gran columna de humo, hasta desaparecer por un claro de la capa de nubes.

-Eso debe ser el convento de San Goar. Lo habrán incendiado los bandoleros.

-No -me rebatió Kuehnemund-. Está más cerca.

-Pues parece un incendio grande.

-Eso pienso yo, y también pienso que esta misma noche hemos de averiguar lo que ha pasado.

A partir de allí los montes que flanqueaban el río se hacían bastante más empinados que los de las inmediaciones de Oberwesel, y no permitían el cultivo de la viña.

Un bosque espeso cubría todo el valle, y desde donde estábamos no se divisaba el camino de ribera.

Aprovechamos la última claridad del día y continuamos hasta hallarnos casi a la altura de la columna de humo.

Allí las sendas de montaña desembocaban en un camino que continuaba cuesta arriba hacia Hunsrück. Si no me engañaba mi sentido de la orientación, era el mismo que se juntaba en Damscheid con el camino real a Oberwesel.

-No conviene dejar los caballos demasiado cerca del camino cuando empecemos a bajar —dijo Kuehnemund.

Así que retrocedimos unos pasos con las bestias ladera arriba y las dejamos atadas a unas cepas. De día serían visibles desde el camino, por supuesto, pero contábamos con hallarnos muy lejos de allí cuando fuese de día.

-Bajaremos al valle separados —dijo Kuehnemund—. Si atrapan a uno de los dos, el otro deberá retirarse sin pérdida de tiempo. Es menester que al menos uno regrese a Schónburg.

Asentí.

Kuehnemund se quitó la chupa de lana, envolvió en ella la carabina y lo escondió todo debajo de unas placas de pizarra. Yo abandoné el arcabuz y, después de un titubeo, también la capa. Si nos descubrían, nuestra salvación no estaría en la potencia de fuego sino en la velocidad.

-Yo marcharé río abajo a partir de la columna de humo - anunció Kuehnemund—. Tú bajarás por aquí, y nos reuniremos al otro lado. Si te atrapan procura hacer ruido para que yo me entere. Yo haré lo mismo en el caso contrario.

-Entendido.

—Una palabra más. Dije que necesitaba un acompañante en quien pudiera confiar incondicionalmente. Tú me lo aseguraste, ¿lo mantienes ahora?

—Por supuesto.

-Está bien. Si me hacen prisionero, quiero que emprendas el regreso en seguida. Que no se te ocurra intentar una liberación a la desesperada, ¿queda claro?

-Naturalmente. Todavía no estoy cansado de vivir.

-Eso cambia a veces, a la hora de la verdad. En el caso contrario yo tampoco asumiré ningún riesgo.

Me dio un breve pero fuerte apretón de manos y dijo:

-Buena suerte, Edgar Frischlin. Confío en que volveremos a vernos en este mundo.

A mí no se me ocurrió ninguna frase ni remotamente comparable con tan bravas palabras, excepto un brindis escuchado hacía muchos años: «Te deseo que lleves diez minutos en el cielo cuando el diablo se entere de que has muerto». Pero no me pareció lo más oportuno para la ocasión, así que me limité a corresponder al apretón de manos sin decir nada.

En el cielo acababan de abrirse algunos claros y se veían estrellas suficientes para que uno pudiese orientarse. Empecé a bajar con precaución hasta salir de los viñedos, y me adentré en el bosque.

El punzante olor a madera quemada invadió mi olfato... y con él, como era de temer, también el olor a carne quemada.

De vez en cuando se oía un griterío desaforado, como de una gran juerga.

Al principio seguí bajando en perpendicular, y luego me volví hacia la derecha para salir al camino de ribera río arriba.

Me paraba con frecuencia a escuchar, tratando de distinguir un ruido de pasos que traicionase la presencia de algún centinela.

Conforme iba avanzando, dejaba a mi izquierda los clamores de los juerguistas, cada vez más cerca de mí.

A tal punto que en seguida distinguí otros ruidos: alguien que tocaba una flauta, risas, un fragmento de canción.

Entre los que estaban ahí abajo, evidentemente algunos lo pasaban bastante bien... y otros muy mal, sin duda.

Cuando vi el resplandor de unos fuegos de campamento entre los árboles me detuve y me agaché detrás de un árbol hasta quedar casi de bruces en tierra.

¿Era posible que los bandoleros fuesen tan indisciplinados que ni siquiera hubiesen apostado centinelas?

Pensé que tal vez éstos se fijaban más en el camino que contorneaba la orilla y el otro de arriba, y que las rondas apenas andarían por el bosque. Al fin y al cabo, no tenían

motivos para suponer que una tropa numerosa quisiera sorprenderlos pasando por el bosque.

Lástima no haber venido con una tropa numerosa, pensé. A mi espalda se oyó un chasquido. Saqué la espada y me volví. No se veía nada. Naturalmente, quienquiera que estuviese a mi espalda contaría con la ventaja de verme recortado contra el resplandor de las hogueras, mientras que yo no podía verlo a él.

Por prudencia repté un trecho para cambiar la posición. Antes de intentar ningún movimiento palpaba el suelo del bosque y apartaba todas las ramitas que hubieran podido crujir cuando mi peso pasara por encima.

Nada corroboraba que hubiese tenido a alguien detrás de mí. ¿Un centinela de los bandoleros no habría dado la voz de alarma, en vez de limitarse a seguir espiándome desde la oscuridad?

Podía dedicar todo el tiempo que quisiera a elucubrar sobre el misterio, pero con eso no recogería ninguna información sobre el número de enemigos.

Conque un par de matorrales más allá del lugar donde creí haber escuchado un chasquido me atreví a asomar otra vez la jeta.

Andaba agachado, tanteando el suelo con el pie a cada paso para no hacer ruido.

La senda serpenteaba por entre los troncos.

Pero yo me guardé mucho de caminar por ella, sino que la flanqueaba dejando siempre algunos árboles entre el camino y yo, cada vez más cerca del campamento.

Sin duda era mejor idea que tropezarse a ciegas con uno de aquellos desolladores. Aunque no tan buena como tratar de comprobar si el chasquido que había creído escuchar correspondía o no a la presencia de alguien.

Como andaba tan pendiente de observar la senda, el ataque me pilló completamente desprevenido.

Un fuerte golpe en la nuca me envió de bruces contra un tronco. Otro golpe me desarboló el brazo derecho y se me cayó la espada de la mano.

Quise proferir un grito para advertir a mi compañero, pero dos manos muy fuertes me ciñeron el cuello y me estrangularon.

El brazo derecho no me obedecía. Llevé la izquierda al cuello e intente arrancar una de las manos que me ahogaban. Pero la presa era firme. Pataleé tratando de acertar con los tacones en algún punto sensible.

Unos puntos de luz empezaron a bailar delante de mis ojos y noté que estaba a punto de perder los sentidos.

Nos tambaleamos entre los árboles en una extraña danza impulsada por mí al contorsionarme y debatirme, y frenada por la fuerza y la obstinación de mi enemigo.

De súbito las manos soltaron mi cuello. Jadeé mientras trataba de recobrar el aliento, incapaz de pensar en otra cosa sino respirar, sin acordarme del puñal ni de proferir ningún grito.

Recibí otro golpe en la cabeza y caí boca abajo sobre la tierra del bosque. Algo duro me golpeó la frente.

No supe cuánto rato permanecí sin conocimiento. Sólo recuerdo que continuaba echado en el suelo, amordazado y con las manos atadas a la espalda.

En la boca tenía un objeto voluminoso, de sabor amargo, y alrededor de éste me habían atado un trapo de manera que mantenía separados los dientes y me impedía escupir el cuerpo extraño.

Me moví un poco y al instante noté que mi estómago quería devolver todo su contenido. Si vomitaba con la mordaza en la boca, era la muerte segura.

Así que permanecí inmóvil, ocupado exclusivamente en convencer a mi estómago de que se quedara tranquilo.

Por un instante me extrañó verme allí y que no me hubiesen llevado al campamento. Entonces uno de los puntos luminosos que bailaban delante de mis ojos aumentó de tamaño y pareció acercarse. La luciérnaga se convirtió en una llama y por último comprendí que era una antorcha en la mano de un individuo.

—¡Hola! ¿Qué tenemos aquí? -dijo una voz detrás de la antorcha.

Recibí un par de puntapiés en las costillas y luego el pie se metió debajo de mi cuerpo y me dio la vuelta.

El hombre se inclinó sobre mí y me contempló.

Luego me arrancó de la boca el trapo con la izquierda. Escupí y tuve la fugaz impresión de un ratón muerto lleno de fango, o cosa similarmente nauseabunda.

El hombre contemplaba mis facciones con interés.

-Yo a ti te conozco de algo —dijo. Tenía razón. Era Joseph Peutinger.

## CAPÍTULO 16

### En donde se hace la crónica de una negociación hábilmente llevada

AÚN ME LATÍA el corazón, aún respiraba, aún podía pensar, pero me constaba que estaba muerto. Los desolladores me sacarían hasta el último atisbo de la verdad, todo cuanto yo supiera: la débil guarnición del castillo, la escasez de las reservas de alimentos. Todo lo de Greifenclau y lo de Von Hutten.

Podía soportar patadas y puñetazos y mantener la boca cerrada. Pero no las agujas debajo de las uñas, los clavos al rojo vivo en los oídos, la cuerda con dos nudos que oprimía el cráneo y reventaba los ojos, el palo aguzado clavándose poco a poco, a martillazos, en los intestinos, la polea para colgarle a uno sobre unas brasas que chamuscasen las plantas de los pies.

Lo diría todo y luego moriría igual.Y Joseph Peutinger habría tenido su rato de diversión.

Apenas pude creerlo cuando se sacó la pistola del cinto y me apuntó con ella. Seguro que no me concedería la gracia de una muerte tan rápida.

-No, todavía no hemos llegado a eso -dijo—. No tengas miedo. O mejor dicho, deberías tenerlo. Disparó al aire y continuó:

-¿Lo ves? Ha sido una amabilidad de mi parte. —Lo era en efecto, porque el tiro le serviría de advertencia a Kuehnemund-. También pude hacer que gritases para que tus compañeros se acercaran a por ti. Pero eso me lo reservo para luego. Ahora dime de qué nos conocemos. Sólo para orientar la conversación que vamos a tener en seguida.

—No nos conocemos de nada —contesté-. Pasaba casualmente por aquí y vos me golpeasteis sin darme tiempo a persuadiros de mi inocencia.

—Cada palabra, una mentira. Esa mirada de miedo es la de uno que me conoce. Y nadie pasa casualmente de noche por el bosque. Mira, ya no estamos solos.

Varios hombres con armas y antorchas se acercaban procedentes del campamento.

Un individuo flaco, al que recordaba de cuando el combate en la plaza del mercado, se dirigió a Peutinger:

-Un tiro hemos escuchado, ¿eres tú el que ha disparado?

-Éste es Till -me dijo Peutinger casi en son de disculpa-. Adivinarás que le hemos puesto el mote de «el Poeta». Sí Till, yo me he tropezado con este paquete. Lo curioso es que el paquete dice que lo he atado yo.

-Todos nosotros te conocemos, se sabe que prefieres otros extremos —respondió Till.

-En efecto, así es -se volvió Peutinger hacia mí-.Yo habría preferido cortarte los tendones de las piernas. Así es mucho más fácil que andar apretando nudos. Oye, Till, ¿a que habrá sido otra vez nuestro misterioso benefactor?

-¿Al hombre de negro te refieres? Benefactor o plaga, si lo prefieres. Sea quien sea el encapuchado, al de Spalatina tiene privado.

-No he oído esa insinuación. Será un ripio y habrás querido decir que tiene privanza con él.

Una vez más se volvió hacia mí y continuó:

-Debes saber que tenemos en el campamento un extraño huésped. De vez en cuando nos sorprende con pequeños obsequios, e imagino que tú también eres uno de esos obsequios.Vamos a ver si puedes caminar.

Con el puñal cortó las cuerdas que me ataban los pies. Dos hombres me pusieron de pie, pero si no me hubiesen retenido habría caído de nuevo.

De manera que me llevaron a rastras hacia el campamento.

Por allí yacían muchos hombres y algunas mujeres en distintos grados de embriaguez. Otros observaban con curiosidad nuestra procesión.

Vi dos cañones apostados, con sus dotaciones y listos para disparar, que dominaban el camino de Oberwesel.

En éste pude ver el origen de la gran columna de humo. Aún relucían las brasas de una docena de carromatos. Entre las varas, los cadáveres de los caballos, y por entre los restos de los vehículos y al lado de ellos, los de los defensores. De varios troncos colgaban otros cadáveres retorcidos, los de quienes habían cometido el error de dejarse atrapar vivos.

Como yo.

En un rincón, pisoteado y lleno de barro, un estandarte con el lirio blanco. La caravana de los Fugger había intentado pasar por el camino de ribera menospreciando el peligro, y se tropezó con los bandoleros. No era de extrañar que la partida hubiese quedado detenida allí. Los lansquenetes de los Fugger vendieron caro su pellejo. Los desolladores hicieron alto para lamerse las heridas y beberse la parte líquida del botín.

Entre Peutinger, Till el poeta y dos hombres más me llevaron frente a una tienda de campaña más grande que las demás.

Delante de ella estaba un sujeto entronizado en un sitial de madera tallada. Lucía botas de montar y calzas verdes con una extravagante bolsa a rayas rojas y amarillas en donde

guardaba sus partes. El torso lo cubría con una camisa listada de gris y rojo, que dejaba ver los musculosos antebrazos, y sobre ella un peto de metal con un adorno esculpido a martillo y punzón que figuraba un duelo entre dos caballeros.

Enmarcaba su semblante una espléndida melena blanca que caía sobre sus hombros, con la barba pulcramente recortada. Aquel rostro debió de ser atractivo en otro tiempo, antes de que alguien lo hubiese acariciado con una cuchilla llevándose de paso una aleta de la nariz. Sin embargo el hombre presentaba todavía un espléndido aspecto, aunque eclipsado por la beldad que le acompañaba.

Calzaba también botas altas de cuero, que desaparecían en parte debajo de una falda adornada de espejitos.

El corpino era de ante y llevaba los cordones medio sueltos, con premeditado descuido que dejaba ver el nacimiento de los bien formados senos.

Apenas tendría más de veinte años. El pelo rubio pajizo, ondulado y muy largo. Los labios turgentes irradiaban una seductora mezcla de puerilidad y sensualidad.

Llevaba una espada cruzada a la espalda, o en bandolera como se dice precisamente, y una pistola metida en el ancho cinturón de cuero.

En la mano sostenía un cuerno de beber, que pasaba de vez en cuando a su compañero obedeciendo a una seña de éste.

La escena, aunque pintoresca, no dejaba de causar su impresión y ésta era calculada. Los actores ofrecían su número en presencia de tres hombres acuclillados en el suelo delante de ellos.

-Más vale no molestar y quedémonos a escuchar —dijo Till en voz baja a sus acompañantes.

Era evidente que los tres acababan de llegar porque el portavoz aún estaba haciendo su presentación. Se hallaba de espaldas a nosotros, pero reconocí la voz aun antes de que hubiese pronunciado su nombre.

-El que está a mi izquierda es Ethan Langenmantel, el delegado de los Mercaderes. Aquí Lukas Paltz representa a los gremios de artesanos.Y yo soy el burgomaestre Ludwig

Hochstraten. Hemos venido a negociar las condiciones de tregua en nombre de nuestra ciudad.

El del trono lo escuchó sin acusar ninguna reacción y luego dijo:

-¿Sabéis con quién estáis hablando?

-Sin duda tenemos el honor de hablar con el famoso don Giovanni Pico della Spalatina.

-Acabáis de admitir que es un honor, así pues, ¿por qué no demostráis el debido respeto?

-Señor, no sé en qué os hemos ofendido pero...

-Vuestra mera presencia, pellejos hinchados, es ya una ofensa para mí, cuando podría estar disfrutando las delicias del paraíso o los sufriendo los ardores del infierno con este ángel caído que aquí veis. A ver cómo me desagraviáis por aburrirme con vuestra tediosa conversación y por presentaros con las manos vacías.

-Suplico vuestro perdón, señor. No quisimos ofenderos con un regalo que tal vez no fuese digno de vos. Decidnos vuestro precio a cambio de pasar por alto nuestra ciudad.

-¿Acaso no soy bienvenido en ella?

-Naturalmente, siempre seréis un grato huésped entre nuestras murallas. Pero ha llegado a nuestros oídos que os pusisteis de acuerdo con San Goar y que pasasteis de largo a cambio de un tributo, ¿estamos equivocados?

-No encontraréis en San Goar a ninguno quejoso de nuestra visita —contestó ambiguamente el de Spalatina-. ¿Qué clase de oferta podríais hacerme?

-Mil ducados -propuso Hochstraten. Spalatina le escupió en la cara.

-Repetidlo, que no os he entendido —dijo.

-Dos mil ducados en monedas de oro.

-Sigo sin entender, burgomaestre. ¡No es posible que hayáis dicho diez mil! Tan ridicula oferta merecería que os castigase sacándoos las tripas, enrollándolas en un palo y devolviéndoos de esa manera a vuestra ciudad.

-¡Señor! La cantidad que decís temo que no se encontrará en toda Oberwesel -gimoteó Hochstraten.

-Una vez hayamos pasado por allí, seguro que no.

-En fin, si reunimos todos nuestros bienes, vaciamos el erario municipal y anticipamos las contribuciones de nuestros cultivadores podríamos llegar a los trece mil ducados.

-Eso suena bastante mejor -dijo Spalatina al tiempo que requería el cuerno de vino.

-¿De acuerdo, pues? -preguntó Hochstraten.

—He dicho que sonaba mejor, no que estuviese de acuerdo.

—Pero ¿de dónde voy a sacar más dinero?

—¿No lo sabéis? Yo os lo enseñaré cuando me presente allí. ¡Ya lo veréis! Digamos... mañana a mediodía.

Jugaba de farol. Era difícil que aquella horda de beodos lograse ponerse en pie para ir a ninguna parte el día siguiente a mediodía.

—Quince mil, es mi última palabra -dijo Hochstraten.

—¿Y si no acepto? -preguntó el de Spalatina.

—Al fin y al cabo, tenemos una ciudadela. La dotación es numerosa y está perfectamente armada.

—No habléis por la ciudadela. De ella me ocuparé yo. Hablad por la ciudad y ofrecedme veinte mil.

—Veinte mil, de acuerdo -terció Langenmantel-. Podemos reunir veinte mil.

—Con vos nos entenderemos mejor -le elogió don Giovanni. Los tres delegados respiraron visiblemente aliviados.

—¿Estamos de acuerdo? -preguntó Hochstraten.

—Estamos. El ciudadano que hizo la oferta se queda, a título de invitado nuestro. Los otros dos regresarán a Oberwesel. Espero que como señal de vuestra buena fe no

andarán hombres armados por la ciudad, y que dejaréis las puertas abiertas.

—¿Es realmente necesario eso?

—Si tenéis más preguntas, señor burgomaestre, podéis quedaros conmigo vos también y las discutiremos.

Hochstraten se apresuró a afirmar que no tenía más preguntas.

Poco después él y Paltz se alejaban del campamento al trote rápido.

Pensé que nunca en la vida había visto semejante necedad..., exceptuándome tal vez a mí mismo.

—¿De veras os hago falta? —preguntó Langenmantel-. Creo que yo debería regresar también a la ciudad para ayudar a reunir el dinero.

—Insisto. Quiero que veáis cómo suelo cumplir mis contratos. ¿Cómo dijeron que os llamabais?

-Ethan Langenmantel, mi señor Spalatina.

-¿No seréis judío por casualidad? No puedo sufrir a los judíos. El terror de Langenmantel casi se olfateaba, pero su valor lo proclamaron sus palabras.

-Tan cierto que soy judío, como que pronto tendréis mi sangre sobre vuestras manos. Por eso yo tampoco puedo sufriros a vos.

-Estáis en un error. Yo no voy a tocaros ni un pelo. Ángel mío, ocúpate de nuestro invitado.

El ángel sacó la pistola y le pegó un tiro a Langenmantel en la cabeza.

Entonces se alzó la cortina que cubría la entrada de la tienda del de Spalatina y asomó Leo von Cleve.

-Ha sido una negociación dura, pero hábil -elogió al jefe de los desolladores-. Tal vez un poco demasiado dura, si consideramos el final.

-¿Es que no podemos divertirnos un poco?

-Tenemos un trato, don Giovanni, y las diversiones no están mencionadas en él. ¿O acaso he de sospechar que respetaréis vuestro acuerdo conmigo como cumplís el que hicisteis con los de Oberwesel?

-No osaría hacerlo nunca.

-De lo que es osar, os creo muy capaz, aunque no sobreviviríais si osarais. ¿Qué es lo que traen esos hombres? Acercadlo a la fogata.

Mis captores me condujeron a rastras ante el trono de Spalatina. Leo von Cleve me miró y dijo:

-Teníais mejor aspecto la última vez que os vi en el castillo. ¿Qué ha pasado? ¿No fue de vuestro agrado la posada?

-Allí no se me había perdido nada -contesté—. Por eso he venido para unirme a vosotros. Siempre tuve el deseo de pertenecer a la victoriosa caballería del famoso señor de Spalatina.

-Os habéis demorado en exceso, porque a Spalatina sólo le queda su victoriosa tropa de a pie. Por cierto que ésa no fue una jugada acertada, Spalatina. Debisteis evitar la dispersión de vuestras fuerzas.

-¡Maldita sea! —se encendió el de Spalatina-.Ya sabéis que Manfredo el sastre de bolsas actuó por su cuenta cuando atacó la ciudad. ¡Si hubiese sobrevivido! ¡Si pudiese echármelo a la cara ahora...!

-Sí, ya lo habéis dicho antes —replicó Cleve-. Pero ahora deseo tener una conversación tranquila con nuestro invitado. Que lo metan en la tienda.

-He visto antes a ese hombre en alguna parte —dijo Peutinger—.Yo también quiero hablar con él largo y tendido.

-¿En alguna parte? Luego no sabéis dónde.Yo sí sé de dónde le conozco. Eso me confiere la prioridad, sin duda alguna.

La tienda de Spalatina parecía la de un príncipe musulmán. Suaves alfombras de exóticos dibujos cubrían todo el suelo, y tenía dos tapices con figuras de bestias fabulosas tendidos de manera que dividían el recinto en dos estancias.

Por todas partes colgaban panoplias con puñales y espadas con las empuñaduras de oro consteladas de piedras preciosas, todo ello encaminado más a fines de ostentación que de habitabilidad.

Till el poeta y Peutinger me arrojaron al suelo. Los otros dos se encargaron de entrar el trono de Spalatina. Trataban el mueble con bastante más delicadeza que a mí; también es verdad que él estaba destinado a durar más.

Spalatina se sentó y después de tan tremendo esfuerzo solicitó una vez más su cuerno para beber.

-Lo que vamos a tratar aquí no es para los oídos de todo el mundo -dijo Cleve.

-Está bien, dejadnos a solas -hizo Spalatina un ademán a sus hombres. Todos salieron, menos el ángel rubio de la muerte.

-No me habéis entendido -insistió Cleve—. Sólo nosotros dos y el prisionero.

Observé que el de Spalatina evitaba la mirada de Cleve mientras hablaban.

Hizo una seña con la cabeza a la joven y dijo:

-Sal, ángel mío, y diviértete un rato. Ella abandonó la tienda sin rechistar.

-¡Eso es una mujer! —exclamó Spalatina sin dirigirse a nadie en particular—. Siempre disponible para mí, sin replicar nunca, siempre pendiente de que nunca me falte de beber...; creo que fue un acierto por mi parte cortarle la lengua.

-No hemos venido a escuchar batallitas antiguas -dijo Cleve, y luego agregó volviéndose hacia mí—: Decidme lo que buscabais por estos parajes.

-He dicho la verdad -le aseguré—. He desertado del castillo para unirme a los hombres de Spalatina.

-No me hagáis perder el tiempo con vuestras evasivas .Vinisteis aquí para averiguar el tamaño de la partida. ¿Quién más os acompañaba?

-Nadie. En Tréveris se me busca por asesino. Maté al oficial y me vi obligado a poner tierra de por medio. Cuando llegué aquí, acepté lo primero que se me ofreció. Pero ahora pienso que encajaría mejor entre vosotros.

-Brindo por eso -apuró el cuerno Spalatina.

-¿Qué buscabais aquella vez en la buhardilla? -preguntó Leo von Cleve.

-Ya os lo he contado. Iba a...

-No hace falta que repitáis lo que contasteis entonces. ¿Leísteis el boletín que le envié a Frowin?

-¿Le enviasteis un boletín a Frowin? Primera noticia. - Sin embargo, fuisteis el primero en leerlo. Y participasteis con bastante celo en la búsqueda. Hubo un momento en que casi pensé que habíais descubierto cómo conseguí escapar sin dejar huellas.

-¡Ah! ¿Vos fuisteis el que disparó la flecha con un mensaje? ¿Cómo iba a saberlo?

-¡Claro que lo supisteis! Además esperé a teneros bien cerca. Me pareció que sería una advertencia interesante para vos, puesto que seríais el primero en haceros con la flecha. ¿Qué hicisteis con esa información?

-Yo sólo soy un infeliz lansquenete y no se me alcanza nada de esas cosas.

-Queréis daros la apariencia de un infeliz lansquenete, pero en realidad sois un espía.

-Sí, un espía de Schónburg -corroboró Spalatina—. Hablará, ya lo verás.

-Echaos a dormir, Spalatina -replicó Cleve—. No olvidéis que mañana os espera una marcha fatigosa.

Spalatina no le contradijo, pero tampoco fue a dormir.

-Por si os interesa -continuó Cleve—, yo estaba escondido en un árbol, sobre vuestra cabeza. Después de disparar la flecha trepé por el tronco y me escondí entre las ramas. Os vi mientras buscabais mis huellas. Nunca he dejado de llevaros un paso de ventaja, Frischlin. ¿Habéis averiguado ya quién se escondía allá arriba, en la torre?

-¿En qué torre?

-Escuchadme bien, Frischlin. No os hagáis el necio pues únicamente sobreviviréis mientras yo os considere útil. Si llegase a la conclusión de que sois efectivamente un necio, tendría que dejaros en manos de ese barbilindo, que parece ser un antiguo conocido vuestro.Y sospecho, o mejor dicho he visto en su mirada, que no podéis esperar ninguna clemencia de su parte. Ahora, decididlo vos mismo.

—Está bien, diré la verdad. Se rumoreaba que el conde Frowin oculta un tesoro en Schónburg. Era el fruto de las rapiñas de su hermano Nikolaus antes de morir asesinado. Por eso me enrolé como lansquenete de la guarnición.Y me presenté cuando pidieron voluntarios para salir en descubierta y espiaros. ¿Por qué no colaboramos? Yo podría ayudaros a conquistar el castillo.

Spalatina, que había escuchado mis palabras, se inclinó con evidente interés.

—¿Sabéis lo del tesoro? -preguntó—. ¿Cuánto puede valer? ¿En qué consiste?

-Es mucho más de lo que imagináis —dije—, y son piezas de oro, plata, piedras preciosas y... -Eché una ojeada a la decoración de la tienda y agregué—: Muchos tapices orientales preciosos, y armas costosísimas, hechas por los mejores orfebres.

-¡Exacto! ¡Exacto! ¡Ésas son también mis noticias! -asintió el de Spalatina muy excitado-.Y ¿dónde decís que las esconde?

-No lo ha dicho -me ahorró Cleve la contestación-. Sólo intenta embrollaros. ¡Fijaos bien!

Se acercó a mí y me cacheó con rapidez, pero sin omitir nada. Primero sacó el puñal que yo llevaba escondido en la manga. Por último me quitó las botas, introdujo la mano en ellas y sacó el documento que yo llevaba escondido.

-Éste y no otro es su auténtico secreto -dijo después de echarle una breve ojeada. Tendió el papel a Spalatina, quien leyó en voz alta:

“El portador de esta carta hizo lo que hizo por orden mía y al servicio del Imperio

Dado en Tréveris, el quinto día de lanuaríus A.D. 1521

RICHARD GREIFENCLAU ZU VOLLRATHS

ARZOBISPO DE TRÉVERIS PRÍNCIPE ELECTOR DEL SACRO IMPERIO ROMANO…”

-Etcétera, etcétera. ¡Quién lo hubiera dicho!

-Cualquiera que no tenga la cabeza llena de estopa -dijo Cleve—. Dadme ese papel. Yo lo guardaré para mayor seguridad. -Y lo hizo desaparecer en un bolsillo interior de su capa.

-En fin, ya se sabe —resumió Spalatina—. Era de esperar que el obispo nos enviase un espía, como poco. Acabemos con él, y a otra cosa.

-No lo envió aquí, sino al castillo de Schónburg, que es bastante distinto.

-¿Queréis decir que el obispo también está al corriente de lo del tesoro? ¿Pues no dijisteis que era un secreto muy bien guardado y que únicamente vos teníais la clave?

-En Schónburg hay más secretos, aunque sea ése el único que os importa a vos. Así que no acabaremos con ese mozo, de ninguna manera. Tengo grandes proyectos para él. ¿Qué os parece, Frischlin?

-Podéis confiar plenamente en mí -le aseguré—. Combatiré con ardor en vuestras filas hasta que nos apoderemos del castillo.

-De ninguna manera. Os quedaréis aquí, atado y bien atado. Ahora, basta de charla, Spalatina. Debo acudir a una visita importante. Os hago responsable de este hombre. Cuando regrese quiero verlo perfectamente sano y salvo. Ponedle un centinela en quien podáis confiar. ¿Cómo se llama el hombre que decía conocer de antes a Frischlin?

—Joseph Peutinger.

-Ése, ni acercarse por aquí. No quiero tener que buscar en vano cuando necesite a Frischlin.

-¿Para qué le necesitamos todavía?

—He preparado una pequeña sorpresa. Pero si la cuento ahora, dejará de ser una sorpresa. Con perdón.

Dicho esto, Leo von Cleve salió de la tienda.

Spalatina llamó a dos de sus hombres, y poco después me vi sentado en el suelo, la espalda contra un tronco y los brazos atados a éste. Mis vecinos eran los cadáveres de los lansquenetes torturados hasta el último suspiro.

## CAPITULO 17

### Que rememora viejos tiempos

LOS DESOLLADORES SE RELEVABAN para vigilarme y como la tarea no les agradaba especialmente, me despertaban a puntapiés cada vez que lograba descabezar unos minutos de sueño. Una de las veces pasó por allí Peutinger y dijo:

-Ahora he recordado de qué te conozco. Te daba por muerto, pero eso siempre puede enmendarse. El centinela dijo:

-Spalatina ha prohibido que nadie hable con el prisionero. Así que lárgate, Peutinger.

-Jamás desobedecería una orden del gran don Giovanni —replicó Peutinger-. Pero no acaba aquí el mundo.

Me obsequió con una sonrisa y desapareció entre las tiendas.

Al amanecer los bandoleros se pusieron en pie a toque de tambor, entre las voces de mando y los improperios de sus mandos.

Refunfuñando y frotándose los ojos, pero obedientes, los hombres de la partida levantaron el campamento y aún no alumbraban el valle los primeros rayos de sol cuando se pusieron en marcha hacia Oberwesel.

Eran poco más de trescientos hombres y cuatro cañones, a los que habían añadido dos órganos seguramente capturados a la caravana de los banqueros. En conjunto no llegaban ni a la mitad del contingente que habíamos previsto según las declaraciones del bandido prisionero. Pero si llegaban a Schónburg, allí la guarnición era tan escasa que la situación podía resultar muy comprometida de todos modos.

¿Para qué irían a Schónburg, sin embargo? Ésa era la cuestión, porque a mí me parecía que el cuento del tesoro no daba para tanto juego.

Till el poeta despidió al último relevo de los que me vigilaban diciendo:

-Wernher, tú eres el más feliz, pues hoy te tocará un gran botín. Contra Oberwesel marchad presto, que yo me quedo vigilando esto.

Los bandoleros marchaban a paso vivo y estaban a punto de perderse en lontananza. Calculé que si lograban mantener aquel ritmo, se presentarían frente a la ciudad hacia mediodía tal como habían anunciado.

-¿No podrías darme un poco de comer? -le pregunté-. ¿No sabes que me quieren vivo?

-La orden fue «lo queremos con vida», nada dijeron de dar comida. Till sacó de su mochila una torta de harina, un pedazo de tocino y una jarra pequeña, y se dispuso a desayunar tranquilamente en mi presencia.

—¿No querrás darme al menos un trago de vino? —le supliqué—. Si muero de sed tampoco habrás cumplido la orden.

Till comió con estudiada lentitud y finalmente dijo:

—Yo no doy a nadie de lo mío, para beber basta el agua del río.

Dicho lo cual me desató los pies y luego volvió a trabarme los tobillos de manera que pudiese caminar a paso corto. Por último me desató del árbol.

Nos acercamos a la orilla, yo delante y él siguiéndome a una distancia prudencial, en previsión de un ataque por sorpresa. Además llevaba una ballesta apoyada en el hueco del brazo.

Mientras avanzaba hacia la orilla a saltitos como un gorrión, yo iba mirando el suelo, a ver si encontraba una oportunidad. En los calveros chamuscados donde habían ardido las fogatas del campamento quedaban algunos pedazos de jarras rotas. Me bastaba fingir un tropezón y echarme al suelo, que no habría sido raro según llevaba atados los pies, para guardarme uno de aquellos trozos en la boca.

Bajo la atenta vigilancia de Till, sin embargo, mi plan no prosperó.

—Hacia la hoguera te has desviado, no vayas más por ese lado. La dirección del río es por la derecha, si no quieres que te clave en la pierna una flecha.

Aunque llevaba las manos atadas a la espalda, pensé que si conseguía remojar las cuerdas en el agua tal vez se ablandarían un poco, lo suficiente para aflojarlas y poder librarme.

Llegados junto a la orilla, me dejé caer de rodillas. Cambié varias veces de postura, con mucha circunstancia, para dar a entender la dificultad de llevar la boca al agua con las manos atadas. Por último me dejé caer con un suspiro y hundí todo el costado.

-¡Ah! ¡Qué alivio! -dije.

Bebí un par de sorbos, sin darme prisa. Tenía sumergidas ambas muñecas.

Till dejó la ballesta en el suelo, agarró la cuerda que me trababa los tobillos y tiró de ella hasta sacar del agua mis piernas y medio cuerpo.

-Gran lástima sería, ¿no te parece?, que tus manos sin las cuerdas apareciesen..

Bebí un poco más y me quedé sentado.

-Gracias -dije—. Eso está mucho mejor.

Un hombre apareció en la linde del bosque, más o menos donde el sendero iba a empalmar con el camino.

-Tenemos visita -le advertí a Till-.Yo creía que tus compañeros iban todos a Oberwesel.

Till se alejó de mí antes de volverse a mirar.

-Me asombra verte aquí, ¿no querías ir a Oberwesel? -saludó al recién llegado.

-He recordado que dejaba un asunto pendiente -replicó Peutinger-. Y entonces me dije: «vamos a echar una ojeada, a ver cómo está mi viejo amigo».

-Yo lo guardo, déjanos en paz, o estimo que está tu pesquis en agraz.

-¡Que no, hombre! ¿Crees que yo me atrevería a hacerte algún daño?

-Mátalo. -Me volví hacia Till-. Mátalo o acabará con nosotros dos.

-¡Cómo iba a hacerle eso a un viejo amigo! -objetó Peutinger-. ¿Cuántos años hace que nos conocemos, Till?

-Siete años cumplidos, pero una cosa siempre he sabido: cuando nosotros matamos es para robar, pero tú lo haces por el placer de matar.

-Tiene que haber gente para todo, como suele decirse. Pero hablemos de otra cosa. Lo que yo me pregunto desde que te conocí es por qué hablas siempre en verso.

-Incluso para mí es un tormento, pero no puedo dejarlo y lo lamento.

-Pues yo pensaba que lo hacías para que todos te creyéramos un bufón y no nos diéramos cuenta de lo listo que eres. ¿Y dices que tú mismo lo sufres? Me das lástima, Till.

-No le des conversación —le insistí a Till—. Sólo intenta distraerte y te matará en cuanto bajes la ballesta.

-Si pretendes maltratar al compañero, con el demonio te envío de paseo.

-El demonio me ha de llevar de todos modos, cualquier día — replicó él-. Pero no entiendo cómo consientes que un prisionero te indisponga contra mí. ¿No es más cierto que...? Pero, ¡cuidado! ¡Se han soltado las cuerdas?

No era verdad que yo me hubiese desatado, pero naturalmente Till se volvió al escuchar la advertencia.

Cuando se enfrentó de nuevo a su interlocutor era demasiado tarde.

El puñal de Peutinger lanzó un destello bajo la luz del sol y en un movimiento de abajo arriba abrió a Till desde el vientre hasta las costillas.

En una reacción refleja Till disparó la ballesta y el dardo cruzó inofensivo sobre las aguas del padre Rin.

Till se tambaleó y se llevó ambas manos a la herida como queriendo cerrarla. Luego cayó de rodillas, se sostuvo un momento con gran esfuerzo, y por último se derrumbó de costado.

-Estás en las últimas, amigo -dijo Peutinger—. Me parece que no vas a dar mucho juego, y temo que te me vas a quedar entre las manos.

-Sólo una cosa te pido. Acaba ahora conmigo -gimió Till.

-Lo siento, pero no puedo hacerte ese favor. ¿Para qué me habría servido mi pequeña excursión entonces? No querrás regatearme esa satisfacción.

Con un esfuerzo sobrehumano, Till reunió las últimas energías que le quedaban y dijo en prosa:

-Joseph, eres un cerdo asqueroso. A lo que Joseph sonrió y contestó:

-Ni por ésas te ahorras el trato doloroso.

Peutinger se inclinó sobre Till y manejó el puñal con paciencia y habilidad, como si fuese un experto cirujano durante una lección de anatomía para sus alumnos. Por último se puso en pie y puso cara de decepción.

Yo contemplaba su actividad entre espantado, asqueado y fascinado.

-Lo que yo decía —comentó—. El viejo Till se nos ha ido a las primeras de cambio. Pero tú no serás tan descortés, ¿verdad?

El miedo es un instinto muy poderoso, y efectivamente conseguí ponerme en pie antes de que él se acercase.

Peutinger me derribó con un empujón en el pecho.

-Ponte cómodo -dijo.

-No te atreverás a matarme -repliqué—. El de Spalatina te perseguirá hasta el fin del mundo.

-No será el primero que me persigue, y como ves, por ahora ninguno logró alcanzarme. Dejemos eso y vamos a refrescar viejos recuerdos antes de pasar a la verdadera finalidad de mi visita. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos encontramos? ¿Nueve años? ¿O serán ya diez?

Eran diez años.

En otoño de 1512 me escapé de. casa. Aún se podía dormir al raso, pero el calor del día no era tanto que hiciese penosas las marchas a pie. Los frutales y los campos estaban en la época de la recolección, así que no me faltaría con qué alimentarme.

Cuando salí de Damscheid hacia el valle del Rin con la primera luz del sol aún me dolía la barriga de las patadas que me había propinado mi padre la noche anterior.

Seguí río abajo por la sencilla razón de que se camina más cuesta abajo que arriba.

El primer día no comí casi nada. El segundo día, con menos dolor de vientre, me di un buen banquete de manzanas y bebí agua del río.

Los días tercero y cuarto no comí, ni caminé, porque la dieta de la jornada anterior me impuso muy frecuentes visitas tras los matorrales de las lindes del camino... y nuevos dolores de barriga, naturalmente. Por momentos deseé morirme.

La perspectiva de caer otra vez en manos de mi padre y morir realmente de una paliza me animó a continuar.

Yo aspiraba a ser un aventurero, un espadachín invencible.

Comí de todo lo que se encontraba en los campos. Pedí limosna a los viajeros. A veces me daban un mendrugo, o unas monedas de cobre.

Con los mendrugos y lo que daba de sí la madre tierra fui sobreviviendo. Las monedas preferí guardármelas. Cuando hubiese reunido muchas me compraría un caballo y una espada.

En Boppard me tropecé con tres mozos muy dicharacheros que también se dirigían hacia el norte. Contaban historias muy sugestivas sobre los piratas que surcaban el mar del Norte y el Báltico. Dijeron que nos uniríamos a ellos, cómo no, y navegaríamos en un velero rápido, dedicados a saquear los opulentos transportes de las ciudades hanseáticas. No se necesitaba instrucción previa para saquear. En eso, mis nuevos amigos daban lecciones al más pintado.

Lo demostraron una mañana cuando desperté solo y me hallé sin mis monedas y sin mis botas.

Furioso, me lancé a perseguirlos. Antes de unirme a los piratas dejaría tres muertos en el camino.

Pero de momento, lo único que dejé en el camino fueron tiras de piel de los pies. Abandoné la persecución, no fuese a dejar además toda la sangre.

Llegado que fui a Coblenza, me senté en la calle, la espalda arrimada a una pared, y me puse a mendigar. Muchos grandes héroes han tenido comienzos humildes. La estancia allí me sirvió para enriquecer al menos mi experiencia. Aprendí que se necesita licencia para todo, incluso para ser pobre de pedir. Los alguaciles me quitaron lo que acababa de recaudar y me echaron.

Dispuesto a aprovechar las enseñanzas de la experiencia, me senté a la puerta de la muralla. Los centinelas no harían caso de mí porque estaba fuera de límites. Pero sí se ocuparon de mí seis osados personajes. Me hicieron saber que el gremio de los mendigos de Coblenza no admitía nuevas inscripciones.

Me persiguieron un rato por el camino real. Así aprendí que uno puede correr muy lejos y muy deprisa con los pies llagados. Decidí mendigar en el camino.

Poco antes de llegar a Remagen se me acabó el otoño. En los campos no quedaba más que rastrojo y fruta agusanada, la que no quisieron quitar de ahí los labradores después de la cosecha.

Los días se acortaban y las jornadas de mi viaje también.

Seguí andando para espantarme el frío.

Comí hojas de los árboles, y hierba. Una vez encontré los restos de una liebre, abandonados por alguna raposa a quien el ruido de mis pasos había ahuyentado. Fue un festín.

En una cuneta me tropecé con un mojón que decía: «A Colonia, diez | millas».

Yo no tenía noción de las millas que había andado ya. Pero caminar diez millas para que me echaran de otra ciudad me pareció demasiado.

Sentado, la espalda contra el mojón, decidí hacerme salteador de caminos. Todo era cuestión de esperar a que pasara por allí alguno más flaco que yo.

Pasaron muchos en uno y otro sentido, a pie, a caballo y en carro. El menos fuerte de todos, un muchacho que pasó montado en burro. Parecía capaz de sacudirme la badana al primer bufido.

Por último pasó muy despacio un carromato tirado por una pareja de bueyes. El cochero me lanzó una mirada, saludó amablemente con la cabeza y pasó de largo sin detenerse.

No me resultó fácil darle alcance, pero lo conseguí.

El carromato iba cargado de barriles y sacos de arpillera. Sólo era cuestión de izarse y echar un par de sacos al camino por detrás. ¿Qué contendrían? ¿Pepitas de oro? ¿Diamantes? ¿O algún tesoro aún más codicioso, como provisiones de boca por ejemplo?

Sujeté el borde de la plataforma con ambas manos, dispuesto a saltar. Pero rio me llegaron las fuerzas.

Si no lo conseguía en esa oportunidad, me faltaría valor para intentarlo a la próxima.

Tropecé, perdí el equilibrio y me mantuve agarrado con la fuerza de la desesperación. El carromato me llevó a rastras.

Finalmente pude ponerme en pie, a lo que contribuyó no poco la circunstancia de que el carromato se había detenido.

-¿Quieres que te ayude, muchacho? -dijo una voz con amabilidad. Dos brazos fuertes me alzaron con mucho miramiento sobre el carromato.

Contemplé al cochero, que era un hombre robusto de retorcido bigote y arrugas risueñas alrededor de los ojos.

-¡Huy, qué miedo das! -dijo—. Será cuestión de pagarte el peaje voluntariamente, antes de que me obligues a ello.

Así fue como conocí a Leopold Mühlpfort.

Traía una carga de vinos y quesos de Coblenza.

Me figuro que su carga debió quedar bastante disminuida cuando por fin sentí el estómago lleno.

Tumbado en el fondo del carromato, dormí la siesta mientras Mühlpfort conducía, cantaba la copla. De vez en cuando me despertaba para contarme las historias de su vida o solicitarme historias de la mía. Otras veces dormitaba también, sentado en el pescante.

-¿Adonde me lleváis, mi señor Mühlpfort? -le pregunté cuando me hube rehecho de mis desventuras al punto de empezar a pensar otra vez en el porvenir.

-¿Adonde quieres ir, Edgar?

-No lo sé.

-Quieres decir que te da lo mismo, ¿no? Yo no puedo remediar todas las miserias del mundo, pero sí ayudar a uno que anda solo.

Mühlpfort tenía una posada en el camino real, poco antes de llegar a Colonia. Alquilaba habitaciones un poco más baratas y un poco más limpias que las de los posaderos de

la ciudad. Servía el vino y la cerveza en medidas bien colmadas, y siempre llenaba los platos hasta los bordes.

Para mi gusto, sin embargo, la verdadera atracción de casa Mühlpfort era su hija Friedericke.

Entonces se me abrieron los ojos y comprendí que lo de Susanne había sido un capricho tonto, producto de la inexperiencia y la juventud. En cambio Friedericke sí era un amor digno de un hombre hecho y derecho.

Por desgracia mi condición actual se hallaba muy lejos de lo que se describiría como un buen partido, un yerno aceptable y futuro heredero. Me dedicaba a limpiar los establos, echaba el pienso a los cochinos y las vacas del posadero, así como a los caballos de la distinguida clientela, y fregaba la cocina y el comedor.

Mühlpfort era viudo, y Friedericke, su única hija. Contaba además con un criado viejo y varias maritornes que se ocupaban de la posada y atendían a los huéspedes.

No faltaba en la casa alguna cara bonita ni algún cuerpo bien hecho. Ni faltaba quien quisiera tener con el mozo de los establos alguna conversación entre la paja..., al menos después de transcurridas las primeras semanas, cuando conseguí fortalecerme un poco.

Pero yo había decidido reservarme para Friedericke. Algunos huéspedes bien parecidos -y también muchos de los mal parecidos— tenían pequeñas amabilidades para con Friedericke, y recurrían a los pretextos más absurdos con tal de tocarla. Ella siempre contestaba con discreción, meneaba mucho la cabeza y reía como quien acaba de escuchar un buen chiste cuando la proposición iba en serio.

Conforme avanzaba la velada, algún huésped al sentirse la lengua más pesada y el corazón más ligero intentaba saltarse la barrera entre los deseos y la realidad. Entonces intervenía papá Mühlpfort para dejar sentado cuáles eran los servicios que ofrecía su posada y cuáles no. Por lo general bastaban unas palabras, en ocasiones con la ayuda de un «la casa invita». Otras veces, las menos, se hacía necesario recurrir a los puños. Y siempre se salía con la suya.

Y Friedericke... ¿cómo describirla? ¿Bastaría decir que era pelirroja de cabello lacio, que tenía la nariz respingona y un

par de ojos azules que todo lo miraban risueños? ¿Que me quedaba a su espalda para mirarla, cuando me parecía que nadie se fijaba en mí, fascinado por las pantorrillas que asomaban debajo de las sayas?

Eso nunca daría una idea de lo que era Friedericke.

Tan suave como Susanne había sido huraña. Mientras ésta habría cerrado los puños, ella regalaba una sonrisa. Mientras Susanne te habría dado la espalda, ella se acercaba a escucharte.

Las mozas de la posada sólo pensaban en sortijas y pendientes. Ella prefería leer cuanto cayera en sus manos.

-Las mozas demasiado leídas se quedan para vestir santos - le advertía su padre, pero riendo, y se le notaba que no lo decía en serio.

-Yo quiero un marido que sea por lo menos tan leído como yo —contestaba Friedericke.

Nunca tuve tanta afición a la literatura como en lo que duró mi estancia en casa Mühlpfort.

El cura Seuse me había enseñado a leer y escribir.

Me armé de valor y le pregunté a Friedericke si querría prestarme algún libro. De esto resultaron muchas conversaciones reposadas y serias sobre los que ambos habíamos leído, por ejemplo La nave de los locos, de Sebastian Brandt. Se decía que habían impreso tantos como quinientos ejemplares de aquella obra. Mediante largas estrofas ilustradas con terroríficos grabados en madera, el autor nos convidaba a prescindir de posesiones terrenales y acatar la autoridad de la Santa Madre Iglesia.

Algunas noches Friedericke se reunía conmigo en las cuadras cuando teníamos algunos de aquellos pliegos de cordel y librillos que contaban las cosas más inverosímiles sobre la vida privada del clero o del Papa en persona. ¡Quién habría dicho que el Papa mantenía en el Vaticano una cabra para convivir con ella como si fuese su mujer! Así no era de extrañar que las autoridades tratasen de impedir la circulación de semejantes publicaciones.

Y también supe otras muchas cosas. ¡Que la tierra era redonda! Y que uno podía pasar al otro lado sin caerse.

-¡Ay!, que eso ya lo sabía yo -dijo la marisabidilla Friedericke.

Un dominico llamado Johannes Tetzel escribió un opúsculo anunciando que para salvarse, aparte de vivir como un justo, nada mejor que comprar la bula a cambio de dinero contante y sonante.

-Que no me lo creo —comentó Friedericke.

-Entonces ¿piensas como los protestantes?

-Pues si eso es ser protestante, yo también lo seré —replicó ella, tajante. Yo la miraba boquiabierto.

-¡Como se entere alguien! Podrías terminar en la hoguera, ¿sabes?

-¡Bah! Aparte de ti, Edgar, nadie más va a enterarse. Y yo confío en ti.

¡Qué maravilla! Confiaba en mí. Me prometí ser siempre digno de su confianza.

Cuando hablábamos así yo me sentía muy importante y muy adulto. Excepto en un detalle: no me atrevía a decirle que estaba enamorado de ella. Porque entonces a lo peor me contestaba que no.Y una esperanza ambigua siempre era mejor que unas calabazas definitivas.

Ya llegaría el momento de confesarle mi amor. Cuando me hiciese un poco más valiente... y bastante más rico.

El último día de cada mes cobraba dos escudos. Además Leopold Mühlpfort procuraba tenerme bien vestido y calzado, y para el invierno me regaló una capa. De manera que podía guardarme el sueldo y ahorrar para el porvenir.

Allí acabó mi etapa de aventurero. Ahora mis aspiraciones eran otras y veía claro mi camino en la vida: ser posadero. Con mi dinero compraría cerveza o vino, y una casa, y colgaría la muestra. O me asociaría con Mühlpfort y tendría participación en su negocio. Hice algunos cálculos y llegué a la conclusión de que sería preciso ahorrar durante unos ciento veinte años para convertirme en un socio interesante.

Tal vez era mejor idea esta otra: liarse la manta a la cabeza y pedirle a Mühlpfort la mano de su hija. Directamente.

Me fijé a mí mismo como plazo el solsticio de verano, para decidir en un sentido o en otro.

Pero Friedericke murió en uno de los primeros días calurosos de mayo.

La mañana de aquel día se presentó en la posada un nuevo huésped. Un tipo joven, montado en un caballo recubierto de gualdrapa blanca.Y tomó una habitación para la noche.

A mí me habría gustado lucir un aspecto así. Alto pero no demasiado, apuesto, de facciones muy finas que no tenía necesidad de esconder debajo de ninguna barba. Con su cabello entre rubio y rojo y sus ropas de lansquenete, parecía la viva estampa de la vida de aventura.

Friedericke lo contempló con admiración. A mí me cayó mal desde el primer momento.

Después de echar pienso al caballo del recién llegado, entré en la sala común de la posada pasando el paño por aquí, sacando brillo por allá, mientras observaba rabioso de celos que Friedericke se había sentado en la mesa al lado del huésped.

-¿Y adonde os dirigís, señor Peutinger? -preguntó ella.

-Mi camino me lleva al norte, hermosa doncella. Se dice que los piratas amenazan allí la existencia de las personas honradas que habitan en la costa.

-¡No estaréis pensando haceros pirata!

-Una idea tan detestable sólo se le ocurriría a un sujeto moralmente degenerado. Ofreceré mis servicios como soldado a la Liga Hanseática, pues deseo contribuir en lo que pueda a limpiar el mundo de tales individuos. Pero quiero pediros una cosa: llamadme Joseph. Todavía no amerito ninguna hazaña por la cual se me deba el trato de señor.

-Qué bien habláis, Joseph. Sin duda seréis hombre muy versado en letras.

-Me eduqué en un convento. Pero decidme vos misma, bella Friedericke, ¿es vida para un joven impaciente, por correr aventuras? Claro que los conventos tienen su utilidad como conservatorios del saber. Pero yo no creo que mi misión sea vivir encerrado entre paredes, sino enfrentarme a los

altibajos de la vida, hasta que vea llegado el día de formar una familia y criar unos hijos en un mundo que espero haya mejorado con mi esfuerzo.

-¡Eso es hablar como un hombre! Edgar, servid otro vaso de vino a nuestro huésped.

-No, no, gracias -se excusó Joseph Peutinger-. No quisiera derrochar mi dinero, pues preferiría reservarme un poco para dar limosna a los pobres que vaya encontrando por el camino.

-Esa intención os honra. Aceptad ese vaso, la casa invita.

-Siendo así, ¿cómo podría negarme?

-Tal vez abriendo la boca y diciendo «no» -propuse.

-¡Por favor, Edgar! No me seas descortés -me reprendió la hermosa—. Os ruego que le disculpéis. Edgar es un mozo que trabaja en nuestra casa, y sus modales a veces no son tan finos como los vuestros.

-Seguro que está enamorado de vos en secreto -dijo Peutinger—. Sólo entonces merecería perdón su impertinente comentario.

Friedericke hizo resonar su risa más cristalina.

De muy mal talante les puse el vaso de vino sobre la mesa y me fui a la cuadra- para insultar al caballo de Peutinger.

El potro escuchó sin inmutarse los apelativos de penco, rocín, jamelgo, jaco e incluso albardón. Le temblaban los flancos como después de un largo galope en el que se le hubiesen exigido al límite sus fuerzas. Como después de una carrera, o después de una huida.

Salí a barrer el patio de la posada para observar el camino. Pasaron algunos jinetes pero nadie que me pareciese lanzado a la persecución de un fugitivo.

Hacia la tarde llegaron a la posada varios viajeros y me dediqué a llenar jarras mientras Friedericke servía a las mesas. Varias veces intenté dirigirle la palabra pero ella no hizo ningún caso de mi.

-¿Dónde está nuestro huésped? -le preguntó Mühlpfort a su hija.

-Estaba fatigado, se ha retirado a echarse un rato -contestó ella.

—¿Bajará a cenar?

-Estoy segura, le he contado maravillas de tu estofado a la vinagreta.

-Me parece que te gusta. El caballerito, quiero decir.

-¡Ay, padre! ¡No digas esas cosas!

Hacia la noche la posada se llenó de bebedores y tuve quehacer a manos llenas, sobre todo porque las de Friedericke, lo mismo que el resto de su persona, estaban haciéndole compañía a Peutinger en su mesa.

-¿Qué te parece, Edgar? -me dijo Mühlpfort al cabo de un rato-. ¿No es hermoso el nacimiento del amor entre unos jóvenes? Considerándolo como simples testigos tú y yo, quiero decir.

Y me guiñó el ojo con picardía, como siempre que hablaba en broma. A mí no me hizo ninguna gracia.

-¡No pongas esa cara, hombre! No creas que no me he dado cuenta de que le tirabas los tejos a mi hija. Te aprecio, pero en tanto que padre debo decirte que no eres el hombre que yo elegiría como pretendiente.

El corazón me dio un vuelco. ¡Perdido, todo estaba perdido!

-Aunque tampoco el barbilindo ese, si a eso viene -agregó.

Mi corazón se rehízo un poco.

Al verme tan compungido me rodeó los hombros con el brazo.

-Anda, no te lo tomes a mal. De joven yo también fui mozo de cuadra y la vida da muchas vueltas a veces. Sube a arreglar las habitaciones y así quitas un rato de aquí. Ojos que no ven, corazón que no siente, como suele decirse.

Pasé la escoba por las habitaciones de los huéspedes hasta que me quedó la última, la que ocupaba Peutinger.

Aunque la puerta estaba cerrada yo tenía la llave maestra. Salí furtivamente al rellano y observé la sala.

Friedericke y Peutinger seguían sentados a la mesa y charlaban animadamente. De vez en cuando sus manos se rozaban como por casualidad. ¡Menuda casualidad! ¡Pronto íbamos a saber si Peutinger era trigo limpio! Me decidí, abrí la puerta de su habitación y entré.

Su capa de viaje estaba colgada de un gancho. Sobre la mesa, un par de alforjas bien repletas. Me puse a registrar las pertenencias de Peutinger.

Tenía una biblia, una muda de ropa, enseres para cocinar, un espejo sencillo, un crucifijo, una baraja, un sacábalas, un frasco de pólvora y una cajita de yesca. Me pareció raro, sin embargo, que llevase también un par de tornillos de verdugo, de los que llamaban pulgueras.

Al quitar la capa del gancho encontré debajo un tahalí con una espada, y una pistolera vacía. La pistola no estaba allí.

Dejé todos los objetos de la habitación tal como los había encontrado y bajé a la sala.

Mühlpfort no estaba, ni la pareja tampoco. Retuve del brazo a una de las mozas y le pregunté: -¿Has visto a Friedericke?

-Ha salido con el huésped al primer descuido de su padre. ¡Ay! ¿Por qué no me habrá llevado a mí?

Yo también lo habría preferido.

Cruzaron por mi mente imágenes de horrendas sevicias que Peutinger perpetraba con Friedericke. Sólo la fantasía sobreexcitada de un joven enamorado y desdeñado puede concebir tan dramáticas elucubraciones. En esa ocasión se evidenciaron reales.

Miré primero en la cuadra, a ver si estaba allí todavía el caballo de Peutinger. Ya no temblaba, sino que comía tranquilamente el heno que colgaba de la percha de su pesebre.

Registré la parte posterior de los establos, donde los bueyes y los cerdos esperaban soñolientos la hora de tumbarse a dormir. Encontré una horquilla apoyada en un poste y me hice con ella. El peso familiar de la herramienta en las manos, las puntas herradas, me dieron confianza.

En la vida había visto yo todavía la boca del cañón de una pistola. De lo contrario, no se me habría ocurrido sentirme confiado con una horquilla frente a un individuo que tenía una pistola.

Por la puerta trasera de las cuadras se salía al sembrado. Además de regentar su posada, Mühlpfort cultivaba una mancha de tierra. Estaba convencido de que nadie como él sabía dar el punto justo de riego al perejil y al eneldo con que sazonaba sus platos.
En abril empezó a plantar algunas especies procedentes de las Indias Occidentales. La clientela habitual se reía de él diciendo que como empezase a servir comidas de indios perdería todos los parroquianos.

No obstante plantó en el bancal detrás de los establos las manzanas de oro y los tartufolos. Daban unas flores muy hermosas, que se hubiera dicho más propias del jardín de un palacete que de la huerta de un posadero.

En lugar algo apartado tenía el pajar, una choza de madera un poco ladeada por el viento. Por las rendijas entre las tablas asomaba un resplandor.

Agarré la horca como si fuese una alabarda, o como yo me figuraba que un soldado agarraría su alabarda, y cargué contra el pajar.

Abrí la puerta de un puntapié y, sin mirar, grité:

-¡Aja! ¡Conque aquí estamos!

Lo dije antes de ver lo que ocurría realmente bajo la débil claridad de la única lámpara.

De lo contrario habría gritado otra cosa, «¡socorro!», por ejemplo.

Al fondo del pajar se veía un hueco entre las balas de paja, a manera de escenario. La función que en éste se representaba era para erizar los pelos al más valiente.

Las ropas de Friedericke colgaban acuchilladas de sus brazos, alrededor del cuerpo totalmente desnudo. Tenía la boca amordazada con un trapo y por los lados sobresalían algunas briznas de paja, dando a entender que le había metido un puñado para impedir que gritase.

El pecho y el vientre estaban cubiertos de tajos entrecruzados que sangraban.

Peutinger, arrodillado junto a ella, manejaba un puñal corto de filo dentado. Iba a herirla en un seno cuando se volvió al escuchar mi exclamación. Se incorporó de un salto.

Entonces vi, y sabrá el diablo cómo pude fijarme en nada aparte del macabro espectáculo, que Peutinger había dejado el jubón y la pistola sobre un cajón de madera.

Estaban a dos pasos de mí. En la vida habré recorrido esa distancia con mayor celeridad.

La horquilla cayó al suelo y me vi con la pistola en las manos antes de que la idea hubiese tomado siquiera forma en mi cerebro.

La sujetaba con ambas manos, tembloroso, espantado pero decidido.

Apreté el gatillo pero el tiro no salió. Era menester amartillar el arma para poder disparar con ella.

Mi momentánea vacilación le dio tiempo a apoderarse de Friedericke y escudarse detrás de ella. Le acercó el puñal a la garganta.

Con el dedo pulgar amartillé la pistola hasta escuchar el chasquido.

-Está bien -dijo Peutinger-. Me rindo.

-Suéltala a ella -exclamé-. ¡Ahora mismo!

-Claro. Lo que tú digas. Tú tienes la pistóla.

La apartó a un lado, reteniéndola sólo con la izquierda, y utilizó el puñal para cortar el trapo que la amordazaba.

-Que no haya ningún malentendido -dijo él-. Ella me lo pidió, aunque parezca extraño. A mí me lo pareció pero no quise desairarla.

-Acércate despacio y manos arriba -dije.

-¿Acaso no me crees? Ven aquí, muchacha, y dile al mozo que lo hice porque tú me lo pediste.

-¡Oh, Edgar! -dijo Friedericke—. Por favor, sácame de aquí.
Me acerqué despacio a los dos, procurando que la pistola no se desviase de Peutinger.

-Todo esto es un equívoco -dijo Peutinger—. Un equívoco gigantesco, increíble. ¡Si hubiese tenido ni la menor idea de que iba a tener tales consecuencias!

-No lo repetiré otra vez —advertí.

-¡Ah!... Sí que eres un hueso duro de roer. Me parece bien, ¿quieres apostar?

-Quiero que la sueltes a ella y te acerques aquí, ¡ahora!

-Apuesto a que no me aciertas con tanta puntería que antes no consiga yo cortarle el cuello a ella, ¿te atreves?

Era preciso actuar con rapidez: el tiro, el salto adelante y agarrar la mano que sujetaba el puñal.

-¡Por favor, Edgar! -suplicó Friedericke.

-¡Bu! -gritó Peutinger.

Disparé. Al mismo tiempo, Peutinger se dejó caer de espaldas arrastrando a Friedericke sobre sí.

Quedé paralizado, de pie en medio del henil.

A dos pasos de mí -pasos que jamás llegué a franquear- Friedericke agonizaba. En el pecho se agrandaba una mancha roja, alrededor del lugar Por donde acababa de entrar la muerte en su cuerpo, cubriendo las heridas anteriores. Movía las piernas convulsivamente, como queriendo huir de aquel lugar, huir de su propia muerte. Tenía el cabello rojo y las facciones llenas de pecas. En otro tiempo ese rostro reía, tan magnífico que yo no me cansaba de mirarlos. Ahora estaba deformado por el dolor, desfigurado por una mueca horrible. Los labios intentaban articular unas palabras, pero mis oídos sólo escuchaban gritos.

—En fin, será mejor que me vaya -dijo Peutinger—. Seguro que los dos todavía tenéis muchas cosas que deciros.

Durante los años siguientes reviví mentalmente la escena muchas veces, siempre con alguna variante. En ocasiones

yo salvaba a Friedericke, otras veces ella moría pero yo lograba acabar con él.

En la realidad de la vida no ocurrió lo uno ni lo otro.

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí, incapaz de acercarme. La vi morir, y luego seguí de pie ante el cuerpo exánime.

Así me encontró Leopold Mühlpfort.

No dijo nada, sino que viendo lo que había que ver, me abatió con un solo golpe de sus poderosos puños.

Lo último que escuché antes de que un desmayo clemente me dispensara al fin de seguir contemplando el terrible espectáculo fue la voz de Mühlpfort que decía:

—Estás muerto, Edgar. Muerto, muerto, muerto.

—En realidad fue un milagro que no acabaran contigo entonces -dijo Peutinger.

—No pudieron -contesté-, porque ya estaba muerto.

—¡Ah!, veo que conservas tu sentido del humor. Tendré que hurgarte mucho para encontrar las raíces de ese humor.Aquella moza de entonces..., ¿cómo dices que se llamaba?

—No quiero que tu boca la nombre.

—¿Tú no la verías como la vi yo? ¿Acariciaste sus blancos miembros? ¿Tocaste sus pechos y notaste cómo se endurecían los pezones bajo tus dedos? ¿Te acostaste con ella? No, apostaría a que no te dejó.

—Y yo apostaría a que tampoco a ti.

—Esa apuesta la perderías. Pero a mí no me interesan esas cosas. Por si lo dudas, puedes preguntar a esas dos. —Hizo un vago ademán en dirección al sendero—. Una abuela y su nietecita. Acababa de visitarlas cuando me he tropezado contigo. En fin, hablo demasiado. Naturalmente, ya no podrás preguntárselo. Anda, cuéntame cómo te salvaste esa vez. Yo fui a hablar con el posadero y le conté, lívido de terror, cómo habías dado suplicio a su hija y luego la habías asesinado. Y luego puse tierra de por medio.

Empezó a amontonar maderos sobre los restos de una de las fogatas apagadas.

-Me figuro que debiste pasarlo bastante mal. -Siguió charlando mientras tanto, en el tono de quien lamenta de veras la desgracia de un amigo-. Primero matas de un tiro a tu amada, y luego quieren colgarte por hacerlo. Y sin posibilidad alguna de alcanzarme. ¿Qué pensaste entonces?

Tiré y me retorcí tratando de soltarme, pero las cuerdas no cedieron lo más mínimo.

-Imagino que te agradará saber qué me propongo hacer contigo —dijo Peutinger-. Siempre he querido averiguar qué pasa cuando le sacas a un hombre el estómago..., fíjate bien en que he dicho sacarlo, no cortarlo... y lo asas a fuego lento. Espero que no te mueras demasiado pronto de eso. Aunque, como la cosa tiene su dificultad, empezaremos por las nimias diversiones que seguramente resistirás. Podría sacarte un ojo, por ejemplo, y volverlo del revés para que contemples tu propia jeta. ¿Qué te parecería eso para empezar?

Se estiró con regocijo.

-¡Qué bello es vivir! Siempre encuentra uno la ocasión para divertirse un poco. Por eso, de vez en cuando me enrolo en un ejército, o paso a formar parte de una banda. Lo malo es que no puedes liquidar a tus compañeros. No de momento, al menos.

Prendió fuego al montón de madera.

-Bien. Ahora atizaremos el fuego. Pero... ¡a qué esperar más! Empecemos en seguida. Para comenzar creo que voy a cortarte el pelo. Con el cuero cabelludo, naturalmente. ¿Sabías que eso lo inventaron los españoles? En las Indias Occidentales pagan un precio por cada nativo muerto. Para cobrar, los cazadores no tienen más que presentar los cueros cabelludos. ¡Ah! ¡Es gran cosa tener cultura y conocer países!

Se acercó a mí con el puñal en la mano. Asesté una patada hacia su bajo vientre.

La esquivó con facilidad y mis pies patearon el aire. Inclinado sobre mí, me agarró por la garganta con la izquierda y aplicó el filo a mi frente.

-Creo recordar que el primer corte hay que darlo aquí -dijo al tiempo que cortaba lentamente la piel de una sien a la otra. Los ojos se me llenaron de sangre.

-¡Huy, qué asco! ¡Cuánta sangre! Es verdad que las heridas de la frente son muy escandalosas —comentó-. Espera, voy a limpiarte para que no te pierdas detalle.

Me enjugó los ojos con un paño.

-Así está mejor, ¿verdad? -dio un paso atrás como el artista que contempla su obra. Quedó de pie al lado de la hoguera, que estaba ya muy alta. Súbitamente se metió en el fuego de un brinco. Fue un salto brusco, sin tomar carrerilla, casi como si le hubiese empujado un puño gigantesco pero invisible. Algo le había golpeado en el pecho, pero hasta escuchar la detonación no comprendí que había sido el impacto de una bala.

Procedente de algún lugar situado río arriba se acercaba un jinete al galope. Entonces vi que era Kuehnemund. Llevaba la carabina en una mano y la otra azotaba el cuello de su montura con las riendas.

Hubo un movimiento en las llamas y salió un hombre envuelto en fuego, quien se abalanzó sobre mí.

Recuerdo que aún tuve tiempo para sorprenderme de que no gritase. Como si aquel hombre que había torturado a tantos fuese incapaz de sentir a su vez el dolor.

Peutinger alargaba hacia delante los brazos en llamas, que parecían dos ramas de un árbol incendiado. Creí que iba a envolverme en ellos para arrastrarme a su propia muerte.

Pero pasó de largo sin fijarse en mí y en dirección al río.

Kuehnemund se acercó.

Mientras tanto Peutinger alcanzó la orilla y se zambulló en el agua.

Kuehnemund echó pie a tierra sin frenar el caballo, sacó la espada y con dos tajos me cortó las ligaduras.

-¡Dispara! No te ocupes de mí -dije—. ¡Pronto, mátalo!

-A decir verdad, Edgar, no creo que valga la pena desperdiciar otro tiro con ese individuo.

Me puse en pie no sin dificultad, y dirigí la vista hacia el Rin.

A lo lejos se veía en efecto, entre el oleaje, una cabeza que flotaba rápidamente arrastrada por la corriente río abajo.

Se lo mostré con el dedo y exclamé:

-¡Allá va! ¿No lo ves?

-Yo esperaba algo por el estilo de «gracias por haberme salvado la vida« -dijo Kuehnemund.

-Luego, luego. ¡Date prisa!

Kuehnemund se sacó del cinto un cartucho de papel de estraza, lo rasgó con los dientes y echó la medida de pólvora por la boca de la carabina. Luego acabó de romper el papel y metió la mitad en el cañón para atacar la carga. Con la otra mitad envolvió una bala de plomo y, tras introducir el paquete por la boca, sacó la baqueta y poco a poco empujó la bala hasta el fondo.

-¿No podrías darte más prisa?

-Esto es una carabina de ánima rayada, ¿sabes? -explicó Kuehnemund-. ¿Cómo crees que conseguí acertarle desde tan lejos? La bala no cae sola al fondo del cañón, hay que empujarla haciendo el tornillo con la baqueta.

En aquellos momentos nada me importaba menos que las cuestiones de balística.

La cabeza de Peutinger era un punto cada vez más lejano.

-¡Dispara ya! -insistí de nuevo.

-No tiene sentido, mientras la bala no haya llegado al fondo. Manejaba el arma con habilidad, pero con demasiada flema a mi modo de ver. Cuando la tuvo a punto, Peutinger estaba lejísimos.

-Está fuera de alcance -dijo Kuehnemund con tranquilidad-. Pero ya lleva lo suyo y no creo que vuelva a molestarnos. Dentro de unos días pescarán su cadáver.

-Pues entonces, he de ir a verlo. ¡Pronto! Préstame tu caballo -dije. Eché a andar hacia la cabalgadura. Pero lo

que me había sostenido hasta entonces me abandonó en ese momento, y caí redondo.

-Bebe poco a poco -dijo Kuehnemund al tiempo que vertía el vino con parsimonia en mi boca—. Procura recobrar las fuerzas, y luego el entendimiento. Comprendo que prefieras verlo muerto que vivo a ese hombre, pero tú debes comprender que nos cumple regresar cuanto antes.

-Sí.Y gracias por haberme salvado la vida.

-No vale la pena mencionarlo. Dime lo que pasó después de separarnos.

Le hice un resumen y omití el episodio del descubrimiento del salvoconducto extendido por Greifenclau.Al menos para eso sí había recobrado el entendimiento.

-¡Maldita sea! Así que Hochstraten quiso pactar -se indignó Kuehnemund —. ¡Y pensar que los bandoleros no son más que trescientos! Si consegüimos reunir la mitad de ese número de hombres, les daremos su merecido. Debo regresar a Oberwesel cuanto antes, y persuadir al conde Frowin, a ver si entiende de una vez la gravedad de la situación. ¿Me perdonarás que te abandone aquí? De momento no podrás retornar solo hacia Schónburg, pero procura no caer otra vez en manos de los desolladores.

-Deja que descanse unos minutos, y estaré en condiciones de cabalgar.

-No se trata de eso. Para no tropezarme con los bandidos tendré que dar otra vez el rodeo por arriba, por los viñedos. A pleno día, un hombre a caballo en el monte viene a ser como una diana en una barraca de feria. Ni siquiera a solas resultará fácil pasar.

-Se podría pasar por las colinas de Hunsrück y luego deshacer camino hacia Damscheid. Creo que el recorrido tal vez será incluso más corto.

-¿Conoces ese camino?

-Sabré encontrarlo.

-Pues entonces, vamos. ¡Voto a tal! Ojalá me hubiese acercado antes.

-No entiendo por qué lo hiciste, ¿no habíamos convenido que ninguno de los dos acudiría en auxilio del otro?

-Porque caí. en la emboscada como un novato. Primero enfilé río abajo para volver al amparo de la orilla. -Se puso a contar su propia aventura-. Me arrastré por el suelo como un gusano, y no menos ciego. Entonces me tropecé con un sujeto que iba a mear en el río. ¡Poco faltó para que mease sobre mí! Entonces él gritó «¡alarma!», y yo salté y le di en la boca para que no gritase más. Pero tuve que salir corriendo. Me figuraba que con todo ese alboroto tú te pondrías a salvo.

-Para entonces yo estaba ya sin sentido, seguramente - contesté.

—Es posible. Corrí como alma que lleva el diablo, pero no en dirección a los caballos. Porque entonces yo mismo te cortaba la retirada. Así que salí al camino, con cuatro o cinco de aquellos mozos pisándome los talones. Hasta que abandoné el camino y conseguí despistarlos metiéndome otra vez en el bosque, callado y pagado al suelo como una rata hasta que pasaron de largo.

»Cuando amaneció, fui a donde los caballos. Seguían allí como si nadie hubiese reparado en ellos. Desconfié al verlo, pues iba convencido de que te los habrías llevado tú.Vi en el camino real la polvareda que levantaron los bandoleros después de levantar su campamento. De manera que recupere mis armas y uno de los caballos. Y así pude llegar justo a tiempo.

-Es verdad. Ahora ya he recobrado las fuerzas. Podemos... ¡ah! Quiero ir a ver una cosa...

-¿Qué?

-Peutinger dijo algo de dos mujeres que vivían por aquí cerca, y que se tropezó conmigo cuando regresaba de allí. Quiero averiguar qué habrá sido de ellas.

Kuehnemund meneó la cabeza.

-Por lo que me has contado de él, no creo que haya mucho que hacer. Pero vayamos a verlo en todo caso.

Me apoderé de la ballesta de Till y coloqué un dardo nuevo. Nos adentramos de nuevo por el sendero del bosque.

Bastante más allá del lugar donde me había sorprendido encontramos una cabana.

La puerta estaba medio descolgada, como si la hubiesen abierto de un puntapié.

En efecto allí habían vivido dos mujeres. Una vieja y su nietecita, fue lo que dijo Peutinger. Sin esa información previa, no habríamos reconocido lo que vimos.

-Sería preciso enterrarlas, pero no tenemos tiempo -dijo Kuehnemund.

Asentí. Valía más que nos ocupáramos de los vivos.

Kuehnemund me ayudó a montar sobre su caballo y lo llevó de las riendas hasta salir del bosque y ladera arriba.

Allí recogió los otros tres caballos y sacó del escondite el resto de nuestras pertenencias.

Me miró con aire dubitativo y preguntó:

-¿Seguro que estás en condiciones de montar?

-No, pero lo intentaré de todas maneras.

-Pasa delante de mí, para que te vea si te caes del caballo.

-No me caeré si me atas bien.

Kuehnemund sacó dos correas de las alforjas y me ató los pies a los estribos.

Antes de ponernos en marcha dijo:

-Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué te habían perdonado la vida los bandoleros?

## CAPITULO 18

**En donde se considera la situación desde diferentes puntos de vista**

Yo NO DIRÍA que se propusieran perdonarme la vida. A la vista está -contesté. -Un observador desconfiado pensaría que tal vez ese hombre desobedeció las órdenes de Spalatina -dijo Kuehnemund-. Estoy mareado. Será mejor que nos pongamos en camino.

-Sí, ya hablaremos otro rato.

Empezamos a cabalgar ladera arriba.

Fue una jornada de primavera soleada, pero fresca. El camino llevaba hacia los altos por un terreno ondulado, donde las manchas de bosque alternaban con los sembrados de algunas alquerías aisladas.

A veces nos encontrábamos con alguna bifurcación, que yo aproveché primero para torcer hacia el sur, luego al suroeste.

Al cabo de unas dos horas Kuehnemund me detuvo. Había observado que uno de los caballos de repuesto cojeaba.

Echó pie a tierra, lo examinó y luego lo abandonamos.

Una vez en los altos de Hunsrück ya no tendríamos que superar grandes cuestas.

Menos mal que el camino estaba transitable. Sin embargo, me habría caído del caballo si Kuehnemund no me hubiese atado. Cada paso era una tortura para mis huesos y la fatiga reclamaba su tributo inexorablemente.

Más de una vez pensé abandonar. Más de cincuenta creí haber perdido la orientación.

Kuehnemund arreaba las cabalgaduras sin contemplaciones.

El segundo animal de reserva tropezó mientras bajábamos de una loma a toda carrera. Le faltó poco para arrastrar en la caída al que montaba Kuehnemund.

Éste se apeó e intentó que el animal accidentado se levantase. Tenía rota la mano izquierda.

Kuehnemund le dio el tiro de gracia y luego volvió a montar.

-Vamos a conseguirlo aunque no podamos cambiar los caballos –me gritó.

Al poco nuestras monturas empezaron á dar también señales de agotamiento. Tenían las bocas llenas de espuma, que salpicaba con el viento de la carrera.

En las pendientes Kuehnemund saltaba a tierra y corría llevando a su caballo de las riendas.Yo ni siquiera podía concederle al mío ese alivio pasajero. Habría andado dos pasos y me habría derrumbado.

El sol estaba en el cénit cuando por fin llegamos a territorio familiar para mí.

-Damscheid está a la vuelta de esa colina -exclamé—. ¡Es verdad! ¡Lo hemos conseguido!

Los caballos treparon jadeantes aquella última rampa. Desde allí hasta Oberwesel se hacía todo el recorrido en descenso.

Nos salimos del camino real y atajamos por los sembrados.

Pasamos por entre dos granjas y enfilamos hacia la calle mayor teniendo a la vista la iglesia.

Dos personas que estaban cargando un carromato nos señalaron con el dedo y empezaron a gesticular con gran excitación.

Pusimos los caballos al paso.

-¡Hay que conseguir que se detenga! -exclamó alguien a nuestras espaldas.

Seguramente nuestro aspecto sería poco habitual, pero me pareció que no había para tanto alboroto.

Al lado izquierdo quedaba la alquería de mi hermano. Su mujer estaba al borde del camino, llevando de la mano al pequeño, y acompañada del cura Seuse con otras cinco mujeres y dos hombres.

El crío me señaló y dijo con voz clara y perfectamente audible:

-Ahí, ahí. Ése es el asesino.

El cura salió a la mitad del camino y nos dio el alto, de modo que nos detuvimos.

-¡Fuera de ahí! ¡Vía! —ordenó Kuehnemund.

-En seguida, señor -dijo Seuse, y luego, acercándose a mi caballo, preguntó—: ¿Dónde estuviste esta noche, Edgar?

Mi cuñada soltó al pequeño y se acercó también.

-Has querido asesinar a Ottokar -dijo con cierto acento de que no de reproche.

-¡Necedades! -repliqué.

-Ha ido a Qberwesel para denunciarte -prosiguió ella-. Te estarán esperando allí.

Era una advertencia, no una amenaza.

Kuehnemund acercó su caballo, pasó por delante de mí y le dio espuelas. El animal se encabritó y los mirones se echaron atrás.

En seguida tomó de las riendas a mi cabalgadura y nos sacó de allí. El mocoso corrió un rato detrás de nosotros chillando:

-¡Asesino! ¡Asesino!

Cuando salimos del pueblo Kuehnemund se volvió y me preguntó:

-Esas gentes, ¿quiénes eran?

-Mi familia —expliqué.

-¡Ah! Así no me extraña que prefieras tratar con los desolladores.

Las puertas de Oberwesel estaban abiertas de par en par.

Por la del sur salía una larga columna de carromatos cargados hasta los topes y de peatones que llevaban a cuestas todo lo que podían cargar.

Pronto quedarían abandonados en la cuneta los enseres domésticos, cuando empezasen a fallar las fuerzas.

Algunos alguaciles de la ciudad se sumaron al cortejo.

En la plaza vimos poca gente. Estaban mirando como si no supieran que hacer, con caras de preocupación, y hablaban los unos con los otros acompañándose de muchos aspavientos, pero en voz baja.

En lo alto de la escalera del ayuntamiento se hizo presente el burgomaestre Hochstraten revestido de todos sus paramentos, y dirigió la palabra a los congregados:

-¡Ciudadanos! No abandonéis la ciudad. Lo tengo todo apalabrado. No hay ningún peligro, podéis creerme. Sólo hace falta reunir el tributo. El de Spalatina es hombre cumplidor, ¿queréis escucharme?

Si hubiese abierto los ojos, mejor que la boca, habría contestado a su Pregunta él mismo.

La mayoría de los que estaban en la plaza del mercado no esperaban sino que se les hiciese un hueco para sumarse a la caravana de los que huían, Eran paja aventada por el viento infernal de la muerte. Sólo un pequeño grupo de indecisos se acercó al pie de la escalera y se quedó mirando al burgomaestre.

Un alguacil se acercó a nosotros portando un arcabuz.

-¿Vais a pelear? -preguntó encarándose con Kuehnemund.

-Sí, lo haremos -replicó el interpelado con voz fuerte, procurando que le oyeran todos los que estaban en la plaza y no sólo el que había preguntado-. La partida no es tan numerosa como temíamos. Si actuamos con valor, no tienen la menor posibilidad de salir victoriosos de un asalto. ¡Quedaos aquí!

-Sí, quedaos —intentó hablar más fuerte Hochstraten-. Pero dejad las puertas abiertas. No necesitamos luchar.

-Estoy con vos -dijo el alguacil, y luego se volvió hacia las gentes de la plaza y exclamó—: ¡Escuchadme todos! No

consentiremos que una banda de perdularios se apodere de nuestra ciudad. El señor Kuehnemund ha dicho que combatirá a pesar de todo.

-¿Qué significa eso de «a pesar de todo»? -preguntó Kuehnemund. Hochstraten se encaró con su alguacil:

-¿Qué se os ha perdido aquí, Philip Herwegh? ¿No os había puesto de centinela en la puerta sur para evitar que la muchedumbre saque de la ciudad todos los objetos de valor?

-Los demás centinelas se han marchado todos -se justificó Herwegh.

Entonces apareció mi hermano Ottokar en la puerta de la casa consistorial, junto al burgomaestre Hochstraten. Al verme tiró de la manga al edil y le dijo:

-Ése es. Imploro vuestra protección, burgomaestre.

-No hay peligro alguno -dijo el burgomaestre dirigiéndose a los congregados.

-¡Que no hay peligro! -se burló Kuehnemund, y poniéndose de pie en los estribos levantó la voz de modo que pudieran oírle todos-. Preguntad al burgomaestre qué ha sido de Langenmantel.

-¡Eso! ¿Dónde está mi marido? -dijo una mujer de entre el grupo de los indecisos.

-Ha quedado en el campamento de Spalatina, a título de mensajero de paz —aseguró Hochstraten.

-Exijo que sea detenido inmediatamente -dijo Ottokar.

-Que ha quedado en la paz eterna, querréis decir -replicó Kuehnemund.

-¿Qué significa esa tontería? -le pregunté a Ottokar-. Tenemos cosas más importantes en que ocuparnos.

-¿Significa eso que mi marido está muerto? -insistió la señora Langenmantel.

Kuehnemund contestó:

-El de Spalatina lo mató de un tiro apenas hubo vuelto grupas el señor Hochstraten.

-¿Vas a negar que anoche quisiste acabar conmigo? -preguntó Ottokar.

-Tengo algunos amigos y estarán de nuestra parte -dijo Herwegh.

-Os deseo una muerte lenta a manos de los desolladores -dijo la señora Langenmantel a Hochstraten.

-¿Cómo se te ocurre? -le pregunté a Ottokar.

-Todo esto es una gran mentira -quiso justificarse Hochstraten-. Langenmantel está vivo y regresará con los de Spalatina.

-Me acechaba escondido en la oscuridad -se volvió Ottokar hacia Hochstraten-. Cuando salí por la puerta intentó atrepellarme con el caballo.

-Podríamos sacar los arcabuces de la armería —dijo Herwegh.

-Si todos colaboran —dijo Kuehnemund—, podríamos cavar minas delante de la muralla.Ya salió bien la otra vez.

-Si no hubiese tropezado por casualidad, ahora sería hombre muerto -dijo Ottokar.

-¿En qué andurriales os habéis metido? ¡Casi parecéis un desertor vos mismo! Y buen acompañante os habéis buscado. ¡Un asesino!

-Seguro que andabas borracho como una cuba -le dije a Ottokar.

-Si no quiere darnos la llave Hochstraten, reventamos la puerta -propuso Herwegh.

-Entonces emprendiste la fuga. ¿Creías que no te había reconocido?

-dijo Ottokar.

-No daréis crédito a los despropósitos de ese palurdo -dijo Kuehnemund.

-Pues no estoy tan seguro. Ayer llegó con la barca de Tréveris una orden de busca y captura contra un tal Edgar Frischlin, acusado de asesinar a su oficial cuando estaba con los lansquenetes del obispo.

-Os prometo que el conde combatirá en persona si nos enfrentamos a los bandoleros -dijo Kuehnemund.

-¡Ya veis cómo todo lo que dice es mentira! -remachó Hochstraten en tono triunfal-. El conde está muerto, ¡y él os asegura que saldrá a combatir ien persona!

-Debiste disfrazarte mejor -dijo Ottokar.

Kuehnemund hincó espuelas y se plantó delante de la escalera del ayúntente. Apuntó con la carabina a Ottokar y le dijo:

-Una palabra más de esa boca embustera y te abro un tercer ojo en medio de la frente. En cuanto a vos, Hochstraten, ¿qué significa eso de que el conde ha muerto?

-Sí, el conde murió.Y vos que no habéis sido capaz ni de proteger a un solo hombre, ¿cómo venís a dároslas de protector de la ciudad? ¿O vais a amenazarme igual que hicisteis con este honrado labrador? ¿Aquí, en presencia de centenares de testigos?

Exageraba. Los testigos apenas serían dos docenas. Los demás hacía rato que se habían puesto a buen recaudo.

-¿Qué queréis que hagamos? -preguntó Herwegh mirándome. Yo me volví hacia Kuehnemund. Éste, montado a caballo, miró a Hochstraten con perplejidad.

-¿Es verdad eso?

-Lo es. A diferencia de vos, yo siempre digo la verdad. Somos gentes pacíficas y no permitiremos que nos arrastréis al matadero.

-Reunid a todos los hombres que quieran pelear —le dije a Herwegh-. Y que se hagan con todas las armas disponibles. Me parece que aquí abajo no se nos ha perdido nada más.

-De acuerdo -giró sobre sus talones y desapareció en un callejón.

-¿Quién mató al conde? —preguntó Kuehnemund.

-¡Cómo voy a saberlo! No parece que vuestro castillo sea un lugar muy seguro. Digo yo, ¡vamos!

Kuehnemund volvió grupas y se acercó a mí.

-Sigúeme y apúrate todo lo que puedas. Dicho lo cual salió al galope.

-¿Es que no van a detener a mi hermano? -preguntó Ottokar.

-Y ahora, ¿de dónde saco yo el dinero? -preguntó Hochstraten. Los dejé con sus preguntas y enfilé el camino del castillo.

Al salir de la ciudad y mientras subía ladera arriba con mi caballo, los primeros bandidos aparecieron en lontananza. Apenas no eran todavía sino unos puntitos entre la costanilla y el río.

Mi caballo iba agotado. Por el camino nos cruzábamos con gentes del castillo. Muchos cargaban también con sus pertenencias.

-Vente con nosotros -dijo uno al verme.

Continué mi camino. Necesitaba unas horas de sueño, y además mi cabalgadura estaba al límite de sus fuerzas. Si volvía atrás seguramente me dejaría tirado al borde del camino.Y los alguaciles que iban con la columna de fugitivos quizá habrían visto la orden de captura y querrían hacerme preso. De modo que lo más razonable era regresar al castillo, por más que allí la situación tampoco fuese muy prometedora.

¿O tal vez yo era un condenado héroe, incapaz de abandonar su puesto?

¿Por qué no desaparecía de mi mente ni un solo momento la imagen de Susanne?

Cuando llegué arriba la puerta del castillo estaba cerrada, pero el centinela apostado junto al cañón me reconoció.

Abrieron un postigo y salió a mi encuentro Henning Locher para tomar las riendas de mi caballo e introducirlo.

-Tú tampoco tienes cara de haberlo pasado muy bien -dijo-. Pero no te figuras siquiera lo que ha ocurrido aquí. ¿Te has acordado de mi martillo de cinco libras?

-No he conseguido pensar en otra cosa -respondí, y me quedé dormido antes de que me hubiesen apeado del caballo.

Desperté al sentir unas manos en la frente.

-Qué mala cara traes —dijo Adriane.

-Siento no ser más guapo, y rico tampoco soy -contesté.

-Ni demasiado gracioso. Quédate quieto ahora, hasta que te haya vendado la frente. ¿Qué ha pasado contigo?

-¡Ay! ¡Me haces daño!

-¿Qué contestación es ésa?

Vi que estaba tumbado en mi jergón de paja. Henning Locher, de pie, hizo un ademán de impaciencia.

-¡Vamos, muchacho! No te quejes tanto —dijo—. No creo que hayas dormido menos que nosotros, aunque a lo mejor has llevado algunos palos. El comandante ni siquiera se ha acostado, y ahora anda atareado con la investigación. Pero no creo que saque gran cosa en limpio, tal como andan los asuntos.

-¿Qué dices? ¿Te refieres al asesinato del conde?

-Si es que ha sido un asesinato. Aquí andan en juego otras potencias más altas.

-¿Qué potencias más altas? -preguntó Adriane.

-Eso no es asunto tuyo, muchacha. El misterio tiene demasiado calibre hasta para unos mocetones hechos y derechos como nosotros. Ya quedaste presentable, Edgar. Acompáñame, Wiggershaus y Kuehnemund quieren hablar contigo.

-Yo no soy más que un simple lansquenete. ¿Qué quieren de mí esos señores?

Me levanté con precaución.

-Yo que tú no continuaría con ese cuento del sencillo lansquenete, aunque lo tengas muy ensayado -me aconsejó Locher-. Se rumorea no sé qué de un mandamiento del príncipe obispo contra ti. Así que ándate con cuidado, te necesito al pie del cañón cuando se presenten los desolladores.

Salimos al patio. En seguida me di cuenta que Edwina, como llamaban J al órgano de la muerte, no estaba en su emplazamiento habitual.

-¿Qué le ha pasado a tu Edwina? -pregunté.

-La han llevado al otro lado de la muralla, detrás de la torre norte.

-¡Cómo! ¿Qué el conde ha permitido que invadierais su sanctasanctórum? ¿Qué ocurrió?

-No puedo decírtelo. Pero seguramente lo averiguarás todo tú mismo. Entramos en el mismo gabinete donde Wiggershaus y Kuehnemund hablaron conmigo antes de la partida, y Locher pidió la venia.

## CAPITULO 19

### En que asistimos a la redacción de dos documentos

OS APETECE UN TRAGO de vino? —me preguntó Wiggershaus.

—Prefiero mantener la cabeza despejada, si todavía es posible -contesté.

—Como gustéis. La otra vez me engañasteis. Así que ahora espero de vos que me digáis la verdad. Si os atrapamos en una mentira, aquí el señor Kuehnemund os descerrajará un tiro.

Kuehnemund me miró muy serio y asintió con la cabeza, sin decir palabra.

—Comprendo, señor Wiggershaus, que los acontecimientos de los últimos días han complicado bastante la situación -dije-. Pero estoy seguro de no haberos dado motivos para dudar de mi lealtad.

-Soy un hombre desesperado, Frischlin. No voy a permitir que continuéis con vuestro juego arriesgando las vidas de los seres humanos que se han acogido a nuestra protección. Habéis venido a una tierra en donde se os conoce sobradamente. Os quedáis aquí varios días, hasta que os alcanza una orden de busca y captura procedente de Tréveris. Evidentemente, eso estaba convenido de antemano.Y una de dos, o la requisitoria es falsa, o vos no sois la persona que aparentáis. Os lo preguntaré una vez nada más: ¿quién sois?

-Celebro que me hayáis hablado con tanta franqueza, señor Wiggershaus.

Esto sí que era una mentira. Estaba tan furioso que habría dado cualquier cosa por poder patalear. Lo dije sólo para ganar tiempo, a fin de urdir una respuesta verosímil. Pero si quería convencer, no había más que una cosa que pudiese decir.

—Me llamo Edgar Frischlin —dije-. Soy un espía al servicio de Su Eminencia, el príncipe obispo Richard Greifenclau zu Vollraths, con la misión de averiguar la lealtad del conde y comprobar la veracidad de ciertos rumores que llegaron a oídos del príncipe obispo.

Me pareció que Wiggershaus se tranquilizaba, visiblemente aliviado.

-Gracias a Dios, era lo que yo esperaba -dijo, en efecto.

-Puedes demostrarlo, claro está —dijo Kuehnemund—. Tienes un salvoconducto.

-Lo demostraré tan pronto como hayamos capturado a Leo von Cleve. El me quitó el salvoconducto.

-¿Y luego le dijo a Spalatina que no te tocaran un pelo de la ropa?

-Sí.

-¿Vos lo entendéis? -se volvió Kuehnemund hacia Wiggershaus.

-No -replicó el otro-. Para mí los planes del de negro siempre han sido impenetrables. ¿Os mantenéis en contacto con el príncipe obispo, señor Frischlin?

-No.

-¿Sabéis dónde se halla?

-Partió con su ejército hacia Landstuhl.

-¿A qué distancia queda eso? -se dirigió Wiggershaus a Kuehnemund.

-A tres semanas de marcha normal de un ejército -contestó—. Un buen jinete provisto de caballos de refresco haría el recorrido en un par de días.

-Señor Frischlin, ¿estaríais dispuesto a llevar un mensaje a Greifenclau?

-¿En qué clase de mensaje pensáis?

-En una llamada de socorro. En el castillo no queda ni una cincuentena de hombres aptos para pelear.

-¿Y los de Oberwesel?

-La mayoría desertaron —contestó a mi pregunta Kuehnemund-. Sólo quedó un puñado, y quién sabe cuántos más habrían desaparecido, si no hubiese yo mandado cerrar las puertas. Con todo y eso, ¡ya veremos!

-Yo escribiré la carta. ¿Tenéis algún correo de confianza que la entregue?

-Iréis a entregarla vos -dijo Wiggershaus.

De nuevo se quedaron mirándome los dos, expectantes.

-No es una trampa —dijo Kuehnemund por último, a lo que Wiggershaus asintió.

-Yo no desertaré del castillo —afirmé-. Hay que enviar a otro, pero que no sea de los que ponen tierra por medio hasta que todo ha terminado.

-¿A quién podríamos enviar? —preguntó Wiggershaus como hablando consigo mismo.

-Propongo a uno de los últimos alguaciles de Oberwesel que subieron aquí -contesté—. Puesto que no se largó cuando el peligro estaba más cerca, seguramente se podrá confiar en él.

-Sí, el que nos interpeló en la plaza del mercado -recordó Kuehnemund—. Se presentó con otros dos. ¿Tú recuerdas cómo dijo que se llamaba?

-Herwegh -repliqué—. Aclarado esto, me gustaría saber lo que pasó aquí anoche.

-No queda tiempo para eso -replicó Wiggershaus.

-Pero es menester que yo lo entienda, o si no, ¿qué voy a escribir, que sea convincente?

-Está bien. Señor Kuehnemund, tened la bondad de dar las órdenes para que el tal Herwegh esté preparado. Mientras tanto yo explicaré lo sucedido.

Kuehnemund nos dejó a solas, en cuyo momento acepté un vaso de vino, apenas un sorbo. Wiggershaus bebía agua clara. Entonces me contó lo que había ocurrido durante la noche.

-Ayer el conde se pasó todo el día encerrado en su habitación de la torre. Ahora estoy en condiciones de revelaros a qué se dedicaba.

-Fabricar oro -dije—. O intentarlo, al menos, con la colaboración de Susanne Gundelfinger.

-¿Cómo sabéis eso?

-Ya hablaremos luego. Sólo he pretendido ahorraros una larga explicación. Es decir, que el conde y Susanne Gundelfinger estaban en la torre.

-No, ayer estaba él solo. Yo me quedé como oficial de guardia. Aunque no entiendo mucho de asuntos militares, no era cuestión de que el viejo Henning Locher pasara otra

noche en blanco. Kuehnemund ausente, el conde que nunca se ocupaba de nada... a decir verdad, tuve miedo. Fue un gran alivio para mí que Henning Locher me ofreciese compañía. Comentamos la situación y por último Locher me preguntó sin más rodeos si nos atreveríamos a apostar una pieza en la muralla del lado norte. Por ese lado hay una colina, y si unos asaltantes emplazaban allí un cañón batirían toda la parte posterior del castillo sin que nadie pudiese impedírselo. Más de una vez... ¡qué digo!, más de cien veces le pedimos al conde que nos dejase poner centinelas, por lo menos. Pero él hacía oídos sordos. Anoche nos atrevimos pqr fin. Llevamos allí ese cañón tan raro de muchos tubos, y lo izamos a la muralla.

-¿Entre los dos?

-No, llevamos con nosotros a uno de los centinelas, Otto Fechter. DesPués de eso me acerqué a la torre y llamé a la puerta. Estaba preocupado porque durante la noche se oyó un tiro. Por último, no me quedó más remedio sino mandar que echaran abajo la puerta. El conde estaba muerto en su laboratorio.

-¿Quién tiene llaves del laboratorio?

-Se abre con dos llaves y hay que darles la vuelta al mismo tiempo. De estas llaves sólo existe un juego y el conde lo llevaba siempre consigo. Pues bien, no sólo la puerta estaba cerrada sino que las dos llaves habían quedado puestas por dentro.Y eso no es todo. Mientras estábamos arriba se presentó de súbito Leo von Cleve. Envié a dos hombres sobre sus pasos pero él desapareció tan misteriosamente como la otra vez. Y ahora Kuehnemund nos ha contado que la misma noche lo visteis a Von Cleve en el campamento de los bandoleros, a varias horas de aquí.

Kuehnemund regresó diciendo que había mandado ensillar tres caballos y reunir provisiones en la cocina para el viaje.

Philip Herwegh aceptó hacerse portador de un mensaje para Greifenclau. Conocía muy bien la región y sabía cómo pasar por el bosque con los caballos para salir al camino real río abajo y bastante lejos de Oberwesel.

Admirado de todo esto, le pregunté a Wiggershaus:

-¿Qué pasó con el hijo del conde? ¿Cómo se ha tomado la muerte de su padre?

-Conrad está velando al muerto en la capilla. El conde Conrad, como supongo que tendremos que acostumbrarnos a decir.

-Difícil va a resultarle defender la herencia -comenté.

-Eso si tiene intención de defenderla, que lo dudo. De buena gana cambiaría todas sus propiedades por el ingreso en un convento, si es que hay conventos donde nadie crea las cosas que cree nuestro nuevo conde. Lo peor es que se ha tomado la presencia de los bandidos como una plaga biblica contra la que no se puede luchar.

-Mal asunto para el señor de un castillo.

-Ahora comprenderéis por qué dije que yo era un hombre desesper do. ¿Qué hago si el conde Conrad manda abrir las puertas del castillo a despellejadores?

-Ni siquiera el conde Conrad estará tan loco, me parece a mí -terció Kuehnemund.

Pedí recado de escribir y escribí un resumen de lo contado por Wiggershaus, añadiéndole algunas observaciones propias.

Terminada que fue la carta, se la entregué a Wiggershaus. Él y Kuehnemund la leyeron juntos.

"DE EDGAR FRISCHLIN A RICHARD GREIFENCLAU zu VOLLRATHS PRÍNCIPE ELECTOR Y ARZOBISPO DETRÉVERIS

Por la presente conocerá Vuestra Eminencia que he visitado el castillo de Schonburg junto a Oberwesel en cuyo lugar y según encargo que tengo de Vuestra Eminencia he practicado las siguientes Observaciones:

Que el conde Frowin ha tomado a su servicio a una alquimista con cuyas artes se aprestaban a fabricar el oro.

ítem, que un tal Leo von Cleve enemigo encarnizado del conde ha entrado en alianza con el llamado Giovanni Pico della Spalatina famoso capitán de una partida de bandoleros que está asolando el país.

ítem, que el conde Frowin ha perecido a manos de un desconocido lo cual ha causado no poca consternación.

ítem, que la partida de desaforados capitaneada por el de Spalatina ha llegado a Oberwesel y que estando ido de su espíritu Conrad el hijo del conde, la defensa del castillo ha quedado a cargo del administrador Benno Wiggershaus y de Hans Kuehnemund comandante de la guarnición cuyos esforzados ánimos es de temer no puedan prevalecer y salir airosos con el escaso número de soldados de que se dispone.

ítem más, que anda oculto en este castillo el mentado Ulrich von Hutten tan buscado por Vuestra Eminencia.

Y considerando todo ello humildemente suplico de Vuestra Eminencia envíe cuantos socorros pudiere aviar,

y quedo fidelísimo servidor de Vuestra Eminencia cuya vida guarde Dios muchos años,

EDGAR FRISCHLIN”

-¡Ulrich von Hutten! ¿También eso teníais averiguado? -dijo Wiggershaus-. ¿Acaso hay algún misterio que se os escape?

-Eres más peligroso de lo que yo creía -dijo Kuehnemund.

-Comprenderéis que la presencia de Von Hutten aquí no os deja en buen lugar -me dirigí a Wiggershaus.

-Y vos no debisteis mencionarlo hasta que lo hubiéramos hablado entre nosotros -replicó Wiggershaus.

-Aún no se ha enviado la carta -terció Kuehnemund.

-Si viene Greifenclau no será para salvarnos de los bandoleros -replique-- La persona del de Hutten es el único argumento capaz de traerlo de Landshut acá.

—Eso lo concedo -asintió Wiggershaus-. Ahí tenéis el lacre, el sello y la vela.Vamos a dejar la carta como está.

Kuehnemund y yo dejamos el mensaje en manos de Herwegh, quien se puso en camino inmediatamente con Otto Fechter y otros tres lansquenetes. Llevaban encargo de escoltarlo hasta el camino real. Luego debían regresar al castillo.

En seguida regresamos al gabinete de Wiggershaus.

—Os ruego que aceptéis una misión que ninguno de nosotros sabría desempeñar tan bien como vos -me dijo Wiggershaus-. Hay que descubrir quién mató al conde.

—Y pronto -remachó Kuehnemund-. La incertidumbre multiplica los rumores y la desconfianza entre los hombres.Todos sospechan de todos. Hay quien dice que los bandidos entran y salen del castillo cuando y como se les antoja. Esto es tan perjudicial para la moral de combate como el miedo al demonio, que les paraliza los miembros a algunos.

—De lo dicho se infiere que cuento con vuestra confianza —dije.

—Sí -dijo Wiggershaus.

—No -dijo Kuehnemund.

—No nos queda otro remedio sino confiar en él —comentó Wiggershaus.

—Podemos creer que es capaz de desenmascarar al asesino. Podemos estar seguros de que no ha sido él, porque estuvo toda la noche prisionero de los bandidos. Pero... ¿confiar en él? Sería necesario que se presentase aquí el príncipe obispo y nos dijera: «sí, éste es Edgar Frischlin y es un agente mío».

-Hagamos entonces un pacto temporal -propuse—. Nos ayudaremos mutuamente en la lucha contra los fuera de la ley y en la búsqueda del asesino. De lo demás, que decida Greifenclau.

Les tendí ambas manos y ellos las estrecharon con fuerza.

—Tenemos un trato —corroboró Wiggershaus.

—¿Puedo adoptar cualquier medida que juzgue oportuna para lograr la convicción del asesino? -pregunté.

—Sí.

—Está bien. Que mi calidad de agente de Greifenclau quede entre nosotros. Diremos que Hans Kuehnemund y yo somos los únicos que estamos libres de sospecha porque habíamos salido de reconocimiento esa noche. Pero como Kuehnemund debe ocuparse de la defensa, no podrá asumir la investigación.

—Si lo deseáis, lo explicaremos así —convino Wiggershaus-. Pero, ¿no sería más útil a vuestro propósito que se supiese cuál es la autoridad en nombre de quien habláis?

-A más de uno hallaré menos precavido si cree estar hablando con un simple lansquenete.

-Sea como vos decís, pues.

-¿Y qué pasa si averiguo que el asesino fuisteis vos, señor Wiggershaus? Kuehnemund perdió la paciencia.

-¡Cómo te atreves! Si hay alguien aquí en quien se pueda confiar, ese alguien es el señor Wiggershaus. ¿Acaso quieres meter cizaña entre nosotros? Wiggershaus alzó la mano para tranquilizarlo.

-Deja, deja. El señor Frischlin tiene razón. Él no tiene por qué prejuzgar quién es o no es el asesino. Escuchadme bien, señor Kuehnemund. Si resultase que soy yo, os pondréis sin reservas a favor del señor Frischlin, ¿lo prometéis?

Kuehnemund me lanzó una ojeada malévola, pero prometió:

-Lo haría, aunque estoy seguro de que no voy a tener que hacerlo.

-Pues entonces, vamos a ponerlo todo por escrito en un contrato que yo guardaré —dije.

-¿No confías en mí? -preguntó Kuehnemund. Me limité a sonreír.

-Lo que no debe ocurrir nunca es una discordia entre nosotros —dijo Wiggershaus— Al menos mientras se hallen a las puertas los bandidos y el asesino de Frowin ande suelto.

Tomó papel y tinta, y escribió:

En el segundo jueves de mayo del año del Señor de mil quinientos y veintitrés: reunidos los abajo firmantes Benno Wiggershaus, administrador del castillo, Hans Kuehnemund, comandante de la guarnición y Edgar Frischlin, lansquenete, se reconocen mutuamente potestad para pactar libremente, y de común acuerdo pactan primero, que el llamado Frischlin no escatimará en medios

para descubrir al traidor homicida que mató al conde segundo, que el Wiggershaus y el Kuehnemund le asistirán con todos los medios que fueren necesarios.

tercero, que responderán a cuanto Frischlin estime oportuno preguntar cuarto, que si cualquiera de los tres resultara ser el miserable a quien se busca, los otros dos quedan obligados a ponerlo a disposición de la justicia

quinto, que los presentes pactos serán válidos salvo disposición contraria de una autoridad superior en fe de lo cual firman al pie, según es costumbre.

-Donde dice autoridad superior se refiere a Conrad, sin duda -comenté.

-Yo sólo son el administrador, y si recibiese una orden directa del conde no podría negarme a cumplirla -explicó Wiggershaus—. Confio en que tal orden no se produzca.

Tomando el papel y la pluma, fui el primero en firmar. Los otros dos estamparon sus nombres debajo del mío.

Hecho esto me quedé con la escritura.

-¿Qué vais a hacer ahora? -preguntó Wiggershaus.

-Acerquémonos a la torre. Una vez allí me contaréis lo ocurrido. Para hacerme una idea más completa.

-¿No teméis que intente sugeriros una idea equivocada? En caso de que fuese yo el asesino, quiero decir.

-¿Permitís que lleve el recado de escribir, para levantar acta de las mentiras más evidentes en el mismo lugar de los hechos?

-No quieras tensar demasiado la cuerda —me advirtió Kuehnemund. Era precisamente lo que yo me proponía. El arco demasiado tenso se rompe por la parte más débil.Y lo mismo un falso testimonio.

## CAPITULO 20

### En cuyo capítulo veinte se pone de manifiesto el enigma de la habitación cerrada

CAÍA LA TARDE cuando salimos al patio. Bien mirado, pensé, quedaba en deuda con el asesino, porque mejor oportunidad de averiguar hasta los últimos secretos del castillo no iba a tenerla de otra manera.

Mientras yo dormía el sueño de los justos, nada merecido por consiguiente, los acontecimientos continuaron su curso.

Hacia las dos de la tarde, poco después de que me llevaran al dormitorio, entraron los bandidos en Oberwesel.

El botín es del vencedor, lo mismo da que sea de oro o de carne. Normalmente las ciudades no se arrasan, y se deja vivos a los habitantes... aunque sólo fuese para poder volver y repetir el saqueo luego.

Pero los desolladores no planeaban volver. Hicieron una pira con muebles en medio de la plaza del mercado, levantaron sobre ella una L de palo muy larga, colgaron a los hombres de los pies y encendieron fuego.

Poco después de entrar los bandoleros en la ciudad llegaron al castillo los fugitivos más rezagados.

Al rato se dejaron ver las avanzadillas en la linde del bosque. Eran unos veinte, apostados entre los árboles. Estaba claro que venían sólo a reconocer el terreno. El asalto al castillo quedaba para otra jornada.

En aquellos momentos la fortaleza servía de refugio a poco más de un centenar de personas. Los de Oberwesel eran en su mayoría mujeres, niños y ancianos. Kuehnemund mandó pasar revista una vez que la presencia de bandidos alrededor del castillo excluía la posibilidad de que acudiesen más fugitivos. En total le salieron cuarenta y tres hombres aptos para pelear. No era mucho.

Dijo que teníamos comida para tres días. A mí me pareció un cálculo muy optimista, excepto si contaban con alguna otra despensa oculta, además de la que yo había visto.

Kuehnemund mandó que unas cuantas mujeres aprendieran a cargar los arcabuces. Un par de muchachos quedaron a disposición de Locher como aprendices de artilleros. La gente de la ciudad no quería entender que fuese necesario pelear para defenderse.

-Las primeras bajas de los nuestros quizá tengamos que hacerlas nosotros mismos -comentó Wiggershaus-. Es terrible, pero el señor Kuehnemund dice que lo único que no se puede tolerar es que nadie se niegue a combatir. A veces me gustaría traspasarle la responsabilidad a otro. Y desde que están aquí los bandoleros, «a veces» quiere decir «siempre».

Estábamos junto a la torre. Wiggershaus se volvió hacia la puerta pero le retuve.

-Primero me gustaría ver dónde estabais cuando se oyó el tiro.

Pasamos de largo y enfilamos hacia la rampa. Las dos argollas de hierro estaban provistas de polea y Edwina estaba apostada al amparo de un lienzo intacto de muralla. Junto a la pieza montaban guardia dos arcabuceros y un joven armado de una partesana. Vigilaban la colina de enfrente.

-¿Funciona ya Edwina? -pregunté.

-Eso dice maese Locher -replicó Wiggershaus.

-¿La habéis probado?

-Todavía no. Esta noche se ocupará de eso Kuehnemund.

-Pues nosotros ocupémonos de los acontecimientos de anoche. ¿Cuándo visteis por última vez al conde? Con vida, quiero decir.

-Por la tarde, o mejor dicho anochecía ya. Bajé al sótano con Berta, la cocinera, para hacer inventario de nuestras provisiones. Decidí que debíamos comprar más hoy mismo, pero se necesitaba el permiso del señor conde. Y el dinero del conde, que lo guardaba en un arcón de su gabinete, y sólo él tenía llave. Así que me acerqué a la torre. A él no le agrada que vaya nadie por aquí excepto la señora Gundelfinger. Pero yo estaba autorizado en caso de urgencia.

Encabecé uno de mis papeles: «Con permiso para entrar» y escribí debajo: «Frowin, Gundelfinger, Hutten,Wiggershaus».

—¿Quién más tenía permiso para entrar en la torre? -pregunté-. Incluyendo todas las urgencias y todas las excepciones habidas y por haber.

—Nadie. O casi nadie. Una o dos veces entró esa moza de la cocina, Adriane. Pero sólo para dejar los platos delante de la puerta, sin entrar en la cámara de arriba.

-Así pues, ha debido averiguar que el de Hutten estaba allí.

-No lo creo. Pensaría que la comida era para el conde o para la señora Gundelfinger.

Añadí el nombre de Adriane a la lista.

-¿Y qué hay de Kuehnemund?

-El es el comandante de la guarnición. Bien ha de tener el paso franco en todas partes. Pero seguramente Frowin no le dejó entrar nunca en el laboratorio.

«Kuehnemund», escribí.

-¿Entró alguna vez Locher?

-No, seguro que no.

-¿Y Conrad?

-Conrad era la razón principal para tenerlo todo cerrado con llave. El no haría caso de ninguna prohibición. El conde estaba siempre muy pendiente de que no se hiciese con ninguna llave. Por cierto, que una vez sorprendí a Conrad agitando el picaporte. Pero no creo que haya entrado nunca.

Seis nombres y entre éstos el de una moza de la cocina. Demasiados para una torre donde la entrada estaba severamente prohibida. Wiggershaus continuó su relato:

-Me encaminaba hacia la torre cuando vi que salían de los aposentos señoriales Frowin y la señora Gundelfinger. Discutían, pero no llegué a entender por qué. Sea como fuere, la conversación terminó bruscamente, ella regresó a los aposentos y el conde enfiló hacia la torre.

-¿Hablasteis después con ella para saber de qué discutían?

-No. El conde caminaba deprisa y me obligó a correr para alcanzarlo. Pero antes de que pudiese dirigirle la palabra, él me dio un bufido mandándome que le dejase en paz. Dicho lo cual, se metió en la torre y cerró con llave por dentro.

-¿Por qué no procurasteis insistir?

—Conozco... conocía sobradamente al conde para saber que no atendía a razones cuando estaba de mal humor. Lo que a mí me preocupaba era cómo conseguir más provisiones. Los comerciantes de la ciudad no nos fian. Cuando hube controlado el turno de guardia, me encerré en mi gabinete. Pero no pude conciliar el sueño y salí a tomar el fresco. Hacia las once me puse a charlar con Locher, que acababa de trastear con su cañón. No sé cómo se nos ocurrió que sería la defensa idónea para la parte norte de la muralla.Yo sabía cuál iba a ser la respuesta de Frowin cuando le pidiera permiso. Pero también tenía presentes las consecuencias si los sitiadores conseguían apostar un pieza en la colina de enfrente. Hasta que me dije, hagámoslo y tal vez el conde Frowin se dejará persuadir cuando se vea frente al hecho consumado. Así que hemos emplazado el cañón, pero no enviaremos a nadie allá hasta que comience la batalla.

En opinión del artillero tres hombres serían suficientes para maniobrar la pieza.

-Llamamos a uno de los centinelas, Otto Fechter, y Locher acercó las poleas del armón. Entre los tres conseguimos izar la pieza. No fue fácil, pero yo casi me alegré de tener algo en que ocuparme. Peor es quedarse sin hacer nada pensando que lo tenemos todo perdido. Ni siquiera dejamos que nos ayudaran los demás centinelas del turno.

-¿Quién estaba de guardia?

-Hermann Lotzer y Michel el Viejo.

-¿De pareja?

-Ahora que lo recuerdo, sólo vi a Michel. Pero el otro andaba por ahí seguramente, porque se presentó luego. Las dos ventanas de la torre estaban iluminadas cuando nos acercamos al lado norte. Por la de arriba, donde vive el de Hutten, salía una gran humareda. Pero cerraron la ventana mientras nosotros todavía estábamos subiendo el cañón.

-¿Qué humaredas son esas? ¿Lo sabéis?

-Más o menos. Son unos sahumerios que toma el de Hutten, por su enfermedad. La señora Gundelfinger os explicará en qué consisten. Ella le manda medicinas algunas veces. Así que subimos el cañón a la defensa y Locher buscó el mejor emplazamiento mientras me explicaba no sé qué cosas de unos ángulos, de las cuales no entendí nada.

-¿Se veía bien de noche la cima de esa montaña? Wiggershaus meditó unos momentos la respuesta y dijo luego:

-¿Si había alguien allí, queréis decir? No puedo decir ni que sí ni que no. La cima sí se distingue, en cualquier caso. Locher se sacó una regla de madera y la enfiló hacia la colina tomando medidas. Hizo mover el cañón de aquí para allá un par de veces y finalmente se declaró satisfecho.

-¿Y el patio? ¿Había luz?

—Llevábamos una linterna y desde arriba lo veíamos todo. Locher y Fechter andaban ocupados orientando el cañón, mientras yo les daba luz. Hasta que se me entumeció el brazo.Y mientras ellos andaban a gatas alrededor del cañón, dejé la linterna sobre el antepecho. Sería como medianoche. Le pregunté a Locher si se veía lo suficiente con la linterna sobre el antepecho, y justo cuando él contestaba «sí» se oyó un disparo.

—¿Cómo estáis seguro de que era medianoche?

—Porque se oyeron las campanadas de Obervvesel. Los tres nos quedamos mirando hacia las ventanas. Entonces Locher dijo «eso ha sido un tiro» o algo semejante. Veíamos la ventana con luz en medio de la torre, pero no se divisaba ningún movimiento. Locher propuso que nos acercásemos a mirar. Pero entonces yo vi que la señora Gundelfinger estaba asomada por la ventana del de Hutten. Y me dije «si ella no ve ningún motivo de alarma, es que no ha pasado nada importante».

-Ahora no os sigo -objeté-. Se escuchó un tiro. Y con todo el jaleo por lo de Leo von Cleve y habiendo dicho el conde que se sentía en peligro, ¿no os pareció motivo de sobresalto?

-Sí que lo era. Pero reaccioné demasiado tarde, por desgracia. Poneos en mi lugar. Allí se hacían experimentos alquimistas. No era la primera vez que se escuchaban detonaciones. Seguimos trabajando como media hora más, hasta que Locher dio el visto bueno al emplazamiento del cañón. Naturalmente, yo iba echando ojeadas a la torre. Cuando terminamos, decidimos acercarnos, al menos, para llamar a la puerta y preguntar si estaba todo en orden. Demasiado tarde, ahora lo sé. A Locher y Fechter los dejé de guardia junto a la puerta y subí.

-Hagamos ahora eso mismo nosotros.

Nos acercamos a la torre y Wiggershaus abrió.

-¿Estaba cerrada la puerta de abajo? -pregunté.

-Sí, yo la abrí y subí luego hasta la mitad, donde está el laboratorio.

Subimos hasta el descansillo donde estaba la puerta que daba a la misteriosa estancia. La puerta estaba entreabierta y mostraba las huellas de haber sido violentada.

Frente a la puerta, en el suelo, un banco de madera, también con huellas de golpes.

En la parte correspondiente a las cerraduras la madera de la puerta se veía astillada, rota, y las dos cerraduras colgaban del marco.

Retuve a Wiggershaus y le pedí que me contara lo ocurrido antes de entrar.

-Llamé a la puerta y dije en voz alta el nombre del conde. No hubo respuesta. Golpeé la puerta con el puño hasta hacerme daño. Entonces bajó la señora Gundelfinger y me preguntó qué pasaba. Ella también había oído el tiro. Empezábamos a preocuparnos de verdad. Decidimos forzar la puerta. Fui en busca de Henning Locher. Él intentó abrir con sus herramientas, pero no pudo, y dijo que las llaves debían estar puestas en las cerraduras por dentro. En vista de que el conde no daba señales de vida ni siquiera ante nuestros intentos de forzar la puerta, colegimos que le había pasado algo. Bajé y me tropecé con Fechter, Michel el Viejo y Lotzer. Despaché a Michel y a Lotzer para que buscaran un ariete o algo parecido. Al poco regresaron con un banco... que es el que está ahí... y acompañados de Adriane. La puerta no cedió en seguida, y cuando me

acerqué a empujar para abrirla del todo noté un obstáculo. Entonces alguien exclamó «¡pero si es el hombre de negro!» Me volví, y en efecto, allí estaba Leo von Cleve al pie de la escalera. Ignoro si llevaba mucho rato mirándonos. Entonces se volvió y salió corriendo. Ordené a los hombres que lo persiguieran, pero la señora Gundelfinger retuvo a Michel el Viejo mientras Lotzer y Fechter echaban a correr detrás de Von Cleve. Sin embargo, no consiguieron atraparlo. Locher y yo empujamos la puerta y vimos que el conde estaba tumbado en el suelo detrás de ella. Terminado el relato, abrí y ambos entramos en la estancia. Debido a la forma de la torre y a la situación del tabique, la habitación pasaba un poco del semicírculo, es decir que volvía a estrecharse hacia eP fondo, en donde se encontraba la única pared rectilínea. La única ventana quedaba un poco a la derecha de la mitad del muro.

Era la primera vez en mi vida que me veía en una estancia dedicada arte secreta y sublime de la alquimia, pero la primera impresión fue de haber entrado en una cocina.

Había tres fogones contiguos, hechos de diferentes clases de piedra, con sus hornillas por donde se echaba el combustible y sus tapas de piedra, cada una de ellas hecha de una sola pieza. Dos de éstas estaban rajadas, y la tercera todavía intacta.

Sobre los fogones se abría una bóveda que tendría la altura de un hombre, y en ésta las chimeneas. Las dos de la derecha eran de obra, sustentadas por pilares. La del fogón que tenía la tapa entera consistía en una campana de metal, a manera de embudo puesto al revés. La chimenea de la derecha tenía un conducto vertical que atravesaba el techo del laboratorio, y las otras dos empalmaban con éste mediante sendos tramos inclinados.

Sobre el mármol de la izquierda estaban colocadas varias cacerolas de metal y de barro, en medio nada, y sobre el de la derecha un brazado de leña y varios cubos llenos de cenizas.

Más a la izquierda y adosadas al muro, diversas estanterías y tablas de madera soportaban una pesada carga de escudillas, crisoles, sartenes, ollas, tazas, vasos y botellas de las más variadas formas, que contenían polvos y líquidos de distintos colores. Algunos de los recipientes exhalaban olores desagradables. Al lado derecho del muro habían instalado una especie de mesa de trabajo. Consistía en un tablero grueso de madera, empotrado en la pared y sujeto

además por unas cadenas de hierro a sendas argollas clavadas en el techo. La mesa era lo bastante fuerte y ancha para resistir el peso de un hombre encaramado sobre el tablero, y además pasaba por debajo de la ventana.

Entonces comprendí por qué no se veía casi nunca a nadie asomado. La mesa dificultaba el acercarse a la ventana y obligaba a forzar la postura; el que quisiera sacar la cabeza por la ventana tendría que doblarse casi en dos. Debajo del alféizar se alineaba una infinidad de frascos, cientos de botellas pequeñas que a primera vista no contenían otra cosa sino agua clara.

Y también varios cristales de aumento.

A la derecha, junto a la ventana, unos aros empotrados en la pared sostenían unas vasijas de vidrio verde y de una forma jamás vista por mí hasta entonces. Eran como unos botellones panzudos y con el cuello muy largo, casi siempre doblado a un lado. En algunos el cuello se prolongaba a manera de serpentín o espiral. La mayoría parecían como si un soplador torpe se hubiese empeñado en formar una P de vidrio.

Más a la derecha, sobre el tablero, se veían varios enseres de gran tamaño, varios morteros de hierro con mano de lo mismo, un barril que parecía de los que se usan para la mantequilla, una docena de balanzas, varios escobones e incluso dos taburetes. Junto a éstos aparecía pulcramente doblada la lona que Frowin y Susanne usaban para recoger el agua de la lluvia, según me pareció entender aquella noche memorable.

En uno de los estantes se alineaba una colección de piedras etiquetadas con rótulos en latín. A mí se me antojaron vulgarísimos guijarros de color gris con vetas blancas o trozos de pizarra y de granito.

A la izquierda de la puerta las estanterías se hallaban repletas de libros y pergaminos enrollados, todo ello en perfecto orden. Junto a éstos descubrí una pistola. Le habían sacado la mecha, que estaba al lado del arma.

El suelo estaba embaldosado y muy limpio. Alguna de las personas que frecuentaban aquella estancia se empeñaba en mantenerla despejada, como si quisiera tener perfecta libertad de movimientos, cuando había recogido sobre la mesa hasta los taburetes.

-¿Se ha cambiado algo en esta habitación desde que estuvisteis aquí? -pregunté.

Wiggershaus lanzó una ojeada en derredor y dijo:

-Creo que no, aunque no podría jurar si esos frascos se encuentran en el mismo orden que estaban. Puedo aseguraros que yo no he tocado nada. Aparte de mí, sólo la señora Gundelfinger tiene llave de la torre. Y el de Hutten, que se mueve dentro de ella libremente. ¡Ah, sí! He entrado una vez con Kuehnemund para mostrarle lo ocurrido. Pero él no tocó nada, sino que se contentó con mirar.

Me acerqué a la ventana y me incliné sobre la mesa para echar una ojeada al patio. Al hacerlo derribé algunos de los frascos. Los ordené de nuevo con cuidado y me asomé hasta donde fuese posible sin efectuar demasiadas contorsiones. Bajo la última claridad del atardecer se distinguía perfectamente la cima que tanto nos había preocupado.

Observé que conforme iba andando hacia los fogones, la colina continuaba a la vista. Pero tan pronto como me apartaba unos pasos en dirección a la puerta, el recuadro de la ventana quedaba vacío.

Me acerqué a la puerta para ver el lugar en donde había caído Frowin. Un rastro de sangre ya seca manchaba el suelo por demás escrupulosamente limpio dibujando un cuarto de circunferencia desde la parte interior de la puerta hacia dentro, a poco más de un paso. Cuando abrieron la puerta empujando el cadáver de Frowin, la sangre de la herida había dejado aquel reguero en el suelo.

Wiggershaus siguió diciendo:

-El conde yacía boca abajo, y le dimos la vuelta. Entonces vimos que tenía un orificio en la sien. Saltaba a la vista que estaba difunto. Por si acaso la señora Gundelfinger le tomó el pulso, pero naturalmente no tenía. Locher descubrió la pistola, que se hallaba en el estante, más o menos en el mismo lugar que ahora. Por cierto que la mecha humeaba, y todos pensamos que él mismo se habría quitado la vida. Pero luego Locher examinó la pistola con más atención y dijo: «Esta pistola no se ha disparado.» A continuación extrajo la mecha y apagó la lumbre entre los dedos.

-¿Tenía Frowin la costumbre de guardar una pistola en esta habitación?

-No lo sé. He entrado pocas veces, y no se me ocurrió fijarme. Tomé la pistola del estante y la examiné. En efecto, la bala estaba todavía en el cañón y al levantar la cazoleta vi que la carga de pólvora seguía intacta.

-Estábamos totalmente consternados —siguió contando Wiggershaus—. Por la muerte del conde, claro está, pero también por las extrañas circunstancias que la acompañaron. Si os fijáis bien veréis que no se podía apuntar desde fuera del castillo a uno que estuviese al lado de la puerta.

Era lo mismo que yo acababa de constatar.

-¿Pudo quedar alguien oculto dentro de la estancia y que no lo vierais al entrar?

-No imagino dónde.

El único escondrijo posible que se me ocurrió fueron los tres fogones.

Me acerqué de nuevo para examinarlos con más detenimiento. Las hornillas eran demasiado estrechas para que pasara por la abertura un ser humano, y lo mismo las chimeneas, que además carecían de asideros interiores.

-¿Qué pasó luego?

-Que regresó Lotzer diciendo que el de negro se les había escapado. Registraron los nichos y los portales del patio, pero se había esfumado sin dejar ni rastro.

Pensé que seguramente nadie puso demasiado empeño en hallarlo. Era de suponer que hubiese corrido por el castillo el rumor de que valía más no tropezarse con Leo von Cleve. Pese a ello, despertaron a todo el mundo y rebuscaron por todas partes provistos de antorchas y linternas. El resultado fue el que cabía imaginar, el mismo de otras veces.

Wiggershaus mandó llamar al capellán Johannes y con ayuda de otros hombres llevaron el cadáver del conde a la capilla y lo pusieron sobre unas andas.

-Entonces fue cuando desperté a Conrad. -Continuó Wiggershaus su relato—. Cuando le puse al corriente farfulló no sé qué cosas sobre la justicia divina y se metió

en la capilla para rezar por el descanso eterno de su padre. Allí estará todavía.Y nosotros estamos ante un misterio que no vamos a tener tiempo de resolver, salvo si se os ocurre a vos alguna idea.

-Todavía es pronto. ¿Al hermano de Frowin no lo mataron también en esta habitación?

-Murió aquí, eso es verdad. En tiempos el conde Nikolaus también practicaba la alquimia, pero yo tenía entendido que murió de resultas de uno de sus experimentos. Eso fue mucho antes de establecerme aquí.

-¿Se levantó acta de las circunstancias?

-Que yo sepa, no, al menos aquí en el castillo.

-¿Cuánto tiempo hace que servís en este lugar?

-Como administrador, hará tres años. Pero trabajaba para Frowin desde hacía dos años y acudía muchas veces a despachar con él.

—¿Con qué objeto?

—Frowin mandó hacer pesquisas en busca de los desaparecidos hijos de su hermano. Emprendí varios viajes con esta misión y luego, cuando murió él viej.o administrador, Frowin me ofreció el empleo.

—Las malas lenguas acusan a Frowin de ser el asesino de su hermano mayor.

—Las malas lenguas dicen otras muchas cosas -remachó Wiggershaus-. Historias de demonios y de sacrificios humanos. Si gustáis de esa clase de consejas, hablad con el hijo del conde.Yo sólo cuento lo que he visto.Y nunca vi ninguna prueba de que Frowin hubiese matado a su hermano.

-Sois jurista, ¿verdad, señor Wiggershaus?

-He estudiado la jurisprudencia, sí. ¿Cómo se os ocurre?

-Por la soltura con que redactasteis el texto de nuestro acuerdo. Sin duda un magistrado debe ganar mas que el administrador de un castillo.

-Hay juristas brillantes y otros que no lo son tanto, señor Frischlin. Por desgracia, yo figuro entre los menos brillantes.

-Os doy las gracias. Vuestro testimonio me ha aclarado algunas dudas. Me quedaré a echar otro vistazo, ¿tendríais la bondad de prestarme la llave de la torre?

Wiggershaus la desprendió del llavero y me la entregó.

-¿Dónde ha quedado la llave del conde? —pregunté.

-Yo la tengo, junto con las demás llaves de Frowin. Wiggershaus me enseñó el llavero. Contenía otra llave idéntica a la que acababa de darme.

Cuando me vi a solas emprendí una revisión a fondo.

Los cierres de la puerta eran de tal calidad que habían resistido las embestidas con el banco mejor que la madera misma de la puerta. Por dentro podía estudiarse bien el funcionamiento de las cerraduras.

No eran dos los pasadores sino seis, en dos grupos de a tres. Por eso cuando introduje la ganzúa no pude levantarlos sino de uno en uno, y entonces el muelle de retorno volvía a cerrar cada pasador tan pronto como éste dejaba de recibir presión. Para que se abriese la puerta era necesario actuar con las dos llaves auténticas a la vez, a fin de descorrerlos todos al mismo tiempo.

Saqué las dos llaves de sus cerraduras y me quedé contemplando sus complicados dientes. A mi juicio no era posible que un intruso abriese por fuera, salvo si disponía de dos copias fieles.

Pero el hecho de que las dos llaves originales hubiesen quedado puestas por dentro excluía también esa posibilidad.

Tomé nota de quién estuvo y dónde estuvo según las declaraciones de Wiggershaus: «Medianoche, en sector prohibido de la muralla: Wiggershaus, Locher, Fechter. En el patio: Michel el Viejo, Lotzer. En la torre: Frowin, Hutten, Susanne. En lugar desconocido: Adriane, Leo von Cleve.»

A continuación abrí otro capítulo: «Media hora después de medianoche.» Y me quedé indeciso, pues no parecía que

hiciese falta escribir a continuación «todos en la torre». Conque lo dejé así.

Al difunto conde lo encontraron tumbado en el suelo detrás de la puerta. El que ha recibido un tiro en la cabeza no se dedica a dar vueltas por la habitación. Además ésta no presentaba otros rastros de sangre. Frowin debió fallecer en el mismo lugar donde fue encontrado. Quedaba descartada la teoría del tirador apostado fuera del castillo y que hubiese disparado a través de la ventana.

Estudié la madera de la puerta. Según las apariencias no presentaba otros daños sino los golpes dados con el banco a manera de ariete. Pero si golpearon la puerta para destrozarla y así disimular el orificio de un disparo, Frowin no habría recibido la bala en la cabeza sino en un punto necesariamente situado entre las caderas y el tórax, que era el nivel donde se situaban todos los golpes.

Tal vez Frowin estaba acuclillado detrás de la puerta cuando alguien disparó desde fuera para destrozar las cerraduras. Pero no, ¡absurdo!, porque éstas no estaban dañadas, y además el muerto habría caído hacia el interior de la habitación. Según las huellas, quedó atravesado detrás de la puerta hasta que entraron los demás y arrastraron el cadáver.

Habríase dicho que el conde quiso salir de la habitación. Huyendo de un peligro que estaba a su espalda.

En tal caso, ¿por qué no utilizó la pistola que tenía en el estante, en vez de huir? Quizá porque el peligro era tal, que habría sido inútil enfrentarse a él sin más arma que una pistola.

¿Existiría tal vez un pasadizo secreto? Inspeccioné el tabique, que estaba enlucido por dentro. Por más solapada que esté una puerta secreta, siempre quedan cuatro resquicios. Pueden disimularse como juntas de un muro de piedra, o como ensambladuras de un entarimado, o detrás de un tapiz ornamental. Pero no en una pared enyesada. Aunque sí detrás de los tableros y las patas de hierro de una estantería.

Empujé varios recipientes de gran tamaño por si ocultaban tales resquicios, pero fue en vano.

Me restaban el techo y el suelo. Este quedaba descartado porque la existencia de una trampilla oculta presupondría

que alguien colocase una escalera de mano para subir desde los bajos de la torre hasta el entresuelo. Sin duda era posible pasar de noche sin ser apercibido por la guardia.Yo mismo lo había conseguido. Pero hacer lo mismo llevando una escala de cinco veces la altura de un hombre ya era otra cosa.

Salí de la estancia. La escalera de mano que tenían allí para subir al otro altillo no alcanzaba ni la mitad de la altura que habría sido necesaria para empezar desde abajo.

Subí y estudié el segundo piso.

Para empezar anduve de un lado a otro con el oído atento por si alguna pisada sonaba a hueco. A continuación me arrastré a gatas buscando una junta, una grieta, cualquier cosa que pudiese indicar la existencia de una trampilla u otro género de acceso parecido que sirviera para colarse en el laboratorio. Acabé bastante convencido de que no la había.

Quedaba descartada, a todas luces, la posibilidad de que algún furtivo hubiese entrado para matar a Frowin de un tiro y retirarse luego por el mismo camino. Así que regresé al laboratorio una vez más y me puse a abrir todos los recipientes de gran cabida para registrarlos a fondo.

Los morteros estaban vacíos. El barril de mantequilla contenía efectivamente mantequilla, pero no daba la impresión de que fuese buena para comer.

Alumbré con una linterna el interior de los fogones. El izquierdo y su compañero contenían cenizas todavía calientes. El del lado derecho, restos de cenizas, pero parecía hallarse en desuso desde hacía tiempo, como también lo indicaba el hecho de que hubiesen amontonado sobre la tapa la leña y los cubos llenos de ceniza.

Palpé el interior de los tres con ambas manos, de lo que salí un poco menos limpio y un poco más ignorante.

Seguidamente volqué el contenido de los cubos llenos en los vacíos. Lo que había en ellos era ceniza y nada más.

Lo primero que habían pensado los que rompieron la puerta fue que el conde se había suicidado. Conociendo el carácter extravagante de Frowin, cabía pensar que hubiese elegido un procedimiento idóneo para dejar perplejos a los sobrevivientes. Pero por mucho que se lo hubiese

propuesto, no era posible matarse de un tiro y cargar luego la pistola. Si lo hizo él, debía encontrarse en alguna parte el artefacto empleado para ello.

Por insólita que fuese la idea de un suicida dispuesto a utilizar un sistema rebuscado para que su muerte fuese achacada a causas sobrenaturales, era preciso examinarla antes de adoptar la común opinión de que el asesino era de esos seres cuyos poderes sobrenaturales les permiten atravesar las paredes.

Madero a madero fui dejando el montón de leña en el suelo. En el rincon del mármol, al fondo, apareció una segunda pistola. Alguien había disparado con ella y estaba descargada.

## CAPITULO 21

### En donde se cuenta una cura que resultó tan dolorosa como la enfermedad

COLOQUÉ UN TABURETE en el suelo y me senté a la mesa de trabajo con las dos pistolas. Ambas tenían martillo de resorte y al apretar el gatillo aplicaba la lumbre de la mecha sobre la cazoleta de la pólvora.

La pistola encontrada detrás del brazado de leña era más pequeña, de martillo delantero, y la mecha estaba apagada. En el interior de la boca se veían unas costras que eran restos de pólvora.

Por un instante surgió en mi imaginación una fantasmal construcción de hilos, poleas y contrapesos que pudiese haber servido para disparar desde el fogón de la derecha y matarse uno mismo, después de lo cual dejaría caer en buen orden sobre la pistola un montón de maderos que la ocultasen.

Demasiada fantasía, Edgar, me dije. Deberías dormir más.

La pistola más grande tenía mecanismo trasero y en la culata un pomo de metal que servía de contrapeso y la equilibraba. Introduje el dedo meñique en la boca. No encontré restos de pólvora quemada, aunque sí aceite. Antes de disparar, un individuo cuidadoso secaría el aceite introduciendo por el ánima una torcida de hilo, para evitar que al inflamarse el aceite con la pólvora se destemplara el acero.

No ostentaban ornamentación alguna. Eran armas baratas, del montón, no piezas de encargo. Contemplé las guarniciones buscando las firmas de los armeros. En la pequeña habían grabado F.F. fecit. Las letras «F.F.» tal vez correspondían a Frederikus Funcken, un armero de Nuremberg.

La pistola grande mostraba huellas de haber sido usada con asiduidad. Al haberse prendido muchas veces la pólvora el metal estaba picado y apenas se distinguía la firma.Tras darle muchas vueltas conseguí descifrar la inscripción Agrícola Schluechtern. De donde colegí que sería obra de un armero llamado Bauer, oriundo de la villa de Schlüchtern y que siguiendo la moda de la época latinizaba su apellido, que quiere decir labrador. Un armero de Schlüchtern... eso arrojaba una luz nueva sobre el descubrimiento.

Tanto miré los herrajes que acabé por descubrir algo que normalmente debía pasar desapercibido. El canal por donde el cebo daba fuego a la carga de pólvora propiamente dicha estaba obturado. Recogí una de las teas y le saqué una astilla para tratar de desatascarlo.

La astilla no asomó por el otro extremo del conducto. Allí había algo más que residuos carbonizados. Un canal así suele ser demasiado estrecho para examinarlo a simple vista. De modo que -me hice con el más potente de los cristales de aumento que encontré sobre la mesa y volví a inspeccionar el arma. El atasco era debido a una delgada punta metálica.

Cuando se le toman armas al enemigo en una batalla y no queremos cargar con ellas, se inutilizan metiéndoles un clavo. Si se introduce a fondo y bien apretado, no hay reparación posible, ya que no se puede extraer sin destrozar el mecanismo, y por eso se dice en estos casos que las armas quedan «enclavadas». Pues bien, aquella pistola

también estaba «enclavada». No sólo no la había disparado nadie, sino que además era imposible que disparase.

Encendí la mecha en una linterna, soplé sobre la llama para apagarla y dejar sólo la lumbre, y monté la mecha en el martillo. Escondí la otra pistola debajo de mi jubón y salí.

En esta oportunidad llamé educadamente a la puerta y esperé a escuchar la voz de «adelante».

Von Hutten estaba sentado a su mesa y escribía.

-Buenas noches -dije-. Confío en no estorbar ninguna ocupación importante.

-La más importante, o la menos importante, como gustéis -respondió él no sin echar una mirada de desconfianza a la pistola-. Intentaba redactar mi testamento, ocupación que por cierto se me antoja urgentísima en estos momentos. Pero, por otra parte, y puesto que no tengo otros bienes sino estas prendas que veis en mi persona, no he de dejar más herencia que mis pensamientos. ¿Os parecen importantes o no?

-Siempre lo son los de un hombre importante.

-Veo que os defendéis bien con evasivas, ¿acaso estudiasteis la dialéctica?

-En toda mi vida jamás he estudiado nada.

-¡Vaya! Bien mirado, eso es una ofensa para mí.

-Ahora no os sigo. Hutten rió sin ganas.

-Sentaos en ese taburete, que os lo explicaré.

Me senté a su lado, junto a la mesa. Él volvió la hoja de papel para ocultar lo escrito, pero pude distinguir que eran renglones breves. Poesía, seguramente.

-Me figuraba que Greifenclau enviaría a un letrado, puesto que se trataba de cazar a un letrado -explicó Hutten-. Pero envió a un simple lansquenete, y en eso consiste la afrenta.

-Creo que ya hemos hablado de esto en otra ocasión -apunté.

-Hablábamos del mismo tema, pero la conversación fue otra. Por deferencia no quise desengañaros, y dejé que creyerais que aceptaba vuestro subterfugio. Pero ahora me parece innecesario seguir jugando al escondite. El morbo gálico ha hecho de mí una piltrafa físicamente, pero todavía tengo sensatez para saber reconocer una patraña tan mal tramada.

Puse la pistola sobre la mesa delante de él.

-¿Esa es la voluntad de Greifenclau? -preguntó él-. ¿Quiere que me quite la vida con mis propias manos? Claro está, sería deshonroso asesinar por las armas a un hombre de letras.

-Que yo sepa, también os defendéis muy bien con la espada y con la pistola.

-¡Ah! A lo que parece, he dejado de ser el misterioso desconocido que se aloja en la torre. ¿Ahora resulta que sabéis quién soy?

-Sé que sois Ulrich von Hutten. Me lo ha confesado Benno Wiggershaus, y lo hizo porque me encargó que investigase la muerte del conde.

-¡Caramba! Queréis perseverar con vuestra historia de que sois nada más que un simple lansquenete. Que entró aquí utilizando una ganzúa por ver si averiguaba algún secreto.

-Os referís a mi primera visita, señor Von Hutten. ¿Acaso os consta que la puerta no estaba abierta?

-Nunca lo está y eso sí que me constaba. No, no, vinisteis para espiar por cuenta de Greifenclau. Pues bien, decidle a vuestro amo que Ulrich von Hutten no ve ninguna razón para hacerle el favor. Que no pienso pegarme un tiro, aunque para ello me devolváis mi propia pistola.

-¿Decís que es vuestra la pistola?

-Pues ¿no me la devolvéis porque es mía?

-Es obra de un armero de Schlüchtern y esa población pertenece a Steckelberg, el feudo de vuestra familia -expliqué—. Era fácil deducir que el arma podía ser vuestra. Lo cual plantea otras muchas cuestiones, por cierto.

-No digo que no. A vos, mi señor «sencillo lansquenete».

-Puesto que andáis empeñado en ello, mi señor Von Hutten, vamos a admitir que trabajo en efecto por cuenta de Greifenclau. Tenéis mi permiso para llamarme señor Frischlin. Y quedaos con la pistola, si así os sentís más seguro en mi presencia.

El de Hutten tomó el arma, la examinó brevemente para ver si estaba cargada y la apuntó hacia mí.

-¿Cómo vais a impedir ahora que os descerraje un tiro? -preguntó.

-Con una llamada a vuestro sentido común —contesté—. Este castillo está rodeado por los bandoleros. Tenemos pocas posibilidades, y menos vamos a tener si nos dedicamos a exterminarnos mutuamente.

-Muerto por los bandoleros o ahorcado por Greifenclau en Tréveris, no veo mucha diferencia.

-Greifenclau está en Landstuhl y los bandidos son el peligro inmediato. ¿Cuál preferís?

-Bien, concedo que seamos aliados frente a los bandoleros. Pero, ¿qué ocurrirá si logramos salir de aquí con vida? ¿Me acometeréis durante la noche para quitarme la pistola?

No me resultaba difícil ponerme en el lugar de Von Hutten. Él no tenía ningún motivo para confiar en un agente del príncipe obispo. Pensé que debía ofrecerle uno que pudiera interesarle.

-¿Acaso no sabéis lo que sucedió aquí anoche? —le pregunté.

-Que el conde murió, según tengo entendido. Y dijo la señora Gundelfinger que lo mataron en una habitación cerrada con llave. Por lo visto, nadie se explica cómo pudo suceder.Yo apostaré a que esos locos buscarán una explicación sobrenatural cuando no se les ocurra otra. Evidentemente, no se puede matar a nadie que se haya encerrado con llave en una habitación. Será que no han mirado bien.

-Yo sí he mirado bien. La habitación estaba cerrada por dentro.Y vuestra pistola se encontró en ella. ¿No es curioso que fuese vuestra? Lo normal sería que la tuvierais vos.

-¿Estáis insinuando que yo maté al conde?

-En este castillo pocas cosas son lo que parecen. El homicidio en una habitación cerrada es un misterio y vuestra presencia es otro. Todavía no sé si ambos misterios son uno y el mismo.

-¡Ah! ¡Por ahí sopla el viento! Queréis despertar mi curiosidad para que yo resuelva el misterio por vos. ¿Tan buena opinión tenéis de mí que me consideráis capaz de adelantaros, a mí que me paso todo el santo día encerrado en este camaranchón?

-Por lo que a mí concierne, es innecesario que os paséis el día sentado en esta cámara. Alguien quiso que vuestra estancia fuese un secreto, pero ya no lo es. El aire fresco no os hará daño, ni está de más un poco de distracción para el espíritu. Hablaba en serio cuando dije que los pensamientos de un hombre importante siempre son importantes.

-Sois el diablo, señor Frischlin. Jesús resistió la tentación cuando Satanás le ofreció hacerle dueño de toda la tierra, pero yo no puedo resistirme si me ofrecéis aire puro y un tema para entretener los pensamientos. Pero os advierto una cosa. No me pidáis mi palabra de honor conforme no voy a salir de este castillo.

-Ni yo os pediría nunca tamaño imposible.

-Está bien, pues decidme, ¿qué habéis averiguado hasta aquí?

-Yo soy el que impone las reglas de nuestro juego, señor Von Hutten -le respondí—. Contadme vos cómo vinisteis al castillo, y yo os contaré lo que me acomode.

-Estaba en correspondencia con las mejores cabezas del mundo —empezó Ulrich von Hutten—. Felipe Melanchton, Erasmo de Rotterdam, Martín Lutero y yo compartíamos nuestras ideas. Entonces decidí que yo sería el primero en escribirlo todo en nuestro idioma, para que las ideas no continuaran siendo privilegio de los letrados.

»En 1515 cuando Ulrich von Württemberg hizo matar a mi primo Hans y creyó que saldría bien librado porque su corona de duque le dispensaba de tener que comparecer ante los tribunales, defendí la causa de nuestra familia con la espada y con la pluma hasta que Ulrich no tuvo más

remedio que someterse. Estuve en Italia, estudié las obras de los antiguos, aprendí y escribí. Mis obras eran leídas en toda Alemania. Hace seis años el emperador Maximiliano me coronó "poeta laureatus" con sus propias manos.

»Con los años, sin embargo, se me abrieron los ojos.Y lo que vi no fue más que miseria e injusticia en todas partes. E incluso me vi capaz de señalar con el dedo al causante de.tan grandes males. ¡Es el condenado anticristo de Roma, que se llama a sí mismo el papa! Sus esbirros predican la salvación de todos en el otro mundo para así poder apoderarse de cuanto hay en éste. Censuran los libros, ponen cortapisas a la ciencia, prohiben el amor...

-No prosigáis, señor Von Hutten. Estáis hablando con un convencido, pero ahora sólo me interesa vuestro relato de cómo vinisteis aquí.

-Limitémonos a decir que también vi una luz en medio de tanta aflicción, y que fue Franz von Sickingen, el más poderoso entre los caballeros imperiales e íntimo amigo del emperador. Él quiere un monarca fuerte que no vaya pidiendo el placel a Roma para atreverse a firmar un edicto. Nos creíamos capaces de llegar adonde hiciese falta, ¡locos de nosotros!

A medida que hablaba Von Hurten se iba exaltando, hasta que le interrumpió un golpe de tos.

-El año pasado yo todavía estaba en el cénit del éxito - prosiguió cuando se hubo repuesto-. Lutero acababa de comparecer ante la Dieta y se negó a retractarse de sus tesis. Algunos príncipes electores, los primeros, se negaron a suscribir la proscripción de Lutero. Entonces Greifenclau, para provocar a Sickingen, dispensó de su juramento de fidelidad a los vasallos de éste declarándolo nulo. Asaltamos algunos conventos y pusimos en fuga a varias patrullas de Greifenclau, después de lo cual marchamos sobre Tréveris para apoderarnos del príncipe obispo. Pero el muy malnacido había sido más listo que nosotros. Sin que nos hubiese vencido en una sola batalla, cuando llegó el invierno tuvimos que levantar el asedio, ¡qué deshonra y qué baldón para nosotros! Él intrigó durante todo el invierno como la serpiente en el Paraíso. Y cuando retornó la primavera y el de Sickingen quiso reunir de nuevo a sus aliados, éstos no comparecieron. Lo que sí apareció fue un edicto de nuestro soberano declarando traidor a Sickingen.

-Buena lección sobre la diferencia entre la estrategia y la táctica -comenté.

-Eso no necesito que me lo digáis vos. Todas nuestras batallas resultaron ser victorias pírricas. Yo estaba dispuesto a morir luchando por el de Sickingen, pero él me despidió diciendo: «Si mi mundo cae hecho ruinas, necesito hombres como tú para reconstruirlo.» Contaba yo con una promesa de asilo en Suiza por parte de Zuinglio, siempre y cuando consiguiera llegar por mi cuenta hasta allí.

»Así que me sometí a la decisión de Sickingen y me puse en camino. El desánimo de la derrota que entreveía cierta, y los progresos de mi enfermedad, no me dejaron viajar con la celeridad necesaria. En mi mente imaginaba una carrera entre los esbirros de Greifenclau y mis bubas, a ver si me alcanzaban más pronto éstas que aquéllos. «Pero las bubas llevaban mucha ventaja.

«Cuando uno se ahoga, se agarra a un clavo ardiendo, conque me acordé de Frowin von Pirckheim. Había sido amigo de mi padre, y de niño yo había saltado más de una vez sobre sus rodillas.

»Me arrastré hasta su castillo. De eso hace dos meses. »Di un nombre falso. Me hice pasar por mensajero que traía cartas sobre un negocio de unas herencias y que debían ser entregadas al conde en propia mano. ¡No se podía caer más bajo! ¡Entrar amparándome en una cobarde mentira yo, que escribí en mi escudo el lema "a todo me arrojo"!

»El conde no quiso recibirme, y todavía gracias que pude hablar con el administrador, con ese gordinflón de Wiggershaus. No me habría resultado difícil engañarle si se me hubiese antojado, pero al fin pudo más el orgullo y le espeté mi verdadero nombre.

«Entonces el conde consintió en que yo fuese llevado a su presencia, y me dije "o te recibe con los brazos abiertos y te ofrece su protección, o te echa prisionero a las mazmorras". Lo único que no había previsto fue la indiferencia que me demostró. Incluso dejó a su administrador la decisión en cuanto a lo que hubiese de hacerse conmigo. ¡Yo, el enemigo más irreductible del elector y arzobispo Greifenclau, reducido a la merced de un simple administrador! ¡Imaginaos!

No me resultó difícil imaginarlo. Me parecía estar viendo a Frowin impaciente por regresar a su laboratorio de

alquimista. A Wiggershaus devanándose los sesos acerca de la conveniencia de tomar tales o cuales decisiones que en realidad le correspondían a su amo. ¿Debía entregar al de Hutten tal como lo hubiese exigido la fidelidad jurada a Greifenclau? ¿O concederle asilo por cuanto simpatizaba personalmente con él y sus ideas?

-¿De quién fue la decisión de esconderos en la torre? -pregunté.

-De Wiggershaus. Al principio él mismo se presentaba durante la noche para subir un poco de comida, y también libros y recado de escribir que yo le pedí.

»Al principio dijo que nadie debía saber que yo estaba allí. Pero luego, cuando empeoró mi enfermedad y creyéndome a punto de morir, llamó a Susanne Gundelfinger.

»Ella fue la única que se compadeció de mí, y empezó a darme tratamiento de guayaco, ¿sabéis lo que es?

-Sí, es la madera que tenéis ahí, junto a la chimenea. Recuerdo ese olor, de cuando estuve en el hospital de Tréveris. Dicen que da unos sahumerios buenos contra el mal francés.

-Hace cinco años, estando en Augsburgo, fue la primera vez que creí morir del mal francés y entonces me hicieron una cura. Después del primer día pensé, si no te mata la enfermedad, la cura seguro que lo consigue. Le tienen a uno encerrado durante semanas en una habitación diminuta, cargada de humo día y noche. Por si fuese poco ese anticipo del purgatorio, con las virutas de esa madera preparan una decocción y es la única bebida que te administran. La espuma que echa ese cocimiento mientras hierve se aplica sobre las llagas a manera de ungüento, y no te dan nada de comer excepto unas hojas de lechuga.

»Cuando salí del hospital apenas me tenía sobre las piernas. Pero las llagas habían desaparecido y me dije "tal vez sea necesario sufrir lo peor antes de que la cosa vaya a mejor".

»Pero aún no había transcurrido un mes cuando empeoré otra vez. Entonces me juré que prefería morir de esa peste antes que pasar otra vez los tormentos de la cura. Sin embargo, cuando la señora Gundelfinger me la propuso, acepté.

»Ella no la hizo tan drástica. Me dieron lo suficiente de comer y beber, y después de cada inhalación ventilaban la estancia a fondo.

»Incluso pude volver a escribir un poco. Más tarde se limitaron a dejar la comida abajo, delante de la puerta, puesto que yo estaba en condiciones de bajar a por ella. Pero todavía me hallo demasiado débil para poder continuar mi viaje.

»Ésa es toda mi historia, señor Frischlin.

-Excepto la noche pasada.

-Y excepto los días próximos. Por lo que se refiere a la noche del crimen, no tengo nada que ocultar. Empecemos por esto -agregó indicando la pistola con un ademán-. ¿Habíais preguntado cómo estaba en poder de Frowin?

-Ésa iba a ser la segunda pregunta. La primera, ¿cómo es posible que la viese yo por primera vez en vuestro poder?

-Vos no lo habríais permitido, ¿verdad? En efecto Wiggershaus mandó que me desarmaran como condición previa para ser recibido por el conde. Cuando me condujo a la habitación le pregunté si yo era un prisionero o un invitado.

»A eso no quiso contestar Wiggershaus, pero luego debió pensarlo, pues en su próxima visita me devolvió la pistola y la espada. ¿Acaso Wiggershaus va a quedar ahora en vuestra lista de los enemigos de Greifenclau, sólo porque no me cargó de cadenas?»

-Greifenclau no precisa de ayudantes para elegir a sus enemigos. ¿Cómo se hizo Frowin con el arma?

-Acudió a pedírmela. Ayer por la noche, dicho sea de paso. Entró en la habitación y me hizo algunas preguntas. Lo primero que preguntó fue si yo sabía quién trataba de atentar contra su vida. Luego habló un rato de alquimia. Al parecer demostré demasiado interés, porque empezó a mirarme con desconfianza. Por último se apoderó de la pistola, la examinó y dijo «está cargada». Dicho lo cual se alejó llevándose el arma. Yo salí a la puerta y le grité que tuviera la bondad de devolvérmela. Pero él no hizo caso. Únicamente pude escuchar que cerraba de un portazo y daba vuelta de llave a las dos cerraduras.

-¿Estáis seguro de que Frowin se encerró?

-Seguro, la enfermedad no me afecta a los oídos.

-¿Estaría solo?

-Lo estaba cuando vino a verme, aunque no puedo decir si se encerró a solas en su habitación.

-¿Os visitaba con frecuencia?

-Que yo recuerde, sólo una vez. Fue poco después de que la señora Gundelfinger hubiese iniciado la cura. La acompañó, pero no hizo ningún caso de mí. Sólo hablaba con ella. Le preguntó varias veces si estaba segura de que yo no abandonaría la habitación y si se podía confiar en que yo no me enterase de nada.

-¿A qué se refería?

-Eso no lo dijo. ¿A qué venía tanto secretismo? Es fácil de adivinar. Aquí trataban de fabricar oro y apuesto a que todos los del castillo estaban al corriente, por más que el conde Frowin se figurara que era un secreto.

-¿Cómo se os ocurrió esa idea?

-Tal como os he dicho, era fácil de adivinar con sólo pensarlo un poco. La señora Gundelfinger entiende de enfermedades y de medicinas. Frowir la trataba con gran respeto, y Wiggershaus la puso al tanto de mi presencia pese a ser otro de los secretos del castillo. Ella entra y sale, mientras que a los demás se les prohibe acercarse a la torre. Conclusión, la señora Gundelfinger es una alquimista, y si el conde la trata con respeto es porque le ha dado esperanzas de que se obtendrá el oro.

-Es una deducción convincente. Habréis adivinado también por qué se llevó vuestra pistola.

-Eso es un poco más difícil. Si quería una pistola, ¿por qué no fue a la armería, a por una de las suyas? Sólo se me ocurre una explicación, y es que no le convenía que alguien supiera que iba armado.

-¿Sabía Frowin que vos teníais un arma aquí?

-Siempre la he tenido a la vista. Pero cuando se apoderó de ella me pareció más bien como una ocurrencia espontánea. Lo cual complica todavía más la cosa, ¿no os parece?

-Una vez hubo salido Frowin, ¿qué pasó después?

-Me senté a la mesa con intención de escribir. Pero me escocían mucho las llagas y no pude concentrarme. La señora Gundelfinger me había encarecido mucho que no me rascase por nada del mundo, por grande que fuese el escozor, porque entonces empeorarían mucho. Pero yo no podía evitarlo. Las manos acudían solas a meterse debajo del jubón y rascar.

»Las puse ambas sobre la mesa para tenerlas a la vista y recité clásicos latinos de memoria. Creí volverme loco y no podía pensar en otra cosa sino en rascarme.

»Al anochecer me asomé a la ventana y me puse a contar las estrellas. Andaba de un lado a otro, echando maldiciones... ¡no tenéis ni la menor idea de lo que he padecido!

»Poco antes de las once se presentó la señora Gundelfinger para administrarme la cura de guayaco. Para mí fue como si se me hubiese aparecido un ángel del cielo. Le atroné los oídos con mis quejas y ella lo escuchó todo con paciencia mientras preparaba la inhalación.»

-¿No se ausentó en ningún momento mientras tomabais los sahumerios?

-En ningún momento, durante toda la cura. Es una lástima que esa mujer desperdicie su talento con la fabricación del oro. Una de las mayores necedades de la Iglesia es la prohibición de que las mujeres ejerzan la medicina. Ridículo, pero típico de la manera de proceder de los papistas. Siempre que se plantea una solución razonable ellos prefieren la...

-En una palabra, que se quedó con vos -interrumpí la perorata-. ¿Cuánto duran las inhalaciones?

-Como tres horas.

-La cura de guayaco produce un estado de embriaguez en el que no se distinguen los sueños de la realidad, ¿no es cierto?

-Estáis diciendo si fue posible que saliera un momento para matar al conde y regresar en seguida, ¿verdad? La preparación duró hasta después de las once, digamos un cuarto de hora. Es cierto que al inhalar los humos se le aturden a uno los sentidos, pero se tarda bastante en quedar embotado y como dormido.

»La señora Gundelfinger abanicaba el humo para que yo lo respirase. De vez en cuando se acercaba a la ventana para tomar el aire puro. Y cuando regresaba me examinaba los ojos y la respiración, y me tomaba el pulso, lo mismo que otras veces.

»Al dar la medianoche se oyó un tiro. Ése es el momento crítico, ¿no? Pues bien, la señora Gundelfinger estaba a mi lado, y yo viéndola con tanta claridad como ahora os veo a vos.

»Ella se acercó a la ventana y se asomó. Dijo que estaban abajo tres hombres con un cañón, por lo que supusimos que el tiro se les habría escapado a ellos.

»No le dimos mayor importancia, hasta que se oyeron golpes y gritos abajo. La señora Gundelfinger salió diciendo que iba a mirar.

»El estrépito de abajo arreció. Por último se oyó un golpe mucho más fuerte y muchas voces y ruidos de pisadas.

»Al cabo de un rato sentí que caía en ese estado de somnolencia y me quedé dormido.

»Esta mañana me despertó la señora Gundelfinger, y así supe que Frowin murió durante la noche. Dijo que al principio creyeron que había sido un suicidio. Y que luego se presentó un intruso desconocido en la torre y desapareció en seguida.

»Durante la jornada acudió Wiggershaus para interrogarme, diciendo que yo era el que estuvo más cerca del lugar de los hechos. ¿Puedo quedarme con mi pistola ahora?

—Desde luego, pero os aconsejo que examinéis con detenimiento el mecanismo.

-¿A qué viene eso? —Sin esperar respuesta, levantó la tapa de la cazoleta y se acercó el arma a los ojos. La luz escasa y el estado de su vista no le permitieron distinguir gran cosa.

Hutten tomó una de sus plumas, le sacó punta con una navajita y se puso a hurgar en el canal de ignición.

-¡Ah! Era eso -exclamó-. Alguien ha inutilizado la pistola.

-La cuestión estriba en saber quién, y cuándo —asentí—. ¿Enclavó Wiggershaus la pistola antes de devolvérosla? ¿O lo hizo Frowin cuando se la llevó?

-Eso lo averiguaréis vos más fácilmente que yo. Por mi parte, yo reflexionaré sobre el problema principal. Si el conde no paraba atención en ninguna cosa del mundo salvo sus experimentos, por lo cual los demás podían hacer y deshacer a sus espaldas cuanto se les antojase, puesto que él no se daba cuenta de nada, ¿qué necesidad tenía nadie de asesinarlo? Si uno alberga algún plan siniestro, ¿qué mejor circunstancia que un amo del castillo despreocupado de todo?

Titubeó unos instantes, como temiendo decir en voz alta lo que sin duda ambos habíamos pensado al mismo tiempo. Pero finalmente lo dijo:

-A no ser que el amo del castillo finalmente hubiese tenido éxito con sus experimentos.

## CAPITULO 22

### Que recoge una confesión

LA IDEA DE QUE SUSANNE y Frowin hubiesen tenido éxito en sus experimentos y la consecuencia hubiese sido el asesinato de Frowin, hizo que encaminase mis primeras investigaciones hacia los aposentos de Susanne.

Se me figuraba que tal vez ella se creía superior a mí, ¿qué razones podía aducir para tal pretensión? ¿Que Frowin sólo tuviese oídos para ella y sus condenadas pócimas? ¿Que Wiggershaus se hubiese aconsejado con ella para lo tocante

al de Hutten? ¿Que éste la tuviese por una buena curandera? ¿Que Kuehnemund le hubiese encargado fabricar un par de bombas? ¿Que Locher le pidiese consejo para la construcción de su extravagante batería de tubos? ¿Que yo mismo hubiese mendigado sus favores en otros tiempos?

En fin, algunas razones sí tenía.

Susanne se alojaba en una de las dependencias del lado este. Seguramente habría previsto ya mi visita.

Pensé que á lo mejor convendría iniciar la conversación con unas cuantas acusaciones. Que atendió al de Hutten, por ejemplo, aun sabiendo que era un insumiso. O mejor aún, que le escatimaba intencionadamente las inhalaciones para demorar su restablecimiento. Y otra que no dejaría de surtir efecto: que no hizo caso del disparo, cuando necesariamente debió darse cuenta de que había sonado dentro del laboratorio.

Y cuando se produjese el estallido de indignación, le pondría mis credenciales delante de sus narices.

O mejor no, por lo menos no delante de las narices, puesto que tendría que sacármelas de la bota.

Entré sin llamar.

Susanne estaba sentada en la cama y lloraba.

Mirándome con sus ojos henchidos de lágrimas, dijo:

-Estoy dispuesta, Edgar. Pensaba huir, pero llevo demasiado tiempo huyendo. Lo confesaré todo. Soy hija de Nikolaus.

En medio de la habitación, un baúl abierto mostraba un revoltijo de prendas y enseres, parte de los cuales se desparramaban por el suelo corno si su propietaria se hubiese dedicado a la rebusca entre cuáles llevar y cuáles no.

Sobre la mesa, una biblia abierta.

En conjunto daba la impresión de que alguien había iniciado una fuga precipitada y luego se había arrepentido.

Susanne se enjugó las lágrimas con un pañuelo pero fue lo mismo que si lo hiciese con un salero, porque siguieron corriendo todavía más abundantes. Se sorbió un poco los mocos y no me dio en absoluto la impresión de que se creyera superior.

-¿Conoces tú la vida del profeta Joñas? -me preguntó.

-Creo que se lo comió una ballena. Susanne asintió.

-El también quiso huir de su destino, pero el destino le alcanzó cuando él creía estar más seguro. Ésa es mi historia, Edgar. Me alegro de que hayas sido el primero en escucharla. No el incorruptible Hans Kuehnemund, ni Benno Wiggershaus, siempre tan fiel a un hombre que en el fondo le despreciaba, ni uno cualquiera de esos alguaciles que me tienen por una bruja.

Me senté al lado de Susanne y le rodeé los hombros con un brazo.

-Cuéntamelo todo, Susanne —le dije—.Yo te ayudaré en lo que esté en mi mano.

Qué bribón eres, pensé. Aprovecharte de su estado de ánimo para sonsacarla.

Rocé su mejilla con un casto beso. A lo mejor no era yo tan bribón como creía, pues sentí que a mí también se me humedecían un poco los ojos.

-¿De veras querrás escucharme? -preguntó Susanne-. ¿No me odias porque fui demasiado arisca contigo cuando vivíamos en el pueblo?

-Eso pertenece al pasado, Susanne. Ahora somos adultos y no vamos a permitir que nos confundan esos sentimientos. Puedes hablar con toda confianza.

-¡Ay, Edgar! Yo... pero ¿qué hago aquí sentada llorando sobre mi destino? Seguro que la vida para ti tampoco es un lecho de rosas.Tienes el vendaje empapado de sangre.

Poniéndose en pie, se acercó a su arcón y hurgó en él un rato. Finalmente sacó un trapo blanco de hilo y un tarro pequeño, al tiempo que se secaba las últimas lágrimas con una punta de la misma pieza.

En seguida me levantó con cuidado el vendaje. Estaba manchado de sangre, en efecto, aunque ya reseca.

Con mucha delicadeza me puso un poco de ungüento en la herida de la frente, y luego hizo tiras el trapo para vendarme de nuevo.

La repentina situación de intimidad y el hecho de verme vendado con un paño previamente humedecido por sus propias lágrimas produjeron en mí una sensación extraña.

De súbito me vi a mí mismo enlazándola por la cintura y derribándola de espaldas sobre la cama. Febriles, mis manos como garfios arrancaban sus ropas hasta desnudarla por completo, y mis ardientes labios recorrían todo su cuerpo cubriéndolo de besos voraces y apremiantes.

Pero permanecí sentado sin hacer nada, y dejé que ella me atase el vendaje.

Yo la rescataré. La sacaré de aquí, me dije, y la llevaré conmigo a alguna parte. Pero para eso era preciso ser fuerte.

-Qué bien. Esa pomada refresca la piel -dije.

-Está hecha de llantén y helécho. El llantén quita la inflamación, y el helécho favorece la renovación de la piel. Ni siquiera te quedará una cicatriz.

Y qué decir de las cicatrices de mi alma. Esas no desaparecerían porque no se había descubierto aún el remedio para ellas. Yo sería fuerte, y esta vez quedaría vencedor.

Me alejé de Susanne y fui a sentarme sobre la mesa adoptando la actitud del que se dispone a escuchar. Al cabo de un rato Susanne empezó a hablar.

-¿Recuerdas que estaba decidida a cobrar venganza de los asesinos? Pero no pude encontrarlos. Ni rastro de ellos.Y cuando regresé a Oberwesel nadie quiso darme razón. Parecían más bien dispuestos a echarme del pueblo. Entonces apareció el hombre de negro.

-¿Leo von Cleve?

-Sí, así se llama. Para mí siempre será el hombre de negro, sin embargo.

-¿En aquellos tiempos andaba ya por la comarca?

-Creo que andaba en muchas partes, y por todas tenía tendidas sus redes. Pero fue bueno y amable conmigo cuando me encontró tirada en la cuneta, medio muerta de frío. Me dio ropas secas, me dio de comer, buscó un caballo para mí y me enseñó a montarlo. Sólo que siempre me dio a entender que me consideraba de su propiedad.

-¿Intentó abusar de ti?

-No en el sentido que tú dices. Pero me sonsacó toda la historia de mi vida. Yo no entendía por qué me preguntaba si había estado alguna vez en un castillo, .Hinque sólo fuese en sueños. Lo repitió de muchas maneras diferentes.

»Yo le conté que algunas veces había soñado que era una princesa, y él replicó entonces "seguramente debió parecértelo así".

«Nunca le faltaba dinero, por lo visto. A veces me dejaba durante semanas en una casa de huéspedes y desaparecía. Al cabo de algún tiempo regresaba a por mí. Luego empezó a enseñarme el latín y el francés.

»Así anduvimos durante más de dos años errantes por toda Alemania y Francia. Nunca supe si buscaba algo o huía de algo.

»Una noche acampamos en un claro del bosque y mientras nos calentábamos junto al fuego nos sorprendieron tres soldados.

»El cabecilla le anunció al de negro que iba a ser ajusticiado por asesino. Los otros dos le apuntaban con sus arcabuces. El de negro no intentó persuadirlos de su inocencia. Al contrario, reconoció que sí, que había matado al primogénito de no sé qué marqués por encargo de su hermano menor.

»Y luego los dos soldados cayeron muertos, con sendos puñales clavados en las gargantas. El cabecilla no llegó a desenvainar la espada. El de negro saltó sobre él, le agarró la cabeza con las dos manos y le rompió el cuello.

»Ni siquiera me pareció que le costase mucho esfuerzo.

«Cavarnos un agujero y allí desaparecieron los muertos con sus pertenencias. Al de negro no le interesaba el botín.

»Fue entonces cuando propuso que continuáramos por caminos separados."Nadie es perfecto —dijo—, y podría suceder que yo no consiguiera reunirme contigo. Por eso, antes de separarnos debes saber quién eres y por qué te he conducido hasta aquí. Pero que no se te ocurra nunca tratar de traicionarme."

«Dicho lo cual me reveló mi origen y las circunstancias de la muerte de mi padre.

«Nikolaus se dedicaba a la alquimia, aunque nunca habría sido capaz de practicar un sacrificio humano. Convivía con él su hermano Frowin, muerto de envidia porque el heredero único era Nikolaus y además tenía tres vastagos que heredarían a su vez. Como legalmente a él no le tocaba nada, ni mucho menos el título de conde, se le ocurrió un plan diabólico. Encargaría el asesinato de las criaturas y se las arreglaría para culpar a Nikolaus. Y cuando éste fuese ejecutado por infanticida, Frowin sería conde.

«Para eso era indispensable, naturalmente, que jamás se llegase a sospechar de Frowin. El de negro nunca me contó cómo se habían conocido. Es como si tuviera un sexto sentido para presentir dónde hacen falta sus servicios y a quién.

«Así fue como recibió de Frowin el encargo de exterminar la descendencia de Nikolaus.

«Pero el de negro no se fiaba de Frowin y cuando estuve en su poder no me mató, sino que me abandonó a la puerta de la alquería de los Gundelfinger.

«Después de lo cual regresó adonde Frowin para reclamar los honorarios convenidos.

»Frowin hizo que lo echaran del castillo y se mofó diciendo que podía denunciarlo, si quería cobrar.

»El de negro se alejó de la comarca, y más tarde se supo que habían encontrado muerto a Nikolaus. Por lo cual supuso que, o bien Frowin había encontrado otro sicario, o se había manchado las manos él mismo en esa oportunidad.

»El hombre de negro me explicó que el primer mandamiento para los de su clase y profesión era dejar bien sentado que

no se dejaban burlar impunemente por ningún cliente.Y prometió ocuparse de mi educación y hacerme heredera del castillo cuando él considerase llegado el momento oportuno. Bajo una condición: que entonces yo tendría que pagarle lo adeudado por Frowin.

»Yo tenía entonces dieciocho años y no me disgustó la idea de verme algún día señora de Schónburg.

-Apenas puedo creerlo -dije, y no mentía-. Como es natural, eso te convierte en la sospechosa número uno. Aunque Ulrich von Hutten ha dicho que estabas a su lado cuando se oyó el tiro...

-¿Valdría ese testimonio ante un tribunal del príncipe obispo?

-Para cuando se llegue a eso, yo habré descubierto al verdadero criminal. ¿Averiguó Frowin que vivía una descendiente de Nikolaus?

-En aquel entonces creí que no, pero un par de años más tarde me enteré de que se buscaba a esas criaturas por encargo suyo. Precisamente por eso regresé al castillo.

«El de negro me condujo a presencia de un viejo alquimista. Se llamaba Ercole Godefroy y vivía solo en un castillo medio arruinado, o mejor dicho arruinado del todo, en Vauvillers. Se alimentaba de lo que le daban las gentes a cambio de sus bebedizos y sus pócimas medicinales. Pero su verdadero interés era otro: fabricar oro.

-Lo mismo que Frowin -dije.

-Sí, pero Godefroy era muy diferente de Frowin. Nunca hizo secreto de sus intenciones.

»La dificultad estaba en que nunca se le había ocurrido tomar una discípula, por lo mismo que no pensaba participar sus conocimientos a nadie. Pero cuando habla el hombre de negro, es mejor hacer caso de lo que dice..., si quiere uno seguir vivo.

»El de negro dijo que regresaría a por mí cuando le pareciese bien. Que yo podía hacer lo que se me antojase, quedarme o marcharme. Pero que en ningún caso se me ocurriese presentarme por mi cuenta en el castillo para reclamar mis derechos.

»Me quedé con Godefroy, y él tomó nota de mi presencia más o menos como se toma nota de la visita de un gato que viene a tomar el sol en el alféizar de nuestra ventana.

»Y así como se le arroja al gato alguna sobra de comida, él permitía de vez en cuando que yo participase en alguna manipulación.

»Las buenas gentes me llamaban la filie alchimique..., la muchacha alquímica. Dejé que creyeran que sabía mucho más de lo que sabía en realidad.

»Yo hablaba con las viejas de las aldeas. No siempre es fácil distinguir entre hechos y supersticiones. Algunas hierbas curan, es verdad, pero da lo mismo si se hace la infusión en noche de luna llena.

»Cuando regresó el de negro, yo me había hecho ya mujer.

»Eso fue hace cuatro años y se presentó diciendo que a no tardar aparecería un hombre llamado Benno Wiggershaus para hablar con Godefroy, y preguntaría por el paradero de los hijos de Nikolaus. Que yo no diese a entender mi identidad de ninguna manera, pero que procurase causarle buena impresión y que se acordase de mí. Sobre todo en lo tocante a los conocimientos de alquimia. También podía decir, como si se me hubiese escapado por casualidad, que era oriunda de la región de Damscheid.

»Como siempre, el de negro no facilitó ninguna explicación de sus instrucciones. Siempre cumplí con lo que él me mandaba.

»El que apareció fue nuestro magister Wiggershaus, efectivamente. En aquel entonces todavía no era el administrador del castillo. Estaba persuadído de que Frowin buscaba a los hijos de Nikolaus para restituirles su legítima herencia.

»Pasamos una velada bastante extraña. Yo procuré causar buena impresión. Wiggershaus no explicó las razones que le habían inducido a buscar precisamente en Francia, y Godefroy la pasó buscando razones para que el huésped se despidiera cuanto antes. "Ha escampado la lluvia -decía-. ¿No os parece buena la oportunidad para dar un paseo a caballo?"

»A lo que Wiggershaus contestó: "Ahora que lo decís, ¿no es terrible para unos huérfanos el verse abandonados bajo la lluvia? ¿Hay muchos huérfanos en esta región?"

»Y yo terciaba no menos oportunamente: "¡Qué región tan hermosa. Cada vez que mis estudios de alquimia me dejan tiempo para contemplarla, me acuerdo de mi país natal de Damscheid."

»Cuando Wiggershaus supo que yo era oriunda de los alrededores de Schónburg empezó a sonsacarme hasta que averiguó el apellido de mis padres. Me hice pasar por hija carnal de los Gundelfinger.

»Hace dos años apareció otra vez el de negro para anunciarme que pronto recibiría una carta. En ella se me ofrecería un empleo en el castillo, el cual yo aceptaría.

»Tampoco se equivocaba en esa ocasión. La carta de Wiggershaus llegó y decía que Frowin necesitaba una persona versada en la ciencia de la alquimia para servirle de ayudante. Me ofrecía el empleo bajo la condición de no contar a nadie que Frowin y yo nos dedicaríamos a fabricar oro.

»Me presenté en Schónburg y así fue como conocí a Frowin. Mis antecedentes le traían sin cuidado, y se limitó a interrogarme sobre mis conocimientos de alquimia, para ver si yo podía servir. No me resultó difícil convencerlo.

-¿No te pareció terrible el tener que trabajar al lado del asesino de tu padre?

-Frowin no mató a mi padre. Entonces todavía tenía mis dudas, pero ahora ya no lo creo. Cuanto más trataba al conde más me persuadía de que la historia, tal como me la había contado el de negro, no podía ser cierta.

»Con los años, además, ha dejado de parecerme tan seductora la idea de ser princesa, ni tampoco la señora de un castillo.

»Cuando supe que venían los bandoleros quise dejar el castillo. Frowin no se preocupaba de nada, v me figuré que la caída de la fortaleza sería inevitable.

»Luego me di cuenta de que Wiggershaus y Kuehnemund no tenían ni 'a menor intención de entregarla.

»Wiggershaus trató de armar un ejército. Recorrió con Kuehnemund todas las ciudades vecinas para proponer una alianza. Cuando eso tampoco dio resultado, ellos no se dieron por vencidos. Era la primera vez que me tropezaba con unas personas capaces de pensar en los demás y no sólo en sí mismas.

»Les ofrecí mi ayuda e instalé las minas en la plaza del mercado de Oberwesel.

«Pero luego todo cambió. Apareciste tú como un fantasma del viejo pasado.

»A continuación se presentó en el castillo el de negro y parlamentó con Frowin. Entonces creí entender que aquél nos había manipulado a todos, a mí, a Frowin, a Wiggershaus y tal vez a otros muchos más, hasta provocar la situación en que nos hallamos ahora.

»El día que saliste de reconocimiento con Kuehnemund decidí dejar de ser una muñeca sin voluntad propia.

»Le confesé a Frowin que no sabía fabricar el oro, que todos los ensayos realizados hasta el momento no habían sido más que una patraña. Él me acusó diciendo que seguramente yo había experimentado a escondidas y había tenido éxito, pero ahora pretendía negarle su parte.

»En este caso mis mentiras tuvieron más fuerza que la verdad. Frowin se metió en su laboratorio, y yo me dirigí a mi habitación para recoger mis pertenencias. Quise abandonar el castillo antes de que fuese demasiado tarde.

»Pero entonces pensé en Von Hutten.Yo lo medicaba, en la medida de lo posible, con la madera de guayaco. Que no cura, pero produce la desaparición temporal de los síntomas, aunque luego rebrotan.

»En los hospitales atormentan a los enfermos con el tratamiento casi hasta matarlos. Pero basta un par de inhalaciones para conseguir lo mismo.»

-¿Quién más conocía la estancia deVon Hutten en la torre?

-Frowin, naturalmente, con Wiggershaus y Kuehnemund. Si lo sabía alguno más, no puedo decírtelo.Te he nombrado a las tres personas que mencionaron al de Hutten en mi presencia.

-¿No te parece raro que te participaran tal secreto?

-Tenían la elección entre participármelo o quedarse mirando mientras se les moría el de Hutten entre las manos. No es Wiggershaus de esa clase. El no permitiría que nadie muriese sin tratar de socorrerlo.

-¿Qué intenciones alberga con respecto a él?

-No lo sé. Nunca hemos hablado de eso.

-Con lo cual llegamos a la noche del crimen -proseguí-. Le dijiste, Frowin que no sabías cómo se fabrica el oro. ¿También le contaste que pensabas dejar el castillo?

-No, porque él me interrumpió diciendo algo por el estilo de "si vos alcanzasteis la Obra trabajando a solas, yo también lo he de lograr". En seguida se presentó Wiggershaus con mucha urgencia para hablar con Frowin. Yo me alejé y no asistí a esa conversación.

»Entrada la noche decidí visitar otra vez a Von Hutten.

»Frowin andaba trasteando en su laboratorio y no se enteraba de nada, ni aunque se cayese el mundo. Pude subir sin ser molestada y estaba segura de que me sería posible regresar de igual manera.

»En ocasiones pasábamos toda la noche en experimentos, para salir luego al amanecer llevando a cuestas la condenada lona.

-¡Ah, sí! La lona. Ahora lo recuerdo. Entiendo que Frowin la rastrillaba en busca de oro, pero ¿por qué precisamente sobre una lona?

-Porque temía que el proceso llegase a producir alguna partícula de oro y luego nos pasara desapercibida. Por eso tenía el suelo despejado. Entre los dos extendíamos la lona, y luego la sacábamos afuera para ver si aparecía algún precipitado de oro.

-¿Cuando estaba a solas no la usaba?

-Difícilmente habría podido transportarla él solo. Y para estas cosas no confiaba en nadie más.

-¿A qué hora entraste en la habitación de Von Hutten?

-Antes de las once. A medianoche fue cuando escuché un disparo.

-¿Estás segura de que fue un disparo?

-Claro, ¿por qué lo preguntas?

-¿No pudo ser un experimento del laboratorio?

-Mira, Edgar. Creo que sé distinguir el ruido que hace una explosión accidental en un laboratorio. Eso fue un tiro.

-¿Dónde?

-En el laboratorio.

-¿No pudieron disparar desde fuera?

-Supe en seguida que había sido dentro de la torre. Estaba segura de que Frowin se había suicidado en vista de su fracaso, después de tantos años de intentar la fabricación del oro.

-¿Por qué le dijiste a Hutten que el tiro se les había escapado a los de fuera?

-¿Qué querías que le dijera? ¿El señor conde acaba de pegarse un tiro, Y ahora puedes continuar inhalando? Me asomé a la ventana y vi a tres hombres atareados con el cañón de Locher. En realidad, eso fue exactamente lo que le dije a Hutten. Al mismo tiempo me decía a mí misma: tú quieta y callada, y verás qué pronto vas a quedar libre de todo esto.

-¿Pudiste ver quiénes eran los que se habían subido a la muralla?

-¡Claro! Habían puesto una linterna sobre el antepecho y en aquellos momentos miraban todos hacia la torre. Eran Wiggershaus, Locher y uno de los lansquenetes, no recuerdo cómo se llama pero le conozco y puedo indicártelo.

-¿Cuánto rato estuviste con Hutten?

-Media hora más tarde, poco más o menos, oí que Wiggershaus aporreaba la puerta del laboratorio. Entonces me dije, vamos a librarnos de esto y vamos a hacerlo cuanto antes. Conque bajé y le pregunté a Wiggershaus qué pasaba.

-¿Le participaste tu creencia de que Frowin se había suicidado?

-No. Pensé que si echaban abajo la puerta y encontraban a Frowin muerto, el castillo caería inevitablemente. Cada uno procuraría huir por su lado, y el de negro se desentendería de mí. Pero cuando le vi aparecer comprendí que no me soltaría nunca.

-Te soltará, de eso me ocupo yo -prometí un poco a la ligera-. ¿Qué pasó luego, al ver que entre los dos no conseguíais abrir la puerta?

-En realidad no lo intentamos, pues sabíamos que las cerraduras eran muy sólidas. Wiggershaus fue a por Locher, y éste tampoco lo consiguió, ni siquiera con sus herramientas. Ni aunque las hubiese tenido de cerrajero habría logrado abrir.

»Entonces Wiggershaus, que por cierto estaba cada vez más espantado, volvió a bajar. En seguida regresó en compañía de un lansquenete.

»Dijo que había mandado a buscar con qué echar abajo la puerta.Y en efecto, al poco se presentaron otros dos lansquenetes, y Adriane con un barco.

»Los hombres se pusieron a embestir la puerta, hasta que la madera rompió. Cuando Wiggershaus se disponía a abrir, alguien exclamó que -taba ahí el hombre de negro.

»Lo vimos al pie de la escalera, mirándonos. Estaba allí tan tranquilo, observándolos, como si él fuese el amo de la situación y los demás simples títeres a los que él movía a su antojo.

»Los hombres se lanzaron a perseguirlo.Yo retuve a uno de ellos, el viejo Michel. El de negro lo habría aplastado con toda naturalidad si se hubiese atrevido a acercársele.»

-¿No pensaste que tres hombres podían dominarlo?

-¿Tres hombres? ¡Ni con treinta se habrían apoderado de él!

Un enano borracho con una pistola puede matar al espadachín más valiente del mundo. Comprendí que hablaba por boca de Susanne el pánico que Leo von Cleve había inculcado en ella.

-Frowin estaba tumbado detrás de la puerta —continuó Susanne-. Wiggershaus y Locher me ayudaron a darle la vuelta. En seguida vi que estaba muerto. Tenía un orificio de entrada en la sien. No obstante le tomé el pulso.

»Estaba tan convencida de que había sido un suicidio, que al principio no di crédito a las palabras de Locher cuando afirmó que la pistola todavía se hallaba cargada.

-¿Tenía Frowin la costumbre de llevar una pistola al laboratorio?

-No. Apareció con ella hace un par de días. La dejó sobre el estante junto a la puerta y no hizo más caso de ella desde entonces.

-¿Era la misma pistola que mostró Locher en la noche de autos?

-Pues cuál iba a... ¡Cielos! ¿Quieres decir que Locher pudo enseñarnos una pistola diferente de la que se hallaba allí en realidad?

-¿Sería eso posible? ,_•

-No lo sé. A decir verdad... no me había fijado en la pistola hasta que Locher nos llamó la atención sobre ella.

## CAPITULO 23

### De cómo no se respetó la norma de los interrogatorios separados

ENCONTRÉ A HENNING LOCHER en el patio delantero. Acababa de dejar el emplazamiento de su cañón. -¡Cómo prosperas, muchacho! O al menos, eso es lo que cuentan - comentó al verme—. Que Wiggershaus te ha encargado la investigación del crimen. Confio en que sobrevivirás a eso.

-Haré lo que pueda.

-Por mi parte, me alegro de poder dedicarme al enemigo exclusivamente.

-Vamos a sentarnos en algún lugar donde podamos hablar con tranquilidad -propuse.

-Tengo habitación, pero por desgracia sólo hay una silla.

-Mejor en el comedor, había pensado yo. A lo mejor habrá sobrado alguna cosa que llevarse al buche.

-¡Ah! ¿Ya vuelves a pensar en eso? Por lo visto mi compañía te sugiere falsas esperanzas.

Henning encendió una linterna y la llevó al comedor.

Mientras yo me encaminaba a la cocina, un bulto se apartó de uno de los bancos y dijo con la voz de Adriane, soñolienta pero curiosa como siempre:

-¿Adonde vas, Edgar?

-A por algo de comer. ¿Crees que habrá quedado algo?

-Hola, moza —dijo Locher—. Cuando hayas averiguado si nuestro juez de instrucción va a tener que trabajar con el estómago vacío, mira si encuentras un sorbo de vino para mí.

-¿Por qué te llama juez de instrucción? —preguntó Adriane.

-Anda, Adriane, sé buena y déjame a solas con Henning. Estaría bueno que encontrases algo que comer, y hasta un vaso de vino ya que éste se empeña. Luego hablaremos.

Adriane desapareció en la cocina y yo me senté a una de las mesas frente a Locher.

-¿Cuándo viste vivo por última vez al conde? —le pregunté.

-Debió ser el martes, cuando le di la pistola.

Si yo hubiese sido un perro en aquel instante se me habrían puesto las orejas de punta.

-¿Qué pistola? ¿Cuándo dices que se la diste? ¿Por qué?

-Durante una inspección del arsenal. Kuehnemund le aconsejó que llevase una pistola. Insistió mucho, recordándole la facilidad con que entraba y salía Von Cleve, hasta que el conde dijo que le dieran una pistola y le dejaran en paz.

«Entonces Kuehnemund me ordenó que cargara una pistola para el señor conde. "Pero insisto en que debéis llevarla -remachó todavía-. Recordad que no puedo estar siempre a vuestro lado."

»Tal vez habría sido mejor idea darle uno de nuestros trabucos, que pueden cargarse con metralla de cualquier clase, hasta clavos y pedazos de vidrio. Pero hice lo que me mandaban y cargué una de esas pistolas pequeñas de Nuremberg. Él la tomó y se la guardó.

-¿De la armería de Frederikus Funcken?

-Veo que entiendes. Tenemos como media docena de ellas, y ya es milagro que el conde quisiera conceder los dineros cuando las compramos.

-¿Estaba en condiciones de disparar cuando se la diste al conde?

-Yo no serviré para juez de instrucción, pero lo que es como maestro armero, creo que conozco mi oficio —replicó un punto más indignado de lo que merecía la pregunta-. Se la di en condiciones, y no era ésa la pistola que encontramos en el estante cuando descubrimos el cadáver. La pistola no estaba en la habitación.

Saqué la que yo había encontrado debajo del montón de leña y la dejé sobre la mesa.

-¿Sería ésta, por casualidad?

-Es posible. Aquí dice «F.E fecit». ¿La sacaste de nuestra armería, o la encontraste en algún rincón de la torre?

- —Comprendo tu curiosidad, Henning, pero resulta que aquí el que hace las preguntas soy yo.

-¿Te alcanzo un mendrugo de pan con un pedazo de queso? —preguntó Adriane-. ¿O quieres que te caliente unas gachas de mijo?Y tú, Henning, ¿quieres vino blanco o tinto? ¿Te lo preparo con miel o con pimienta picante?

Era como cuando se desmanda un caballo espantado y se le escapan a uno las riendas de las manos.

Decidí recuperar las riendas en seguida y tirar de ellas con fuerza.

-Vale el pan con queso, y el vino tinto para Henning, y échale miel si quieres.

-Aunque bien mirado, un clarete...—empezó Henning.

-La noche del miércoles al jueves -dije con firmeza-. ¿Cómo se te ocurrió la idea de transportar a Edwina detrás de la torre?

Adriane se metió de nuevo en la cocina y Locher contestó:

-No se necesita mucha imaginación para ver lo que podría pasar durante un asedio, si se le permitiese al enemigo llevar una pieza a lo alto de aquella colina.

-¿Hablaste con el conde?

-Nunca he cruzado una sola palabra con el conde, muchacho. Lo que hice fue mencionarle a Kuehnemund que necesitábamos artillería en ese lado norte de la muralla. Pero él no quiso saltarse la prohibición. Además albergaba ciertas reservas... para mí inexplicables, desde luego..., en cuanto a Edwina.

-¿Reservas que tal vez tienen algo que ver con el hecho de que no funciona?

-Eso ya lo veremos mañana, cuando hagamos la prueba. El magister Wiggershaus, en cambio, entendió el caso cuando fui a explicárselo.

-¿Le habías hablado antes de Edwina?

-Nunca, ni me habría atrevido, seguramente, a no ser porque Kuehnemund estaba ausente esa noche.

«Wiggershaus estaba muy inquieto. Supongo que el peligro de los bandidos le preocupaba más que a nosotros, ios lansquenetes. Hablamos de esto y aquello, y le mencioné de paso la conveniencia de llevar una pieza a la muralla norte.

-¿Cómo no se le ocurrió a él mismo? —preguntó Adriane al tiempo que colocaba entre los dos una bandeja con pan, queso y dos vasos de vino.

-¿Quién hemos dicho que hace las preguntas aquí? — contesté.

-¿A lo mejor no queréis que me entere de alguna cosa? - replicó ella.

-¿No tienes nada que hacer en la cocina? -dije.

-¿Se trata de investigar el asunto, o de echarle tierra? — volvió a replicar Adriane.

Henning descargó un puñetazo sobre la mesa y exclamó:

-Hay que reconocer que tienes la lengua bien suelta, muchacha.

Comprendí que me arriesgaba a ponerme en ridículo con una ostentación de autoridad, por lo que dije:

-Está bien, puedes quedarte, ¡pero no te entremetas!

Lo declarado por Locher coincidía con lo dicho por Wiggershaus sobre las circunstancias del emplazamiento de Edwina en la muralla norte, a lo que añadió una infinidad de detalles sobre las manipulaciones que él y Otto Fechter efectuaron sobre la pieza, hasta que se oyó el tiro en coincidencia con las campanadas de las doce.

-¿Dónde se oyó el tiro? -pregunté.

-En la torre.

-¿Cómo estás tan seguro?

-Porque tengo dos orejas, y gracias a eso conozco de dónde provienen los ruidos.

-¿Por qué no fuisteis a ver quién había disparado?

-Creo que Wiggershaus pensaba ir a la torre y justo cuando dije «¿qué ha sido eso?», él se volvía hacia la rampa y se quedó mirando. En la ventana central no se veía nada. En la de arriba asomó la Gundelfinger, y salieron unas vaharadas de humo. Quizá Wiggershaus creyó que la detonación había salido de allí. Le pregunté si íbamos a

entrar pese a la prohibición, pero él ya había mudado de parecer y continuamos trabajando hasta rematar la faena.

-¿Es decir, que no estabais demasiado preocupados en realidad?

-¿Preocupados en vista de lo que se nos viene encima? Y además, Wiggershaus fue a mirar después de todo, ¿no es cierto? Eso significa que estaba preocupado,'me parece a mí. ¿O crees que fue Wiggershaus el que le descerrajó un tiro al conde? Que yo sepa, no iba armado.

-Pues alguien debió ser.

-Está muerto. Si lo mató alguien o no, yo no lo sé, ¿o acaso piensas que fui yo?

-Lo único que pretendo, Henning, es reconstruir los acontecimientos de esa noche, a ver si me hago una idea.

-Claro, claro -se le notaba un poco picado todavía, pero después de tomar un buen trago de vino prosiguió—: Más tarde, cuando los tres regresábamos cruzando el patio, Wiggershaus nos dejó plantados y se metió en la torre él solo. Entonces se acercaron Michel el viejo y Hermann Lotzer. Comentamos lo del disparo, pero eu seguida volvió a salir Wiggershaus muy excitado y me ordenó que le acompañase.

-¿Habían escuchado el tiro los recién llegados?

-Sí, pero más distante, y venían no muy seguros de no estar equivocados. Como no se oyó nada más, sin embargo se persuadieron de que no pasaba nada. En todo caso, yo entré con Wiggershaus en la torre. En el primer entresuelo nos esperaba la Gundelfinger. Por lo visto, ella y Wiggershaus creyeron que esa puerta podía abrirse en un plisplás. Pero yo no soy cerrajero. Y las llaves estaban puestas por dentro. Intenté sacarlas con unos alicates de punta fina, pero no lo conseguí.

»En vista de lo cual Wiggershaus anunció que iba a buscar ayuda. Poco después volvió a subir con Otto Fechter.Yo seguía hurgando en la cerradura, pero no adelantábamos nada. Por último se presentaron Michel el viejo y Hermann Lotzer con esta muchacha y con un banco de madera. Por cierto que... ¿a qué viniste tú, Adriane?

-¿Tú qué harías si te despertaban de madrugada dos fulanos y te preguntaban si tienes algo que sirva para derribar una puerta? -contestó Adriane con otra pregunta.

-Si fuese listo, liaría los bártulos y procuraría poner pies en polvorosa -replicó Locher—. Lo que hicimos fue romper la puerta. Wiggershaus y yo la empujamos hacia dentro, pero la puerta aún se resistía, no quería abrirse, como si nos dijera «no, no abráis, porque os espera el horror».

-Por favor, limítate a contar lo que has visto -le reprendí.

-¿Lo que he visto? He visto al hombre de negro, y era lo último que deseaba ver. El viejo Michel fue el primero en darse cuenta y nos dio la voz a los demás. Todos nos volvimos hacia la escalera y allí estaba, quieto como una estatua.

-Yo tenía entendido que salió corriendo —repliqué-.Y además, todos sabemos que su nombre es Leo von Cleve, así que dejemos esa tontería de «el hombre de negro», que es darle demasiada importancia.

-Tú tampoco te atreves a decir quién es en realidad —se justificó.

-El caso fue que tú no lo perseguiste -continué.

-Wiggershaus envió a los otros dos, y puedes creerme si te juro por lo más sagrado que me alegré mucho de que no me tocase a mí. Pero si hubiese recibido yo la orden, a mi nunca me ha visto titubear nadie. ¿Quieres que continúe hablando?

Dicho esto, contó cómo habían entrado en el laboratorio después de apartar el cadáver del conde. Wiggershaus y Susanne se empeñaron en reconocerlo.

-A lo mejor creían que alentaba todavía. A mi me bastó una simple ojeada. Entonces miré a mi alrededor, pensando que tal vez el asesino estaba allí todavía. Sí, muchacho. En el primer momento yo tampoco quise creer en demonios, sino en un homicidio completamente normal, perpetrado por manos humanas.Y cuando vi la pistola en el estante me dije: Frowin se ha matado, pero no fue esta arma la que disparó. En cuanto a esta otra pistola, ignoro de dónde la habrás sacado, pero no la tenía el conde.

-¿De dónde has sacado esa pistola? -me preguntó Adriane.

-Eso prefiero reservármelo por ahora —contesté—. ¿Examinaste bien la pistola, Henning?

-¿Quieres decir si la examiné más allá de comprobar si estaba descargada?

-Eso es. Si estaba en condiciones, o si alguien la había manipulado. Locher guardó silencio y se quedó mirándome, mientras yo le miraba a él. Por último dijo:

-Si contestase a eso faltaría a una promesa. No te lo puedo decir mientras no se me haya devuelto la palabra que empeñé. Además es imposible que aquella pistola interviniese para nada en la muerte del conde.

-¿Acaso pertenece al hombre que vive escondido en la torre? -preguntó Adriane.

-¿Cómo sabes tú eso? -le preguntó Locher.

-Digo yo que cuando a una le encargan que lleve todos los días un plato de comida a la torre... —replicó ella-. ¿Se puede manipular una pistola de manera que no dispare aunque esté cargada?

-De eso no puedo hablar.

-Pero no debería notarse, ¿verdad? Quiero decir que el dueño de la pistola debería quedar en la creencia de que podía disparar con ella si fuese necesario, ¿no?

-¡Por Dios, muchacha! A lo mejor sólo se trataba de lograr que alguien se sintiera más seguro.

-¿A quién le interesaba que el hombre de la torre se sintiera seguro?

Se le notaba a Locher que ardía en deseos de echar a la moza de allí. En cambio yo me felicitaba a mí mismo por no haberla echado. ¡Qué clarividencia! ¡Qué jugada tan hábil y astutamente premeditada!

-Nadie, muchacha. Nadie quería que se sintiera seguro.

-Pues si no fue nadie, ¿por qué lo han tenido escondido y por qué le daban de comer? ¿Por qué se quedaba con él todas las noches la señora Gundelfinger?

-Nadie ha dicho que se quedaba con él.

-Tú mismo lo has dicho, Henning. Acabas de contar que asomó por la única ventana que tiene la torre además de la ventana del laboratorio donde estaba el conde. ¿Por qué manipulaste la pistola?

-Yo nunca he dicho que hubiese manipulado la pistola -se volvió hacia mí Locher-. ¿No dijiste que tú eres el que hace las preguntas?

-Es verdad -asentí-. Conque dime, ¿por qué manipulaste la pistola? Él se encogió de hombros.

—¿Quiénes podían mandarte a ti que hicieras una cosa semejante? -preguntó Adriane.

—Ya he dicho demasiado -se cerró en banda Locher.

-¿Fue el conde Frowin? -pregunté. Locher callaba.

-No debió ser el conde Frowin, porque está difunto y ya no podría devolverle a Locher su palabra —razonó Adriane.

—¿Fue Kuehnemund? -pregunté.

Locher apretó los labios, calló y bajó la mirada.

-¿Por qué iba Hans Kuehnemund a mandar que hiciese una cosa así otra persona? -preguntó Adriane-. ¿Acaso no es capaz de hacerlo él mismo?

—No quedan muchos candidatos —continué—. O sea, que ahora mismo voy a hablar con el señor Wiggershaus y le diré que no hace falta que te dispense de tu promesa, porque ya nos lo has contado todo.

—Llevas el diablo en el cuerpo —exclamó Locher sin dirigirse en particular a ninguno de los dos, Adriane y yo-. Wiggershaus le concedió asilo al hombre porque era una amistad de la familia del conde. No se trataba de protegerlo de sus perseguidores, sino más bien de sí mismo. Pero él estaba tan nervioso y asustado, que tal vez se consideraría un prisionero y obligado a emprender algún intento de fuga. Así que le devolvimos su pistola, para que estuviera un poco menos nervioso. Antes de eso, sin embargo, y para evitar que disparase contra el primero en quien se le antojase ver a un perseguidor, Wiggershaus me trajo la pistola y me pidió que la inutilizase de manera que no se notara. ¿Qué

haréis ahora vosotros dos? ¿Contarle a todo el mundo que no soy un armero de confianza? ¿Que después de pasarme toda la vida reparando armas ahora me dedico a estropearlas? «¡Fijaos, ése es Henning Locher, el que se dedica a estropear las pistolas!»

Entonces comprendí que andaba equivocado con mis sospechas. Cierto que el pequeñín tenía remordimientos por algo que hizo, pero no era la conciencia sino el amor al oficio lo que le remordía. Desde el punto de vista de Locher y con su mentalidad, lo que había hecho tal vez era un delito peor que matar al conde.

-¿Ya sabes todo lo que querías saber? -dijo por fin.

Cuando le contesté que sí, Locher se puso en pie y salió con sus andares patizambos, sin una sola palabra de despedida. Ni siquiera se acordó de apurar el vino.

-¿Quién es el hombre de la torre? -preguntó Adriane—. ¿Quién lo persigue? ¿Por qué lo tiene Wiggershaus escondido aquí? ¿Quién le dio al conde la otra pistola? ¿Dónde había dejado el conde la suya? ¿Por qué andan en juego dos pistolas diferentes?

Yo tenía la cabeza apoyada entre las dos manos y miraba sin ver, mientras me devanaba los sesos.

Levanté los ojos y dije:

-Me parece, Adriane, que la contestación a algunas de estas preguntas puede resultar mortal para la persona curiosa. -Pues entonces, ¿por qué preguntas tú a la gente? — Wiggershaus me ha rogado que le ayudase a desenredar la trama. -Pero antes de eso tú andabas ya preguntando, ¿verdad?

-De ninguna manera. Lo único que hice fue tratar de emplearme como soldado, ¿para qué iba a preguntar nada?

-Es que tú lo haces de otra manera. Yo pregunto siempre por lo derecho y me quedo aguardando la respuesta. En cambio tú procuras ganarte la confianza de las personas charlando de esto y de lo otro, y te quedas a ver si se les escapa algo que no querían decir. ¿Qué esperas encontrar en realidad?

-Espero poder dormir dos días seguidos -contesté-, desayunar en abundancia cuando despierte, ensillar mi caballo y largarme de aquí.

-¿Por qué no lo hiciste cuando aún era posible?

-Porque tengo un contrato que me ata, al fin y al cabo, aunque no me cuesta imaginar otros destinos más agradables. Pero sigamos con nuestro tema, por favor. El cual es, ¿cómo murió el conde Frowin?

-¿Aunque la respuesta pueda significar la muerte?

-Sé a lo que me arriesgo -respondí-. ¿Cuándo viste vivo al conde por última vez?

-A comienzos de la noche en que murió. Llevé un plato a la torre y como no se veía a Conrad por ninguna parte, me acerqué con la comida.

-Y si hubiera estado Conrad en el patio, ¿qué habría significado eso?

-Wiggershaus me encareció, sobre todo, que el señorito no debía enterarse. En caso necesario fingiría encaminarme a otra parte y volvería a intentarlo transcurrido un rato. ¿Por qué no querría que Conrad lo supiera?

-¿Dónde viste al conde?

-Estaba con la señora Gundelfinger delante de la torre, y discutían. Antes siempre trabajaban juntos. ¿De qué discutirían?

-Dímelo tú, Adriane, ya que tú andabas por ahí cerca.

-El conde la acusaba de engañarlo. Ninguno de los dos se fijó en mi presencia. La puerta de la torre estaba entreabierta. Entonces subí y dejé el plato delante de la puerta. Cuando volví a salir seguían discutiendo, o mejor dicho el conde peroraba y no la dejaba hablar. Una o dos veces ella intentó replicar, pero el conde no consintió que le interrumpiese.

»El conde se volvió e hizo intención de entrar en la torre. Cuando el magister Wiggershaus quiso retenerlo, lo despachó secamente, se metió en la torre y cerró.

-¿Viste otra vez a la señora Gundelfinger o a Wiggershaus en el resto de la jornada?

-No, sino después de medianoche, en la torre. Fui a fregar la cocina y el comedor, y luego me sentí fatigada y me acosté. El viejo Michel y Locher me despertaron al andar a trompicones por la cocina. Dijeron que necesitaban algo que sirviera para derribar una puerta. Estaban tremendamente alterados y tenían mucha prisa.

»Les pregunté cuál era la puerta que iban a romper, y por qué, pero ellos no quisieron contestarme. Así que cuando se llevaron un banco, los seguí. De esta manera entramos todos en la torre, y ellos rompieron la puerta, y entonces Michel el viejo gritó de pronto "¡el hombre de negro!"

»Pero, ¿quién mató al conde? ¿Y por qué? ¿Tú crees que es posible disparar contra una pared de manera que la bala rebote y acierte en otro lugar?

-¿Cómo se te ha ocurrido esa idea? -le pregunté.

-Cuando me asomé por la puerta, miré hacia la ventana y no vi nada más que un recuadro de cielo. Si el conde estaba al lado de la puerta, nadie pudo dispararle desde fuera. A menos que la bala rebotase, ¿te parece que sea posible?

-A veces se disparan de rebote las piezas de artillería. Cuando se acerca un regimiento entero de enemigos, prietas las filas, los artilleros bajan la puntería y disparan al suelo delante de la formación enemiga. Entonces la bala se deforma y barre rasante en cualquier dirección, haciendo estragos. Pero estoy seguro de que así no se le puede apuntar a uno en la sien.

-¿Estás convencido de que tu interrogatorio es oportuno? -me preguntó Adriane-. A todos les has preguntado lo que vieron durante la noche, y dónde estaban a tal y tal hora, ¿no es cierto?

-Es lo que hace al caso, ¿no?

-Pues yo creo que ninguno de ésos se hallaba dentro de la habitación con el conde cuando murió. Es decir que nadie ha visto cómo se hizo. Creo que deberías cambiar de preguntas.

-Y ¿qué les digo?

-¿A quién beneficiaba que el conde muriese?

## CAPITULO 24

### En donde aprenderá el que leyere cómo se dispara de rebote o resurtida

AL AMANECER CONTEMPLÉ la ciudad desde las almenas. Algunas casas extramuros estaban incendiadas y me pareció que sólo era cuestión de tiempo que el fuego se propagase a toda la ciudad.

La linde del bosque estaba a oscuras, pero entre los árboles se divisaban algunos destellos de luz. Era el campamento de los fuera de la ley.

Cabía que fuesen sólo un puñado de hombres que entretenían varios fuegos para engañarnos en cuanto a su número, mientras el grueso de los bandidos aún dormía la borrachera en Oberwesel, tumbados debajo de las mesas.

A mi lado estaba Hans Kuehnemund, la carabina terciada, y miraba lo mismo que yo.

-Con un par de hombres más, y un puñado de buenos jinetes, me atrevería a salir en descubierta y echaría del bosque a los bandoleros -dijo. Como yo no contestaba nada, prosiguió el soliloquio:

-Pelear, atacar, es lo que cumple a un soldado, no agazaparse detrás de una muralla ni dejar la iniciativa a los demás.

Furioso, descargó un puntapié contra el parapeto, como si la muralla tuviese la culpa de sus desgracias.

A mí, en cambio, aquellas piedras que se alzaban entre nosotros y los bandidos me parecían el último refugio del mundo.

-Si me lo hubiese autorizado Wiggershaus anoche habría salido -continuó Kuehnemund—. Naturalmente comprendo que tiene sus razones para retenerme en el castillo. Pero si no hacemos algo pronto, temo que voy a volverme loco. En fin, ya tenemos claridad suficiente para hacer el ensayo del arma milagrosa de Henning. ¿Me acompañas?

-Claro que sí.

Abandonarnos la plataforma y nos encaminamos hacia el sector norte.

Detrás de la torre norte se hallaban ya Henning Locher y Otto Fechter, muy ocupados en atender a Edwina.

Locher acababa de comprobar el mecanismo de su péndulo regulador. Al ver que nos acercábamos se incorporó y dijo con solemnidad:

-Señores, para mí es un honor el poder realizar una demostración de la capacidad de fuego de este arma. Dispararemos una andanada contra esa cima de enfrente.

-Con un poco de suerte, puede que se haya escondido en esos matorrales un puñado de bandidos -dijo Fechter.

No se atisbaba ningún movimiento, pero el arbolado que cubría la cumbre habría sido suficiente para ocultar a más de una docena de hombres.

-El mecanismo del péndulo sirve para regular la velocidad de giro y contribuye a la rectificación automática de la puntería -explicó Locher-. Ruego se sirvan observar cómo las mechas van acortándose de un tubo a otro. De este modo, la fuerza del retroceso que va incrementándose por efecto de la secuencia de tiro...

-A mí me basta con saber si funciona —dijo Kuehnemund.

-Suplico paciencia, si tienen ustedes la bondad -replicó Locher-. El señor Wiggershaus manifestó gran interés por conocer el sistema de funcionamiento del nuevo dispositivo, y...

-Y por eso, en momento oportuno realizaremos una segunda demostración para el señor Wiggershaus -remachó Kuehnemund.

Locher parecía bastante contrariado.

Enfiló el cañón hacia la cima y rectificó por última vez la puntería.

O mejor dicho, penúltima, pues en seguida procedió todavía a una manipulación pequeñísima sobre la posición del péndulo.

Desde su ventana Hutten observaba nuestras actividades.

-Señores —anunció Locher—. Les ruego tengan a bien dirigir su atención a la cima de esa montaña.

En realidad todos dirigimos nuestra atención a Edwina. E hicimos bien, según iba a demostrarse en seguida.

Locher encendió la mecha del primer tubo.

La chispa prendió, la lumbre se propagó hacia el fogón y en el momento en que salía el primer cañonazo prendió la mecha siguiente.

La detonación nos ensordeció y la caja dio un respingo hacia atrás.

Al tiempo que retumbaba el segundo disparo, un objeto salió disparado verticalmente hacia arriba.

A mí me pareció algo así como una lanza y el destello de un relámpago. Apenas entrevisto, cambió de dirección y se precipitó hacia nosotros. Creí escuchar como un silbido, como cuando alguien agita una espada en el aire.

No perdí mucho tiempo en considerar qué era aquello que venía hacia nosotros, sino que preferí echar cuerpo a tierra, por si acaso.

Otto Fechter se arrojó de la plataforma abajo y se dio el batacazo en el patio. Kuehnemund se echó de bruces como abalanzándose sobre un enemigo invisible.

Lo que hizo fue derribar a Locher, que miraba su artefacto con aire de estupor e incredulidad.

El inesperado proyectil pasó zumbando por encima de nuestras cabezas y se clavó en una junta entre dos baldosas del adarve. Era el péndulo, cuyo efecto regulador se había evidenciado bastante efímero.

Edwina siguió rugiendo y retumbando. Observé con alguna aprensión que los tubos apuntaban verticalmente al cielo. Ahora bien, se sabe que los objetos lanzados verticalmente al cielo tienen la molesta costumbre de volver a caer no menos verticalmente.

-¡Cubrios! -gritó Kuehnemund al tiempo que agarraba del pescuezo a Locher y se lo llevaba a la carrera hacia la rampa.

Yo corrí también, la cabeza gacha y tapándome con ambas manos. Aunque no creo que las manos me hubieran servido para detener una bala de cañón si a ésta se le ocurriese caer sobre mi cabeza.

Hubo un impacto sobre el adarve y recibí un diluvio de fragmentos de piedra.

Desentendiéndome de la rampa, me arrojé al patio.

Por fortuna caí de pie, pero me di un golpe con mi maltratada frente en un poste y me derrumbé poco a poco en el suelo.

El poste se rajó en dos mitades, empezando por arriba.

Revoloteaba por el aire un enjambre de astillas. La desnarigada esgrimía su guadaña y a mí se me antojó que buscaba especialmente mi cabeza.

La hendidura continuaba casi hasta un palmo del suelo. Las dos mitades del poste formaban una uve gigantesca, y entonces vi que tenía hincada una bala de cañón. Era que le había acertado en lo alto partiéndolo como la legendaria espada de Sigfrido hendió por la mitad un plumón de ánade.

Edwina se puso a disparar hacia atrás y cosía a balazos la pared de la torre. Una tras otra las balas levantaban surtidores cíe cascotes y mortero. Las explosiones punteaban el muro de arriba abajo.

Me incorporé de un salto, y me falló en seguida un pie.

Una bala cayó en el rincón entre la torre y el patio, rebotó y se puso a girar sobre el suelo como una peonza, al tiempo que despedía un aullido insólito, a modo de fiera nunca vista.

Hasta que cesó el rugido de los tubos. Desde lo alto de la plataforma se oyó un extraño batido de maderos, como el de los mazos de un batán. La caja de mecanismos de Edwina giraba cada vez más despacio, hasta que se detuvo con un «clac» final.

Sobre la pieza flotaba una nube de humos de pólvora quemada.

Erguí la cabeza con infinitas precauciones.

Fechter contemplaba con asombro el poste hendido en dos y la bala de cañón clavada en él.

-Nunca había visto nada parecido —comentó-. Si lo hubiese intentado adrede, seguro que no acierta ni en cien años.

Locher corrió rampa arriba y se inclinó sobre Edwina.

Desde el patio, Kuehnemund le miraba con ojos que parecían una escopeta de dos cañones a punto de disparar.

-¡Ya está! -exclamó Locher desde arriba-. Lo que ha pasado es que no hemos tenido en cuenta el desplazamiento lateral de la caja. Será suficiente con...

-Será suficiente con que bajes de la plataforma esa máquina infernal -le interrumpió Kuehnemund-. Te la llevas donde quieras, ¡pero lejos de mi vista! Y te traes del otro patio la pieza de veinte libras, y la subes ahí.

-Pero si falta sólo un detalle sin importancia -objetó Locher-. Un par de toques y queda arreglado.

-Te advierto que lo mío no ha sido una sugerencia -se formalizó Kuehnemund.

Al principio me pareció que uno de los dos rechinaba los dientes de rabia. Pero luego vi que el andamiaje empezaba a torcerse. Uno de los refuerzos se partió, y el poste hendido se rompió definitivamente.

De nuevo cayó sobre el patio una granizada de palos y tablas.

-Y si quieres hacernos un último favor, maestro de armas -continuo Kuehnemund con forzada tranquilidad-, ¿por qué no te llevas tu arma milagrosa y te pasas al enemigo? Eso mejoraría bastante nuestras posibilidades.

Henning se plantó delante de Edwina, como dispuesto a defenderla con su propio cuerpo.

-¡Maquinaciones diabólicas! -chilló una voz tan estridente como indignada desde el otro lado de la torre-. ¡Traición! ¡Perfidia, impiedad y maquinaciones infernales!

Era Conrad el autor de la destemplada intervención, ¡no podía ser otro! Tal vez había visto una mueca diabólica en la nube de humo que flotaba sobre el patio, o se había trastornado viendo las bien torneadas caderas de alguna moza.

Contorneando la torre, fui a ver qué pasaba. Conrad tenía agarrado a Ulrich von Hutten. Le había echado ambas manos al cuello y se lo presentó al asombrado Wiggershaus con un gesto de triunfo, como el gato que entra en la casa con un ratón medio muerto que acaba de cazar.

-¡Enviad ahora mismo un mensajero al príncipe obispo! -exigió Conrad al tiempo que sacudía varias veces el cuello de su presa, como para dar más énfasis a sus palabras—. ¡Yo lo mando! ¡Lo exijo! ¡Lo ordeno! A ver, señor Wiggershaus, ¿quién es ahora el amo del castillo? Decidme.

-Sois vos, señor —replicó Wiggershaus, los ojos bajos aparentando humildad. Supuse que estaría devanándose los sesos, preguntándose cómo resolvería aquella nueva dificultad: un conde totalmente fuera de sus cabales.

-¡Ah! ¿Lo reconocéis? -exclamó Conrad—. Pues ahora, ¡a ver cómo me explicáis esto?

Nueva sacudida al cuello de Von Hutten.

El de Hutten traía las ropas hechas jirones. Sin duda quiso defenderse antes de permitir que lo sacaran a rastras, pero no estaba en condiciones de pelear ni con la lechera del cuento.

-¿Dónde habéis encontrado a ese hombre? -preguntó Wiggershaus, pero el tono de ingenua sorpresa que pretendía no le salió muy logrado.

-¡La verdad! -aulló Conrad, como si todo quedase explicado con esa única palabra. Hizo una pausa y agregó—: Nunca he dejado de buscar un átomo de verdad en esta Sodoma de todos los pecados. A mi padre le alcanzó por fin el merecido castigo y uno de sus demonios se lo ha llevado a los infiernos, que es donde debe estar. Entonces me encaminé a la torre para comprobar personalmente los impíos manejos que se han perpetrado allí. ¡Y mirad lo que encontré! -sacudió el pescuezo de su víctima, por si alguien había dejado de fijarse—. ¡Sí! ¡No creáis que vuestros torpes ardides pasaban desapercibidos para mí!

-Y apuntando con el dedo a Adriane, que miraba medio oculta entre los demás espectadores y llevaba un plato con pan y jamón, ordenó:

-¡Tú! ¡Acércate! ¿Qué llevas ahí?

-Es sólo un plato con pan y jamón, señor conde —respondió Adriane.

-¿Acaso pretendes burlarte de mí? -chilló el indignado Conrad-. ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de cómo llevabas comida a la torre todos los días? ¡A esta misma torre! -una de las dos manos soltó el cuello de Hutten para apuntar a la ventana.

-¿Es verdad eso? -le preguntó Wiggershaus a Adriane con severidad, como si fuese la primera noticia para él-. ¡Regresa inmediatamente a la cocina y ocúpate de tus quehaceres en vez de andar por todas partes llevando platos con pan y jamón!

Adriane, obediente, hizo ademán de alejarse y Wiggershaus se adelantó rápidamente diciendo:

-Señor conde, me congratulo de que nuestro nuevo amo sea más discreto y despierto que su predecesor. Propongo que nos retiremos al gabinete de vuestro padre para celebrar una conversación franca.

Conrad se desentendió de Adriane —lo cual fue una suerte, pues la muchacha en vez de regresar a la cocina se quedó escondida detrás de un corpulento lansquenete— y replicó en tono enfurruñado:

-Hablaréis conmigo aquí, ¿o acaso tenéis algo que ocultar y preferís que no haya testigos de vuestras patrañas? -hizo

con la otra mano un amplio ademán, en el que incluía el ya muy nutrido público de curiosos.

Al verse libre, el de Hutten aprovechó la oportunidad para colocarse fuera del alcance de su adversario. Pero se tambaleaba, y me adelanté para sujetarlo y evitar que cayese al suelo, después de lo cual le ayudé a sentarse en el suelo del patio, delante de la torre.

-¿Quién es este hombre? —preguntó Conrad señalando a Hutten.

-Es largo de explicar -replicó Wiggershaus-. ¿No sería mejor que habláramos a solas?

-Desengañaos, que no me hace falta para nada vuestra respuesta. Estoy perfectamente al tanto de que este hombre es Ulrich von Hutten, uno de los esbirros del anticristo.Y vos le habéis concedido asilo en mi castillo. Por eso os ordeno que enviéis un mensajero a Su Eminencia en Tréveris. Le comunicaréis que aquí queda Ulrich von Hutten aguardando su merecida ejecución, y le transmitiréis los mejores saludos del conde Conrad, fiel vasallo de su príncipe y cumplidor de los designios divinos.

-En esto hay uno o dos puntos que convendría tener en cuenta –quiso objetar Wiggershaus.

-¡Cómo! ¿Es que no hay nadie aquí que acate una orden? ¡A mí, comandante Kuehnemund!

El aludido adelantó un paso y se cuadró.

-¿Señor conde?

-Habéis contravenido mi voluntad al irrumpir armado en la capilla. Haré que seáis descuartizado por eso, ¿queda entendido?

-Perfectamente, señor.

-Pero si merecéis mi clemencia, me conformaré con haceros decapitar. Sólo depende de vos. Apresad a Wiggershaus, arrojadlo a la mazmorra más escondida y enviad ese mensajero a Tréveris, ¡inmediatamente!

-Es posible que haya escapado a vuestra atención, señor conde, que una partida de bandoleros…

-No hay nada que escape a mi atención. Por ejemplo, que acabáis de desobedecerme -gritaba cada vez más, aunque me parecía casi imposible, hasta que por último rugió—: ¡Un paso adelante el que esté dispuesto a cumplir lo que yo mando! ¡Le nombro nuevo comandante del castillo!

-¡A vuestras órdenes, señor! —dijo con voz firme un hombre dispuesto a no desaprovechar la ocasión.

Conrad se volvió hacia el que acababa de hablar y lo miró de arriba abajo. Era yo quien así acababa de ofrecerse.

-Os conozco -dijo Conrad-. Estuvisteis con Kuehnemund en la capilla.

-Es un honor para mi el haber merecido vuestra atención. Por desgracia no pude impedir entonces que este canalla llevase a cabo aquella profanación. ¡Pero los tiempos han cambiado! Wiggershaus, Kuehnemund, consideraos arrestados. Señor conde, entregadme a vuestro prisionero y no os manchéis las manos con tan indigna criatura.

Conrad se acercó y me dijo al oído, en tono que él debió creer conspirativo:

-¡Cuidado! Guardaos de las asechanzas de los traidores, ¡estamos rodeados! ¿Cuándo enviaréis el mensajero a Tréveris?

-Antes de que los traidores hayan tenido tiempo para reponerse de su espanto, mi señor.

-¿Habéis recibido hoy el sacramento de la confesión?

-Precisamente iba en busca del capellán Johannes cuando me di cuenta de que podía seros más útil aquí.

-¿Y los traidores? ¿Qué haréis con ellos?

-Serán interrogados con el máximo rigor y luego entregados a vuestra jurisdicción para que oigan la justa sentencia.

-Bien decís. Pongo por testigos a los aquí presentes. Este hombre es el nuevo comandante del castillo. ¿Cómo os llamáis, comandante?

-Edgar Frischlin, para serviros, señor conde.

-Cumplid vuestro deber, comandante Frischlin. A esos canallas quiero verlos muertos antes del anochecer. Ahora pienso retirarme para orar.

Con estas palabras giró sobre sus talones y se alejó muy ufano, como si acabara de solventar todos los problemas del mundo.

-Lo mejor será que os retiréis a vuestra habitación -me dirigí a Von Hutten-. Cuanto menos se os vea por aquí, mejor para vos mismo.

Hutten se puso en pie.

-¿Cuál es vuestro juego, Frischlin? -me preguntó.

-No estoy seguro —contesté—. Ni siquiera he visto aún todas mis cartas.

-Lo cierto es que yo he dejado de ser un triunfo -replicó él, y desapareció dentro de la torre.

-¿Es que no tenéis nada que hacer? —increpó Kuehnemund a los mirones-. ¡Vamos! ¡A trabajar! ¡Aquí no mantenernos vagos!

Algunos de los presentes se volvieron hacia mí con aire interrogante.

-Ya lo habéis oído -les dije-. Hasta nueva orden, que todo continúe como antes.

El patio fue vaciándose hasta que Wiggerhaus, Kuehnemund y yo quedamos a solas.

-Arriesgáis un baile sobre el filo de una espada —dijo Wiggershaus-. Hoy os nombra comandante y mañana ordenará que os corten la cabeza.

-Señor Wiggershaus, no ambiciono vuestro cargo ni el del señor Kuehnemund. Hay en el castillo mucha inquietud y mucho miedo para consentir que venga Conrad a estropeárnoslo todavía más. Propongo que pasemos a vuestro gabinete para seguir hablando de la cuestión.

## CAPITULO 25

### En donde contemplamos de lejos una memorable negociación

Por qué os cerrasteis en banda cuando Conrad mandó enviar un mensajero a Greifenclau? -le pregunté a Wiggershaus-. Al fin y al cabo, eso estaba hecho por nuestra cuenta. Y habríais entregado igualmente al de Hutten, aunque no hubiese ocurrido nada de lo que sucedió luego.

-Fue un error, ya lo sé. Uno espera que la situación por fin va a mejorar un poco, pero resulta que todo emprende un giro a peor. No supe qué hacer cuando vi que Conrad lo sacaba al patio a Von Hutten y cuando escuché sus acusaciones. Menos mal que estabais presente vos, señor Frischlin.

Estábamos reunidos en el gabinete de Wiggershaus los tres, y no poco satisfechos de haber salido relativamente bien parados del apuro.

Me quedé mirando a Wiggershaus, dándole tiempo. Por fin preguntó:

-¿Qué habéis querido decir con eso de que yo entregaré al de Hutten de todas maneras?

-Es muy arriesgado conceder asilo a un enemigo personal de Greifenclau. Creo que sólo aguardabais el momento oportuno, pero ¿cuál? ¿Tal vez esperabais a que aumentase el precio ofrecido por la cabeza de Hutten?

-Me atribuís una capacidad de reflexión que no tengo, o por lo menos no he tenido en ese caso.

-Hicisteis cuanto os fue posible para evitar que Frowin se ocupase del de Hutten. Hicisteis que lo cuidara la señora Gundelfinger para evitar que muriese. E hicisteis que se creyera en seguridad devolviéndole la pistola. Sólo que daba la casualidad de que el arma no funcionaba.

-Sois muy agudo, señor Frischlin. ¿Cómo se os ocurrió la idea de examinar la pistola?

-Hay otra pregunta más interesante: ¿por qué estaba la pistola en el laboratorio de Frowin?

Wiggershaus abrió mucho los ojos, casi como si yo acabase de afirmar que el conde Frowin me había participado personalmente el nombre de su asesino.

-¿Que la pistola de Von Hutten estaba en el laboratorio de Frowin? -repitió como si no hubiese entendido bien mis palabras.

-En efecto. Vos mismo la visteis mientras la examinaba Locher.

-¡Dios mío! Vi que estaba mirando una pistola. Pero no tenía ni la menor idea de que fuese la de Hutten. ¿Vos no le disteis al conde otra pistola? —preguntó volviéndose hacia Kuehnemund.

-Creo que me faltan algunas informaciones -dijo Kuehnemund, algo molesto-.Yo ordené que Locher le diese al conde una pistola. ¿Ahora resulta que tenía dos? ¿Por qué?

-Si yo supiera eso, adelantaríamos bastante -dije-. ¿Qué pistola fue la que le dio Locher?

-Una de las que compramos el año pasado a un armero de Nuremberg. Sabíamos que Von Cleve se acercaba al conde con mucha facilidad. Siendo imposible permanecer a su lado en todo momento, le encarecí que llevase un arma con que defenderse. Por último fuimos a la armería y yo mismo vi cómo Locher cargaba la pistola.

-¿Pudo limitarse a fingir que la cargaba? Kuehnemund rió sin ganas.

-Lo diréis en broma, ¿verdad? Pues no tiene gracia. Yo mismo inspeccioné la pistola antes de que Frowin se la guardase. El arma estaba cargada y lista para disparar, tan cierto como que estoy aquí sentado.

Coloqué sobre la mesa la pistola que había encontrado debajo del montón de leña. Kuehnemund la tomó en las manos y la estudió dándole un par de vueltas.

-Ha sido disparada —dijo—. ¿Dónde la encontrasteis?

-En el laboratorio. Pero alguien la escondió en ese lugar, desde luego.

-Así que el conde tenía dos armas -dijo Wiggershaus-. Con una de ellas debió disparar, si lo he entendido bien.

-Es evidente -dije.

-La cuestión es... ¿contra quién? -preguntó Kuehnemund. Les conté dónde había encontrado el arma.

-¿Es ésta la pistola que Locher le entregó al conde?

-En cualquier caso, es de la misma serie.

-Así pues, se suicidó al fin y al cabo —dijo Wiggershaus. — Admitiendo que después de pegarse un tiro en la cabeza hubiese vivido lo suficiente para esconder la pistola y encaminarse luego hasta la puerta -contesté.

-Cuesta creer que alguien se moleste en montar un engaño tan complicado para hacer creer que murió a manos ajenas. Pero por otra parte...

Wiggershaus titubeó pero Kuehnemund completó lo que aquél no se atrevía a decir.

-Por otra parte, si se suicidó cometió un pecado mortal y no tendría derecho a un enterramiento en sagrado. Dicen que ha ocurrido otras veces.

-¿Sería posible? —preguntó Wiggershaus-. ¿Tiene el laboratorio algún artefacto que le permitiera conseguirlo?

-Aun suponiendo que construyese algún ingenio que después de quitarle la pistola de la mano y transportarla hasta el fogón hubiese apilado por último la leña encima, se debería haber encontrado ese artefacto. O por lo menos, debió aparecer allí cuando forzasteis la puerta.

-Tal vez alguien se lo llevó.

-Entonces nos quedamos con el mismo problema. Alguien que estaba en la habitación y desapareció antes de que lograseis entrar.

-Leo von Cleve apareció y desapareció en un par de ocasiones, sin que se haya explicado nunca cómo lo hizo —comentó Kuehnemund.

-Eso también lo había pensado -dijo Wiggershaus-. Pudo ocurrir que Frowin disparase contra Cleve, pero éste disparó con más puntería.

-A veces dos disparos simultáneos suenan como uno solo -dijo Kuehnemund.

-¿Y acto seguido escondió la pistola de Frowin? —pregunté-. ¿Y volvió a presentarse por segunda vez en la torre, cuando hacía rato que pudo poner mucha tierra por medio?

-Se lo preguntaré la próxima vez que lo vea -aseguró Kuehnemund.

-Tal vez no había salido todavía de la torre —dijo Wiggershaus-. Nosotros lo vimos abajo, al pie de la escalera, pero nadie le vio llegar.

-Aquí hay algo que no encaja —dije—. Frowin fue a buscar personalmente la pistola de Von Hutten. ¿Para qué la quería, si él ya tenía otra?

Nuestras elucubraciones quedaron súbitamente interrumpidas cuando Locher abrió la puerta sin llamar y entró gritando:

¡Pronto! ¡Los hombres han empezado a desertar y no puedo detenerlos!

Los cuatro corrimos hacia el patio.

Es un decir. Kuehnemund fue el único que corrió de verdad. Wiggersintentó seguirle resoplando como un paquidermo, Locher se tambaleaba sobre sus piernas deformes y yo cojeaba con mi tobillo estropeado.

Tan pronto como salimos escuchamos voces y disparos. Mientras nos apresurábamos, Locher dio la novedad con voz entrecortada por los jadeos.

-Me disponía a llevar el Berraco hacia la muralla norte, cuando se acercó Michel el viejo diciendo que un puñado de lansquenetes acababan de abrir la puerta. Cuando me planté allí habían escapado ya unos cuantos. Quise detenerlos y uno de ellos me disparó un tiro.

El frente de los defensores se resquebrajaba al darse cuenta la tropa de que la oficialidad andaba dividida. Era lo mismo que dar la señal para el sálvese quien pueda.

La puerta estaba entreabierta pero un par de hombres empujaban ya el doble batiente para cerrarla.

Cuando nos vieron, uno de ellos cambió de opinión en un santiamén y escapó colándose por el hueco.

-¡No huyáis! ¡Los bandidos matarán a todos los que anden desperdigados! -clamó Kuehnemund.

Al otro lado de la muralla se oyó una salva de disparos, como si los bandoleros quisieran corroborar sus palabras de la manera más dramática.

Pero no fue suficiente. Todavía unas mujeres agarraron a sus crios e intentaron salir antes de que las puertas se cerrasen del todo.

Al pasar cerca de una pirámide de arcabuces, me hice con dos de ellos sin detenerme y le arrojé uno a Locher.

Wiggershaus iba cada vez más rezagado. Mirando atrás vi que se detenía a recoger una de las armas.

-¡Fuera de la puerta todo el mundo! —ordenó Kuehnemund.

La plataforma situada en aquel lado de la muralla estaba desierta. Los cañoneros que debían atender la pieza habían desaparecido.

En el patio, el viejo Michel peleaba con un lansquenete para que no huyese. No era una lucha heroica pero sí eficaz.

Otro lansquenete corría también hacia la puerta llevándose a una de las mozas. Llevaba una pistola en la mano libre.

-¡Quieto ahí, desertor! —exclamó Locher.

-Fuera de la puerta he dicho -les advirtió de nuevo Kuehnemund. La muchacha tropezó y cayó. El soldado la soltó y siguió corriendo sin hacer caso de ella.

-¡No me dejes! —gritó la maritornes.

-¡Detenedle! -ordenó Kuehnemund a los tres hombres que estaban de guardia junto a la puerta.

El que huía gritó a su vez:

-¡Fuera de la puerta! -y para dar más énfasis a sus palabras los encañonó con la pistola.

Kuehnemund disparó sin dejar de correr. El lansquenete cayó al suelo y quedó desarmado, llevándose las dos manos a la rodilla, donde crecía una mancha de sangre. En seguida mudó de parecer y quiso recuperar la pistola. Pero Kuehnemund ya estaba sobre él y alejó el arma de un puntapié. Sin volverse apenas le dijo a Wiggershaus:

-Haceos cargo de él, magister.

Salimos Kuehnemund, Locher y yo.

Entre la muralla y la linde del bosque se veían varios cuerpos desperdigados.

Los desertores se habían dispersado para tratar de alcanzar el bosque y esconderse allí. Entre los árboles destellaban los fogonazos de los disparos.

Corrían pero constituían un blanco tal fácil como dianas de feria. Los bandoleros tiraban contra los hombres y las criaturas.Todas las mujeres consiguieron alcanzar la linde del bosque. No dudé que para ellas la fuga terminaba allí.

Poco a poco los hombres se dieron cuenta de que la huida era absurda. Corrieron en zigzag tratando de esquivar los tiros al tiempo que deshacían camino para volver hacia la puerta del castillo.

Todos cayeron uno tras otro, hasta que sólo quedó uno de pie, el lansquenete que había salido el último. Pero antes de decidirse a regresar había recorrido más de la mitad de la distancia en su huida. El retorno iba a ser largo.

-¡Corre, Karlmann, corre! ¡Lo conseguirás!

Algunos lansquenetes subieron a los adarves y empezaron a disparar para dar cobertura al que corría. Pero la linde quedaba lejos y los emboscados no se dejaban ver.

Alrededor de Karlmann salpicaba una lluvia de balas que levantaban del suelo fuentecillas de tierra. El soldado se

estremeció al sentirse herido en el hombro izquierdo, pero siguió corriendo.

Desde la plataforma el Buey soltó un mugido y la bala hizo volar por el aire ramas de los árboles tronchados.

Entre éstos aparecieron dos figuras. Eran el de Spalatina y su ángel de la muerte. Spalatina clavó una horquilla en el suelo y la mujer le tendió uno de aquellos mosquetes de los tercios españoles, arma tan pesada que no se podía apuntar con ella a pulso. El apoyó el mosquete sobre la horquilla y tomó puntería.

Apunté a Spalatina y disparé .Yo no destacaba como buen tirador y aunque lo hubiese sido, no era posible que le acertase, salvo casualidad afortunada. La bala levantó una polvareda a diez o quince pasos por delante de donde estaban ellos.

Spalatina habló con la mujer y quitándose el chambergo, le hizo una cortés reverencia al tiempo que le cedía el mosquete. Ella apuntó con toda tranquilidad.

Karlmann estaba cerca de conseguirlo cuando el ángel de la muerte disparó. Primero vi el fogonazo y la nube de pólvora. Luego Karlmann giró sobre sí mismo y cayó a tres pasos de nosotros. Resbaló en el suelo, arrastrado por su propia carrera y por la fuerza del impacto, y cuando quedó inmóvil, con un orificio entre los omóplatos, llegó hasta nuestros oídos una sorda detonación.

Una granizada de disparos partió del parapeto. Los enfurecidos defensores gastaban la pólvora en vano contra el jefe de los bandoleros y su compañera.

Si los bandoleros hubiesen aprovechado aquel preciso instante para lanzar el asalto, habrían llegado a los pies de la muralla antes de que nosotros consiguiéramos recargar nuestras armas.

Kuehnemund adelantó un paso, agarró al muerto por el cuello de la ropa y lo llevó a rastras hacia el interior del castillo.

-¡Cerrad la puerta! -ordenó.

En seguida se volvió hacia los ocupantes de la muralla y les gritó:

-¡Vamos! ¡Carguen! Y tú, Henning Locher, sube a la plataforma y que el Buey quede en disposición de volver a servir en seguida.

Y con un ademán hacia algunos de los que haraganeaban en el patio, agregó:

-Que cada uno de vosotros se haga con un arcabuz y lo lleve a uno de los defensores de la muralla.Y si alguien cree que los bandoleros no van a por él, que contemple bien a este hombre -agregó refiriéndose al difunto Karlmann.

Luego se volvió hacia el lansquenete herido en la rodilla. Lo mismo que antes con el muerto, lo agarró por el cuello de la ropa y se lo llevó rampa arriba hasta el emplazamiento del cañón.

—¡Mátame ahora mismo! —iba suplicándole el hombre—. Estamos todos muertos igualmente.

Kuehnemund no le contestó hasta que estuvieron arriba, y lo hizo con voz fuerte, para que pudieran oírle todos cuantos estaban en el patio.

-Ya tengo un muerto para que la gente lo vea. A ti nada más te he herido en una pierna por dos razones. La primera, para que no te me escapes. La segunda, porque necesitarás los dos brazos para disparar con el arcabuz.

Dicho esto se acercó al borde de la plataforma y agregó:

-Si estáis empeñados en morir, hacedlo al menos defendiendo el castillo. Que todos cumplan con su deber. Tú, Michel, le asignarás a cada tirador una mujer o un niño. Búscalos donde sea. Y que los tiradores les enseñen cómo se cargan las armas. Al que se niegue, le cortas el pie. O los dos, si se obstinan. Las manos no, que las necesito. ¿Me ha entendido todo el mundo?

Wiggershaus dijo:

-Tengo náuseas —y se volvió de espaldas para vomitar en el patio.

-Espero que nuestro mensajero haya conseguido pasar. Aunque no me atrevo a creerlo -nos dijo Kuehnemund a Wiggershaus y a mí mientras reunidos en el comedor mordisqueábamos unas rebanadas de pan.

Wiggershaus apenas tocó el suyo, y tampoco los demás teníamos demasiado apetito.

Kuehnemund sacó un pedazo de papel. Se había pasado una hora anotando números.

-Contamos con veintidós lansquenetes en el castillo. Eso sumándonos Frischlin y yo. Locher llevó el Berraco al sector norte con dos cañoneros que tiene allí apostados. Si los bandidos llevasen realmente una pieza a aquella cima, sería preciso retirar otros dos hombres de la puerta. Cuatro quedan en la plataforma con el Buey y con Janssen el de la rodilla destrozada. Los demás cubren la parte anterior, cada uno con un ayudante, si consigue enseñarle a cargar. Tenemos tres arcabuces para cada tirador.

-¿Hay alguna posibilidad de éxito? —le preguntó Wiggershaus.

-Si los bandoleros atacan con decisión usando la artillería, las escaleras de asalto y todo lo que traigan... Pero tal vez no sepan cuántos somos. Sin embargo, si Von Cleve contó cuántos éramos mientras estuvo en el castillo, no le costará mucho averiguarlo. Ahora no tiene más que restar los muertos que han quedado tendidos ahí fuera.

-¿Los hombres van a quedar de servicio permanente en la muralla? -pregunté—. Tarde o temprano tendrán que echarse a dormir.

-Ya descansarán cuando estén muertos.Y tú, ¿estás empeñado en continuar con tus pesquisas sobre la muerte de Frowin? No seré yo quien te lo impida, si te parece tan necesario. Pero hazte con un arcabuz, y tan pronto como caiga el primer disparo quiero verte en las almenas.

-He hablado con todos los que estuvieron allí, excepto Otto Fechter -contesté-.Y mientras anden los desolladores por aquí no creo que vuelva. Estaría bueno que él hubiese visto algo que despejase todo el misterio. ¿No has incluido al de Hutten?

-No. Tampoco incluyo a Conrad ni al capellán, puesto que no se puede contar con ellos. Pero tienes razón, Hutten sabe manejar las armas. Por muy enfermo que esté, siempre puede disparar una pistola.

-¡Dios mío! ¿Y Conrad? ¿Qué hacemos con él? -suspiró Wiggershaus.

-Si ha de valeros para algo mi consejo, magister, os diría que lo encerraseis en cualquier calabozo hasta que todo haya terminado. ¿O acaso pensáis someteros a lo que él os diga?

-Haga lo que haga, resulta siempre que he tomado una decisión fatal para mí. Estamos perdidos con seguridad si hacemos caso de sus órdenes. Si dejamos que hable a la gente, cundirá todavía más el pánico.Y si lo encierro, tarde o temprano me lo pagará enviándome a la horca.

-Opino que hay que tenerlo distraído de alguna manera -dije—.Voy a hablar con el de Hutten y vuelvo en seguida.

-A lo mejor te tropiezas con el conde -dijo Kuehnemund-. Le dices que vaya a la capilla, a rezar por nuestra victoria en esta jornada. Seguro que eso le parecerá bien.

-Y tampoco estará de más -comentó Wiggershaus.

En aquel día -y en toda mi vida, a decir verdad- me tropecé dos veces más con el conde Conrad. La primera, tan pronto como me disponía a cruzar el patio posterior.

Conrad salía de la capilla en dirección hacia los aposentos señoriales.

-Tú eres el nuevo comandante del castillo —dijo al verme.

-Decís bien, señor conde -contesté con humildad.

-¿Han sido castigados los traidores como lo dejé mandado?

-Los he castigado a montar guardia en la muralla. Eso servirá para quebrar la contumacia de esos desalmados.

-Pero no olvides que los tengo condenados a muerte.

-Los carpinteros han levantado ya una plataforma para la ejecución -dije—. Es la que está al lado de la puerta principal.

-¿Y el mensaje para el príncipe obispo?

-Va de camino. ¿Tenéis alguna otra instrucción que darme, señor conde? Estoy muy ocupado imponiendo en este castillo el orden y la disciplina.

Conrad arrugó la frente. Se le notaba el gran esfuerzo que estaba haciendo, a ver si se le ocurría alguna instrucción.

-Es menester otro sacrificio -dijo por último-. No creo que la cólera de Dios se haya aplacado con la muerte de mi padre, ¿a ti qué te parece?

-¿Decís que la muerte de vuestro padre ha sido un sacrificio?

-¡Claro, zoquete! ¿Es que no lo has comprendido? Aparte de mí mismo, ¿no habrá en este castillo nadie que tenga ni un adarme de entendimiento?

-Pues, ¿quién sacrificó a vuestro padre?

-Yo, naturalmente.

-¿Que vos matasteis al conde Frowin?

¿Sería posible? Pese a su mente perturbada, ¿era capaz Conrad de concebir un plan y llevarlo a cabo con tanta habilidad que ninguno de nosotros supiese resolver el misterio?

-Era mi deber -prosiguió Conrad-. Se me apareció en sueños el arcángel Gabriel y dijo que sería necesario sacrificar a un ser humano para que el Creador depusiera su justa cólera. Y me recordó el caso de Abrahán dispuesto al sacrificio de su hijo Isaac.

En el caso de Abrahán el sacrificio quedó en la intención. Pero tal vez ese final feliz se le había escapado al intransigente Conrad.

-¿Cómo os las arreglasteis para matarlo? -pregunté.

-Con el poder de la oración. Todo el día y toda la noche estuve rezando y ayudando... y hete aquí que por fin recibí la noticia de que mi padre acababa de pasar a mejor vida.

-¿No levantasteis la mano contra vuestro padre?

-A mi padre lo mató un demonio, ¡hasta un destripaterrones como tú debería ser capaz de entenderlo! Pero dime, ¿quién es la cabeza más preclara de este castillo?

-Vos, naturalmente, mi señor conde.

-Si hubieras contestado otra cosa habría mandado que te pasaran por la rueda sin demora. Voy a rezar ahora para que el Señor me ilumine y me revele quién ha de ser la próxima víctima propiciatoria. Que no se me moleste bajo ningún pretexto.

Dicho lo cual me dejó plantado y se metió en sus aposentos.

Evidentemente él estaba convencido de haber sido el causante de la muerte de su padre. Mientras subía a la habitación de Von Hutten me preguntaba si habría motivos para adherirse a tal parecer.

Encontré a Hutten y Adriane de pie en medio del laboratorio de Frowin. Se interrogaban mutuamente como si estuvieran resolviendo un acertijo, desentendidos por completo de persecuciones y de chiflados, homicidas y desolladores.

—¿Por qué estaban los taburetes sobre la mesa de trabajo y no en el suelo? —preguntó Hutten.

—¿Por qué estaba Frowin tumbado detrás de la puerta? –preguntó Adriane,

—¿Quién disparó la pistola pequeña? -preguntó Hutten.

—¿Por qué estaba escondida debajo del montón de leña? -preguntó Adriane.

—¿Cómo sabes que estaba escondida? -pregunté yo.

—Muy fácil -replicó Adriane—. Sabemos que después de la muerte de Frowin tú registraste la habitación. Las huellas en el hollín demuestran que rebuscaste dentro de los fogones. Hemos visto tus prendas manchadas de hollín donde te limpiaste las manos. En la leña puesta a un lado también quedaron rastros de hollín. Pero la pistola estaba limpia cuando se la enseñaste a Hutten. Luego apartaste la leña después de haber rebuscado entre el hollín, y antes de tocar la pistola te limpiaste las manos en tu propia ropa.

—La señorita Adriane y yo nos hemos tomado la libertad de cotejar nuestras observaciones -explicó el de Hutten-. Si todos los interesados hablasen con la misma franqueza que nosotros, el misterio ya estaría resuelto, y disculpad que os hable tan claro, señor Frischlin.

—Sois muy dueño, mi señor Von Hutten. ¿Os interesaría un arma que sirva para disparar?

-¿Por qué no preguntáis directamente lo que deseáis averiguar? Estáis diciendo si pienso participar en la defensa del castillo, como es natural. Dadme un arma y os demostraré que soy tan capaz de luchar como cualquier otro.

-Sólo por curiosidad, ¿habéis averiguado ya lo que pasó aquí?

-Sólo nos planteábamos un par de preguntas que no se os habían ocurrido a vos, señor Frischlin. ¿Cómo decías antes con tanto acierto, Adriane?

-¿Por qué estaba la lona sobre la mesa? -preguntó Adriane.

-Eso sí se sabe -contesté—. Frowin la desplegaba en el suelo cuando se disponía a fabricar oro. A continuación bajaban a desplegarla en un bastidor y buscaban las partículas de oro.

-Con eso no queda contestada la pregunta de Adriane -replicó Hutten-. Repito, ¿por qué estaba la lona sobre la mesa?

-O dicho de otro modo -agregó Adriane—. Si Frowin la desplegaba cuando iba a fabricar oro o lo intentaba, y la última vez que estuvo aquí no la desplegó, ¿a qué se dedicaba esa noche?

-A lo mejor supo que alguien intentaría asesinarle -sugerí—.Y preparó el encuentro. Incluso llegó a disparar contra alguien, según hemos averiguado en el ínterin.

-¿Cuándo? -preguntó Hutten.

-Sobre la medianoche. Él y su asesino debieron disparar simultáneamente, por lo que se oyó un solo tiro.

-¿Por qué fue el conde a buscar la pistola de Hutten? -preguntó Adriane.

-Quizá porque había disparado la suya y necesitaba otra.

-Señor Frischlin -se impacientó Hutten-. Estamos de acuerdo en que Frowin tenía poca experiencia en materia de armas. Pero no sería tan poca que se guardase una pistola descargada en vez de buscar a alguien que supiera volver a cargarla. Eso no se le ocurre ni al que asó la manteca. El

caso es que no encontraremos más respuestas en esta habitación. Salgamos, señor Frischlin.

En el patio nos despedimos de Adriane, quien se encaminó hacia la cocina.

Hutten se volvió hacia mí diciendo:

-Me gustaría echarle una ojeada al difunto conde, siempre y cuando no vaya a tropezarme con el conde vivo.

Por cuyo motivo me acerqué solo a la capilla para echar un vistazo. Efectivamente, el conde no estaba.Vi que Susanne y el capellán Johannes se afanaban alrededor del difunto, que estaba puesto en un catafalco frente al altar.

Me volví para hacerle seña a Hutten de que podía entrar, y juntos nos acercamos al que estaba de cuerpo presente.

Susanne y el capellán lo habían envuelto en un largo sudario blanco, y cuando entrábamos el capellán acababa de cubrirle el rostro con un paño.

-No vengáis a turbar el descanso del difunto —nos advirtió.

-Será sólo una ojeada -dije—. ¿Por qué le cubrís la cara?

-Hemos lavado el cadáver, pero harían falta verdaderos artistas para arreglar la cabeza y que fuese posible exponerlo durante el oficio -explicó Susanne.

-Retiraos, por favor —dijo Johannes.

-Queremos echarle un vistazo al difunto -replicó Hutten-. En cuanto a vuestros ritos supersticiosos...

-No os disparéis, señor Hutten -le interrumpí-. Señor capellán, os ruego creáis que no está en nuestro ánimo perpetrar ninguna profanación.

-Consentidlo, señor capellán -terció Susanne-. Conozco al señor Frischlin. Además estaremos presentes nosotros dos.

-El conde Conrad dejó mandado que nadie excepto nosotros tocase el cadáver —se opuso el capellán.

-Dijo que sólo estabais autorizado a tocarlo vos -le corrigió Susanne-. Pese a lo cual no tuvisteis reparo en solicitar mi ayuda.

Hutten no quiso esperar a ver cómo terminaba la discusión, sino que se acercó decididamente y levantó el paño.

Era imposible que Frowin hubiese caminado ni un solo paso después de recibir el tiro.

La parte posterior de la cabeza y la sien hasta la oreja habían volado. El cráneo estaba cubierto por una venda de seda; debajo de la delgada tela traslucían los huesos astillados.

-Me parece que ya hemos visto bastante -dije.

-Esperad un momento -dijo Hutten—. ¿Qué habéis hecho con la cabeza?

-He sacado los restos del cerebro y he lavado el cráneo con sosa -explicó ella—. Después lavé la cara con un paño húmedo para quitar los restos de sangre.

-¿Es necesario que hablemos de todo eso? —preguntó el capellán. Al parecer él también había visto bastante durante la operación y no deseaba que se la recordasen con tanto detalle.

-¿Seguro que murió del disparo? -preguntó Hutten.

-Sabemos que murió de un disparo. Al fin y al cabo, escuchamos el tiro.

-Es verdad que escuchamos un tiro. Pero una bala disparada a corta distancia habría atravesado el cráneo, con un orificio de entrada y otro de salida.Y una bala disparada desde una distancia mayor, habiendo perdido parte de su velocidad inicial, al impactar en el cráneo se aplastaría y podría causar una herida grande como la que aquí vemos.

-Para eso sería necesario que hubieran disparado desde fuera de la torre —dije—. Pero ahora sabemos que no fue así.

-Por cierto, ¿dónde ha quedado la bala? —preguntó el de Hutten.

Nadie supo qué decir.

—Estará todavía en el laboratorio —aventuró Susanne por fin.

-No estaba -dije—.Yo creí que habría quedado dentro del cráneo.

-El cráneo no contenía ninguna bala -dijo el capellán-. Estará en el laboratorio. Vayan a buscar allí.

-¿No es un caso notable? -me preguntó Hutten-. No sólo desaparece el asesino de una habitación cerrada con llave y sin dejar rastro, sino que ahora resulta que también ha desaparecido la bala.

-Una bala se pierde fácilmente -repliqué.

—Si la estancia se hallaba cerrada con llave, nadie ni nada pudo salir, ni hombre ni bala.

—¿Decís que no murió de un tiro, sino de un golpe? ¿De un mazazo o algo parecido? Eso explicaría la pistola descargada. Frowin quiso defenderse, pero erró el tiro.

—Entiendo -dijo Susanne—. Pero ¿cómo escapó de la habitación el asesino?

-Os precipitáis al admitir esa nueva explicación -dijo Hutten-. Lástima que no encaja con los demás detalles que hemos descubierto. Si no os fijarais tanto en la desaparición del asesino, tendríais la cabeza despejada para lo que importa en realidad.

-Por favor, señores -dijo el capellán-. Esto es una capilla mortuoria. Digan al menos una oración.

-Las oraciones no van a salvarnos el pellejo -replicó Hutten—. Pero vosotros los papistas, naturalmente, siempre tratando de engañar para despistarnos, porque...

-Nos vamos -dije llevándome a Hutten sin darle tiempo a concluir su discurso.

Susanne nos siguió y nos alcanzó en el patio.

-¿Cómo va la herida de la cabeza? -me preguntó.

—Estoy bastante aturdido, pero se puede soportar.

—Ven a verme luego, te cambiaré la venda.

-Será mejor que vayas a esconderte en tu habitación y te quedes allí hasta que todo haya pasado. Iré a verte.

-No hay ningún escondite seguro en todo el castillo -replicó ella-. Y no pienso esconderme. Cuando haya terminado en la capilla iré a la armería, que es donde debo estar. He tenido una idea que me parece va a servir para calentarles los pies a los bandoleros. Pero necesito algunos ingredientes del laboratorio.

-Llévate lo que quieras.

Ella hizo un mohín con los labios, casi como si me lanzase un beso, y se volvió en seguida a la capilla.

-Paréceme a mí, señor Frischlin, que vuestro celo por aclarar el crimen obedece a otra causa que no ha sido mencionada hasta ahora -dijo Hutten.

-Se os espera en la armería para recoger vuestra pistola —le recordé.

La armería estaba en el sótano de uno de los edificios del patio delantero.

Habitualmente la tenían cerrada, pero en aquellos momentos no era cuestión de guardar las armas para que nadie pudiese tomarlas sin permiso.

Locher estaba de pie junto a una mesa y les enseñaba a dos mujeres cómo se limpiaban y engrasaban los mecanismos de las armas de fuego.

Los arcabuces y las carabinas estaban en un estante de la pared, y las pistolas se guardaban en un armario. La primera intención de Hutten fue acercarse al estante, pero luego lo pensó y dijo:

-Creo que estaré mejor servido con dos pistolas. Me faltan fuerzas para apuntar un arma larga. ¡Ah! ¿Qué tenemos aquí? Una serie completamente nueva.

En el armario se alineaban cinco pistolas, todas iguales y parecidas a las que había descubierto yo debajo del montón de leña.

Hutten tomó dos de ellas y se las llevó a Locher.

-Maestro armero, ¿tendríais la bondad de cargarlas para mí?

-¿Os parece que estoy ocioso? -gruñó Locher.

-Me parece que no podía elegir a nadie mejor que vos, tratándose de pistolas.

-No os burléis de mí, por favor.

-Y no lo hago -se puso serio el de Hutten-. No sé mucho acerca de vos, pero conozco una persona digna de confianza en cuanto la veo. Que no suele suceder con mucha frecuencia en este castillo, dicho sea de paso.

-Quizá no sepáis que aquí hay muchos que tampoco se fían de mí.

-En eso nos parecemos vos y yo. Si tenéis fe en vos mismo, no veo porqué no habría de compartirla yo.

-Os diré entonces que yo fui el que inutilizó vuestra pistola. Y ahora,

¿seguiréis teniéndome confianza?

-Sin dudarlo ni un instante -contestó Hutten-. Lo que hicisteis, me consta que lo hicisteis por mandato de vuestro administrador y ésa es justificación suficiente para mí. ¿Querréis cargar mis armas, o tendré que hacerlo yo mismo con estas manos temblorosas?

Locher aceptó las dos pistolas y mientras se ocupaba en quitarles el aceite y cargarlas, yo echaba un vistazo por la armería.

Como mi puñal había quedado con los bandoleros, decididos seguramente a presentármelo de nuevo pero por el extremo menos conveniente para mí, me puse a buscar un arma blanca.

Por último encontré un misericordia en aceptable estado y limpio de manchas de orín.

Hutten y Locher, como entendidos, charlaban de cosas de armas. Escuché la conversación con interés, a ver cuándo se decidiría Hutten a mencionar la noche de autos.

Él, en cambio, manifestaba una curiosidad para mí incomprensible por la galería de tiro instalada en aquel sótano, y que servía para ejercitarse en el manejo de las armas cuando por causa del mal tiempo no se podía salir al campo. El de Hutten dijo que cuando terminase el asedio esperaba restablecerse y poder practicar allí.

Finalmente pidió un cuerno de pólvora y una bolsa de balas, todo lo cual colgó de su cinturón con gran alarde de precauciones.

Mientras tanto, Locher iba prodigándole consejos. Que aquellas pistolas solían desviar un tanto a la izquierda.Y que nunca se le ocurriese cargar más de vez y media la medida teórica de pólvora.

Por último Hutten y yo salimos.

-¡Qué os parece! —se volvió hacia mí—. ¡Una galería de tiro en el sótano! Extraordinario, ¿verdad?

-No veo por qué os parece tan extraordinario -repliqué-. Nosotros ya tenemos nuestra galería de tiro en el parapeto, ¿para qué nos sirve la del sótano?

-¡Ah, mi señor Frischlin! ¿Es que no os fijáis en nada? Hay una galería de tiro ahí abajo, ¿no? Repito, una galería de tiro. ¿No os dicen algo esas palabras? ¿Qué os recuerdan?

-¿Una bodega de vino? ¿Una barraca de tiro al blanco?

-A mí me recordaría una pistola descargada y escondida debajo de un montón de leña.

-¿Qué motivos tendría Frowin para descargar la pistola en el sótano y esconderla luego?

-Esa es la pregunta que hace al caso. ¿Y cuál es la respuesta?

-No se me ocurre ninguna respuesta.

-Precisamente -dijo Hutten-. A mí tampoco.Y eso lo aclara todo.

-¿Por ejemplo, cómo pudo escapar de la habitación el asesino?

-¿No oísteis lo que dije en la capilla? Que no era tan extraña la desaparición del asesino.

-¿Y también aclara quién es el asesino?

-¡Precisamente! Ahora sólo nos falta averiguar por qué Frowin estaba tumbado junto a la puerta. En ningún caso intentó huir de la habitación.

Me detuve, lo agarré del jubón y le di una sacudida al tiempo que exclamaba:

-¿Sabéis quién es el asesino y no me lo habéis dicho?

-Ahora sí habéis interpretado bien mi pensamiento, señor Frischlin.

-¡Estáis arriesgando la vida!

-¿Acaso no lo hacemos todos? ¡Ah! ¡Concededme la satisfacción de asistir a vuestra perplejidad! Mientras tanto, intentad adivinarlo vos mismo.

—No puedo pensar en otra cosa.

-Interrogáis a la gente para demandar una infinidad de detalles acerca de lo que oyeron y vieron. Las respuestas verdaderas no las dan las personas, sin embargo, sino las cosas.

—¡Cómo me gustaría...!

-¿Pegarme un tiro ahora mismo? -propuso Hutten-. Poco adelantaríais con eso, ¿verdad? Ahora tened la bondad, y no me propinéis más sacudidas.

De pie en la otra orilla del Rin, Joseph Peutinger me miraba fijamente. Yo había subido a la plataforma artillera y allí encontré a Kuehnemund que escrutaba la linde del bosque con un catalejo.

Hutten se hallaba al fondo del parapeto, a la derecha, en animada conversación con Michel el viejo y con dos mozas que estaban apostadas cerca de ambos. Después de su largo aislamiento en el camaranchón de la torre sin duda sentía más la necesidad de conversación humana.

De vez en cuando me parecía adivinar un movimiento fugaz por entre los árboles.

Cuando Kuehnemund bajó el anteojo de larga vista le pedí que me dejara echar un vistazo.

El sendero por donde se entraba al bosque se hallaba bloqueado por una barricada de troncos y piedras.

—No entiendo por qué no atacan —dijo Kuehnemund—. En ningún otro lugar han perdido tanto tiempo.

Yo tampoco entendí por qué Von Cleve y Spalatina demoraban el asalto, pero supuse que tendrían sus razones y me limité a confiar en que tales razones siguieran teniéndolos entretenidos durante un par de semanas, por lo menos.

Dirigí el catalejo por encima de las copas de los árboles hacia los tejados de Oberwesel. La ciudad parecía abandonada.

A lo mejor los desolladores pasarían de largo. A lo mejor el ataque no se producía. A lo mejor no les interesaba ya el castillo. A lo mejor salían durante la noche los enanitos y me cambiaban las suelas de las botas.

En la orilla vi amarradas unas barcas de remos. Eran embarcaciones pequeñas, del todo insuficientes para que la partida pudiese cruzar el río con caballos, armas y bagajes. Además, el río había crecido durante la noche. En algunos puntos se veían remolinos de peligroso aspecto. Debió llover más al sur, aguas arriba. De nuevo los habitantes de la orilla derecha podían considerarse a salvo.

Hasta que los bandoleros alcanzasen el próximo puente.

En la orilla opuesta divisé un personaje aislado. Estaba demasiado lejos para verle la cara, ni siquiera con ayuda del anteojo. Cualquiera sabía lo que estaba haciendo. Rezar con los ojos cerrados. Contar los maderos que flotaban en el agua. Mear en el río.

Podía ser hombre o mujer, joven o viejo, un mercader judío, una campesina camino de la feria, un estudiante de teología extraviado.

Era Joseph Peutinger. Lo supe tan seguro como si lo tuviese delante de mí.

Estaba vivo, y deseoso de llevar a término la tarea comenzada.

Quería mi pellejo.

Y yo el suyo.

Nada nos separaba excepto la muralla de un castillo, varios centenares de bandoleros sanguinarios y un río crecido.

Llegaríamos a encontrarnos, ya fuese en su orilla o en la mía.

De pronto, uno de los malhechores salió a caballo del bosque.

Le tendí a Kuehnemund el catalejo, pero él lo rechazó con un ademán.

Lo que hizo fue descolgarse del hombro la carabina y apuntar.

-Viene a parlamentar -dije.

-¿En qué se nota?

-Lleva bandera blanca.

-Yo no veo ninguna bandera blanca.Veo un sujeto que se pasea por ahí ondeando una camisa sucia.

-Sería mejor parlamentar -dijo Janssen, que tras verse perdido atisbaba un pequeño destello de esperanza.

-¿De qué vamos a parlamentar? —preguntó Kuehnemund-. Ahora mismo gritará «rendios o acabamos con todos vosotros».

-Queremos parlamentar -fue lo que gritó el bandolero.

-¿Lo veis? .¿Lo veis? ¡Ya lo decía yo! ¡Por favor! ¿No lo decía yo? -exclamó Janssen,

-Acércate un poco más, hombre -contestó Kuehnemund— .Ven acá para que mi carabina pueda parlamentar con tus narices.

El bandido interpretó aquellas palabras como una invitación a detenerse, la cual obedeció.

-¡Queremos hablar con Benno Wiggershaus! -exclamó.

-Que me parece muy bien —replicó Kuehnemund—. Llama a tu jefe. Lo recibiremos amistosamente y le haremos ver todo el castillo.

-No. Proponemos que los emisarios de ambas partes se entrevisten a medio camino entre el bosque y el castillo.

-Lástima que hayan pedido por el magister. En otro caso te habríamos mandado a ti, y acto seguido le descerrajaríamos un tiro al de Spalatina -comentó Kuehnemund dirigiéndose a Janssen, y luego agregó en voz alta-: ¿Sobre qué deseáis parlamentar?

-Proponemos el pago de un rescate para que no haya asalto.

-¡De acuerdo! -exclamó Kuehnemund—. Pagáis cien mil ducados, y os prometemos no asaltar el bosque.

-Eso queremos que nos lo diga Wiggershaus -replicó el bandolero.

-Me parece que no nos han enviado al más inteligente -dije.

-Han enviado al que les pareció más prescindible -contestó Kuehnemund—. Está bien, vamos a parlamentar un poco.

Apoyó la carabina sobre el parapeto y se asomó un poco al exterior, diciendo:

-Para empezar, exigimos la puesta en libertad de todos los prisioneros. Entonces podrá hablar Spalatina con el magister Wiggershaus.

-¡Pero si no es Spalatina quien desea hablar con él! -exclamó el bandido—. ¡Es Leo von Cleve!

-Si intentan alguna añagaza le descerrajo un tiro a Von Cleve. No creo que quiera arriesgarse a eso.

-A lo mejor envían a otro con su disfraz —titubeó Wiggershaus.

-Esperaremos a que se halle lo bastante cerca para reconocerlo. No saldréis hasta que estemos bien seguros.

-Me gustaría saber lo que pretende proponernos el tal Cleve, naturalmente.

-Y a mí también. No puede sonsacaros nada que él mismo no sepa ya. Pero a lo mejor os cuenta algo que nosotros no sabíamos.

Wiggershaus estaba asustado y no se molestaba en disimularlo. Sin embargo, tampoco quería dejarse vencer por su miedo.

-Podríamos poner como condición que nos entreguen un rehén -propuse—. Alguien que sea de cierto valor para ellos, como la compañera de Spalatina, por ejemplo.

-Por pedir que no quede —replicó Kuehnemund-. Pero si aceptan, sabremos que no le atribuyen ninguna importancia a esa persona y están dispuestos a prescindir de ella.

-A lo mejor quieren atraparme a mí para tener un rehén -dijo Wiggershaus.

-La única vida que el de Cleve no expondrá bajo ningún concepto, es la suya propia -dijo Kuehnemund-. Si intentan algo contra vos, lo mato al instante.

-Por mucho que hablemos, al final tendré que salir yo solo.

-Podría ofrecerme yo en vuestro lugar.

-Pero yo no le acertaría a Von Cleve desde aquí, ¿no es eso?

Pasó una hora, durante la cual hubo muchas voces de un lado a otro entre nosotros y los bandoleros.

Por tres veces volvió grupas el emisario para recabar nuevas instrucciones.

El de Cleve no tenía la menor afición a cruzar por tierra de nadie exponiéndose a las balas adversarias. Tampoco Wiggershaus andaba impaciente por hacerlo.

Los bandoleros no quisieron entregar rehenes, ni poner en libertad a ningún prisionero.

Finalmente las dos partes convinieron que Cleve sería el primero en descubrirse y salir. Le acompañarían dos

mujeres de las que tenían prisioneras, y que caminarían delante de él a modo de escudos humanos.

Después de esto saldría Wiggershaus. Y terminada la negociación Wiggershaus y Cleve regresarían simultáneamente a sus filas. En señal de buena voluntad, permitirían que Wiggershaus se llevase al castillo una de las dos mujeres.

Todo continuaba como al principio en cuanto al detalle principal: si los dos bandos se liaban a tiros, los dos parlamentarios serían los primeros en morir.Y así comenzó la negociación.

En el primer momento sólo vimos a dos mujeres atadas la una a la otra, de manera que no tenían otro remedio sino caminar juntas.

Detrás de ellas divisamos un personaje vestido de negro y que caminaba agachado.

Kuehnemund estaba con su arma a punto.

Aquello no era una de esas leyendas heroicas en que unos hombres se dan palabra de matarse mutuamente pero respetando las reglas de la caballerosidad. Aquello era la realidad de la guerra y una promesa no significaba nada más que aire, palabras que se las lleva el viento. Nuestro mejor tirador estaba preparado, y seguramente ellos tendrían apostado al mejor de los suyos en algún lugar entre los árboles.

Con el anteojo en la mano, busqué una cabellera de color rubio pajizo entre los bandoleros.

Cuando los tres hubieron alcanzado el centro de la tierra de nadie, el de negro se irguió. Era Leo von Cleve. Tras mostrarse unos momentos, se sentó en el suelo, no sin intimar a las dos mujeres que continuaran de pie. En una de ellas reconocí a Henriette, la que se había fugado del castillo y ahora compartía el destino de las demás.

Deseé que Von Cleve le permitiese a ésta el regreso al castillo. Es curioso cómo el hecho de conocer a una persona nos induce a atribuirle más derecho a sobrevivir.

Me volví para prevenir a Wiggershaus que Von Cleve estaba en el lugar convenido.

La puerta del castillo rechinó cuando abrieron uno de los batientes para que saliera el magister. Quedaría abierta hasta que regresara el emisario. Detrás de la puerta, invisibles para los bandoleros, quedaban apostados cuatro hombres, cada uno de los cuales llevaba dos caballos de las riendas. Si las cosas se complicaban, harían una salida en busca de Wiggershaus y procurarían cubrirlo. Kuehnemund dio a entender con toda claridad que los elegidos para salir en descubierta corrían mucho riesgo de ser muertos por los facinerosos, pero peligraban más aún si se negaban a hacerlo.

El terror reemplazaba a la disciplina.

Pensé que me gustaría ver caer muerto a Conrad antes de que lo estropease todo aún más. No tardaría en contribuir con mi parte a la realización de semejante deseo.

Una vez más escruté la linde del bosque. ¿Cuál sería la posición más favorable para un francotirador?

Era preciso que tuviese bajo su enfilada todo el trecho que Wiggershaus recorrería si se le ocurriese huir para regresar al castillo. El punto óptimo estaría donde la configuración natural del terreno ofreciese cobertura a un posible tirador, lo más cerca posible de la puerta del castillo y más o menos a la mitad de la distancia entre el punto de encuentro y el camino. Se veía allí una vaguada recubierta de matorral.

Por otra parte, el ángel de la muerte había demostrado ser capaz de acertar a mayor distancia con un mosquete. Si se apostaba en el camino mismo, aumentaba la distancia con respecto al castillo pero la ondulación del suelo permitía cubrirse mejor.

-Extraña mujer esa rubia -comentó Kuehnemund-. Su historia debe ser interesante. Lástima que no sea de los nuestros.

En aquellos momentos Wiggershaus llegaba adonde Von Cleve. Éste evitaba dejarse ver. Asomaba apenas un atisbo de sus prendas negras cuando se movía una de las mujeres.

Wiggershaus se detuvo. Desde donde estábamos nosotros nos tapaba el hueco entre las dos mujeres y el de Cleve quedó perfectamente oculto.

-Si Cleve se limita a tumbarse en la hierba y no se mueve hasta que se haga de noche, los bandoleros podrían pegarle un tiro a Wiggershaus.

-Lo sé —dijo Kuehnemund—. ¿Has localizado a la rubia?

-No.

No se veía ningún movimiento entre los matorrales. Detrás de la barricada dos hombres vigilaban la negociación.

-Si puedo asegurar la puntería lo intentaré —dijo Kuehnemund.

-¿El qué?

-Le descerrajo un tiro al de Cleve. Es el jefe verdadero de la partida. Si él muere los demás huirán en desbandada. Wiggershaus continuaba de pie.

-Siéntate, hombre -murmuró Kuehnemund entre dientes.

Exploré toda la parte visible de la arboleda con el anteojo, por si el ángel de la muerte se había encaramado a un árbol para dominar mejor el terreno.

-¿Qué es eso? Parece que va a darle algo -exclamó Kuehnemund.

Clave acababa de ponerse en pie. Apenas asomaba una parte de su cuerpo. Alargó el brazo, le tendió a Wiggershaus un papel. En seguida desapareció. Wiggershaus echó una breve ojeada al papel y se lo guardó.

Kuehnemund se agachó y rascando el suelo de la plataforma recogió un puñado de serrín. Lo arrojó al aire para ver hacia dónde lo arrastraba el viento.

-No tendríamos ni la menor oportunidad de rescatar vivo a Wiggershaus -dije.

-¡Quién sabe! Si le acierto aVon Cleve, podría cubrirse detrás del cadáver. Al anochecer hacemos una salida y nos lo traemos. Sería peligroso, pero mejor que esperar aquí sin hacer nada.

-¿Lo dices en serio? ¿Arriesgarías la vida de Wiggershaus?

-Podría echar cuerpo a tierra hacia delante para derribar a las dos mujeres, ¡cómo no se me habrá ocurrido antes!

-Antes se apagarán los fuegos del infierno que veamos a Cleve caer en una trampa como un ingenuo.

Volví a explorar el panorama con el catalejo.

El ángel de la muerte no aparecía por ninguna parte, y el de Cleve no se descubría ni un pelo.

Terminó la negociación y Cleve se retiró hacia el bosque, llevándose a las dos mujeres.

Wiggershaus giró sobre sus talones y echó a correr hacia el castillo. El camino era largo. Demasiado, como ya se había visto, para evitar que le acertasen con una bala.

Cualquiera de los bandoleros podía hacerlo en aquellos momentos; ni siquiera hacía falta que fuese un tirador de primera.

-Es una trampa -dijo Kuehnemund-. ¡A los desolladores les importa un cuerno la negociación!

Nadie disparó contra Wiggershaus, sin embargo. Consiguió llegar sano y salvo hasta el castillo y la puerta se cerró a su espalda.

-Bien podíais hacer algo -le interpeló Kuehnemund—. Agacharos para ataros los zapatos. O para recoger una flor.

-El de Cleve me apuntaba todo el rato con una pistola. ¿Y cómo podía estar seguro de que reaccionaríais a tiempo? Seguro que Von Cleve habría sido más rápido con el dedo en el gatillo.

-Habríamos vengado vuestra muerte.

-¡Ah! Muchas gracias, señor Kuehnemund. Esa seguridad centuplicara mi valor en la próxima ocasión. Pero sería mejor aún que salierais vos y yo quedase apostado.

-Si no fuese por el viento, lo habría intentado —le aseguró Kuehnemund.

-¿Qué habríais intentado, decís?

-Disparar.

-¿Estando yo en la enfilada?

-Tal como estabais, era posible disparar entre vuestra clavícula y la primera costilla, y acertarle a Cleve en el cuello.

-¿Lo decís en serio? ¿Habríais disparado contra mí?

-Vuestra indignación es innecesaria. Eché un puñado de serrín al aire. El viento soplaba de costado y el intento, al ser tan grande la distancia...

A partir de entonces y hasta la muerte de Wiggershaus hubo una relación algo tensa entre ambos.

-¿En qué consistía la proposición de Cleve? -pregunté.

-No ha propuesto nada -explicó Wiggershaus-. Se limitó a anunciar que moriremos todos.

-¿Tanto alboroto para eso? -se sorprendió Kuehnemund-. ¡Si ya lo sabíamos!

Wiggershaus nos tendió el papel que le había dado. Presentaba manchas de sangre y una rotura a un lado, donde lo atravesó una bala. Era la carta enviada por mí a Greifenclau.

-Atraparon a nuestros mensajeros -dijo Wiggershaus-. Apostaron una avanzadilla mucho antes de presentarse aquí con el grueso de las fuerzas. Dicen que no dejarán salir a nadie. Von Cleve ha prometido que no darán cuartel aunque nos rindamos.

-Normalmente, que yo sepa, se dice al revés -le interrumpí-. Lo habitual es que prometan matar a todos si hay que asaltar la fortaleza, y dar cuartel si ésta capitula.

-Tal vez sea lo normal, pero no en este caso -replicó Wiggershaus-. Dijo el de Cleve que darán suplicio a todos los prisioneros que hagan. Si peleamos tendremos al menos la posibilidad de una muerte rápida.

-Me gustaría que alguien se comportase alguna vez como yo lo tenía previsto -exclamé-. ¿Qué piensa conseguir con eso?

-Entonces haremos lo único que nos queda, combatir hasta la muerte -dijo Kuehnemund.

-Combatir hasta la muerte -corroboró Wiggershaus-. Acompañadme a mi gabinete, señor Frischlin. Quiero comentar unos asuntos con vos. Cuando estuvimos a solas, Wiggershaus dijo:

-No es momento para circunloquios. Soy hijo del conde Nikolaus von Pirckheim.

-¡Cáspita! -dije.

## CAPITULO 26

### Que trae algunas informaciones importantes y preguntas todavía más importantes

NACÍ EN LAS INMEDIACIONES de Ingolstadt -empezó Wiggershaus-. O por lo menos, eso creí durante toda mi infancia y mi juventud. Me encontraron en una cuneta, medio congelado, junto a una mujer muerta. Una pareja compasiva me recogió y me llevó a la ciudad.

»En vez de dejarme abandonado a mi destino, me criaron como a hijo propio. Sin duda deseaban tenerlos pero no pudieron, así que la desgracia de ellos hizo mi fortuna.

»Mi padre adoptivo era profesor de jurisprudencia en la Universidad de Ingolstadt.

»Cuando tuve edad suficiente fui universitario. Mi padre adoptivo, el profesor Wiggershaus, había depositado en mí grandes esperanzas. Aprobé el trivium con nota de sobresaliente y emprendí en seguida los estudios de Derecho.

»Sabía que Wiggershaus esperaba de mí que eligiese una carrera de abogado o magistrado. Él me daría toda clase de facilidades. Tenía mucha influencia. Por desgracia, no supe estar a la altura.

Titubeó un momento, como si esperase algún comentario mío, y luego prosiguió:

-Sin duda me habría desempeñado mejor si hubiese conseguido permanecer sobrio. Pero yo me desayunaba todas las mañanas con una copa de aguardiente para despejarme. Muchos días tomaba más de una, y muchos días ni siquiera asistí a las clases.

-Vuestro padre adoptivo, ¿no se daba cuenta de nada?

-Algo debió notar, claro está. Sobre todo cuando me presenté con el primer suspenso. El habló muy seriamente conmigo. Muchas veces, y yo le prometí enmienda otras tantas. Al principio incluso lo decía en serio. Más adelante se lo prometía sólo para que me dejase en paz.

»Por último conseguí el título. Lo conseguí porque mi padre me pasó las preguntas del examen y me ayudó a redactar la tesis. Debió creer que yo me haría merecedor de su afecto.

-Corrió mucho riesgo. De descubrirse el pastel habría perdido la cátedra.

-Se descubrió, porque yo mismo lo proclamé a los cuatro vientos en la taberna. Fue expulsado humillantemente de la universidad. Mientras tanto, yo estaba sentado en la taberna y entonaba canciones de estudiantina. De esa clase de hombres fui yo.

-Pero también sois el mismo que salió desarmado a negociar con los malhechores.Y el mismo que luchó en la plaza del mercado de Oberwesel mientras silbaban las balas alrededor. No estoy en condiciones de juzgar lo que fuisteis de joven. Pero ahora sois otro hombre.

-¿Lo creéis así? Todavía no os lo he contado todo. Esperad, y luego juzgaréis. Al descubrirse el engaño me quitaron el título de magister. Como veis, ahora ostento una dignidad académica que no me corresponde.

»Me vi obligado a salir de Ingolstadt, y salí con lo puesto. Anduve por los caminos llorando y quejándome de mi triste suerte. Cuando me cansé de llorar empecé a forjar magníficos proyectos. Me convertiría en un abogado importante. E incluso pensé que entonces reclamaría a mis padres, para que viesen que me había convertido en un hombre de provecho.

»Así que fui a Nuremberg, pregunté por el bufete más próximo y me hice recibir por el principal presentándome como magister de la jurisprudencia por Ingolstadt.

»El abogado me escuchó cortésmente, me hizo un par de preguntas sobre mis estudios y por último dijo que estaba admitido a trabajar empezando el día siguiente.

»Pasé toda la noche corriendo los mesones y bebiendo de balde. Conté chascarrillos de la universidad, canté letrillas de estudiantes y acepté las invitaciones de todos los parroquianos. Estaba en la creencia de que podía conseguir cuanto se me antojase.

»Me presenté a trabajar la mañana siguiente harto de vino y muy fatigado. Pensé que tratándose de mi primera jornada no necesitaría esforzarme demasiado. El segundo día pensaba abordar el trabajo en serio.

»Pero esta vez mi principal no se hallaba solo, ni estuvo tan amable. Le acompañaban varios alguaciles que me cargaron de cadenas y me echaron al calabozo.

«Ignoro cuánto tiempo permanecí encarcelado, pero me bastó para dormir la mona.

»Y así pude escuchar palabra por palabra todos los cargos que formulaban contra mí.

»Ninguno me importó mucho, excepto uno.

»Se dijo que yo había causado la muerte de mis padres adoptivos. Eso sí me afectó.

»El y su mujer se pusieron sus mejores prendas, tomaron una espléndida cena y se acostaron en la cama. Antes tomaron sendas dosis de veneno.

»Yo era el responsable de aquellas muertes, tan cierto como si hubiese vertido el veneno en las copas yo mismo.

»El tribunal sólo me condenó a tres días de exposición a la vergüenza pública en la picota.

»Yo mismo me había condenado a la última pena.

»No me afectó que los golfillos de las calles hicieran llover sobre mí las boñigas, ni que los borrachos al salir de sus

tabernas y antes de regresar a sus casas se acercasen a la picota para orinar sobre mí.

»Los tres días hacia las doce se plantaba a mi lado un pregonero para dar lectura al circunstanciado relato de mis crímenes, con no poco regocijo por parte de la distinguida concurrencia.

»Al tercer día vi por primera vez a Leo von Cleve. Tras escuchar el pregón quedó largo rato detenido, mirándome, hasta que por fin se alejó. Tuve la sensación de haber visto la muerte cara a cara. En mi cerebro trastornado llegó a cobrar forma la noción de que era la muerte en persona quien acudía a la cita conmigo, como si se tratase de un compromiso contraído hacía mucho tiempo.

«Transcurrido el plazo me soltaron y me anunciaron que disponía de una hora para salir de la ciudad. Entonces me pareció llegado el momento de presentarme a esa cita.

«Recordaba haber visto a mi llegada un lugar que podía resultar adecuado. Consideré que no bastaba con arrojarme al agua confiando en la circunstancia de no saber nadar.

«Prefería ir sobre seguro. No fuese a lanzarme, y espantado en el último instante ganar la orilla entre chapoteos.

«Recorrí el curso del río hasta encontrar un puente. Pensaba subirme a lo más alto y lanzarme desde el pretil.

»Pero allí me esperaba Leo von Cleve con dos caballos.

»—¿No podríais hacer algo útil en vez de ahogaros? -me dijo.

»—No se me ocurre nada -respondí.

»—Podríais vengar la muerte de vuestro padre.

»—Eso me proponía hacer.

»Con estas palabras quise pasar de largo, pero él me detuvo.

»-Ante todo voy a procuraros unas ropas decentes.Y luego escucharéis lo que os diré -anunció.

»Me resistí un poco todavía, en la medida de mis fuerzas, y no tardé en verme atado y echado a lomos de un caballo como un costal, mientras el de Cleve cabalgaba delante de mí.

»Me tenía abastecido de aguardiente. Todas las noches yo bebía hasta caer en la inconsciencia. Y la mañana siguiente lo devolvía todo, mientras Clave galopaba con los caballos de ambos a campo través.

»A veces tenía la impresión de estar ya muerto y viviendo mi particular infierno. Todas las noches me arrojaba a la embriaguez del olvido, y todos los días, cuando se me despejaba la cabeza, regresaba al tormento del recuerdo.

«Cabalgamos hacia el oeste hasta tropezamos con el Rin. El de Cleve me tenía empapado de vino, saturado, sofocado. Luego pasamos a Speyer en una barcaza. Para los demás pasajeros éramos el borrachín y un amigo suyo que cuidaba de él con total abnegación. Cuando anuncié con mi lengua estropajosa que era víctima de un rapto, el barquero me preguntó si creía convertirme en una princesa durante mis cogorzas.

»Antes de entrar en la ciudad Cleve alquiló una habitación en una pequeña posada y persuadió a los posaderos, ignoro si con dinero o con amenazas, de que no debían molestarnos.

«Entonces me obligó a bañarme y me vistió de pies a cabeza con ropas nuevas.

»—Si todavía deseáis morir no ha de faltaros oportunidad - me dijo-.

Pero no sin escuchar antes la alternativa que voy a ofreceros.

»A continuación me reveló todo lo tocante a mi origen verdadero. O mejor dicho, no todo. Muchos detalles quedaron envueltos en insinuaciones, en medias palabras, para que yo adivinase lo demás. Según las líneas generales de la historia, yo era el único hijo sobreviviente de Nikolaus von Pirckheim. Mis hermanos y el mismo Nikolaus murieron asesinados por Frowin. De esto se había enterado Cleve, aunque no quedó muy claro cómo lo supo. Él me salvó entregándome a una menesterosa, a quien ordenó que me llevase a lugar seguro. Pero luego perdió mi rastro.

»No sabía que la pobre había muerto en el camino. Tardó años en averiguar que fui adoptado por los Wiggershaus y criado como hijo carnal de ellos. Cuando llegó Cleve a Ingolstadt los Wiggershaus estaban ya muertos. Él siguió la

pista y así fue como me encontró, mientras cumplía mi castigo en la picota.

»-Si queréis purgar lo que hicisteis, arrojaos al Rin cuando se os antoje -ofreció-. O también podríais hacer algo útil aunque sólo fuese una vez en la vida, contribuyendo a que un asesino sea entregado a la justicia. Dicho sea de paso, si acertáis a defender vuestros derechos de manera convincente seréis conde y amo de un castillo.

»Con estas palabras intentaba persuadirme apelando tanto a la ambición como al propósito de enmienda. ¿Quién habría sido capaz de resistirse?

»Luego me dijo que Frowin afectaba hipócritamente buscar a las criaturas cuyas muertes pesaban sobre su conciencia.

»-Eso os proporciona el pretexto para entrar en Schónburg.

»-¿He de presentarme en el castillo y darme a conocer como una de las criaturas desaparecidas? -le pregunté-. Si hago eso seré hombre muerto antes de las veinticuatro horas.

«-Ciertamente, y por eso mismo no lo haréis. Frowin finge buscar a esas criaturas porque sospecha que una de ellas sobrevivió. Ha prometido devolver la legítima herencia; en realidad quiere completar la faena que yo antaño impedí lograse llevar a término. Sé que anda buscando un hombre de confianza que entienda de escrituras y de documentos. ¿Quién más idóneo que un magister en jurisprudencia dotado además de un espíritu aventurero?

»Así fue como entré en Schónburg y conocí al conde Frowin.

-¿Os convence esa historia? -pregunté.

—A lo mejor lo que sucedió fue que le tenía demasiado miedo a Von Cleve. Por eso no se me ocurrió ponerla en duda. Ahora creo que fue él quien mató a mi padre y a mis hermanos. Seguramente trataba de señalar a un falso culpable.

»Como soy de buen conformar, Frowin me tomó a su servicio.

«Procuré averiguar cuanto pudiese acerca de la muerte de mi padre. Lo habían encontrado con la cabeza destrozada, en el laboratorio donde intentaba fabricar oro. Se decía que varios seres humanos habían perecido allí, torturado hasta

la muerte en ritos blasfemos que él creía necesarios para conseguir su objetivo. Y en efecto, el príncipe obispo envió un juez de instrucción para que averiguase lo que tenían de cierto tales rumores. Cuando llegó el juez, sin embargo, mi padre ya estaba muerto.

»De los tres hijos que tenía, todos desaparecieron poco antes de su muerte. Al final ni siquiera el juez de instrucción descartaba que hubiesen intervenido fuerzas sobrenaturales en la muerte de mi padre. Al fin y al cabo, se encontró su cadáver en una habitación cerrada, cuyas llaves guardaba sólo él.

-Lo mismo que le ha pasado ahora a Frowin —dije.

-Sí, pero con una diferencia, que ahora el sospechoso principal soy yo. He guardado el secreto de mi identidad. Si la revelase ahora, todos dirían que fui yo el que mató a Frowin.

-Entonces me pregunto, señor Wiggershaus, por qué habéis elegido revelármela a mí. Puesto que no hay más pruebas que la palabra de Von Cleve.

-Ésa es la cuestión, justamente. Hoy, cuando hablé con él, dijo que consideraba terminada su misión y que no había motivo para mantener el secreto de mi identidad por más tiempo. Si sobrevivimos al asalto de los bandidos, me denunciará. ¿No sería yo entonces la cabeza de turco perfecta para el de Cleve?

-Podría ocurrir que él cayera en el combate.

-No creo que tenga intención de exponerse lo más mínimo. No, ahora sólo me queda una esperanza: que vos logréis averiguar quién es el asesino. Por ese motivo os encargué la investigación del crimen. Vos no tenéis intereses creados en este castillo. No sólo estáis en condiciones de averiguar la verdad, sino que podréis proclamar lo averiguado.

-Sí, tenéis razón -dije con hipocresía-. No me mueve otro interés sino el de conocer la verdad. En cuanto a vos, ¿seguisteis buscando a vuestros hermanos, aun después de tener razones para suponerlos muertos?

-Al principio sí. He escarbado en los archivos del castillo y en los de la municipalidad. Para distraer a Frowin le hablaba de unas imaginarias pistas que decía estar siguiendo.

»Una noche, de eso hace cuatro años, desperté de súbito y vi aVon Clave de pie al lado de mi cama. Había entrado en el castillo furtivamente, sin ser visto por nadie. Y me dio instrucciones exactas sobre lo que debía decirle a Frowin para justificar un viaje a Francia.

»Con el pretexto de buscar el rastro de una de las criaturas, me dirigiría a un ruinoso castillo de las cercanías deVauvillers. Allí encontraría a un anciano alquimista llamado Godefroy que vivía solo con una joven. Que le hablase de alquimia a Godefroy, pero que procurase fijarme, al mismo tiempo, en todo cuanto dijese la joven.

»Lo último que dijo el de Cleve fue: "Ella es la respuesta a vuestras preguntas". Dicho esto, desapareció.

»Hice lo que me mandaba, y no me sorprendí mucho al comprobar que todas sus indicaciones eran exactas.

»La muchacha sí fue una verdadera sorpresa para mí. Al parecer entendía mucho de alquimia, y además dijo ser oriunda de esta misma comarca. »Me despedí de ambos sin llegar a comprender por qué me había enviado allí Von Cleve. Por un momento llegué a pensar que quiso darme a conocer una hermana desaparecida. Pero la muchacha dijo estar muy segura de que sus padres eran una familia de labradores de Damscheid.

«Incluso me arriesgué a mencionarle el nombre de Leo von Cleve, y le di a entender que había sido éste el que me dio las señas de ella. Pero la joven no recogió ninguna de mis insinuaciones, y quedé convencido de que no lo conocía ni de oídas.

»El viaje me llevó más de dos meses, y cuando regresé al castillo resultó que el viejo administrador había enfermado. Poco a poco fui asumiendo sus tareas, y cuando murió le sustituí en el cargo.

»Frowin estaba cada vez más absorto en su alquimia. Al cabo de algún tiempo dejó de hablar para nada de las criaturas. Ahora le preocupaba la necesidad de tomar un nuevo ayudante.

»En la época de mis primeras visitas al castillo Frowin tenía a su servicio un sujeto avejentado, de aspecto algo grasicnto. Pero no tardó en echarlo, al descubrir que era un impostor.

»Sin éxito alguno en sus propios experimentos, me instaba a buscar con urgencia un ayudante avezado.

»Ahora bien, es cierto que sobran charlatanes dispuestos a hacer creer que poseen la piedra filosofal y que pueden transformar cualquier materia en oro. No habría sido difícil llevar a uno cualquiera de ellos al castillo.

»Por mi parte sólo conocía a dos alquimistas que me mereciesen confianza. Con Godefroy me había comunicado exclusivamente en latín, lo cual habría supuesto bastante dificultad para Frowin, así que preferí escribir a la joven.

»Tal como seguramente habréis sospechado, ésta no era otra sino la señora Gundelfinger. Tal como había predicho el de Cleve, era la respuesta a una de mis preguntas: "¿De dónde saco yo un alquimista?" Pero, ¿por qué le interesaba que se le ofreciese un empleo a ella?

Según todas las apariencias,Von Cleve se proponía reunir secretamente en el castillo a los hijos de Nikolaus. Era un plan madurado durante largos años, y aunque yo no supiera con exactitud en qué consistía, estaba asistiendo a su realización. Pero, ¿viviría lo suficiente para asistir a su final?

Como le había prometido a Susanne guardar su secreto, contesté:

-No tengo ni la menor idea. ¿Tuvisteis muchos encuentros más con el de Cleve?

—Poco después de traer aquí a la señora Gundelfinger se presentó una vez más en el castillo para felicitarme por mi decisión.Y luego dijo muchas cosas incomprensibles. Que se avecinaban tiempos difíciles. Que mi nueva misión consistiría en preparar el castillo para una defensa.

Como cuando alguien alumbra una vela en una habitación a oscuras, una pequeña luz se hizo de súbito en las tinieblas de mi cerebro: ¡Tres, eran tres los hijos de Nikolaus!

¿Os encomendó que buscarais un comandante para la guarnición del castillo?

—Sí, en efecto. ¿Cómo lo habéis adivinado?

-Se me ocurrió que hablasteis de un viejo administrador, pero no del anterior comandante del castillo.Y me preguntaba qué razones tendría Frowin para crear ese cargo, ya que no destacaba por su afición al gasto precisamente.

-Me costó mucho trabajo persuadirle. Pero los argumentos que me adelantó Von Cleve no tenían vuelta de hoja. Entre la guarnición del castillo había cundido la indisciplina, y yo no entiendo nada de asuntos militares.

»Cuando se presentó entre nosotros el señor Kuehnemund y supe que pese a su juventud había sido alférez durante la guerra, se lo recomendé a Frowin y conseguí que le ofreciese el empleo.

-¿Fue Cleve quien os encargó que le facilitarais el empleo a Kuehnemund?

-No, sino que se limitó a describir las cualidades que debería poseer la persona idónea para desempeñarlo. Desde entonces y hasta hoy creí que la decisión de emplear a Kuehnemund había sido mía. ¿Creéis que lo sucedido en realidad fue que obedecí una vez más a los designios de Von Cleve?

—Parece posible, en cualquier caso.

-¿A qué juega ese hombre?

-¿Y por qué no se limita a hacer que los bandoleros entren en el castillo por un pasadizo secreto? -pregunté a mi vez.

Wiggershaus se quedó contemplando la mesa. Luego levantó los ojos y dijo:

-Todavía somos necesarios para él. Por eso declaró sin rodeos que los bandoleros acabarían cruelmente con todos nosotros si nos rendíamos. Quiere que resistamos cueste lo que cueste.

-Está esperando algo que va a ocurrir -asentí.

-Pero, ¿qué es?

Así que cuando me despedí de Wiggershaus tenía nuevos datos, pero aún no poseía ninguna solución.

Susanne en peligro, Joseph Peutinger en la otra orilla del río, inaccesible para mí.

A lo mejor consistía en eso mi infierno personal.

O eso creía yo... hasta el siguiente encuentro con el conde Conrad.

Busqué al de Hutten y ofrecí excusas por mi anterior brusquedad. Al fin y al cabo, me interesaba más recoger nuevas informaciones que coleccionar nuevos enemigos.

-No soy rencoroso -dijo el de Hutten.

-¿Me diréis quién es, según vuestra opinión, el asesino?

-Por supuesto, pero no ahora. Una pista sí podría daros. ¿Por qué estáis tan seguro de que no se podía escapar de aquella habitación?

-Eso no es una pista, sino una pregunta.

-Saber preguntar es lo que conviene al que busca respuestas. Así pues, ¿qué os parece?

-Que la puerta estaba cerrada con llave por dentro, y que no existe ningún pasadizo secreto en el laboratorio.

-Tenéis razón. Y sin embargo, al mismo tiempo estáis equivocado, porque os fijáis en los detalles que no hacen al caso. Muchas veces no basta con fijarse en los lugares, sino que se debe considerar también la secuencia de los acontecimientos. Pero basta por hoy.

Con la última claridad del día, Kuehnemund nos autorizó a bajar de dos en dos a la cocina para comer algo.

Lo que encontramos sobre las mesas, sin embargo, apenas vale la pena mencionarlo y por consiguiente no lo mencionaremos.

La cocinera Berta refunfuñaba más que nunca y echaba la culpa a la ausencia de Adriane.

-En vez de andar detrás de la Gundelfinger debería quedarse aquí para ocuparse de sus obligaciones, ¡la pécora desagradecida! -se indignó—. Todavía gracias porque ha fregado las ollas, pero no me ayuda a sacar las cebollas de la bodega, ¡como si éstas pudieran servir de algo?

Aludía a un montón de pellejos secos de cebolla que estaban entre otras barreduras.

-¡Fijaos! Desperdician la mitad con la piel, porque según dicen sólo el corazón tiene virtud curativa ¡Y todo eso por un hereje a quien el diablo no tardará en llevarse de todos modos! ¡Así se pudra en su torre!

Tenía sentido de la equidad la cocinera. En vez de descargar toda su cólera sobre Adriane, la distribuía con imparcialidad entre Susanne por pelar cebollas para curar al de Hutten, el mismo Hutten que era el beneficiario de la cura, Locher que necesitaba ayuda para fabricar su pólvora, Wiggershaus por no elegir mejor maestro de armas, y finalmente el mismo Kuehnemund por no ser capaz de echar de la comarca a los bandoleros.

Me apresuré a despachar la comida antes de que me tocase a mí la regañina por ser uno de los comilones y, por tanto, causa principal de que fuese necesario bajar a buscar cebollas.

A continuación me encaminé a la armería, recordando que Susanne se había ofrecido a cambiarme la venda de la cabeza.

Por las palabras de Berta había supuesto que encontraría allí a Adriane. Pero Susanne estaba con las dos mujeres que solían servirle de ayudantes de Locher.

La tarea consistía en tomar medidas de pólvora para confeccionar cargas para los cañones y los arcabuces. Susanne estaba sola en otra mesa llena de vasijas y recipientes, entre los cuales vi algunos de aquellos extraños frascos de pico doblado procedentes del laboratorio. Ella machacaba diversos ingredientes en un mortero y luego, con gran alarde de precauciones, pasaba la mezcla a unas ollas de barro.

En efecto, tenía preparadas las vendas nuevas y el ungüento para mí. Para empezar se lavó detenidamente las manos y luego me curó la herida.Yo estaba en el séptimo cielo y se me antojó que las delicadas manos de Susanne acariciaban mis sienes con alguna insistencia no necesaria para la cura. -No estoy muy segura de que vaya a dar resultado -comentó Susanne--He leído algo al respecto pero nunca lo había intentado yo misma. Hace muchos siglos, los griegos emplearon en una batalla naval contra los

persas lo que hoy se llama «el fuego griego». Es una especie de alquitrán que sigue ardiendo incluso debajo del agua y no se apaga hasta que se haya consumido... Si embadurnamos con eso a los asaltantes y luego les echamos una antorcha encendida... -se estremeció como si estuviese viendo las consecuencias-. Sería como soltar contra ellos todas las llamas del infierno —dijo por fin.

-Luchar o no luchar, esa elección no se presenta para nosotros -dije. Susanne se limitó a asentir, y no se habló más del asunto. Cuando me disponía a marcharme, ella dijo:

-Cuando pases por la cocina, ¿querrías recordarle a Adriane que la esperamos aquí para que nos ayude?

-Berta dijo que estaba aquí. Me pregunto dónde se habrá metido.

-En cualquier caso, aquí no está. O mejor dicho, hace horas que no la veo.

Salí de la armería decidido a buscarla.

Que alguien desapareciese de repente, en aquel lugar solía ser mal presagio. Además la moza me caía simpática, tal vez un poco demasiado, un poco más de lo conveniente.

Tranquilo que no pasa nada, me dije. Habrá regresado a la torre para buscar pistas, murmurando quién sabía qué preguntas entre dientes.

Pero no estaba allí.

Me dirigí hacia el emplazamiento del Berraco para interrogar a los centinelas. Los hombres no la habían visto a Adriane, pendientes como estaban de la cima de enfrente.

El alcázar tenía muchas estancias, casi todas ellas vacías en aquellos momentos. Era posible que Adriane hubiese aprovechado la oportunidad para curiosear los lugares donde habitualmente no tenía entrada.

Por otra parte, también era posible que yo perdiese toda la noche registrando una habitación tras otra, mientras Adriane regresaba a la armería para ayudar a Susanne.

O pelaba cebollas con Berta en la cocina.

Entonces recordé que Berta se había quejado de que Adriane ni siquiera había bajado a la despensa en busca de las cebollas.

Me propuse echar una ojeada al sótano, por si acaso, antes de regresar a nú puesto de guardia. Nunca se sabía. Tal vez le había pasado algo.

Pasé el comedor y al entrar en la cocina le pregunté a Berta:

-¿Se te ha ocurrido mirar en el sótano, a ver si está allí Adriane? -¡Bah! ¡Lansquenetes! ¿Crees acaso que me sobra el tiempo para correr detrás de las mozas como hacéis vosotros? Si tanto te importa saber dónde está Adriane, baja a mirar tú mismo.

Pero se quedó mirándome con asombro cuando tomé una linterna y me encaminé hacia la escalera.

Encontré a Adriane en el sótano. Y sí le había pasado algo.

## CAPITULO 27

### En donde se oye un ruido inesperado

BAJÉ POR LA ESCALERA. El dolor me martilleaba todavía las sienes y me sentí bastante mareado. Busqué a tientas el apoyo de la pared. Con todo, conseguí llegar sano y salvo al pie de la escalera.

Hallé entreabierta la puerta que Adriane había abierto con llave cuando por primera vez visité aquella catacumba. Empujé para abrirla del todo y entré en la despensa.

Lo primero que llamó mi atención fue la merma de nuestras provisiones. A no tardar, recogeríamos en nuestras escudillas el agua del pozo y nada más. Ya me parecía estar viendo a los famélicos que registraban los estantes y

arañaban el polvo en busca de las últimas migas comestibles.

En seguida vi en el suelo una cesta de mimbre. Estaba deformada y con el asa rota, como si alguien la hubiera pisoteado. Las cebollas que contenía habían rodado por el suelo. Una de ellas estaba aplastada y pude distinguir en los restos la huella del tacón de una bota.

Levanté la linterna para alumbrar mejor el recinto. Pero éste era grande y quedaban muchos recovecos a oscuras.

Poco a poco fui avanzando y alumbré en todos los rincones. Hasta me agachaba para mirar por debajo de los estantes.

De Adriane, ni rastro.

Abrí la puerta del fondo y alumbré al interior de la segunda escalera. Desde donde yo estaba no podía ver la bodega de los toneles, pero la puerta de abajo sin duda se hallaba entreabierta, asimismo, porque asomaba un poco de claridad por el quicio y hacia los últimos escalones.

Creí escuchar una exclamación ahogada, o un conato de grito ahogado por una mano vigorosa.

Saqué el misericordia y lo empuñé.

No sabía lo que me esperaba allí abajo, pero en cualquier caso confiaba mas en mi habilidad con el arma blanca que con una pistola.

Dejé la linterna sobre un poyo y empecé a bajar con precaución. Abajo se había hecho el silencio. No se escuchaba más ruido que el ocasional chasquido de mi tobillo estropeado al apoyar el pie en un peldaño.

Llegado al pie de la escalera, abrí la puerta con disimulo y entré en la bodega.

Conrad estaba vuelto de espaldas a mi, arrodillado delante de algo que bien podía ser una muñeca de cera, tan inmóvil estaba. Iluminaba el espectáculo una linterna colgada del techo por medio de una cadena.

La puerta rechinó al abrirla. Conrad se volvió y me vio.

—¡La víctima! -exclamó en tono triunfal-. ¡La víctima ha sido hallada! ¡El cuerpo de la mujer es el vaso de la abominación! ¡Ten piedad de mí, Señor!

Más tarde pude reconstruir con facilidad lo ocurrido.

Adriane prometió ayudar a Susanne en la armería, quizá celebrando la oportunidad de aprender algo nuevo, y mientras pelaban cebollas con Berta le habló del asunto con mucho entusiasmo.

El entusiasmo de Berta seguramente debió ser perfectamente descriptible. Le mandó que bajase a la despensa en busca de más cebollas y se hizo a la idea de tener que despachar sola los menesteres de la cocina.

Todo eso pasó mientras yo estaba de guardia en la muralla, tal vez hora y media o dos horas antes de que principiase mi búsqueda.

Adriane bajó al sótano.

Poco antes, Conrad debió recibir en algún momento la iluminación esperada. Quienquiera que fuese el arcángel enviado en la oportunidad, sin duda no tenía una gran opinión acerca de las mujeres. Eso sí, era un arcángel muy entendido en anatomía. Conrad recibió indicaciones bastante exactas acerca de cómo hacerle daño a una mujer. Le habló de agujas, de bujías, de cuchillos y serruchos, y no olvidó mencionarle la existencia de unos fórceps de ferruginoso aspecto. Incluso le explicó a Conrad que todas esas cosas podría encontrarlas en la buhardilla, dentro de una vieja y olvidada bolsa de instrumental quirúrgico.

Por lo visto, el arcángel conocía el castillo palmo a palmo, como si se hubiese criado allí.

No le resultó difícil a Conrad colarse en la despensa sin ser visto. Por detrás de la cocina pasaba entre los edificios un callejón cortafuegos y en éste se abría una puerta secreta que daba a un rincón oculto de la cocina. Conrad esperó allí, y luego siguió a Adriane escaleras abajo sin que Berta lo advirtiese.

No faltaba más que agarrar a la víctima y arrastrarla hasta la bodega del sótano. Por mucho que gritase Adriane pidiendo socorro, arriba en la cocina no se oiría nada. Los arañazos que vi en el semblante de Conrad daban fe de la resistencia de Adriane.

Conrad la golpeó hasta vencer su resistencia dejándola sin sentido. Le ató los tobillos con cuerdas y fijó éstas en los soportes de los barriles, a izquierda y derecha del pasillo, abierta de piernas y sujeta de manera que no pudiese incorporarse.

Pero no entraba en las fantasías de Conrad el matar a una mujer desmayada, así que antes de dar principio a la faena decidió esperar a que ella recobrase el sentido.

Eso le salvó la vida a Adriane.

Conrad me mostró con satisfacción las tenazas quirúrgicas, cuyas puntas se hallaban ya enrojecidas de la sangre de su víctima.

-¡Aleluya! —exclamó.

Yo no soy hombre apacible, ni conciliador. Soy un espía, un delator, un embustero. Mil veces he incumplido la palabra dada, engañando a quienes confiaban en mí.Y he matado, la primera vez por error, todas las demás deliberadamente.

No sé hasta qué punto Conrad leyó en mis ojos el destino que le esperaba mientras yo recorría los cinco pasos que me separaban de él. Pero debió bastarle para comprender que no venía a participar en sus letanías de júbilo.

Agarró los fórceps como si fuesen una maza y quiso asestarme un golpe. El misericordia le traspasó el corazón.

Al mismo tiempo se oyó una especie de tintineo metálico, seguramente producido por los fórceps cuando cayeron, al resbalar sobre las losas del suelo. Pero a mí se me antojó que la hoja de acero de mi puñal había resbalado sobre aquel corazón de piedra.

Contemplé los ojos de Conrad mientras él moría.

Con la mano izquierda le agarraba los revueltos cabellos para mantener levantada la cabeza mientras el cuerpo perdía fuerzas. Por último solté los cabellos y le arranqué el arma del pecho.

No sentí ninguna impresión, ni el gozo de la victoria, ni la satisfacción que tal vez experimenta el que acaba de realizar un acto de justicia.

Inclinándome, deshice los nudos con que había atado a Adriane, la levanté del suelo y la llevé en brazos hacia un hueco entre dos barriles, de manera que no se viese obligada a contemplar el cadáver todo el rato.

Luego la senté en el suelo con cuidado, la espalda apoyada contra un tonel. Le quité el delantal y lo usé para enjugarle la cara. Los ojos de Adriane se llenaron de lágrimas.

-Llora, Adriane -le dije-. No tienes por qué sentir vergüenza delante de mí.

-Es la cebolla, tontorrón -replicó ella-. Estaba pelando cebollas, y me limpiaba las manos en el delantal que ahora tú me has pasado por los ojos. No hubo ninguna dramática escena de desesperación y consuelo.

-Nos matarán a los dos -dijo Adriane con ecuanimidad, como si estuviese hablando de unos desconocidos-. Hemos matado a un conde y nadie va a preguntar qué razones tuvimos.Vale más que me claves el puñal ahora mismo, antes que sufrir el interrogatorio bajo la tortura.

-Haré desaparecer el cadáver -dije-. A nosotros nadie nos molestará.

-Tarde o temprano han de encontrarlo -dijo Adriane.

-Pues, ¿qué? ¿Acaso no andan todavía por ahí los asesinos de su padre y de su tío? Que desaparezca uno más, no creo que importe demasiado a nadie.

Busqué un lugar conveniente. Cavilaba si sería posible emparedar a Conrad en un rincón. Sería cuestión de bajar al sótano unos ladrillos y...

-Lo echaremos en un barril —propuso Adriane—. Ayúdame a levantarme. Estoy mejor de pie que sentada.

Me tendió una mano, y la ayudé a ponerse en pie.

-Preferiría que descansaras un rato -dije-. Pero si vamos a hacerlo, hay que hacerlo en seguida. Te resultará difícil, pero luego debes volver arriba cuanto antes y comportarte como si no hubiese pasado nada, ¿crees que podrás?

-No deseo descansar. Deseo olvidar.Y quiero vivir. Pero temo que una de las dos cosas no va a ser posible.

Nos dispusimos a sumar uno más a los misterios de Schónburg.

Tiré del muerto y lo llevé a rastras hasta el fondo de la bodega.

Recogí del suelo un cangilón y abrí unos instantes la espita del último barril. Un chorro de líquido se derramó en el recipiente y su olor me bastó para persuadirme de que el contenido del barril no era potable. Lo vacie en el suelo.

Algún día, más tarde o más temprano, algún futuro señor del castillo mandaría vaciar aquel tonel y limpiarlo quemando mechas de azufre en su interior. Pero yo no tenía ninguna intención de quedarme a verlo, por si luego se les ocurría hacerme alguna pregunta penosa.

Adriane acercó una escalera de mano.

Descolgué el arcabuz que llevaba en bandolera y lo dejé apoyado contra el tonel. Luego me subí con ayuda de la escalera y, llegado arriba, me monté a horcajadas. Era un tonel muy grande, y yo parecía el enano Alberico montado a la grupa del caballo de Troya. Delante de mí tenía una tapadera abovedada, adaptada a la curvatura del barril. A un lado se veían dos bisagras, al otro un asa que servía para levantarla. No había cerradura ni pasador.

Habría resultado difícil introducir el corpachón de Crispin Schongauer por aquella boca, pero el escuálido organismo de Conrad pasaría sin dificultad. Al fin y al cabo, aquella abertura debía servir para vaciar en el tonel las barricas del vino nuevo, cuando todos los sirvientes andaban pasablemente borrachos después de haberlo catado en abundancia.

-Acércame una de esas cuerdas -le dije a Adriane-. Y cuando lo hayas atado por la cintura con un nudo corredizo, me lanzas el otro extremo.

Mientras Adriane regresaba a por la cuerda, abrí la tapadera. Recibí como un bofetón una vaharada de hedor dulzón y nauseabundo. Me tapé las narices con la mano y me quedé esperando a que volviese Adriane con la cuerda.

La joven se detuvo ante el cadáver y se quedó mirándolo. La herida no había sangrado. Conrad estaba muerto cuando le saqué el puñal y la sangre quedó coagulada en seguida. Al

primer golpe de vista se hubiera dicho que todavía estaba vivo.

Iba a descabalgar del barril para encargarme de atar la cuerda a la cintura de Conrad, creyendo que Adriane no se atrevería a hacerlo. Pero aún no empezaba a descolgarme por el costado del tonel cuando ella se inclinó, le pasó la cuerda por debajo de los brazos y le hizo el nudo sobre el pecho.

No tuve más remedio que destaparme la nariz para agarrar el extremo de la cuerda con ambas manos.

Traté de respirar sólo por la boca mientras iba tirando para izar al muerto, pero aún me llegaba con demasiada claridad el hedor del tonel.

No era la primera vez que respiraba el olor del vino agrio, pero aquello era otra cosa. Recordaba más bien el hedor de los cadáveres en descomposición.

Me figuré que a lo mejor eran ratas que se hubiesen ahogado en el tonel y ahora flotaban en el vino. Lo celebraba por Conrad, que así iba a hallarse en buena compañía.

Por fin conseguimos levantar al muerto lo suficiente para agarrarlo con ambas manos por el cuello de la ropa. Un tuerte tirón y quedó atravesado sobre el tonel, como un saco.

Le di la vuelta hasta conseguir que metiera por la boca del tonel primero una pierna, luego la otra. Agarrándolo por una de sus muñecas y por la nuca, me dispuse a levantarle el cuerpo para dejarlo caer en el interior.

Al hacerlo se alzó la bocamanga y apareció un papel doblado que tenía allí escondido.

Cambié de postura para apoyar el cuerpo de Conrad sobre mi hombro y evitar que cayese hacia fuera, lo cual nos habría obligado a empezar otra vez desde el principio.

Me hice con el papel y lo desplegué.

La cabeza de Conrad se descolgó a un lado y se volvió al mismo tiempo hacia mí. Parecía como si el macabro acompañante leyera por encima de mi hombro, al mismo tiempo que yo. Era una carta de su puño y letra, una letra

hecha de garabatos descoyuntados, muy de acuerdo con el carácter del autor.

“A su Eminencia llustrísima el Príncipe obispo de Tréveris.

Una vez más me dirijo a vos como el más sincero y fiel vasallo de VE., al objeto de notificarle los turbios manejos de vuestros enemigos. Sepa VE. que desde mi última carta el Maligno viene consolidando su imperio en este castillo. De nada ha servido que el infame, a quien por desventura mía me veía obligado a llamar mi padre, haya ido a quemarse en el fuego eterno del infierno según tenía merecido. Ni que por ello se hayan visto interrumpidas las indescriptibles tropelías blasfemas que perpetraba, con la complicidad de una hembra desvergonzada, en una habitación de la torre que bien puedo calificar de guarida de Satanás. Tampoco ha sido suficiente que yo desenmascarase audazmente a un traidor condenado por la justicia humana y la divina, exponiéndolo a la luz del día y a la vindicta de todos. Ni han surtido efecto las noticias enviadas por mí a VE. advirtiéndole respetuosamente que se estaba enrolando a más mercenarios y esbirros, sin duda con objeto de lanzar la insurrección contra la autoridad de VE. reverendísima. Son tan numerosas las infamias que me veo en el deber de comunicaros, que apenas acierto a dar principio...”

Por lo visto no se le ocurrió entonces ni más tarde, de momento que la misiva quedaba interrumpida en este punto.

En cualquier caso, acabábamos de averiguar quién era el fiel informador cuyas noticias habían preocupado tanto a Greifenclau hasta el punto de juzgar necesaria mi presencia en Schónburg.

Le sobraba talento a Greifenclau para sacar, de entre las confusas denuncias de Conrad, lo que pudiese afectar a sus intereses.

-¿Qué estás leyendo? -preguntó Adriane.

-Nada que sea ya de importancia -contesté, y considerando que la carta de Conrad iba a quedar inacabada por siempre jamás, se la devolví metiéndola de nuevo en su manga.

Hecho esto alcé el cuerpo, lo empujé un poco hacia delante y Conrad resbaló sobre el borde del orificio desapareciendo en el interior del tonel. Yo estaba convencido de haber visto

por última vez al fiel vasallo de su príncipe elector y fiel ejecutor de los designios divinos. Pero mi convicción duró poco. El tiempo que se necesita para que un cadáver caiga desde la boca de un tonel grande hasta el fondo.

-¿Qué ha sido ese ruido? -preguntó Adriane.

-No lo sé -dije, y no mentía.

-Debió escucharse un chapuzón al caer, si el tonel está lleno de vino, ¿verdad?

-Eso creía yo.

-Pero si no es posible que el tonel se halle vacío. Hace un momento aún manaba por la espita.

-Tal vez fuesen los últimos restos.

Adriane abrió por segunda vez la espita y salió un chorro potente, tal como cabía esperar de un barril supuestamente casi lleno.

Sin embargo, un barril así no despide un ruido como el de un cuerpo que cae sobre un entarimado.

Adriane fue a buscar la linterna que le había servido a Conrad para alumbrar su ceremonia, y la alzó hasta donde yo estaba.

Acerqué la luz a la abertura del tonel.

El fondo del recipiente no era redondo como yo esperaba ver. En el interior alguien había construido una especie de tablado sobre el cual se podía caminar como por el interior de una habitación. Allí yacía Conrad y debajo de él se atisbaba otra cosa, como un montón de ropa. Hacia las paredes del tonel se veían como unos palillos blancos.

Por la parte correspondiente a la espita vi un barril más pequeño y conectado con aquélla. De modo que al abrir la espita por fuera, salía el vino agrio de aquel barril y daba la impresión de que el líquido manaba del tonel grande.

-Arriba en la despensa ha quedado mi linterna. Ve a buscarla, que ahora voy a bajar para ver lo que tenemos aquí -le dije a Adriane.

Alumbré hasta que ella hubo salido de la bodega, para que no se viese en la necesidad de andar a oscuras por el pasillo.

En seguida metí las piernas en el agujero y me descolgué.

Caí al lado de Conrad, el tobillo torcido me falló y caí cuan largo soy sobre el cadáver.

No obstante, conseguí salvar la linterna manteniendo el brazo levantado.

Una calavera pequeña, que parecía de juguete, me contemplaba con sus cuencas vacías.

Al lado de ella se veían varios de aquellos palillos blancos, y me di cuenta de que eran huesecillos de las manos, y algunas costillas.

No eran de juguete. Correspondían al esqueleto de una criatura.

Me incorporé y le di la vuelta al cadáver empujándolo con el pie.

Conrad había caído sobre un segundo esqueleto, que aún llevaba puestos los restos de sus ropas.

Más cerca de la pared se veía otro montón de huesos junto con otra calavera, barridos a un lado con la evidente intención de evitar que estorbasen a quien se moviera dentro del tonel.

Por el lado de la pared las duelas del barril se apoyaban en la roca. Es decir, que el barril estaba desfondado y daba a la pared de la bodega. Y en esa pared se abría un pasadizo oscuro, estrecho pero no tanto que no pudiese colarse por él un hombre incluso de fuerte constitución.

Oí que rascaban al otro lado del barril, y luego la voz de Adriane:

-¿Qué has encontrado?

-No quieras saberlo —contesté.

Pero ella ya había metido la cabeza por la boca del tonel y estaba viendo lo mismo que había visto yo.

-¿De quién serán esos esqueletos? —preguntó—. ¿Y esa abertura? ¿Adonde da? ¿Podremos escapar del castillo sin que nos descubran los bandoleros?

-No corras tanto —contesté—. De momento, guardemos el secreto de este descubrimiento. Más adelante habrá tiempo para pensar si esto puede ser una vía de escape.

-¿Más adelante? ¿Cuándo?

Sin saber muy bien por qué, me pareció innecesario ir a dar parte nuestro hallazgo a Wiggershaus ni a Kuehnemund. Aquel pasadizo debía el camino por donde el de Cleve entraba y salía del castillo cuando se le " tojaba.Y si él lo hizo, nosotros también podíamos hacerlo, ¿o no?

-No sabemos lo que habrá al otro extremo —dije-. Si el de Cleve dado a conocer la existencia de este corredor secreto a los bandoleros, habrán puesto centinelas. En cuyo caso sería como correr derechos hacia nuestra propia muerte.

-Si fuese así, ¿por qué no lo han utilizado para invadir el castillo?

-También es posible que Cleve se haya guardado el secreto. Por eso digo que esta vez hagamos nosotros lo mismo.

-¿Y cuándo averiguarás si la salida es practicable o no?

-Me parece que lo mejor será hacerlo ahora mismo. Tú sube y haz como si no hubiese pasado nada. Antes de decir nada a nadie, será preciso encontrar otro lugar en donde desaparezca Conrad.

-Se lo diré aVon Hutten -dijo Adriane-. No voy a consentir que lo entreguen.

-Mira, Adriane. No se lo dirás a nadie por ahora. Exploraré el pasadizo y luego ya pensaremos juntos lo que vamos a hacer.

-¿Por qué no quieres que se salve el de Hutten? ¿Estás tú entre los que lo persiguen?

-Ignoro lo que te habrá contado Hutten, pero...

-¿Qué habrías contado tú si estuvieras en su lugar?

Seguramente le habría contado un montón de mentiras siempre que eso pudiese favorecer mis propósitos. Pero Hutten no era como yo. Era todo lo que no era yo: audaz, sincero, cumplidor de su palabra. Y sólo entonces comprendí cuáles eran los aspectos que yo aborrecía en él.

Adriane insistió:

-Quiero que se salve el de Hutten. Si le ayudas, a escapar haré todo lo que quieras.

-Lo prometo -dije mirándola fijamente a los ojos, y sostuve la mirada hasta que ella quedó convencida de mi sinceridad.

-Entonces, voy a subir -contestó Adriane, y desapareció de mi vista.

Aunque hiciese las preguntas más inteligentes del mundo y tal vez hubiese conseguido impresionar incluso al de Hutten, a fin de cuentas Adriane no era más que una ignorante moza de cocina. Y si yo a mis años ni siquiera hubiese sido capaz de engañar a una moza de cocina, podía ir escribiendo mis más secretas intenciones en un papel para clavar el pasquín a la puerta del castillo.

Con el misericordia entre los dientes y enarbolando la linterna con la ^quierda me dispuse a explorar el pasadizo.

Era tan estrecho que sólo se podía recorrer a gatas. Para los constructores de aquella galería la comodidad era un lujo inútil; se trataba sólo de poder pasar de un lugar a otro sin ser vistos.

Si los malhechores elegían aquel camino para invadir, bastaba un solo hombre para impedírselo. Un disparo que dejase tumbado al primero de los atacantes sería suficiente para rechazar toda incursión. Los que le siguieran se habrían visto obligados a volver atrás llevándose el cadáver para sacarlo del pasadizo.Y cuando volviesen a entrar se hallarían en la misma situación que antes.

Cierto que lo mismo también valía en sentido contrario.

Una sensación muy parecida al pánico me atenazó el estómago cuando me di cuenta del excelente blanco que mi linterna encendida ofrecía a un posible centinela emboscado en la oscuridad. Era lo. mismo que lanzarse a

una batalla con una diana de gran tamaño cosida en el pecho.

Aunque tampoco me hacía gracia la idea de gatear a oscuras hacia un destino desconocido, siempre era mucho mejor que avanzar como un punto brillante hacia un destino no menos desconocido. Soplé la llama de la linterna y la dejé atrás.

Elevé una silenciosa plegaria confiando en que la galería tuviese un recodo que hubiese ocultado la luz introducida en aquélla por mi inicial falta de precaución. Podía imaginar perfectamente al centinela que acechaba a la salida, con el arcabuz preparado, el oído atento a escuchar mis manos y pies escarbando en el interior del pasadizo.

Éste era completamente recto y con ligera pendiente descendente.

Seguí avanzando con la mirada al frente, por si veía una lumbre en la oscuridad que indicase la presencia de una mecha encendida. Aunque no quedaba muy claro cómo habría esquivado una bala gateando hacia atrás en el pasillo.

Como los tramos de la escalera por donde se bajaba de la cocina a la bodega cambiaban varias veces de dirección, yo no tenía muy clara la orientación de la galería. Con arreglo a la situación de la cocina, colegí que me encontraba en la parte occidental del castillo.

El Rin y la población de Oberwesel quedaban al este, la linde del bosque y el grueso de los bandoleros al sur.

Delante de mí apareció un punto de luz en la oscuridad.

Me detuve.

Era lo previsto.

Un tirador que había esperado a que yo estuviera cerca.

Una buena mecha, de longitud normal, puede arder hasta dos o tres días. Más del minuto que como máximo podía resistir yo conteniendo la respiración.

Quedaba la posibilidad de gatear hacia atrás. El avance resultaba ya lentísimo. Darse la vuelta dentro de la galería, imposible. Retroceder, mucho más ruidoso que avanzar.

El tiro me alcanzaría de todas maneras.

Cerré los ojos. El punto de luz quedó en el mismo lugar.

Volví la cabeza a un lado. El destello siguió luciendo en el seno de las masas de piedra.

Dirigí la mirada al frente. La luz emprendió el mismo camino, ahora multiplicada, y vi cuatro, cinco, media docena de destellos.

Los ojos y la mente jugaban al engaño. Al contemplar la total oscuridad, la mirada habituada a ver luz y movimiento creaba la ilusión y uno veía cosas inexistentes.

Respiré hondo y reanudé el avance. Al mismo tiempo, sin embargo, se me ocurrió que de hallarse realmente un centinela acechándome a la salida, yo no estaría en condiciones de advertirlo a tiempo.

No obstante, continué hasta que algo me rozó la cara.

No me morí del susto. No grité. Pero vacié el vientre en los calzones.

Humillado, tal vez, por tan penosa situación -morir indefenso en una galería a oscuras, con los calzones cagados—, mi terror se transformó en una cólera ciega.

Arrancándome el misericordia de la boca, tiré una estocada a fondo hacia la oscuridad y me precipité hacia delante gritando: -¡Muere!

Mi cuerpo atravesó los matorrales que cubrían y disimulaban la salida del pasadizo, y rodé monte abajo.

Flotaba en el aire un relente como de niebla a punto de levantarse. Todavía daba claridad la luna y pude ver lo que tenía en derredor.

Permanecí buen rato inmóvil, mientras intentaba ver en la penumbra, el oído atento por si escuchaba las pisadas de alguien que se acercase. Me hallaba tendido en un pequeño rellano de la ladera, bastante empinada y cubierta de matorral. No se veía senda ni camino, pero un caminante avezado podía moverse con facilidad agarrándose a las ramas de Jos árboles y arbustos.

Sobre mí la roca estaba recubierta por alguna trepadora, hiedra o parra silvestre. La desembocadura del pasadizo debía hallarse cerca pero quedaba muy bien disimulada. Para descubrirla sería preciso escalar un peñasco vecino hasta la altura de un hombre, aproximadamente, y apartar los sarmientos. Y más arriba la pared de roca se presentaba lisa del todo y muy difícil de escalar.

Era una configuración muy favorable, por cuanto evitaba que nadie pudiese descubrir la galería por casualidad. A ningún paseante ocasional se le ocurriría trepar por una ladera tan accidentada.

Después de una espera bastante larga y una vez me sentí a salvo, me quité los pantalones e intenté limpiarme con las hojas secas del monte, dentro de lo posible dadas las circunstancias.

Tras restablecer relativamente mi aspecto recuperé el misericordia, que había escapado de mi mano durante la caída.

Me dije que seguramente apestaba todavía a cloaca, pero qué remedio, y además no me encaminaba a ninguna recepción de sociedad.

De todas maneras, acababa de averiguar algo importante. El castillo tenía una salida secreta. Todo estribaba en saber si dicha salida desembocaba en terreno controlado por los bandoleros o no.

Empecé a bajar, buscando apoyo en los troncos de los árboles. Con frecuencia me detenía para escuchar y mirar a mi alrededor.

Poco más allá la pendiente desembocaba en un rellano y vi un sendero que discurría en sentido transversal.

Aleccionado por la última experiencia nocturna en materia de sendas forestales, lo crucé en vez de recorrerlo y volví a internarme en la espesura, ladera abajo.

Mi intención era continuar hasta el fondo del valle y explorar allí en ambas direcciones para orientarme.

Calculé que aún debía faltar bastante para la medianoche, tiempo sobrado para recorrer una o dos millas, regresar al castillo y sacar de allí a toda la guarnición.

Aún no había llegado al final de la ladera cuando me tropecé con el centinela de los bandoleros.

El hombre estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en un árbol y el arcabuz descansando sobre las piernas.

Miraba de frente y no me vio. Yo me había acercado tan sigilosamente que tampoco me oyó, o en todo caso no dio muestras de haber notado mi aproximación.

Desde mi escondite detrás de un helécho espié al centinela, que se hallaba más o menos a la misma altura que yo, los ojos vueltos ladera arriba.

Era de suponer que los facinerosos hubiesen apostado toda una cadena de guardianes alrededor de la montaña.

Con un poco de suerte sería posible atacar por la espalda y librarme del centinela sin dar la alarma a los demás. Pero si los relevaban o los controlaban periódicamente, era imposible saber de cuánto tiempo disponía yo para burlar el cerco.

Por consiguiente, si pretendía salvar a los del castillo -lo cual no tenía discusión para mí- era preciso volver sobre mis pasos inmediatamente para evacuar a todos los hombres por la galería, y cuando los tuviese reunidos fuera del castillo, podríamos atacar al centinela e intentar poner tierra por medio al amparo de la oscuridad.

Naturalmente, buscaría una ocasión para sacar del barril el cadáver de Conrad y ocultarlo en otro lugar.

Era mucho trabajo el que me esperaba, de modo que decidí regresar sin pérdida de tiempo.

Me retiré poco a poco hasta dejar un buen trecho de bosque entre mi posición y la del centinela.

Sólo entonces me atreví a abordar la cuesta.

Leo von Cleve sabía moverse como un espectro entre la gente sin ser visto por nadie. Pero yo carecía de esa facultad, por desgracia, como iba a demostrarse en seguida.

-¡Alto! ¡El santo y seña!

Fue casi un susurro en la oscuridad. Eché cuerpo a tierra inmediatamente, al tiempo que trataba de distinguir la ubicación del nuevo guardián.

Hubo una agitación entre los árboles y creí entrever la silueta de un solo hombre que esgrimía un objeto alargado, un chuzo tal vez, o una alabarda, pero en ningún caso un arma de fuego. Si el individuo estaba solo, aún podía yo tentar la suerte.

-¡La contraseña, desgraciado, o te rebano el pescuezo! -repitió el centinela en voz baja. Me pareció que evitaba dar la alarma al otro vigía, seguramente para no tener que compartir el posible botín o para colgarse la medalla él solo.

Me puse en pie como si no tuviese nada que temer.

-Viva Spalatina —dije al tiempo que me acercaba a él con los brazos abiertos, como quien saluda a un compañero, y agregué con voz risueña-: ¿No me conoces?

Apoyó el arma en un tronco y se acercó en actitud confiada. Peor para él.

Tres hombres aparecieron entonces como si hubiesen brotado del suelo.

En un santiamén me vi con las manos atadas a la espalda, una mordaza entre los dientes y una pistola apuntando a mi cabeza.

Peor para mí.

Me maldije por haber salido sin decir una palabra a nadie. En la ocasión, ni siquiera Kuehnemund estaba al tanto de mi paradero. No habría disparo salvador que me sacara del apuro en el último instante.

Regresábamos hacia el lugar donde me había tropezado con el otro centinela. El hombre seguía sentado- en el mismo lugar, sin hacer caso de nada.

Mis captores me arrojaron de un empujón al lado del tronco y me sentaron en el suelo con la espalda vuelta hacia el árbol. Luego me ataron los brazos al árbol con varias vueltas de cuerda.

Volví la cabeza para observar al centinela impasible. Tenía rebanada la garganta y, al verlo de cerca, pude darme

cuenta de que mantenía la cabeza levantada porque tenía una oreja clavada en el tronco.

Uno de los hombres que llevaba una linterna sorda levantó un poco la tapadera y me alumbró la cara. Parte del resplandor cayó sobre los hombres y vi que la mayoría de ellos usaban el atavío abigarrado y caprichoso de los lansquenetes. Pero había algunos uniformes de la guardia de Greifenclau.

¡Salvado! Sólo era cuestión de conseguir que me quitasen la mordaza para darme a conocer.

Intenté decir algo que mis vigilantes pudieran interpretar como «amigo».

-Parece que quiere decirnos algo -observó uno de los hombres.

-Creo que ha dicho «bandido» -dijo otro, y volviéndose hacia mí agregó—: Descuida, que te trataremos como a tal.

Al cabo de un rato acudieron varios más, de manera que me vi rodeado de todo un pelotón de hombres en armas.

-Anda, saca el puñal —dijo uno de los hombres a su vecino-. Acaba con él y volvamos a desplegarnos.

Yo meneaba la cabeza con énfasis, pero por lo visto allí nadie valoraba mi aportación a la toma de una decisión tan seria.

Entonces se acercó otro de los lansquenetes, y tomando la mano del que sostenía el farol la dobló de manera que alumbrase sus propias facciones.

-¿Qué? ¿No te acuerdas de mí, maldito asesino? -me preguntó. Era Niklas Waldis, uno de los que servían conmigo en la compañía de Gassenhauer.

-Es el asesino de maese Gassenhauer -explicó a los circunstantes-. Ahí lo tenéis. Hubiera apostado cualquier cosa a que acabaría por juntarse con los bandoleros. Dejádmelo a mí y a mis compañeros.

Uno de los hombres me dio un puntapié en las costillas. Otro me escupió en la cara.

-Por mí puedes hacer lo que quieras -habló alguien dirigiéndose a Waldis—. Pero daos prisa en acabar con él, no vayan a enterarse los bandidos de que estamos aquí.

-¿Que nos demos prisa? No, no. Nada de eso. Hay que obligarle a probar la justicia de las picas largas. No contabas con eso, ¿verdad?

Desde luego yo no contaba con eso. Si permitían que yo continuase con vida hasta reunirse con el grueso de su ejército -el cual, por motivos desconocidos para mí, se había presentado en la comarca de repente—, hallaría la ocasión de demostrar mi inocencia. O por lo menos, ya que no mi inocencia, que estaba al servicio de Greifenclau.

Para desgracia mía, otro de los hombres dijo:

-No hay tiempo para ajustes de cuentas personales. Nuestras órdenes son de matar en el acto a todos los facinerosos. Lo siento, Niklas.

Con estas palabras apoyó el filo de su puñal en mi gaznate y dijo...

-Estás muerto, Edgar. Muerto, muerto, muerto.

Las palabras de Leopold Mühlpfort se abrieron paso hasta mi inconsciencia, allá en los establos de su casa de huéspedes.

Años más tarde he oído decir que con la muerte de un ser querido también muere una parte de nosotros. Muchas personas lo repiten, pero a mí nunca me lo ha parecido. Tiempo después pude reír, cantar y beber, siguieron gustándome las mujeres hermosas, y nunca dejé de temer el dolor y la muerte.

Mühlpfort no me mató aquella noche, aunque seguramente debió faltarle poco.

Cuando recobré los sentidos me hallé sobre un charco de mi propio vómito, el cuerpo dolorido y el alma llena de desesperación, tirado sobre las tablas del suelo de un barracón. La única luz provenía de los rayos solares que se filtraban por entre las rendijas de la pared.

Me encontraba muy mal. Unas veces tuve la sensación de que todo giraba a mi alrededor, otras que caía en un agujero y que mi cabeza rebotaba en el fondo con violencia.

-Pero si todavía estás vivo -dijo alguien.

Traté de incorporarme, pero no bien hallaba sustentación sobre los pies se me iba el mundo a un lado y volví a caer.

Así que me limité a rodar de costado para ver bajo aquella media luz incierta quién estaba conmigo.

En la pared de enfrente, sentado sobre un banco, vi a un hombre que irradiaba dignidad y autoridad. Llevaba calzón y chaleco negros de raso, todo lo cual cubría con una capa de color granate cuyo capillo alzado por detrás enmarcaba sus facciones de una manera que me pareció impresionante. Era un rostro lleno de pliegues y arrugas, con una barba color gris acero muy bien recortada.

-Retírate —ordenó-. Preferiría que no me ensuciaras con tu contacto. Me alejé a gatas por el suelo hasta tropezar con la pared de enfrente, donde conseguí izarme a otro banco que estaba allí. Era una estancia muy estrecha.

-Pensé que ibas a ahogarte en tu propia vomitona -continuó el hombre—. Por lo cual te di la vuelta para que pudieras vaciarte del todo. Así que me debes la vida, si acaso te preguntas por qué te he contado todo eso.

-A lo mejor preferiría estar muerto -dije al tiempo que aferraba con ambas manos mi cabeza dolorida.

-¡Ah! Demuestras tener sentido del humor de cara a tu próximo final. ¿No te gustaría escribir una comedia? Veo que no te falta el talento. Pero tendrá que ser corta, más bien un entremés, porque no creo que te queden más de dos o tres días de vida.

-¿Qué ha pasado? -pregunté.

-¡Cómo! ¿No quieres contarme tu historia? Normalmente los jóvenes os empeñáis en contarnos vuestra vida a los veteranos. Pero ya que lo preguntas, el carromato se detuvo, los dos alguaciles te arrojaron dentro, el carromato se puso en marcha, y vomitaste. Eso es todo cuanto sé de ti y, ¡Dios me perdone mi vanidad!, es mucho más de lo que me importaba saber.

-¿Estamos en un carromato?

-No, es la catedral de Limburg, sólo que parece un carromato vista por dentro. Por la decoración.

Así pues, era verdad que mi mundo se movía y todo se sacudía a mi alrededor.

-El carromato es el del verdugo de Bonn —explicó mi compañero-. Alguien te ha condenado a muerte por algo que hiciste. Nos llevan a Bonn y una vez allí nos ahorcarán o nos cortarán la cabeza, según sea la moda del momento.

-Maté a una mujer -dije.

-¿Era hermosa?

-¡Ah, sí! Vaya si lo era.

-Entonces, mereces la muerte.

-¡Pero yo no quise hacerlo!

-¡Qué justificación tan miserable! ¡Qué poca imaginación! Deberías pensar algo más original. Por ejemplo: un canalla se apoderó de ella y tú quisiste matarlo, pero debido a una trágica sucesión de fatalidades... en fin, tú ya me entiendes. Se trata de adornar un poco la historia.

-Ocurrió como vos habéis dicho. Señor, ¿cómo estáis enterado de todo eso?

-Lo que yo decía. ¡La falta de imaginación! Es la verdadera plaga de nuestra época. No hace falta que repitas todo lo que yo voy diciendo, ¿sabes? Que no soy el apuntador.

Le expliqué lo que me había sucedido. Pero él, lejos de mostrarse compasivo o comprensivo, hizo un ademán desdeñoso.

-Entonces ni siquiera eres un auténtico criminal, sino sólo un infeliz. Habría preferido una compañía más digna para mi último viaje.

-¿Quién sois vos?

-¡Caramba! Ya era hora. Creí que no ibas a preguntarlo nunca. Soy —agregó poniéndose en pie y saludando con un grandioso gesto— nada menos que el gran Gilbert de Cziffra, el rey de la escena, el maestro de la máscara, el más

profundo conocedor de la tragedia antigua, actor de vocación y descuidero de profesión.

Volvió a sentarse, y al cabo de un rato comentó:

-No te veo muy impresionado, a decir verdad.

En aquel instante retornó todo mi furor contra Peutinger, a quien no había logrado alcanzar, y contra mí mismo por incapaz de salvar a Friedericke.Y la reacción se volvió contra De Cziffra.

Me precipité contra él de un salto gritando:

-¡No sois más que un bastardo vil y arrogante!

De Cziffra me rechazó de un puntapié en el vientre y mientras yo caía al suelo, dijo:

-Muy cierto. No he debido olvidarlo.

El carromato jamás llegó a su destino en Bonn. (La suerte le reservaba a De Cziffra otro final distinto. Tres años después murió en Bremen, a manos de un marido celoso que lo mató con un gancho de chimenea al rojo. Para entonces, sin embargo, hacía tiempo que andábamos por caminos separados, y más tiempo hubo de pasar aún hasta que me enteré.)

Permanecí tumbado en el mismo lugar donde él me derribó. Al cabo de un rato me quedé dormido, y cuando desperté me vi convertido en un hombre libre.

Me puse en pie con no poco esfuerzo y me bajé del carromato.

Uno de los dos alguaciles y conductores del vehículo estaba atado a una rueda y De Cziffra se hallaba muy ocupado atando al otro.

-¡Ay! No aprietes tanto -dijo el satélite. El otro dijo:

-¡Calla! ¿No ves que tiene que parecer de verdad?

-De todas maneras vamos a tener disgustos —dijo el primero.

-Pero bien recompensados, ¿no? -replicó el segundo.

-Además, os queda el muchacho —explicó De Cziffra-. Así no regresáis con las manos vacías.

-¡Alto ahí! -le contradijo el esbirro-. Eso no puede ser. A ése te lo tienes que llevar. Nadie creería que fuimos asaltados por una partida de bandoleros y que pusieron en libertad a los presos, si queda por aquí alguno de ellos.

Yo contemplaba el espectáculo sin entender nada. Mi perplejidad debió traslucirse en mi rostro, porque De Cziffra me dijo:

-Dinero, ésa es la solución. Los he sobornado a los dos. Así es la vida, unos se libran gracias al dinero y a otros los ahorcan.

-Por suerte ahora lo tenemos los tres -dijo uno de los alguaciles.

-Qué gran error —replicó De Cziffra.

Tras comprobar que los nudos estaban bien apretados, registró los bolsillos de los alguaciles y les quitó dos monedas de oro a cada uno.

-Además soy un burlador -explicó volviéndose hacia mí—. Podrías aprender mucho de mí, pero tal como van las cosas tendrás que apañártelas solo. Adiós a todos.

Giró sobre sus talones y echó a andar, seguido por las maldiciones de los dos oficiales atados.

Al anochecer De Cziffra hizo alto. Acababa de cazar una liebre a lazo y encendió un fuego para asarla.

-Sal de ahí, hombre, y acércate -dijo entre dos bocados, hablando hacia lo oscuro-. Llevas todo el día siguiéndome. Prefiero verte de frente que tenerte a mi espalda.

Abandoné la ilusión de haber aprendido a gatear en silencio y me acerqué a la fogata.

—¿Qué quieres? -me preguntó De Cziffra.

—Quiero aprender de vos -contesté.

—Mala suerte para ti.Yo siempre trabajo solo.

—Ahora ya no.

—Mira, muchacho. Podría acabar contigo antes de que te dieras cuenta de mi intención.

—Está bien, eso también lo aprenderé.

Me senté frente a él, con el fuego por medio.

—Quiero aprender a engañar, a disfrazarme, a pelear. A matar -dije.

—Te lo diré con más claridad para que lo entiendas de una vez. No quiero tenerte a mi lado. Vete. Desaparece. Esfúmate. No vuelvas a cruzarte en mi camino.

—¿Significa «tal vez»?

La mañana siguiente continuamos juntos. No me invitó expresamente a acompañarlo, pero tampoco me echó. Me di cuenta de que le agradaba exhibir su astucia y sus trucos para ser admirado por un bobo muchacho campesino como yo.

De Cziffra vivía haciendo siempre su santa voluntad. Se lanzaba con entusiasmo a cualquier empresa por capricho, pero no tenía inconveniente en abandonarla tan pronto como empezase a aburrirse.

Absorbí como una esponja todas las informaciones y todas las habilidades que quiso enseñarme. Yo sabía que tarde o temprano acabaría por aburrirle con mi eterno «¡asombroso!, ¿cómo lo habéis conseguido?»

Así supe que uno puede modificar su propio aspecto con un mínimo de recursos. Aprendí a hablar como una persona instruida o como un cretino. Entraba en las ciudades disfrazado de hermano lego y salía con aspecto de marinero de agua dulce jubilado. Si se presentaba la oportunidad le recortaba la bolsa a un mercader; otras veces pedía limosna bajo la apariencia de un tullido.

De Cziffra robaba o estafaba cuando necesitaba dinero, y cuando lo tenía, lo gastaba a manos llenas. Pese a su mucho talento, nunca se hizo rico. Supongo que le habría aburrido serlo.

Una noche me comunicó que me estrangularía si me encontraba a su lado la mañana siguiente.

Lo tomé en serio.

Tal vez yo habría conseguido pasar el resto de mi vida como un De Cziffra, a no ser por mi empeño en vengarme de Peutinger.

Asumí el aspecto de un aprendiz de carpintero en viaje a Colonia. La hostería de Mühlpfort seguía abierta pero el patrón era otro. Aunque la casa parecía la misma, la calidad de los platos había bajado bastante.

Reconocí a varios de los parroquianos, pero ninguno me reconoció a mí.

Bebí con ellos, les tiré de la lengua y así me enteré de lo sucedido despues de la muerte de Friedericke.

Mühlpfort vendió la casa de huéspedes y se mudó a otra parte, sin que nadie supiera dónde. Encontré a muchos bebedores dispuestos a contar lo que había sucedido la noche que murió Friedericke. Los más parlanchines eran los que no estuvieron allí.

También hablé con un alguacil que había asistido al juicio en el que me condenaron a la última pena mientras yo yacía inconsciente en el calabozo.

Así pude recoger una pista consistente, al principio, en rumores y re ferencias de segunda mano. No parecía guardar mucha relación con ur lansquenete rubio y bien parecido a quien nadie relacionaba con aquell; muerte.

Pero yo perseveraba. Donde otros habrían puesto agudeza, yo puse paciencia. Donde otros habrían puesto paciencia, yo puse insistencia. Así descubrí el rastro de Peutinger.

Al principio me llevó en dirección equivocada, no adonde iba sino de donde venía.

Era un fugitivo, tal como adiviné yo desde el principio con la clarividencia que me dieron los celos. Huía de tres hermanos a cuyo padre acababa de matar.

Encontré a los tres hermanos en una aldea a orillas del Eifel, y fui siguiendo la pista hacia el norte, hasta un convento próximo a Xanten.

Allí recordaban a un joven aspirante llamado el hermano Joseph, convocado a presencia del abad por sospechoso de haber mutilado cruelmente las bestias de los establos.

Nadie le vio salir de la celda del abad, pero cuando descubrieron a éste la sospecha quedó convertida en certeza. Los monjes no quisieron decir en qué condiciones habían encontrado al abad. Hablaron mucho de perdón de las ofensas y mía es la venganza dice el Señor, pero nadie intentó disuadirme de continuar la persecución.

De este modo llegué a Aquisgrán y encontré la casa donde se crió Peutinger.

Aquella casa ardió una noche, y con ella los padres de Peutinger y dos hermanos suyos. Un vecino recordaba que los brazos y las piernas de los muertos habían aparecido cortados y colocados al lado del resto. El pequeño Joseph, que se salvó del incendio como por milagro, no recordaba lo sucedido y no pudo dar explicaciones. Como los padres dejaron algunos dineros, la familia sobreviviente compró una plaza para él en un convento donde creyeron que lo dejaban a buen recaudo. Ese fue el comienzo.

Yo tenía un buen caballo, que en aquellos momentos estaba siendo buscado desesperadamente por un ciudadano de Monschau, y regresé a Colonia para recoger el cabo del hilo de la pista.

Mis esperanzas de que el pasado de Peutinger me suministrase alguna orientación acerca de su paradero se vieron defraudadas. No se intuía ningún designio, ninguna intención en la vida de aquel hombre.

Iba de un lado a otro. De vez en cuando mataba a alguien -y aquellos crímenes eran cada vez más deliberados, cada vez más crueles— y continuaba su camino. Parecía que su única finalidad consistiera en matar, y para eso le valía lo mismo una población que cualquier otra.

Me volví hacia el este y luego hacia el sur. Vivía de pequeños latrocinios y de trabajos ocasionales.

Vendí el caballo y una semana después robé otro. En una aldea de la comarca de Wetterau recuperé la pista de Peutinger. Era un rastro de sangre y estaba ya casi frío. En la población habían colgado a un mozo bajo la acusación de haber despedazado a la mujer y a la hija de un granjero. El fugitivo fue entregado a la justicia por un lansquenete rubio

que se alojaba en la granja desde hacía algunos días. Pese a sus protestas de inocencia, el sospechoso fue juzgado y ajusticiado.

Los aldeanos decían maravillas del lansquenete, de sus buenas maneras y su disposición para ayudar. Incluso interrumpió por algún tiempo su viaje a Tréveris para colaborar en la persecución del asesino que se había ensañado con aquella familia.

El lansquenete declaró entre lágrimas, según me contaron, que estaba castamente enamorado de la hija de su huésped. Y que se habían prometido mutuamente esperar hasta que el lansquenete hubiese conseguido hacer fortuna y regresara para llevarla de su mano hasta el altar.

Peutinger me llevaba tres semanas de ventaja. Espoleé el caballo en dirección a Tréveris.

Reduje los descansos al mínimo indispensable.

En Friedberg de Hessen cambié mi montura, que cojeaba, por otro caballo no tan bueno pero fresco y en condiciones de andar.

En Usingen vi un pasquín que describía a mi modesta persona como cuatrero y cómplice del célebre ladrón y estafador De Czifira.

En Weilrod tomé prestado otro caballo.

En Selters habían colgado otra orden de busca y captura del asesino de una doncella de intachable reputación, Fredericke Mühlpfort. También este cartel incluía una descripción bastante aproximada de mi físico, y no olvidaba mencionar mi costumbre de andar por el país bajo diferentes disfraces. Decía que un fraile mendicante de los dominicos había dado mis señas después de tener una revelación nocturna. Mi ex mentor De Cziffra me obsequiaba así con una muestra de su fino humorismo.

En Nassau no tenían pasquines sobre mí. Allí buscaban a un tipo que había descuartizado a un mercader judío con ayuda de un serrucho. Escuché diversas descripciones del delito. Todas coincidían en que lo más extraño era que se hubiese echado en falta el corazón y el hígado del muerto. En cambio, no le habían quitado su dinero.

La distancia se acortaba.

La concedí la libertad a mi caballo cuando se negó a dar un paso más por muchos palos que le diese.

Luché con un hombre para quitarle el mulo y lo herí en el brazo de una puñalada. Lo tenía debajo de mí en el suelo y le aplicaba el filo a la garganta, pero recobré la razón con un esfuerzo. Si estaba dispuesto a pasar sobre cadáveres cuando lo considerase necesario, ¿en qué me diferenciaba del otro, de aquel a quien estaba dando caza?

Así que me limité a quitarle el macho y el dinero que llevaba encima, y me sentí casi un hombre mejor.

En seguida pasé de perseguidor a perseguido.

En Limburg, mientras cruzaba el puente sobre el Lahn me salvé de ser apresado por una patrulla montada gracias a la niebla espesa que cayó en el momento oportuno. Le metí al mulo una rama de espino debajo de la silla y la bestia salió huyendo al galope. Los perseguidores siguieron el ruido de sus herraduras mientras yo me quedaba echado boca abajo en la cuneta.

Envejecí rápidamente dos docenas de años y adquirí el aspecto de un vendedor ambulante de especias. La patrulla regresó cuando se alzó la niebla. Traían de las riendas un mulo agotado que había perdido la silla, y me preguntaron si había visto a un hombre tal como yo una hora antes.

Les di de buena gana todas las indicaciones que quisieron, y mientras la

partida cabalgaba por la orilla en dirección río arriba yo subí a una barcaza que se dirigía río abajo.

En Coblenza me enteré de que el príncipe obispo pagaba de su propio bolsillo un premio por mi cabeza. Era que yo había burlado a sus hombres y eso no se podía consentir.

Por la orilla del Mosela cabalgué, navegué o anduve en dirección a Tréveris.

La pista de Peutinger estaba fría del todo.

Al pasar cerca de Kochem robé otro caballo. Era de un hombre uniformado que se había ocultado detrás de un árbol obedeciendo a una llamada imperiosa de la naturaleza.

No tuvo la precaución de sacar del camino a su caballo, pero sí se acordó de llevarse su ballesta.

El animal tenía el paso alegre y había sacado mucha delantera cuando me alcanzó el dardo. De haber estado más cerca me habría traspasado de parte a parte, pero como estaba lejos se me clavó sólo la punta en la espalda.

Quise arrancarme el dardo sin dejar de galopar, pero no me llegaba con las manos a la herida.

Perdí las riendas y agarré las crines con ambas manos, al tiempo que espoleaba la montura a gritos y talonazos.

No tardé en escuchar a mi espalda el ruido de muchos cascos.Y estaban cada vez más cerca.

Eran más de treinta los jinetes que venían al galope por el camino real.

Entonces se desplegaron. La mitad continuaron en el camino y la otra mitad enfilaron un atajo que se abría a la derecha por entre los sembrados.

Entendí lo que significaba, y supe también que no podía hacer nada para evitarlo.

El camino iba flanqueando la orilla del río, que describía un arco muy ancho. Pero luego el meandro se estrechaba y durante varias millas el río corría en sentido contrario.

Los jinetes que habían tomado el atajo aparecieron delante de mí en el camino.

Saqué el puñal y me abalancé con el caballo hacia el grupo de hombres, que se había detenido y me esperaba tranquilamente.

Si actuaba con rapidez, audacia y falta de escrúpulos, quizá conseguiría romper el cerco. Y si no me alcanzaban de nuevo antes de que anocheciese, confiaba en poder escapar definitivamente.

Pero ellos se limitaron a. derribar mi caballo de un tiro y me recogieron con toda facilidad.

Me molieron a palos, me ataron y me llevaron a su campamento.

Sin embargo el cirujano tuvo la amabilidad de sacarme el dardo de la espalda.

-Queremos tenerte en buen estado cuando te colguemos -explicó. La mañana siguiente me llevaron a presencia del coronel del regimiento.

-¿Por qué robaste el caballo? -me preguntó.

-¿Hay alguna respuesta que me salve la vida? -pregunté a mi vez.

-Ninguna -dijo él.

Dos soldados me llevaron al bosque, monte arriba.

Allí se hallaba un viejo y nudoso roble, junto a una encrucijada. De una de sus ramas colgaba ya la corbata de cáñamo, y alguien había puesto debajo un tarugo de madera.

Era preciso que yo me salvase, costara lo que costara. Para localizar a Peutinger. Pero no veía la manera de conseguirlo.

Me pusieron el nudo corredizo al cuello y tiraron del otro extremo de la cuerda. Me vi obligado a empinarme sobre el pedazo de tronco para evitar que me estrangularan en el propio suelo del bosque.

Cuando estuve arriba ellos siguieron tirando hasta que me forzaron a ponerme de puntillas para poder respirar.

Entonces ataron la soga.

-¿Alguna última voluntad que desees manifestar? -preguntó uno de los hombres.

-Quiero asistir al bautizo de mi bisnieto -dije.

-Eso tiene gracia -dijo el soldado—. Normalmente no hacen más que echarnos maldiciones. Algunos babean suplicando el perdón. Los hay que lloran a moco tendido. En cambio un chiste no es cosa frecuente.

-Hace dos años, uno dijo que deseaba conocer a la hija del papa -comentó otro-. Eso tampoco estuvo mal.

-Pero éste ha sido más gracioso.

-Qué quieres que te diga. Sería preferible que dijesen algo memorable, algo que valiera la pena repetir. Por el estilo de «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

-Lo que pasa es que tú ya llevas dos años practicando el oficio. Para el delincuente, en cambio, siempre es la primera vez. Así es difícil que se les ocurra nada memorable.

-Ha tenido tiempo durante todo el camino para pensar lo que iba a decir. Dime -agregó volviéndose hacia mí-, ¿venías pensando lo que ibas a decir cuando llegase tu hora, o se te acaba de ocurrir ahora mismo?

-Todavía tengo muchas frases más -dije—. Si pudiera respirar un poco hablaríamos de eso con más comodidad.

-Es lo de siempre -dijo el otro—.Todos acaban suplicando gracia.

-Por mí podéis... -empecé.

-Luego viene lo de los insultos -dijo el primero.

-... empezar a desatarme, que no pienso contárselo a nadie.

-Acabemos de una vez -concluyó el otro—. No quiero pasarme aquí todo el día.

-Yo sí -dije.

Apartaron el taco de madera de un puntapié y el dogal se estrechó alrededor de mi cuello.

Quise respirar, pero mis pulmones no recibían el aire. Quise mirar a los dos hombres, pedir socorro, pero mi cuerpo se bamboleaba debajo de la rama. Los árboles bailaban una danza frenética a mi alrededor. En mi cerebro incapaz de articular ningún pensamiento sólo se oía una voz: Estás muerto, Edgar. Muerto, muerto, muerto.

De pronto aspiré una bocanada de aire cuando dos brazos robustos me levantaron en vilo y se aflojó la soga.

Al principio sólo vi al hombre fuerte como un oso, que me alzaba a pulso como si yo no pesara nada. Luego me depositó con suavidad en el suelo, la espalda contra el tronco del árbol, y me dio un vaso de vino.

Después vi al jinete con la capa de raso que me miraba desde lo alto de su caballo árabe, inmóvil como una estatua ecuestre. Por último dijo:

-Ahora eres nuestro, Edgar Frischlin.

-Mil gracias, señor —conseguí decir, o más bien resollar. Pasó bastante rato antes de que pudiera ponerme en pie por mi propio esfuerzo y hablar normalmente.

No se veía a los soldados en ninguna parte, y me hallé a solas con los dos desconocidos.

-Señor, tenéis toda mi gratitud -dije—. Haré lo que me mandéis, pero antes...

El hércules me descargó un bofetón que me tumbó de espaldas.

-Estás hablando con el señor Richard Greifenclau zu Vollraths, príncipe elector y arzobispo de Tréveris -dijo el hombre—. En su presencia, la palabra «pero» no debes pronunciarla nunca más, ni pensarla siquiera.

-Creo que puedes sernos de alguna utilidad -dijo Greifenclau con la altanería del hombre a caballo frente al peatón postrado en tierra—. Eres hábil en las artes del latrocinio y del disfraz. Entrarás a nuestro servicio, si quieres, pero fíjate bien: nadie te obliga.

-Entonces, os ruego que me dispenséis —contesté—. Tengo otros deberés que me reclaman.

-Nos hacemos cargo y queda tranquilo, que no te lo tendremos en cuenta. Arresta a este hombre, Crispin, y entrégalo a la justicia. Sabemos que se le requiere en Colonia por asesinar a una doncella. Nuestro cofrade el arzobispo de Colonia nos agradecerá el favor.

El musculoso Crispin me levantó por el cuello mientras yo pataleaba en el aire.

-Dijisteis que no queríais obligarme -objeté.

-Y nadie te obliga —dijo Crispin-.Tú eliges entre ponerte a nuestro servicio o ser ahorcado como mereces. No nos interesa la colaboración de quienes no nos sirven libre y voluntariamente.

-Voluntariamente —dije-. Así prometo serviros, señor, y no de otra manera.

-Nos pertenecerás durante diez años. Luego serás libre y podrás dedicarte a lo que creas necesario hacer.

Dicho lo cual hizo volver grupas a su caballo sin ocuparse más de Crispin ni de mí.

En aquellos momentos temí que acababa de firmar un pacto con el diablo. Más tarde supe que así era.

Me hice espía, confidente y delator. Eso me sirvió para desenmascarar a otros espías, confidentes y delatores. Para conocer a Ulrich von Hutten y para buscar a un asesino. Para hallarme atado a un árbol y con un puñal sobre la garganta.

Y oí una voz que decía...

-Vamos, levanta la cabeza para que pueda rebanarte bien el gaznate. Sera más llevadero para ti.

-¡Alto! ¡Exijo que este hombre sea juzgado ante un tribunal en toda regla! -exclamó alguien al tiempo que una mano retenía el brazo del lansquenete.

-Tú no te metas -replicó el soldado, furioso, mientras libraba el brazo de un tirón—. Pero, ¿quién es este palurdo? ¿Qué se le ha perdido aquí?

-Es uno de los aldeanos que hemos tomado como guías y exploradores -dijo otro.

-Que se lo lleven de aquí.

-Soy Ottokar Frischlin -dijo el aldeano-. Y ése es mi hermano Edgar.

-Pues no vas a poder salvarlo.

-¿Salvarlo? ¡Lo que quiero es verlo arder vivo! ¡El condenado granuja quiso quitarme la herencia y ha intentado asesinarme!

-Me parece que no tienes muchos amigos en esta región -me dijo el lansquenete, y volvió a aplicar el puñal sobre mi garganta.

-Noticia, noticia -balbucí impedido por la mordaza.

-Entiendo que pides justicia, pero hazte cargo. En la guerra, como en la guerra.

-Reclamo la jurisdicción de las picas largas -dijo Niklas Waldis.

-Reclamo que sea llevado ante un tribunal -exigió mi hermano.

-En fin, ¡qué le vamos a hacer! -se resignó el lansquenete-. Si tanto lo queréis, os lo cedo. Llevadlo al campamento.Y los demás, ¡todos a sus puestos! ¡Que no hemos venido a visitar la feria!

De este modo pasé a poder de Waldis y de Ottokar, y fui conducido a empujones por entre los árboles. Cada vez que me fallaba el tobillo lastimado o tropezaba me arreaban a golpes hasta que volvían a ponerme en pie. Llegué a desear que se les ocurriera darme la puntilla en medio del bosque, para acabar de una vez con el dolor. Pero los dolores no acabaron, ni ellos se atrevieron a rematarme.

Al cabo de unas dos horas salimos a un claro donde vivaqueaban centenares de lansquenetes.

Nunca me figuré que llegaría a alegrarme de ver a Crispin Schóngauer, pero cuando aquellos dos me pusieron en sus manos tras contemplar con el ceño fruncido la credencial que exhibía, le habría dado un beso.

Tal vez él lo adivinó, pues dejó que yo continuara atado y amordazado hasta que me arrojó a los pies de Greifenclau como... ¡averigüelo el diablo! Como se arroja al suelo un prisionero atado y amordazado, eso es.

Pese a lo precario de la acampada, habían puesto un dosel para el príncipe obispo.

Greifenclau estaba sentado en una silla de tijera y estudiaba el mapa a la luz de una linterna sorda.

Contempló con aire de aburrimiento cómo Schóngauer me quitaba las ataduras y la mordaza.

-¿Cómo estáis aquí, Eminencia? -pregunté—. Os hacía frente a las murallas de Landstuhl?

-¿Cómo estás aquí? -inquirió él a su vez-. Que sepamos, no os hemos dado autorización para que os unierais a nuestras fuerzas.

Le hice entrega del contrato firmado por mí con Wiggershaus y Kuehnemund, y le resumí lo sucedido en los últimos días. Omití, sin embargo, que Susanne y Wiggershaus hubiesen confesado ser hijos de Nikolaus. Era demasiado grande el peligro de que Greifenclau los considerase autores de la muerte del conde, por muchos testimonios que hubiese en contrario, dando por terminada la investigación. Me dije que no lo mencionaría hasta que estuviese en condiciones de presentar al verdadero culpable.Y acabé describiendo la desaparición de Conrad y cómo, mientras lo buscaba, había descubierto yo la galería secreta.

Greifenclau me escuchó con el semblante impasible, y por último dijo:

-No te hemos confiado la misión de inventar acertijos, sino la de encontrar las respuestas. Mañana mismo, en el castillo, daremos comienzo a la instrucción de la causa y confiamos en que estarás en condiciones de indicarnos al culpable.

-Haré un esfuerzo, señor...

-Nos es indiferente el esfuerzo que represente para ti el cumplimiento de tu misión. Exigimos ver resultados, y nada más. A primera hora de la mañana derrotaremos la partida de bandoleros que ha puesto sitio al castillo. Serás responsable de que ninguno de los malhechores llegue a refugiarse detrás de las murallas. Ahora Crispin te pasará al otro lado de nuestra línea de centinela, y te encargarás de que todos los que están en el castillo cumplan con su deber.

Pocas veces habré tenido que violentarme tanto para decir lo que dije. Al fin y al cabo, el cadáver de Conrad aún yacía dentro del tonel y su descubrimiento habría acabado con toda posibilidad de ocultar mi participación en el asunto. En el castillo, sin embargo, quedaban seres humanos que confiaban en mi ayuda, y por eso no tuve más remedio que decirlo.

-Señor, dadme cincuenta lansquenetes de refuerzo. El castillo no está en condiciones de resistir ningún asalto.Y si

los bandoleros llegan a apoderarse de él, lo tendréis mucho más difícil para acabar con esa partida.

-¿Crees acaso que no lo tenemos muy presente? Por eso mismo te hemos encargado que impidas su rendición.

-¿Cómo va a ser eso posible? -repliqué-. Somos contados los hombres capaces de pelear y los bandoleros, si desean entrar, no tienen más que llamar a la puerta con un poco de énfasis.

-Nuestra misión como caudillo no consiste en resolver las dificultades de los subordinados. A nos incumbe la dirección general de la campaña; a los demás, el cumplimiento de lo que se les exige. Así es como Dios ha dispuesto las cosas.

-Pero no somos más que una docena contra trescientos...

-No estás a nuestro servicio para hacer de cotorra o ave del Paraíso que repite cuanto oye, sino para encargarte de los cometidos que te confiamos. Si tú no eres capaz de desempeñarte, entonces no nos haces falta para nada. Tengo entendido, Crispin, que este hombre mató al oficial de su unidad, ¿no es cierto que tú mismo fuiste testigo presencial de tal felonía?

Y Schóngauer dijo de un tirón, como si hubiese tomado de memoria la frase para recitarla en la ocasión conveniente:

-He visto con mis propios ojos que Edgar Frischlin mató por la espalda al llamado Gottfried Utz, con alevosía y nocturnidad.

-Un poco de refuerzo nos vendría bien -insistí.

—Encargar un cometido a alguien implica confianza en ese alguien -continuó Greifenclau-. Nos confiamos ahora en no tener que enfrentarnos a un enemigo que se haya hecho fuerte en el castillo. A fin de evitar posibles comportamientos improcedentes, Crispin apostará centinelas a la salida de la galería secreta impidiendo que nadie abandone el castillo de modo extemporáneo. Sin duda será de utilidad para ti, Edgar, el poder contar con la presencia segura de todos los defensores.

Si los forajidos asaltaban el castillo y exterminaban a todos sus habitantes, la cuestión obviamente se simplificaba mucho para Greifenclau. Le ahorraba el tener que presidir

una complicada instrucción criminal y un pleito de herencia no menos enrevesado, donde podían salir a relucir quién sabía cuántas cosas. Ni siquiera tendría que mancharse las manos con la sangre de Hutten.

A fin de cuentas, pensé, tal vez era mejor que Greifenclau me hubiese negado los refuerzos solicitados. Tal como estaban las cosas, me bastaba con trasladar el cadáver de Conrad a otro barril, resistir un par de horas con el resto de los defensores y tener identificado al asesino de Frowin para cuando entrasen las fuerzas de Greifenclau, de modo que nadie pudiese sospechar de Susanne.

Tres cosas nada más, y tal vez consiguiera incluso salvar al de Hutten evitando que cayera en las manos de Greifenclau, con lo cual habría cumplido yo la promesa que le hice a Adriane. Aunque tampoco era cuestión de exagerar en ese punto.

Al amanecer se filtró una claridad lívida a través de la espesa niebla mientras nos acercábamos a la ladera, al pie de la muralla.

Trepamos hasta la boca de la galería secreta y de súbito me volví hacia Crispin:

—¡Claro que sí! ¡Ahora lo tengo! La solución era bien sencilla, pero yo estaba hecho un lío.

-¿De qué hablas? -preguntó el otro, desconfiado.

-De cómo puede escapar un asesino de una habitación cerrada con llave.

Guiñándole el ojo, me metí en el pasadizo espoleado por la firme convicción de estar en lo cierto y la no menos firme decisión de sobrevivir por lo menos hasta que hubiese entrado Greifenclau en el castillo.

Cuando entré en la barriga del tonel, lo primero que oí fue que alguien trepaba por fuera.

Me icé a pulso y asomé la cabeza, confiando en ver a Adriane, quien estaría seguramente preocupada por mi larga ausencia.

Lo que vi fue a Hans Kuehnemund, quien me agarró del cuello y exclamó:

—¡Ya te tengo, traidor!

## CAPITULO 28

**Este capítulo no lo exprima demasiado el lector, porque se salpicará de sangre**

ESO DE TRAIDOR es una palabra muy fuerte —dije mientras me soltaba y salía por entero del tonel. En la bodega reinaba una aglomeración extraordinaria, y no era una reunión de bebedores.

Adriane y Hutten estaban junto a la entrada, vigilados por dos lansquenetes. En el suelo, dos sacos con las pertenencias de los arrestados derramaban su contenido, y pude ver un tintero roto que había manchado varios papeles.

Al pie del barril en donde estábamos encaramados Kuehnemund y yo se hallaban Susanne y Henning Locher.

—¿Vas a negar que pretendías sacar subrepticiamente del castillo a Hutten? -preguntó Kuehnemund-. ¿Y que tú también pensabas escurrir el bulto mientras nosotros perecíamos aquí como ratas?

—Por supuesto que lo niego —repliqué.

—El no tiene nada que ver —manifestó Von Hutten-. Ni Adriane tampoco. He intentado escapar solo, así que dejadlos en paz.

—Fue idea mía -dijo Adriane—. Edgar no tiene nada que ver, y al señor Von Hutten lo persuadí yo. Dejadlos en paz.

—Eso -dije—. Que me dejen en paz.

—Me conmueve tanto vuestra abnegación, que voy a echarme a llorar -dijo Kuehnemund—. Anda, Edgar, ¿qué

hay dentro de ese tonel? ¿Un pasadizo secreto cuya existencia siempre has sabido?

Hizo ademán de querer mirar el interior del tonel.

—Para empezar, vamos a poner los pies de nuevo en el suelo -dije por ganar algo de tiempo-. A lo mejor eso nos servirá para volver a pisar el suelo de la realidad.

Me dejé caer resbalando por un costado del tonel.

Kuehnemund echó una ojeada al interior, pero como no traía luz supe, recordando mi propia experiencia de la primera vez, que no podría distinguir nada. Titubeó un momento, pero luego decidió imitarme.

-¿Qué ha pasado, en realidad? -le pregunté.

-Aquí las preguntas las hago yo -replicó Kuehnemund.

-Puedo explicarlo todo -contesté al tiempo que pensaba febrilmente cómo lo haría.

-¿Por qué entraron aquí furtivamente Hutten y Adriane llevándose sus pertenencias? -preguntó Kuehnemund.

-Vayamos por partes. Lo primero es lo primero: ¿qué hay dentro del tonel? Tal como sospechabas, existe una galería secreta por donde se sale del castillo. Acabo de explorarla, y…

-¿Luego reconoces que sabías que existía una escapatoria, y que siempre nos lo has ocultado?

-Todos nosotros, incluyéndote a ti mismo, sabíamos que existía ese pasadizo. La cuestión no era si existía, sino dónde estaba. Hice algunas deducciones lógicas y así pude localizarlo. Cualquiera de vosotros pudo hacer lo mismo.

-¿Y no tenías nada más urgente que hacer, sino correr a decírselo al de Hutten? ¡Y yo que creía que trabajabas para el príncipe obispo?

-No sólo trabajo para él, sino que acabo de hablar con él.

-Eso no se lo cree nadie que esté en sus cinco sentidos.

-Lo creeréis cuando hayáis vuelto al sentido común. El ejército de Greifenclau está acampado en los bosques al pie

del castillo, y esta misma mañana piensan atacar a los bandoleros.

Describí mi conversación con Greifenclau, poniendo buen cuidado en omitir las circunstancias más desagradables.

Cualquier oyente crítico habría rechazado mi historia por inverosímil. Pero en este caso, además de ser verdadera encontró el terreno mejor abonado, el de la esperanza. Al describirles la posibilidad de un desenlace feliz para una situación desesperada, mis oyentes desearon creer lo que yo les decía.

—Pero, ¿qué pasó aquí mientras tanto? -insistí.

—Eso lo dejaremos para después -dijo Kuehnemund, y agregó volviéndose hacia Locher-: Enciérrame a esos dos hasta que entre el príncipe obispo. Hay que preparar la batalla.

—Me parece que Edgar tiene derecho a saberlo todo —le contradijo Susanne-.Yo misma vi cómo Adriane se acercaba a Hutten y le hablaba en voz baja. Cuando Hutten abandonó su puesto, los seguí' disimuladamente. Entre los dos sacaron de la torre las pertenencias de Hutten y se dirigieron a hurtadillas hacia el sótano. En vista de lo cual los denuncié a Kuehnemund, y los arrestamos cuando se disponían a encaramarse sobre el tonel. Como tú no aparecías por ninguna parte, ¿qué querías que pensara?

-Debiste confiar en mí, en vez de creer que sería capaz de dejarte en la estacada.

-¡Ay, Edgar! ¡He dudado de ti!

-¿Que has dudado de él? -repitió Kuehnemund en tono de incredulidad-. ¡Lo dices casi como si hubieras confiado alguna vez! A mí nunca me dio esa impresión.

-Eso lo explicaré luego, si quieres —le dije—. Aunque no creo que sea el momento oportuno para encerrar a nadie. Se necesitan todos los brazos capaces de esgrimir un arma.

-Pero no hay que dejar enemigos sueltos ahora —replicó Kuehnemund-. ¡Vamos! ¡Al calabozo con ellos! Y los demás, ¡a las murallas!

Las pertenencias de los prisioneros quedaron abandonadas, sin que nadie hiciese caso de ellas. Me incliné al paso para recoger uno de los papeles deVon Hutten.

No contenía el borrador de ningún proyecto revolucionario, ni ninguna diatriba invitando a la quema de imágenes o a la desobediencia civil. Entre las manchas de tinta todavía húmedas, que convertían en ilegible la mayor parte del texto, pude distinguir algunos versos. Sin duda había pasado los últimos días puliendo un poema.

“Porque ninguna culpa me alcanza, gracia no pido ni admito caridad, por la vergüenza que encierra. Justicia quiero según es debido y pues justicia se me niega, ruego a Dios que...”

Lo demás, no pude descifrarlo.

-¿Vienes? -me rugió Kuehnemund.

Doblé el papel y me lo guardé en la pechera de la camisa.

¿Por qué lo hice? Tal vez porque intuía que el de Hutten no volvería a escribir más versos, ni cosa alguna, y porque me habría parecido gran pecado, el peor que hubiese cometido nunca, dejar que aquellas líneas se pudrieran en el suelo del sótano.

Aunque quizá no pasó por mi mente nada de eso, sino que me limité a guardarme el papel como guarda uno lo que tiene a mano, cuando le apremian, en el primer lugar que se le ofrece.

Seguí a los demás hasta que nos reunimos todos en la cocina... y respiré tranquilo, imaginando que no se le ocurriría a nadie bajar otra vez al sótano para echar una ojeada dentro del tonel.

Mientras los demás salían, retuve a Kuehnemund.

-Unas palabras nada más -le dije.

-¿Significa eso que falta algo que todavía no nos has contado? -preguntó él.

-Significa que falta algo que todavía no nos has contado tú. Por ejemplo, tu encuentro con Leo von Cleve.

-Si no recuerdo mal, conoces la circunstancia tan bien como yo mismo. Fue cuando estábamos ambos en el patio e intentamos capturarlo porque amenazó al conde Frowin.

-No me refiero a eso, sino a tu primer encuentro con él. ¿Cuánto tiempo habrá transcurrido? ¿Diez años, tal vez? ¿O fue poco antes de que te presentaras en Schónburg?

-¿Te has vuelto loco? Hace una semana no tenía ni la menor noción de que existiera ese hombre.

-Y naturalmente, no fue él quien te sugirió que aceptaras el empleo de comandante del castillo, ¿verdad?

-Puesto que te digo que no lo conocía... ¿adonde quieres ir a parar, maldita sea? ¡Tenemos cosas más importantes en que ocuparnos! ¡Vamos ya! Mientras él se volvía hacia la puerta yo proseguí:

-Me gustaría hablar del encuentro durante el cual Leo te reveló que eras hijo de Nikolaus y el único sobreviviente de los tres hermanos.

Aquellas palabras lo detuvieron en seco, más eficazmente que si le hubiese atado una soga a la cintura y hubiese tirado de ella con todas mis fuerzas.

Giró sobre sí mismo y en dos zancadas se plantó delante de mí, sacando la espada en menos tiempo del que tarda un sapo en sacar la lengua.

-¡Has firmado tu sentencia de muerte! —exclamó—. Esto sólo podía saberlo una persona de confianza de Von Cleve. Pero te juro por ti mismo y tus bandidos que acabaste hoy y aquí.

—No, Hans. Acabará ante el tribunal del príncipe obispo cuando denuncié a Leo von Cleve por matar al conde Frowin. Pero es imprescindible que me lo digas todo, o conseguirá salir del apuro con algún embuste.

Dirigió la punta de la espada hacia mi corazón y dijo:

-Dime una razón, una sola, que me demuestre cómo has podido saber eso si no has recibido la confidencia del mismo Cleve. Pero más vale que se te ocurra pronto, o morirás.

Sonreí con el aire de superioridad del maestro que escucha las ingenuas preguntas de un alumno ignorante, y dije:

-No necesito pensarlo mucho. Así que cuéntame tu primer encuentro con Von Cleve, ¿o quieres que lo adivine todo? Eres un huérfano, criado por unos padres adoptivos que ignoraban tu origen. En cuanto a ti, no tenías ninguna esperanza de futuro. Hasta que un día, cuando más fatal estaba la situación para ti, apareció en tu vida el hombre de negro y te marcó una meta. Que te presentaras con cualquier pretexto en Schónburg, y él se encargaría de allanarte el camino...

Kuehnemund se quedó contemplando su espada, como si no supiera qué hacer con ella, y por último la envainó.

De esta manera supe la historia de Kuehnemund, de pie en la cocina y apenas una hora antes de arriesgar la vida en una desesperada batalla final contra un enemigo no menos desesperado.

-Yo fui niño de los azotes -empezó-. Sí, es verdad que me criaron unos padres que desconocían mi origen. Pero es que además mi origen les traía sin cuidado. El hidalgo Roland von Steinkamp poseía un pequeño castillo y una aldea que podía recorrerse en menos de lo que se tarda en pronunciar el nombre del caballero.

»A él le gustaba dárselas de señor de vidas y haciendas. Lo cual, por desgracia, era en efecto dentro de sus minúsculas posesiones. E idolatraba a su hijo, el cual se llamaba también Roland, como su padre.

»Quería que recibiese la mejor educación posible, que aprendiese el oficio de las armas mejor que nadie. Al mismo tiempo lo consentía en todo. ¿Tú sabes en qué consiste el oficio de niño de los azotes, Edgar?

-Sí, en recibir todos los castigos que merezca el señorito. Porque ningún preceptor puede azotar al hijo de un aristócrata, por muchas barrabasadas que éste haya perpetrado. Se entiende entonces que los lamentos del niño de los azotes moverán a compasión el corazón del noble vastago, y así le incitarán a corregirse.

-Eso dicen. Sólo que Roland el joven nunca se compadeció de los lamentos de nadie. Sino muy al contrario. Rompía los jarrones aposta, contestaba mal a su preceptor y se negaba

a echar el pienso a su caballo, sólo para ver cómo lloraba yo mientras recibía los golpes por él merecidos.

»Quise escapar, pero no era más que un niño. Me atraparon y me pegaron por prófugo.Y cuando me repuse de la paliza, volvieron a pegarme por todo cuanto hizo Roland durante mi ausencia.

«Intenté ahorcarme en el establo, pero Roland me había seguido y cortó la soga. Entonces me azotaron porque el suicidio es un pecado mortal. »Andando el tiempo Roland fue paje, y más tarde escudero de su padre. Era un flojo, indigno de ceñir la espada de caballero. En cualquier ejercicio de los que practicábamos yo lo habría desarmado con toda facilidad. Pero debía representar que él me vencía, ya que de lo contrario habría mancillado su honor de noble.

«Alguien me abandonó delante de la puerta del castillo poco después de mi nacimiento. Por eso, para Roland padre yo apenas era más que una escoria.

»Hasta que llegó el día en que la escoria le quitó lo que su corazón más amaba. Su hijo iba a pasar los cinco años reglamentarios de escudero al servicio de otro caballero, y Roland padre mandó celebrar en su castillo una fiesta de despedida y un torneo. ¡Ah! ¡Un torneo! Estaba previsto que yo pelearía con Roland el joven y una vez más dejaría que me venciera.

»Cuando estuvimos frente a frente, espadas en mano y escudos al brazo, el joven Roland me dijo: "Cuando me vaya del castillo tu presencia estará de más. Deberías dejar que te cortase la cabeza ahora mismo, si es que no eres demasiado cobarde hasta para eso."

»Y yo le contesté: "Roland, hoy te vas de este castillo para siempre. Pero vas a salir en una caja de madera y con los pies por delante."

»El se volvió para mirar a su padre y quiso pedir auxilio, pero entonces recibió mi primer golpe. Los espectadores prorrumpieron en una gran ovación, porque esperaban ver una buena pelea.

»Maté a Roland, salté sobre un caballo y salí del castillo a escape. Ellos me dieron caza con perros sabuesos. Maté a los perros. Pusieron precio a mi cabeza. Todos cuantos salieron a cobrarlo, y fueron tres, murieron a mis manos. »Nunca más iba a permitir que nadie me derrotase. Me hice

lansquenete y me perfeccioné en el arte de la esgrima. Descubrí que tenía cualidades innatas de tirador y me compré la mejor arma larga que pude conseguir. Era una carabina de ánima rayada. Hay que darse maña para cargarla y lleva mucho rato. Por eso no suele ser el arma preferida de los lansquenetes.

«Ofrecí mis servicios a cambio de dinero, bien como soldado, o bien como escolta de algún comerciante viajero.

«Estaba orgulloso de mí mismo porque nunca tuve miedo. Es decir, nunca, hasta que conocí al hombre de negro.

«Has adivinado muchas cosas, Edgar, pero te has equivocado en una. A mí no me iba fatal cuando me tropecé con él por primera vez. Llevaba los bolsillos repletos de monedas, iba a caballo por un camino forestal próximo a Hunsrück y silbaba una cancioncilla cuando, de pronto, una mano invisible me agarró por el cuello y me derribó de la silla.

«Me puse en pie de un salto, desenvainé la espada y me dispuse a morir antes que avenirme a ser desvalijado impunemente.

«Pero la mano invisible me estranguló y me dejó sin respiración, jadeando y pataleando en el suelo.

»Era una emboscada del hombre de negro, naturalmente. Había fijado un nudo corredizo de alambre al extremo de un palo largo, y me lo pasó por encima de la cabeza. De ese modo podía darme aire o ahogarme,.y obligarme a ponerme de puntillas o arrastrarme por el suelo.

«Me dijo: "¿Hablamos, o prefieres morir?"

«A lo que yo contesté: "Sal y pelea espada en mano como un hombre. Entonces te enseñaré yo quién va a morir aquí."

»"Me sobra tiempo para obligarte a entrar en razón", dijo él, y tiró otra vez del lazo.

»Tiró hasta que me vi a punto de perder el conocimiento. Luego me dio aire, y otra vez quise pelear.Yo estaba bregado en muchas batallas y no me rendía así como así. Pero él repetía su truco una y otra vez. Tenía la sartén por el mango, como suele decirse, y acabó por quebrar mi resistencia.

Hans hizo una pausa y casi me pareció que el recuerdo de aquella experiencia lo había trastornado tanto que no podría continuar. Pero Hans Kuehnemund era verdaderamente un hombre templado en muchas lides, por lo que supo sobreponerse a los demonios de la evocación.

—Le dije que estaba dispuesto a escuchar. Entonces contó precisamente lo que tú has adivinado. .En efecto, soy hijo de Nikolaus von Pirckheim. Pero Frowin mató a su hermano y quiso hacer lo mismo con todos sus hijos. Uno de sus cómplices, sin embargo, desconfiaba de él y salvó a uno de los pequeños.

«Más adelante Frowin quiso eliminar a ese hombre, pero no consiguió sino crearse un enemigo tan paciente como irreconciliable. El cual no era otro sino Leo von Cleve, como ya habrás adivinado, quien esperó todos los años necesarios hasta que me dice adulto y estuve en condiciones de vengar las muertes de mi padre y hermanos.

»Debí matar a Von Cleve tan pronto como me quitó el alambre del cuello. Pero me había dado una cosa que me faltaba hasta entonces: una meta en la vida.

»Hasta entonces me limitaba a vagar sin destino de un lado a otro. Cleve dijo que tenía influencia sobre el administrador del castillo, aunque éste no conocía su identidad. Él conseguiría un empleo para mí, lo cual me proporcionaría la ocasión de reconocer el terreno y decidir por mí mismo lo que cumpliese.

»Yo sabía, naturalmente, lo que esperaba de mí. Que yo matase a Frowin para vengar el engaño y la traición perpetrados por éste contra el de Cleve. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que Frowin no podía ser el hombre que asesinó a mi padre. Frowin era un soñador excéntrico que sólo pensaba en sus experimentos de alquimia.

»La vida en Schónburg no proporcionaba muchas ocasiones para batallar y realizar grandes hazañas. Ni siquiera me tentaba la idea de llegar a convertirme en el amo del castillo.

-Siendo así, me asombra que eligieras quedarte.

-¿De veras? Sin embargo, era el único lugar donde tenía la seguridad de volverlo a ver algún día al de Cleve.Y entonces él bailaría al son que yo tocase, no al revés. Por eso me

quedé. Fue durante la noche en que regresamos de nuestra expedición cuando comprendí por entero el plan de Cleve. Él mató a Frowin, pero antes me introdujo en el castillo para que la acusación recayera sobre mí.

»Y no estoy muy seguro de que tú no tengas también algún papel en sus planes. Es verdad que según las apariencias, te salvé la vida en el último momento cuando estabas a punto de perecer junto al río bajo el puñal de aquel chiflado, ¿aunque quizá también eso era una parte de esos planes?

-Sí -dije—. Es posible que lo fuese. Pero hoy, cuando las tropas de Greifenclau hayan aplastado la partida de bandoleros, esos planes se desharán como el humo. Puedo demostrar que el de Cleve fue el asesino de Frowin. Y sé cómo lo hizo. Lo denunciaremos y lo veremos colgado.

-Suponiendo que se deje atrapar.

-Si hay alguien capaz de enfrentarse a él, ese alguien eres tú, Hans.Y por mi parte, no tengo ninguna intención de dejarle escapar. Kuehnemund me tendió la mano.

-Si vale para algo una palabra, te doy la mía -dijo-. Ayúdame a acabar con mi enemigo y yo te ayudaré contra el tuyo. Si todavía vive el hombre contra el que disparé, yo me encargo de que la próxima vez no salga tan bien librado.

Nos dimos un fuerte apretón de manos.

Y luego nos encaminamos hacia la muralla, para convertirla en un bastión inexpugnable frente a los malhechores.

La niebla espesaba. No se veía a veinte pasos más allá de la muralla.

Reinaba un silencio absoluto en el bosque y en el castillo.

En algún lugar, allá fuera, los lansquenetes de Greifenclau empezarían a estrechar el cerco alrededor de los bandoleros.

Me parece que todos esperábamos que la batalla comenzaría con un fragor de disparos lejanos que irían aproximándose poco a poco. Luego veríamos en medio de la niebla los relámpagos de los disparos.Y por fin los bandidos cargarían hacia el castillo en una carrera desesperada, tratando de asaltarlo para hacerse fuertes en él.

Yo estaba sobre el adarve a la derecha de la puerta, con el arcabuz apoyado en una tronera. Detrás de mí, una joven tenía preparado un segundo arcabuz que me entregaría tan pronto como yo hubiese disparado el primero. A mi derecha estaban Michel el viejo y Susanne provistos de sendos arcabuces.

Kuehnemund, Locher y tres lansquenetes más en funciones de artilleros atendían al Buey en la plataforma.

Los demás se repartían las troneras de la muralla, a izquierda y derecha de la puerta.

Veíanse también varias ollas de barro que contenían el «fuego griego» preparado por Susanne. Pese a estar cubiertas con tapones de cera las bocas de los recipientes, se notaba el olor punzante del contenido.

Varias antorchas encendidas estaban preparadas a distancia prudencial de las ollas. Susanne nos había advertido que primero debían lanzarse éstas y sólo después las antorchas, pero evitando siempre que lo uno y lo otro pudieran entrar en contacto a este lado de la muralla.

No parecía imposible que el castillo lograse salvarse. Quizá sólo sería cuestión de defender la muralla durante algunos minutos.

Cuando se produjo el ataque, sin embargo, éste sobrevino por sorpresa y de una manera completamente inesperada para todos.

Al principio no vimos nada más que un puntito de luz que oscilaba en medio de la niebla.

De repente aparecieron dos hombres que llevaban un barril y corrían hacia la puerta.

En un abrir y cerrar de ojos todos comprendimos lo que sucedía. Un solo tiro retumbó y fue la carabina de Kuehnemund. Había apuntado bien y uno de los hombres cayó. Pero el otro consiguió llegar con el barril hasta un ángulo de desenfilada, al pie de la muralla.

El punto de luz era la lumbre de una mecha, y el barril iba repleto de pólvora.

Sin cuidarme de balas perdidas, me asomé por la tronera cuanto me fue posible en un intento desesperado por cambiar lo que tenía que suceder de todos modos.

El barril quedó delante mismo de nuestra puerta, y el bandolero corría pegado a la muralla para alejarse de la inminente explosión.

Aunque apenas era posible apuntarle, disparé más o menos hacia donde sospechaba que podía estar.

Otros tiradores lo intentaron también, pero el bandido seguía corriendo.

En medio de la niebla brillaron los destellos del fuego enemigo. Los bandoleros habían apostado tiradores a vista de la muralla. Recibí en la cara una lluvia de fragmentos de piedra cuando varias balas hicieron impacto en la tronera.

Me dejé caer hacia atrás para cubrirme.

Otros no tuvieron la misma suerte.

En la tronera vecina cayó Michel el viejo con un boquete en la frente.

Cambié el arcabuz descargado por el otro.

Otra bala rebotó en la tronera y pasó cerca de mí con un aullido siniestro.

Saqué el cañón del arma por la tronera y esperé a ver uno de los fuegos del adversario. Pero habían dejado de disparar y no se distinguía nada entre la niebla.

Susanne arrojó dos de sus ollas por la tronera, al bulto, hacia la dirección en que corría el bandolero. Luego se agachó y lanzó una antorcha. Pese a estar agazapado tras la muralla noté el golpe de calor y vi el resplandor de la intensa llamarada. El quemado profirió alaridos horrorosos.

Entonces la muralla se estremeció y la puerta saltó hecha trizas hacia el interior del patio. No hubo nadie que consiguiera mantenerse de pie.

Me rehice en unos instantes y me apresuré a incorporarme.

Me disponía a atisbar por la tronera cuando Kuehnemund dijo:

—¡Todos abajo y a cubrirse en el patio! ¡Que no entre nadie por esa puerta!

Del otro lado nos llegaron las detonaciones de varios cañonazos, y cerca de mí se abrió un agujero en la muralla del tamaño de la cabeza de un hombre. La bala había atravesado limpiamente las carcomidas piedras. La mujer que se dedicaba a cargar mis arcabuces no aparecía por ningún lado.

Corrí con toda la celeridad que pude hacia la escalera de mano más cercana y bajé, seguido de cerca por Susanne.

El Buey mugió una sola vez en dirección a la niebla para contestar al fuego adversario.

Nos concentramos en el patio, sin saber todavía qué hacer, aunque con las armas apuntando hacia la entrada.

Henning Locher pasó cerca de mí con sus andares patosos y exclamó:

—Voy a por Edwina, ¡es nuestra última posibilidad!

—¡Cobarde! ¡Quédate aquí! —le gritó uno al ver que se alejaba.

Con la carabina en una mano y la espada en la otra, Kuehnemund iba empujándonos entre voces de mando y maldiciones hacia las precarias posiciones de defensa que ofrecía el patio.

Desde la plataforma Janssen gritó:

—¡No me abandonéis aquí!

Y entonces irrumpieron en el castillo los facinerosos.

Venían a caballo y a pie. Entraron en el patio abriéndose camino con armas de fuego, ballestas y arcos.

Nosotros replicábamos con todo cuanto teníamos a mano. Muchos hombres y muchos caballos cayeron, pero era como querer detener una inundación con un cedazo.

Algunos de los que habían quedado heridos en los adarves disparaban contra los bandoleros desde arriba. Al poco una bala perdida de los atacantes hizo impacto en una de las

ollas, que reventó.Y cuando el contenido se esparció y salpicó una de las antorchas, la coronación de la muralla quedó convertida en un inmenso mar de llamas. Todas las ollas estallaron sucesivamente y las cataratas de fuego desbordaron por ambos lados.

Nos replegamos abandonando nuestras posiciones antes de que los invasores se hubiesen acercado demasiado. Faltaba tiempo para recargar las armas una vez disparadas. Recogí del suelo un arcabuz, apunté al bandolero más próximo y apreté el gatillo.

Estaba cargado. El hombre cayó, pero en seguida corrieron hacia mí otros dos.

Me di cuenta de que no íbamos a disponer de tiempo para buscar posiciones en el patio posterior.

Vi a Wiggershaus que disparaba con el mismo trabuco que había usado en Oberwesel.

Luego arrojó el trabuco descargado contra uno de los bandoleros y desenvainó torpemente una espada que llevaba al cinto.

Agarré mi arcabuz por el cañón y lo hice girar como una maza.

Noté que tropezaba con una resistencia y que la resistencia desaparecía.

Algo me tiró del brazo izquierdo, dejándome un costurón ensangrentado. Pero no me tumbó.

Kuehnemund, perdida la carabina, defendía su terreno palmo a palmo con la espada... y se veía obligado a cederlo palmo a palmo.

Paré una cuchillada y perdí el arcabuz. Me agaché para esquivar el acero de mi adversario y por último me vi luchando desarmado, rodando por el suelo cuerpo a cuerpo.

Sujeté con ambas manos el brazo a cuyo extremo se hallaba la mano con el cuchillo. Un puño me golpeó varias veces en la cara magullándome el rostro, la boca, la nariz, los ojos.

Escupí sangre y un diente. Me revolqué en el suelo, sentí la garganta del otro entre las mandíbulas y mordí hasta que se me llenó la boca de un líquido amargo y salado.

Me puse en pie, eché a correr a la pata coja por el patio, esquivé un hachazo.

De repente vi que estaba frente al pasillo que daba al otro patio. Al mismo tiempo intuí que sería atacado por la espalda si lo cruzaba.

Me volví de súbito, con lo que sorprendí al bandolero que se disponía a traspasarme por la espalda con su espada.

Chocamos y él cayó al suelo. Empecé a pisotearlo hasta que se presentó otro de los desolladores.

Recogí la espada del caído y la aferré con ambas manos, porque estaba demasiado débil para esgrimirla con sólo una. Cruzamos los aceros y emprendimos una especie de torpe danza a dos, como osos de feria. El bandido tenía una herida en la cadera, y yo el tobillo inválido.

En todo el patio se luchaba a brazo partido, a golpes, a mordiscos.

Una parte de mi cerebro, extrañamente lúcida, se preguntaba cómo no había concluido la pelea hacía bastante rato.

Los bandidos nos eran superiores en número, pero no en la proporción de trescientos a veinte.

Serían dos contra uno como mucho, y además ninguno de los combatientes del patio usaba armas de fuego.

En el exterior sí resonaban disparos. Eran salvas disciplinadas. Las líneas de fuego de los lansquenetes hacían estragos entre las hordas de los facinerosos.

Sin saber cómo, le acerté a mi enemigo en la cara con la espada.

Sin saber cómo, me di cuenta de que no estaba siendo atacado por ningún nuevo enemigo.

A mi lado, sentado en el suelo, Wiggershaus contempló su brazo inerte y ensangrentado como si fuese la primera vez que lo veía.

Kuehnemund contemplaba los cadáveres de tres bandidos que yacían en derredor como hitos derribados que

amojonaban un diminuto territorio. Distraído, limpió la hoja de su espada en su propio jubón, no menos ensangrentado.

Sonreí a Susanne, que tenía un chirlo en la cara pero correspondió valientemente a mi sonrisa.

El incendio del adarve se había extinguido con la misma rapidez que empezó.

Eramos los vencedores.

Al otro lado de la muralla, el griterío y los disparos continuaban, pero milagrosamente el castillo seguía en nuestro poder.

Durante medio minuto, quizás.

Entonces sobrevino la segunda oleada de atacantes.

Los que entraron por la puerta huían de la muerte y, al mismo tiempo, la traían consigo.

Estaban agotados, desangrados, y estaban en la última batalla.

Nosotros también.

Y esta vez venían a razón de diez contra uno.

Los mandaba el mismísimo Spalatina. No era ya el capitán arrogante y pinturero que yo recordaba de nuestro primer encuentro. Pero esgrimía la espada y la daga, y no era menos peligroso que cualquiera de sus hombres.

Wiggershaus se puso en pie, la espada en la mano izquierda.

Pensé que podía tumbarme en el suelo y hacerme el muerto. O dirigirme furtivamente a la bodega y ocultarme dentro del tonel.

Pero no lo haría, sino que me quedaría donde estaba. Sin ceder un paso. Dispuesto a enfrentarme y pelear con el primero que me atacase. Se apoderaba de mí aquella extraña embriaguez de las batallas en virtud de la cual, a veces, algunos cargan con chuzos y lanzas contra mosquetes y cañones.

Escuché entonces el jadeo de Locher a mi espalda:

-No te quedes ahí como un pasmarote, muchacho, y ayúdame.

Guardé la espada en el cinto y me acerqué cojeando adonde me reclamaba.

Locher había acercado a Edwina. Pero no lo hizo solo, sino con ayuda del capellán Johannes. Ambos cruzaron el patio con Edwina hasta que una bala tumbó al capellán, que yacía en aquellos momentos atravesado sobre el armón tras recibir la paga que en aquella jornada se administraba con imparcialidad tanto a los belicosos como a los pacíficos, a los audaces como a los timoratos.

Era un hombre de paz que sólo hablaba para expresar peticiones y no muy seguro de que fuesen no ya atendidas sino ni siquiera escuchadas. Eché el cadáver a un lado, tal como en vida debió verse apartado a un lado tantas veces.

Era preciso que Edwina girase hacia la izquierda para dejarla apuntando a la puerta, por donde todavía entraba un río de bandoleros.

Locher tiró del cubo de la rueda y yo apoyé la pierna sana en un saliente para empujar el órgano de la muerte con la cadera.

-Ahora veréis -refunfuñó Locher entre dientes.

Rebuscó en un bolsillo y sacó una cajetilla de yesca.

Enfiló la mira y tomó en una mano el extremo de la mecha disponiéndose a darle lumbre.

Por mi parte no sé de dónde saqué la convicción de que Edwina podría funcionar en aquella ocasión tan necesaria.

-Mierda -dijo Locher mirando el surtidor rojo que le brotaba del pecho.

El impacto del tiro lo envió tambaleándose lejos de Edwina. Levantó la mano tendiéndome la caja de yesca y quiso decirme algo. Sus labios se movieron y aunque la voz no salió, entendí perfectamente lo que me pedía.

Me dejé caer al suelo y me acerqué a gatas. Aún vivía cuando le quité la yesca de la mano.

Regresé al lado de la pieza.

En la confusión de figuras que corrían, peleaban y caían por todo el patio apenas era posible distinguir entre amigos y enemigos. Las balas de Edwina tampoco harían diferencia.

-¡Cuerpo a tierra! -grité, como si únicamente los míos pudieran oírlo, y los enemigos no.

En realidad no me oyó nadie.

Tres bandoleros se precipitaban hacia mí. Entre ellos venía la muchacha, el ángel de la muerte de Spalatina. Esgrimía una espada como los demás, e iba con la ropa en jirones y ensangrentada como ellos.

Lanzó un grito agudo, inarticulado, como hacen las fieras cuando atacan para espantar e inmovilizar a su presa.

El grito se confundió con el rugido del primer tubo de Edwina cuando encendí la mecha.

Ignoro si Locher antes de morir pudo asistir a la última actuación de Edwina. En sus manipulaciones recientes había modificado la colocación de las mechas de manera que éstas no iban de un tubo al otro, sino que los enlazaban alternativamente a derecha e izquierda.

El sistema no funcionó.

El péndulo regulador volvió a salir expulsado, y Edwina disparó hacia arriba.

Después de lo cual una de las bocas quedó apuntando hacia mí, mientras la chispa corría hacia el fogón posterior.

De súbito el órgano se volvió hacia atrás.

Y Edwina se puso en movimiento. Rodaba cada vez más deprisa sobre el patio cubierto de cascotes, dirigiéndose hacia la puerta.

Al mismo tiempo disparaba adelante, atrás, hacia arriba.

Tuvo un sobresalto al rodar por encima de un obstáculo, lo que quedaba del rubio ángel de la muerte.

Las balas impactaban sobre las piedras, rebotaban deformadas y cruzaban el aire con un aullido. O caían en tierra levantando surtidores de barro. O traspasaban los cuerpos de propios y extraños, nivelándolos a todos en la muerte.

El eje del armón se rompió y la caja de mecanismos con los tubos de Edwina cayó al suelo. Pero rebotó en seguida, y mientras los cañones seguían disparando los retrocesos le imprimieron un giro como de peonza azotada por la fusta de un niño malévolo.

Y así, dando vueltas, se acercó a Wiggershaus, que estaba defendiéndose desesperadamente de un bandolero sin darse cuenta de que éste no tenía otra intención sino la de escapar del patio cuanto antes. Prefería embestir la formación de lansquenetes antes que sufrir la cercanía de aquella peonza letal.Y luego el bandolero salió volando como una cometa de papel a la que una turbonada del viento levanta del suelo.

Wiggershaus se quedó mirando el trompo fatídico, escuchó lo mismo que todos nosotros la canción del órgano de la muerte, hasta que se abrió un manantial de sangre entre sus hombros y la peonza pasó por encima de su cuerpo.

La canción de Edwina tenía muchas estrofas y todas decían que en la vida sólo hay una cosa cierta.

El acorde final se produjo cuando Edwina, habiendo vaciado todos sus tubos, se quedó sin fuerzas, cayó y se partió en pedazos. Los tubos se soltaron de sus fijaciones, transformados en un confuso montón de metal candente.

Se hizo entonces el silencio de los cementerios.

Pero aquel cementerio tenía su duelo, porque algunos aún vivíamos.

Kuehnemund había desarmado al de Spalatina y lo empujaba con la punta de su espada.

Susanne socorría a un hombre que se llevaba la mano izquierda al lugar donde antes tenía el brazo derecho.

Berta arrancó del cuerpo de un facineroso uno de sus cuchillos de cocina. Sólo entonces reparó en que tenía una herida en la pierna. Dejó caer su arma, se arrancó una tira

de las sayas y se aplicó a sí misma un torniquete de urgencia.

Hermann Lotzer estaba de pie al lado de un cadáver, de cuyo cuerpo sobresalía una espada verticalmente, como un retoño recién plantado. Tenía en la mano un despojo ensangrentado y lo blandía ante los ojos inexpresivos del cadáver, mientras se lamentaba:

-¡Es mi oreja! ¡Me has cortado la oreja!

En suma, había quedado en pie apenas la mitad del número de defensores que menos de diez minutos antes, aunque pareciesen una eternidad, se lanzaron al combate dispuestos a defender el castillo.

Pese al dolor y a las bajas, nos quedaba un pequeño margen para la satisfacción, puesto que seguíamos dueños de la fortaleza.

Hasta que entraron las tropas de Greifenclau, nos desarmaron... y el príncipe obispo se apuntó la victoria de la jornada.

## CAPÍTULO 29

### En donde quedan contestadas todas las preguntas

EN EL SÓTANO de la zona noble de Schónburg tenían una gran sala de ceremonias. Estaba llena de polvo, las ventanas cegadas, el techo con cendales de telarañas. Muchos años habían transcurrido desde la última vez que se celebró allí ninguna reunión.

Sin embargo, era la única estancia que disponía de un estrado y un sillón grande con dosel. Por eso la eligió Greifenclau para sentarse allí y administrar justicia.

Cabían todas las personas afectadas, los prisioneros y los libres, los atados y los sueltos, los armados y los desarmados.

Los prisioneros, atados e indefensos eran el de Hutten, Adriane y el de Spalatina. El grupo de los libres y sueltos pero desarmados estaba representado por Kuehnemund, Susanne y yo.

Leo von Cleve era el representante único de los prisioneros pero sueltos y desarmados. Estaba un poco aparte, bajo la atenta vigilancia de Crispin Schongauer. Si se hubiese tratado de cualquier otro, yo habría pensado que semejante guardián ofrecía más seguridad que la cadena más gruesa. En cambio Leo von Cleve se conducía con tanto aplomo como si el músculos no estuviese allí para vigilarlo, sino para cubrirle las espaldas.

Componían el resto de la concurrencia varios lansquenetes del séquito de Greifenclau, entre los cuales Niklas Waldis.

Greifenclau llevaba un peto de acero sobredorado, sobre éste una capa de púrpura, y entre las rodillas la espada con el pomo constelado de piedras preciosas.

Parecía querer taladrar con la mirada a todos y cada uno de los presentes.

Finalmente dijo:

—Hacemos acto de presencia en este castillo para imponer el orden y la justicia. A nuestros oídos han llegado acusaciones que deben ser dilucidadas.

»Quien tenga cargos que formular, que hable con entera libertad. Pero quede advertido que sólo aceptaremos pruebas concluyentes. Quienes declaren la verdad podrán confiar en nuestra clemencia. Los que testimonien en falso, por el contrario, y aunque sólo fuere por omisión, habrán de conocer nuestra severidad.

«Ulrich von Hutten, se te acusa de herejía y traición. ¿Qué alegas en tu defensa?

-Aunque yo siempre digo la verdad, me consta que no puedo esperar vuestra clemencia —empezó el de Hutten-. Pero tampoco pienso implorarla. Mis acciones y mis obras hablarán por mí muchos años después de que mi lengua haya enmudecido.

-Yo tengo una acusación que presentar -se adelantó mi hermano Ottokar con gesto decidido-. Este hombre que veis ahí, mi hermano carnal, intentó matarme. Quiso echarme encima su caballo enfurecido y sólo gracias a un salto desesperado pude ponerme en seguridad.

-También yo acuso al mismo hombre -intervino Niklas Waldis—. En el campamento de Tréveris mató traidoramente a Gotthold Utz, el oficial que mandaba nuestra unidad.

-Son cargos graves -dijo Greifenclau-. Naturalmente, corroboraréis bajo juramento que cuando sucedieron los hechos de los que fuisteis testigos presenciales visteis al autor sin lugar a dudas, y que se trata de la misma persona aquí presente.

-Yo lo juraré —afirmó Ottokar dirigiéndome una mirada burlona.

-Yo no puedo -dijo Waldis-. Pero encontramos a Utz muerto en un establo donde se había reunido con este hombre. Al poco rato éste desapareció llevándose un caballo. ¿Quién pudo ser, si no?

-Las preguntas son de nuestra incumbencia —dijo Greifenclau—. A los declarantes se les requiere contestación. ¿Y bien, Edgar Frischlin? ¿Qué podéis aducir? Estamos impacientes por escucharos.

-Señor -empecé-, en la noche que supuestamente dediqué a perpetrar un atentado contra mi hermano, yo estaba prisionero en la tienda de Spalatina, como atestiguarán el mentado Spalatina y Leo von Cleve. Aunque me figuro que ninguno de los dos merece mucha confianza en cuanto a lo que puedan declarar. También cito como testigo a Hans Kuehnemund, quien me liberó hacia la madrugada siguiente. Por lo que se refiere a la muerte de Gotthold Utz...

Greifenclau levantó una mano.

-Con eso basta, Edgar Frischlin. Compareces aquí en calidad de comisionado nuestro y por tanto estás libre de toda sospecha. Te declaro absuelto con todos los pronunciamientos favorables. Con esta sentencia quedan sobreseídas las acusaciones de asesinato y tentativa de

asesinato, y quien tuviere la osadía de repetirlas será castigado con la pena de veinte azotes.

«Pasemos al punto siguiente. El conde Frowin von Pirckheim ha sido asesinado en este castillo. Según se nos ha manifestado, en el instante de los hechos estuvieron presentes varias personas a uno y otro lado de la torre, y también dentro de ésta. Ninguna de estas personas se alejó de las demás, de tal manera que todas pueden probar por medio de testigos sus declaraciones en cuanto a lo que estaban haciendo en ese momento. Además era imposible que pudiese entrar o salir de la estancia ninguna otra persona desconocida. Queda también el asunto de la total desaparición de Conrad von Pirckheim acontecida ayer. ¿Hemos interpretado bien estas circunstancias?

-Sí, mi señor -declaré.

-Nos interesaría saber cómo has resuelto ese cometido, puesto que debemos dar por sentado que lo has resuelto, ¿verdad?

-Por supuesto, señoría. Solicito vuestra venia para describir con brevedad por qué se produjo el asesinato, quién lo cometió y cómo lo consiguió.

Greifenclau manifestó su asentimiento con un ademán.

Apoyándome en un bastón, anduve cojeando hasta el centro del estrado.

-No ha sido ése el primer asesinato ocurrido entre estas murallas —empecé—. En el año de 1495 otro ser humano murió en la misma habitación. Fue Nikolaus von Pirckheim, el hermano mayor de Frowin, y fue por encargo de éste, deseoso de eliminar a Nikolaus así como a todos los descendientes de éste para hacerse el amo del castillo. Para ello contó con la ayuda de un cómplice sin escrúpulos, y la muerte de Nikolaus se escenificó de manera que pareciese obra de potencias sobrenaturales. Como Nikolaus practicaba la alquimia, se creyó en la intervención de fuerzas infernales y se dijo que se lo había llevado el demonio. Hubo entonces una investigación, pero no se descubrió a ningún culpable.Vuestra Eminencia hallará las copias de las actas en los archivos judiciales de Tréveris.

-Hemos estudiado esas actas -replicó Greifenclau-. Esperamos que completes tu explicación.

-Descuidad. Tan parecidos fueron el asesinato de Nikolaus y el asesinato de Frowin, que al dilucidar el segundo queda el primero resuelto simultáneamente.

»Demorémonos un rato más en el año 1495. El secuaz de Frowin debía perpetrar cuatro crímenes, a saber, la eliminación de Nikolaus y la de sus tres hijos.Y hubo en efecto cuatro muertos, pero tres de ellos eran criaturas huérfanas que el sicario recogió en las calles o quién sabe dónde, y cuyos restos mutilados presentó a Frowin. Éste mandó ocultar las criaturas muertas en un lugar secreto de la torre para que jamás fuesen halladas y que nunca pudiese recaer sobre él ninguna acusación. Después de lo cual hizo correr rumores de que el propio Nikolaus había sacrificado a sus hijos, rumores que no tardaron en propagarse entre la población dándolos por noticias verdaderas.

»Pero el ejecutor de las bajas misiones de Frowin había ocultado a los tres vastagos de Nikolaus en diferentes lugares, procurando que ni las criaturas ni las personas que las recogieron tuviesen la menor idea acerca de su verdadera identidad.

-Es un caso complicado -dijo Greifenclau—. ¿Cómo vas a probarlo?

-Puedo mostrar los cuerpos de los hijos muertos, y también los de los hijos vivos. Todos ellos están reunidos aquí ahora mismo, en este castillo.

Hice una pausa para mayor efecto retórico, y disfruté viéndolos a todos pendientes de mis palabras.

-Empecemos por los huérfanos asesinados -continué luego-. Están dentro de cierto tonel de la bodega, debajo de la cocina. Al tiempo que vayamos allá se resolverá el misterio de la desaparición de Conrad von Pirckheim, pues su cadáver se halla en el mismo tonel.

Dirigí una rápida ojeada a Adriane para tranquilizarla. Con no poca sorpresa por mi parte, vi que no sólo no estaba intranquila para nada, sino que además seguía con sumo interés mis explicaciones. Lo que me desconcertó un poco, sin embargo, fue darme cuenta de que meneaba la cabeza negativamente todo el rato, o así me lo pareció.

-Cuando Conrad descubrió la verdadera dimensión de los crímenes de su padre, su espíritu ya perturbado se

trastornó del todo. Al hallar los cadáveres en el interior del barril, allí mismo se quitó la vida clavándose un puñal en el pecho.

Titubeé un instante y decidí en seguida que era mejor no exagerar. Me limitaría a dar con mis palabras ilustración coloreada que facilitase la comprensión de un texto difícil. Por lo cual proseguí: '¡ ¿

-Moribundo estaba cuando yo lo encontré, y exhaló el último aliento entre mis brazos. Con palabras casi inaudibles me obligó a prometerle que no revelaría la tremenda verdad sino a vos mismo, Eminencia, dándome a entender que varias veces os había participado la desconfianza que le inspiraban los turbios manejos de su padre. Aunque no estaba seguro de que sus cartas hubieseis llegado vos a recibirlas.

Greifenclau me escuchaba con gran atención, el busto inclinado hacia delante como quien sigue el hilo de un argumento teatral que lo tiene cautivado.

-En verdad has averiguado muchas cosas -dijo—. ¿Y los tres hijos verdaderos de Nikolaus viven todavía, y se encuentran incluso en este mismo castillo?

-Uno de ellos ha muerto en la batalla contra los bandoleros. Era el magister Wiggershaus. Aunque hombre de toga, supo pelear valerosamente con la espada hasta el final. En cambio los otros dos viven todavía y están dispuestos a asumir su bien merecida herencia. Son... -me volví hacia los aludidos con un gesto magnífico— Hans Kuehnemund, el comandante de la guarnición, y Susanne Gundelfinger, la alquimista.

-¿Vosotros sois los hijos de Nikolaus? -preguntó Greifenclau. Susanne sostuvo con orgullo la mirada del príncipe obispo.

-Yo soy la hija de Nikolaus.

Y luego se quedó mirándome y preguntó, dubitativa:

-¿Dices que Kuehnemund es hermano mío?

-Sí, yo soy hijo de Nikolaus -corroboró el interesado.

-Cuesta creer que el azar haya querido reunir a todos los hijos en esta precisa coyuntura —dijo Greifenclau-. ¿No

dijiste que los había repartido aquí y allá, y que ni siquiera ellos mismos conocían su origen.

-Justamente, y con esto volvemos a las intrigas del asesino que actuó por encargo de Frowin -contesté-. Para empezar, vamos a fijarnos en ese hombre. Leo von Cleve, os acuso de la muerte de Nikolaus von Pirckheim y las de tres criaturas inocentes.

—Esto es ridículo -dijo Cleve alzando las cejas con arrogancia-. Y el príncipe obispo lo sabe.

Se volvió hacia Greifenclau y agregó, esta vez en tono mucho más deferente:

—Como no ignora Vuestra Eminencia...

—Que calle el prisionero hasta que le autoricemos a hablar -dijo Greifenclau-. Es nuestro deseo escuchar hasta el final las explicaciones de Edgar. Schongauer apoyó la mano levemente en el hombro de Cleve.

-Una vez Frowin creyó haber eliminado todos los obstáculos para reclamar el título de conde, consideró necesario suprimir también al único testigo -proseguí—. Pero Leo von Cleve había previsto que su cliente planeaba negarle la paga y quitarle la vida. Por esto había tomado sus disposiciones. Antes de los hechos nunca se mostró sino bajo el disfraz de un buhonero o gitano remendón de sartenes. De esta guisa fue visto varias veces por los alrededores del castillo, e incluso lo buscaron durante algún tiempo como tal, cuando se supo la muerte de Nikolaus. Pero le bastó cambiar de indumentaria para sustraerse al brazo de Frowin así como al de la autoridad.

»A partir de entonces puso en ejecución un plan cuya realización le costó veintiocho años.

»Oculto bajo el incógnito, observó y dirigió desde la sombra los progresos de las tres criaturas. Él se encargó de que Benno llegase a ser un togado, Hans un hombre de armas y Susanne una alquimista.Y cuando juzgó llegado el momento, los encaminó al castillo sin que ninguno de ellos conociese la existencia de los otros dos.

»A cada uno le explicó que era sobreviviente único de entre los hijos, y que Frowin fue el asesino de su padre.

Describí los encuentros de los tres con Von Cleve tal como ellos me los habían contado, y continué:

-Cleve empezó a aplicarle presión a Frowin. Se presentó de improviso en el castillo para reclamar sus honorarios.Y una -vez más Frowin se negó a pagar, naturalmente. Por aquel entonces contaba con la protección de su comandante Kuehnemund.

«Entonces Cleve hizo lo que tenía pensado desde siempre, matar a Frowin del mismo modo que años antes había eliminado al hermano.

-¿Qué falta hacía esa intriga tan enrevesada con los hijos? -preguntó Greifenclau-. A lo que parece, Cleve pudo liquidar a Frowin en cualquier momento que se le antojase.

-Los hijos debían servir para que no se le ocurriese a nadie sospechar de Cleve. Después de matar a Frowin procuraría que se descubriese la identidad de los hijos, o por lo menos la de uno de ellos. Tenían un motivo, el de vengar la muerte de su padre en la persona de quien creían ser el asesino, y ese motivo era tan obvio que nunca se le habría ocurrido a nadie sospechar de ninguno más.

-Pero en el momento del crimen, ¿no estaban los tres hijos en lugares diferentes, siendo imposible que ninguno de ellos lo hubiese cometido?

-No pudo prever que aquella noche los tres se hallarían lejos, o presentes pero en compañía de testigos.

»Pero no es Leo von Cleve hombre que lo fie todo a un solo plan. Cuando supo que andaban por la región el de Spalatina y sus malhechores, intuyó en seguida la oportunidad añadida que representaban. Hizo creer a Spalatina que Schónburg ocultaba un tesoro. De ahí que los bandoleros abandonasen sus correrías para poner sitio al castillo, lo cual no solían hacer nunca, ya que preferían saquear las ciudades.

»Esta vez plantearon el asedio de Schónburg. Con lo cual Cleve tuvo tiempo sobrado para asesinar a Frowin.Y su culpabilidad quedaba prácticamente indemostrable con las tres precauciones tomadas: las extrañas circunstancias del crimen no permitían explicar cómo se había cometido. Los hijos presentes aportaban el móvil.Y el asalto borraría todas las huellas y eliminaría a los testigos.

-Falta en tu explicación un punto importante —dijo Greifenclau-. ¿Cómo se perpetró el asesinato?

-Al comienzo de la noche de autos, Cleve estuvo con Spalatina. Me sorprendió mientras yo me acercaba al campamento, y me inmovilizó dejándome atado. Tal vez no veía claro a qué se debía mi presencia y tuvo intención de interrogarme luego a solas. Como me había visto antes curioseando por el castillo y le constaba que no pertenecía a la partida de bandoleros, debió percibir en mí un posible peligro.Ya que era imposible prever lo que yo hubiese averiguado y si se lo había participado a alguien.

»Pero entonces me descubrió Joseph Peutinger, uno de los facinerosos, que se había alejado del campamento. Cleve no estaba al tanto de esta excursión de Peutinger y se sorprendió cuando fui conducido al campamento.

»Al día siguiente llegarían los bandoleros a las inmediaciones del castillo y debía temer que no le sería posible entrar por la galería secreta sin ser visto.

»De manera que sólo le quedaba aquella misma noche para la ejecución de sus proyectos. Alejándose de la banda, se dirigió a caballo hacia el castillo, entró por el pasadizo secreto y consiguió llegar a la torre sin ser visto por nadie.

-Se ha declarado que la entrada de la torre estaba vigilada.

—Uno de los dos guardias que se turnaban en la vigilancia de la torre, Hermann Lotzer, es aficionado a descabezar un sueñecito durante su turno. Y no sería su compañero Michel el viejo quien lo delatase. Naturalmente, ninguno de los dos confesaría que por su culpa pudo entrar nadie en la torre sin ser notado.

»En cuyo momento estaba en la torre Susanne Gundelfinger, arriba con el señor Von Hutten.Al otro lado se hallaba Benno Wiggershaus con Henning Locher y Otto Fechter. A varias millas de distancia, Hans Kuebnemund en el bosque, jugando al escondite con los bandoleros.

»Cleve no sabía que los tres sospechosos escogidos por él iban a tener coartada, como tampoco pudo saber que Frowin, en contra de sus costumbres habituales, iba armado.

»Por tanto, Cleve se acercó a la puerta del laboratorio. Naturalmente sabía que éste era el lugar donde Frowin solía

hacer experimentos con la colaboración de la señora Gundelfinger. Estuvo un rato escuchando, pegado a la puerta.

»No se oían voces. Frowin estaba a solas.

»Sólo le faltaba entrar en el laboratorio, en lo cual pudo aprovechar una circunstancia favorable. Frowin acababa de discutir con la señora Gundelfinger y ésta confesó que no dominaba el procedimiento alquímico de fabricación del oro. Pero esto no quiso creerlo Frowin de ninguna manera. Cuando oyó que llamaban a la puerta, abrió en seguida creyendo que era la alquimista que, arrepentida, acudía a confesarle su falta.

»Pero lo que ocurrió fue que se vio en presencia de su asesino.

»Cleve entró en el laboratorio y cerró la puerta.

»Mas hete aquí que apareció una pistola en manos de Frowin, y se habría dicho que todo estaba perdido. Frowin tenía encañonado al hombre más temido casi treinta años. Desarmó a Cleve y arrojó sus armas al rincón más apartado, lejos del alcance de ambos en relación con lo que sucedió en seguida.

«Ambos estaban frente a frente, el de Cleve desarmado y derrotado en apariencia, y Frowin que apuntaba con una pistola a su enemigo y además llevaba otra al cinto,

—Exageras -dijo Greifenclau-. ¿Cómo pretendes conocer todos esos detalles si no estabas allí?

-Permitid, señor, que os demuestre paso a paso que las cosas debieron suceder así, y no de otra manera. Las acciones de esos dos hombres tuvieron consecuencias, y sólo es cuestión de observar los efectos para sacar las deducciones correctas en cuanto a las causas.

»Frowin no lo pensó mucho, y apretó el gatillo. Para desgracia suya, la pistola con que apuntaba estaba inutilizada. Era el arma enclavada con que se pretendía tranquilizar a Ulrich von Hutten y que se creyera seguro.

»Cleve es un luchador avezado, de reacciones rápidas y mucho más habituado que Frowin a mirar la muerte cara a cara. Aún no se había repuesto .del susto el conde, cuando Cleve le arrebató la pistola del cinto y disparó.

»En ese instante había por lo menos tres pistolas en el laboratorio, si tenemos en cuenta que Cleve no debió acudir a la cita desarmado.Y sin embargo, se oyó un solo tiro.

»Más tarde yo encontré la pistola descargada. Al tratarse del arma de Frowin, y al ser Cleve el único que pudo disparar con ella, se deducen todos los demás extremos de lo ocurrido.

»Sin embargo las cosas no le habían salido como él planeaba. Seguramente no se propondría disparar, ya que con ello alertaba inmediatamente sobre su presencia.

»Por tanto, se veía atrapado en una habitación y necesitaba tiempo para desaparecer sin ser visto. En cualquier momento podía presentarse un grupo de guardias armados que echasen abajo la puerta. Entre ellos, tal vez, el único a quien verdaderamente consideraría de temer, Hans Kuehnemund. Recordaréis que sólo me había visto a mi, y suponiendo que sospechara que me había acercado al campamento con otro explorador, no podía saber quién era.

»El azar le dio nuevamente ventaja a Cleve, por la circunstancia de que Frowin hubiese prohibido severamente a todo el mundo que se acercaran al laboratorio. Además la mayoría de los testigos confundieron el disparo con una detonación accidental durante los experimentos.

»Por lo cual Cleve dispuso de todo el tiempo necesario para hacer desaparecer los indicios de su presencia. Recuperó sus armas y escondió la pistola descargada de Frowin debajo de un montón de leña.

«Asomándose con cuidado, observó lo que ocurría en el patio detrás de la torre. Cuando desaparecieron los hombres de allí, desapareció también el de Cleve de la manera más sencilla, que fue descolgarse por la ventana mediante una soga, que echaría alrededor de cualquier punto sólido de apoyo que hubiese en la habitación. Una vez abajo, recogió la soga.

»Hecho esto podía regresar a la galería secreta y desaparecer. Pero la curiosidad pudo más. Todos los hombres, incluso los centinelas del patio, habían desaparecido. ¿Adonde debieron ir?

»Entró en la torre y vio que los hombres se disponían a romper la puerta. Pero él fue visto a su vez, y con ello perdió

la oportunidad de desaparecer del castillo sin dejar ni rastro de su presencia.

»En realidad ése fue su único error, pues así sabemos que esa noche estuvo efectivamente allí. Tras mover los hilos de la intriga durante años y suplantar el papel del destino, al fin su delito quedaba patente a la vista de todo el mundo.

»Y así me ha sido posible explicar el misterio a Vuestra Eminencia y entregar el asesino a vuestra justicia.

-¡Ay, Edgar! -exclamó Susanne-. ¡Siempre he sabido que podía confiar en ti! Si lo hubiese admitido antes, ¡cuántas tribulaciones nos habríamos ahorrado yo misma y otras personas!

Kuehnemund me tendió la mano y dijo:

-Tú has cumplido tu palabra. Ahora me toca cumplir la mía. Disfruté mi victoria durante el rato que se tarda en leer esta frase, poco más o menos.

Greifenclau dijo:

-En bien del señor Kuehnemund y la señora Gundelfinger, confiamos en que ambos sean capaces de probar su identidad sin lugar a dudas, para que sea posible proclamarlos legítimos herederos.

-Leo von Cleve podrá corroborar quiénes somos -dijo Kuehnemund-. Si tiene valor para hacerlo, claro está.

Greifenclau se volvió hacia Cleve y preguntó:

-¿Y bien? ¿Son éstos los hijos de Nikolaus?

-No -respondió el de Cleve-. A mi entender, se trata de un par de vagabundos e impostores que pretenden hacerse con un título y unas propiedades.

-¡Os desafío a duelo singular en juicio de Dios! —exclamó Kuehnemund-. ¡Que las espadas decidan quién ha dicho la verdad!

-No se puede atender esa petición -intervino Greifenclau-. El juicio de Dios es admisible cuando no consta ninguna prueba aparte las declaraciones de los testigos. Pero aquí tenemos indicios, que deben ser consultados para averiguar

la verdad. Dinos, Edgar, ¿por qué escondió Cleve la pistola descargada debajo de la leña?

-Para que el suceso pareciese más misterioso —expliqué.

-Pues entonces, ¿por qué no se limitó a llevársela?

-Eso no lo sé, naturalmente. ¿Cómo voy a adivinar lo que discurre la cabeza de un asesino?

-Es la pretensión que has venido manteniendo hasta aquí. Nos has descrito una escena sumamente dramática, en la que sólo faltaban diálogos por el estilo de «¡muere, cobarde!» ¿Por qué quiso Cleve que el crimen pareciese misterioso?

-Para no ser descubierto, naturalmente.

-¿A ti te parece natural? Antes has dicho que quiso dirigir las sospechas hacia los herederos de Nikolaus. Para eso debió dejar pistas falsas. Por ejemplo, llevar la pistola descargada a la habitación de alguno de los tres, puesto que según parece se movía a su antojo por el castillo sin que nadie le viese.

-Tal vez se lo propuso, pero al ser visto no pudo llevar a cabo su intención.

-Pero entonces se habría llevado la pistola en vez de esconderla. ¿Y por qué regresó a la torre de donde acababa de escapar? ¿Haría eso un hombre capaz de urdir una intriga tan complicada y de realizarla punto por punto durante muchos años sin cometer ni un solo error?

-Admito que puede parecer escasamente verosímil a primera vista, pero...

—¿A primera vista? Resulta menos verosímil cuanto más se mira. No, Edgar. El criminal no es Leo von Cleve. Declaramos que la acusación no ha lugar.

Entonces dijo Hutten:

-Siento estar atado, pues me gustaría honrar vuestra sapiencia con el aplauso que merece, Greifenclau. Naturalmente no consentiríais nunca que fuese ejecutado Cleve. Pero os lo juro, no me figuraba que os tomaríais la molestia de descubrir los errores de la acusación.

—Si habéis descubierto algún otro error, os lo ruego, no os privéis de hacérnoslo saber -le desafió Greifenclau.

-En realidad sólo es un pequeño detalle -dijo Hutten-. ¡Que Cleve se descolgó por la ventana! Señor Frischlin, vos que explorasteis el laboratorio, ¿cómo no habéis visto que eso era imposible? Sobre el tablero colgado delante de la ventana había cientos de frascos pequeños. En el marco de la ventana, ningún saliente que permitiese atarle una soga. Cleve se habría visto obligado a atarla en algún punto de la habitación, con lo que la soga habría pasado sobre el tablero. Con las oscilaciones al descolgarse, y al soltar luego la soga para recuperarla, necesariamente habría tumbado algunas redomas, como poco.

-Has despertado nuestra curiosidad, Hutten. ¿Sabrías tú darnos la verdadera solución del crimen?

Entonces Hutten dijo una cosa que me dolió mucho.

-Ni falta que hace. Cualquier moza de cocina daría con la verdad. En cambio vuestro perro amaestrado Frischlin no hace más que repetir con sus ladridos lo que otros le han enseñado.

-No hay ninguna otra explicación —dije—. En cuanto a lo que pueda pensar una moza de cocina, carece de interés para nuestro príncipe-obispo.

-Nos estamos dispuestos a escuchar a todo el mundo —dijo Greifenclau, y luego echó una ojeada en derredor y agregó-: ¿Hay por aquí alguna moza de cocina que quiera proponer mejor explicación?

Adriane dijo:

-Si lo hago yo, ¿concederéis la libertad al señor Von Hutten y a mí?

-No —replicó Greifenclau-. Bajo ningún precio claremos la libertad al de Hutten. A ti, tal vez.

-¿Qué significa «tal vez» en este caso? -preguntó Adriane.

-Muchacha, no seas deslenguada -le dije.

-No encuentro más que dos explicaciones para vuestro comportamiento frente a nos -dijo Greifenclau-. Es algo que sólo pueden permitirse los muy valientes o los muy necios.

El de Hutten es muy valiente, eso no lo hemos negado nunca. En cuanto a ti, ¿eres valiente?

Los lansquenetes rieron con sorna. Para ellos el valor se daba en los campos de batalla, nunca entre los fogones.

-¿Queréis apostar? -preguntó Adriane.

-No lo hagas -dijo el de Hutten-. Di lo que tengas que decir, y encomiéndate a la clemencia del príncipe obispo. No tienes por qué compartir mi destino.

-No -dijo Adriane mirando a Hutten, y luego, volviéndose hacia Greifenclau, agregó—: ¿Y bien?

-No apostamos con domésticas -dijo Greifenclau-. Pero tal vez nuestro Edgar quiera apostar.

-Desde luego -aseguré.

-Edgar no puede ofrecerme nada que me interese -dijo Adriane-. Vos en cambio sí.

-Y ¿cuál sería la apuesta?

-La vida de Hutten. Apuesto la vida de Hutten a que antes de una hora os habré demostrado sin lugar a la más mínima duda cómo se perpetró el asesinato en la habitación cerrada. Apuesto la vida de Hutten a que os designaré el nombre del asesino sin lugar a ninguna duda.

-El que vas a nombrar seguramente anda ya lejos, o está muerto, y no podrá defenderse -dije.

-Nada de eso —replicó Adriane-. El que voy a nombrar puede defenderse y se le pueden demandar explicaciones. Vive y no está huido.

-¿Se halla presente en esta habitación?

-¿Admitís la apuesta?

-Bien podríamos apostar la vida de Hutten si se nos antoja -dijo Greifenclau-. Pero, ¿qué prenda apuestas tú? Tenemos la victoria, tenemos el castillo y os tenemos a vosotros.

-No sabéis cómo murió Conrad -dijo Adriane-. Si no puedo persuadiros, os entrego como culpable de la muerte de Conrad...

-¡Por todos los diablos, Adriane! —exclamé.

-No seas necia, muchacha -exclamó Hutten.

-...a mí misma -terminó Adriane-. ¿Aceptáis la apuesta?

-¿Confiesas que mataste al joven conde? -preguntó Greifenclau con súbito interés.

-No —dijo Adriane—. Lo confesaré sólo si no os convence mi explicación, ¿aceptáis?

-Podríamos obligarte a confesar si quisiéramos.

-Sí, lo sé y es lo que más temo en el mundo.

-¿Entonces? -preguntó Greifenclau.

Pero Adriane sostuvo su mirada como si ella hubiese sido princesa desde la cuna y repitió: ";

-¿Admitís la apuesta?

-Sí —dijo Greifenclau—. Que se le quiten las ataduras, ya que comparece libremente ante este tribunal y no recae sobre ella ningún cargo de asesinato.

-Aún no -dijo Hutten.

-¿Se me permite interrogar a los presentes antes de iniciar mi explicación? —preguntó Adriane.

-¿Luego no tienes la explicación todavía? —inquirió Greifenclau.

-Quiero que oigáis con vuestros propios oídos lo que ocurrió en realidad, y que sea por boca de los interesados, ¿me lo permitís? Greifenclau se retrepó en su sillón, dio una palmada y dijo:

—Podemos mandar y mandamos que esta moza interrogue a cualquiera de los presentes ante este tribunal que considere oportuno, y que sus preguntas sean contestadas con la verdad si no quieren verse sometidos a la cuestión en nuestros calabozos. ¿Te parece suficiente... cómo dijiste que te llamabas?

—Adriane, señoría.

—¿Te parece suficiente, Adriane?

—Sí, señoría.

-¿A quién vas a interrogar el primero?

-A vos, señoría.

Hubo un murmullo de asombro, pero Greifenclau impuso silencio con un ademán.

-Contestaremos a las preguntas según juzguemos necesario. Pero quede advertido que nuestra paciencia tiene sus límites.

-Entonces decidme, Eminencia, ¿por qué estáis aquí y no frente al castillo de Landstuhl combatiendo a Franz von Sickingen?

-Porque el de Spalatina y su partida de forajidos aprovecharon nuestra ausencia para saquear nuestros feudos.

-Y ¿por qué camino vinisteis?

-¿Quieres interrogarnos acerca de nuestra política? Nuestro permiso se limitaba a la instrucción del caso que nos ocupa.

-Es lo que me dispongo a hacer. Os ruego contestéis a esta mi pregunta, señoría, y sólo a otra más.

-Está bien. Partiendo de Tréveris marchamos una jornada hacia el norte como maniobra de diversión, para desorientar a los posibles espías de Spalatina. Luego dividimos nuestras tropas y mientras el grueso de las fuerzas continuaba hacia Landstuhl, una avanzadilla de nuestras tropas dirigida por nos mismo enfiló hacia Schónburg pasando por el Hunsrück. ¿Cuál es ahora la última pregunta?

-¿Cuándo exactamente tomasteis la decisión de proceder de tal manera?

-Nos parece, Adriane, que deberíamos tomaros a nuestro servicio -dijo Greifenclau en vez de contestar directamente—. Ya veo vuestras caras de asombro. Decidnos, Edgar, ¿qué secreto ha descubierto esa moza?

-Ninguno que yo sepa -confesé.

-Adelante. Díselo -la invitó Greifenclau.

-Leo von Cleve es un agente secreto del príncipe obispo — explicó Adriane mientras los demás y yo la contemplábamos consternados-. En invierno, mientras se preparaba la campaña contra Franz von Sickingen, el príncipe obispo preveía que los fuera de la ley tratarían de aprovechar su ausencia. No se podía hacer nada contra un gran número de bandas pequeñas, pero cuando supo que Spalatina había reunido a los bandoleros en una sola partida grande, encargó a Leo von Cleve que tentase al capitán de los bandoleros con la perspectiva de un gran botín. De esta manera caerían todos juntos en una misma trampa. Lo cual constituye la explicación de dos detalles que no pueden explicarse de otro modo.

»El primero, por qué los bandoleros se entretuvieron en poner sitio a Schónburg, lo que evitaron hacer con ningún otro castillo.

»El segundo, por qué no asaltaron el castillo en seguida. Puesto que tenían a Leo von Cleve de su parte, y por tanto debían conocer la escasa fuerza de la guarnición. No hay más que una explicación para esto: el mismo Cleve dio largas a los bandoleros haciéndoles creer que la guarnición era mucho más numerosa. Así la partida quedaba acampada durante varios días en un mismo lugar renunciando a la ventaja que normalmente le daba su constante movilidad.

«Estando previamente convenidos el lugar y el día, las tropas del príncipe obispo acudieron a marchas forzadas por el camino más corto para rodear a los bandoleros y aniquilarlos de un solo golpe. Señor von Cíe- ' ve, ¿cuándo supisteis que Edgar también era un agente del príncipe obispo?

-A decir verdad, desde la primera vez que lo vi curioseando por el castillo. Su Eminencia es muy precavido y suele enviar varios agentes para que se vigilen los unos a los otros. Más tarde, cuando cayó prisionero de los bandidos, tuve la prueba definitiva. .

—¿Y qué pretendíais con vuestras repetidas apariciones y desapariciones en el castillo? ¿A qué venían vuestras amenazas contra el conde Frowin?

—Me pareció oportuno para reforzar el espíritu de resistencia de los defensores. Por eso hice que Wiggershaus saliera a negociar delante del castillo, y le hice comprender que los bandidos habían capturado a todos sus mensajeros y que no podía esperar cuartel. El plan no habría funcionado si Schónburg se hubiera rendido.

-Sobre eso volveremos luego -dijo Adriane-. Y ahora, con la venia de Vuestra Eminencia, procederemos a desenmascarar al asesino del conde Frowin.

-Estamos convencidos de que lo harás -dijo Greifenclau.

—¿Para qué usaba el conde Frowin la lona que tenía en el laboratorio? —se volvió Adriane hacia Susanne.

—La tenía siempre extendida en el suelo. Temía que pudiese caer una partícula de oro y pasar inadvertida. Por eso, después de cada experimento enrollábamos la lona con mucho cuidado, la sacábamos para extenderla sobre un tablado que alzamos detrás de la torre y buscábamos esas partículas de oro.

—Si preguntáramos a diez alquimistas -dijo Adriane—, ¿cuántos de ellos creéis que utilizarían semejante procedimiento?

-No puedo contestar a eso. El procedimiento de la lona fue idea del conde.

-¿Tuvisteis algún éxito con vuestros intentos de fabricar oro, señora Gundelfinger?

-No, nunca. Ni yo sé fabricar oro, ni creo que nadie sepa.

-Sobre este asunto interrogaremos a nuestro alquimista el magister Albertus —comentó Greifenclau-. El cual vive como un rey a nuestra costa, sin que haya presentado hasta el momento ninguna prueba de su capacidad. ¿Qué relación tienen tus preguntas con el asesinato, Adriane? ¿Acaso Frowin murió porque tuvo éxito?

-Claro que no, Eminencia. El detalle crítico no consiste en el oro, sino en la lona. Es la solución de cómo el asesino pudo desaparecer sin dejar rastro.

-Pero si yo he examinado varias veces esa condenada lona - la interrumpí-. Sencillamente estaba...

-¿Dónde? -preguntó Adriane.

-Sobre la mesa.

-¿Por qué estaba la lona sobre la mesa, si el conde solía extenderla en el suelo para sus experimentos? E incluso instaló en su laboratorio tableros colgados en vez de mesas verdaderas, para asegurarse de que la lona cubriese todo el suelo sin dejar ni un palmo al descubierto. ¿Por qué no extendió la lona, precisamente, en la noche de su muerte?

-A lo mejor se dedicó a otra cosa —aventuré.

-El mismo día acababa de confesarle yo que desconocía el procedimiento para la obtención del oro -dijo Susanne—. Tal vez había decidido abandonar sus experimentos. Tal vez quiso ordenar las cosas nada más, para cerrar el laboratorio definitivamente.

-No demoremos innecesariamente este asunto, Adriane — intervino Greifenclau-. ¿Qué relación existe entre el hecho de que Frowin no extendiera la lona y la desaparición del asesino?

-Para desenmascarar al asesino hay que resolver tres cuestiones. La primera, ¿por qué estaba la lona sobre la mesa?

»La segunda, ¿por qué acusa Ottokar Frischlin a su hermano de haber intentado matarlo?

-Porque es la verdad —dijo Ottokar-. Sólo que ahora tengo prohibido decirlo.

-El príncipe obispo ha mandado que contestéis a mis preguntas -dijo Adriane—. ¿Qué ocurrió la noche en que según vuestra convicción se intentó atentar contra vos?

-Yo estaba despierto porque sentí una inquietud extraña, y salí de la casa para encaminarme a los establos. De pronto oí un galope a mi espalda. Era Edgar que venía de la parte alta, agazapado sobre el cuello de su caballo y llevando otro de las riendas. Intentó atrepellarme y si yo no hubiese reaccionado en seguida arrojándome a un lado, lo habría conseguido. En seguida corrí a la casa en busca de un arma. Pero el muy cobarde no regresó, en vista de que había fracasado su primer intento.

-¿Cómo estáis tan seguro de que era Edgar?

-Qué pregunta más absurda. Porque lo reconocí, naturalmente.

-¿De noche? ¿Cuando no habíais reparado en su presencia hasta que lo tuvisteis a la espalda? ¿Y estando agazapado sobre el cuello de su caballo, y sin daros dio tiempo para nada, excepto para haceros a un lado?

-No se puede pasar al galope entre la casa y el establo -dije—. Es un sendero estrecho lleno de enseres agrícolas. Sólo la calle del pueblo permite galopar, y no pasa entre la casa y el establo. Ottokar, tu acusación es fábula y mentira de principio a fin.

-Yo he visto lo que he visto -se empecinó Ottokar.

-¿La cara de Edgar?

-Fue Edgar.

-¿La cara de Edgar? —repitió Greifenclau en un tono que indicaba a las claras que no volvería a repetirlo.

La mirada del príncipe obispo le indicó a Ottokar que únicamente la verdad podía influir positivamente sobre su esperanza de vida.

-Admito que apenas le vi la cara —dijo-. Pero reconocí la capa. Era la misma que llevaba un par de días antes, cuando se presentó en mi casa con intención de sembrar discordia.

-La tercera pregunta -continuó Adriane sin insistir en la cuestión-. ¿Por qué tenía dos pistolas el conde Frowin? Señor Von Hutten, ¿cómo se hizo el conde Frowin con vuestra arma?

Hutten contó las circunstancias de cómo se había apoderado Frowin de su pistola. A continuación, y a petición de Adriane, contó lo oído y lo visto durante la noche del crimen.

—Vos conocéis bien la cura con guayaco —dijo por último Adriane—. ¿Necesita cebollas para algo?

—¿Cebollas? Para nada —contestó el de Hutten.

—Ahí tiene Vuestra Eminencia las pruebas que nos llevan a desenmascarar al asesino -dijo Adriane—. O mejor dicho, a los asesinos. Benno Wiggershaus, Susanne Gundelfinger y Hans Kuehnemund, todos a una mataron al conde. El disparo mortal lo hizo Hans Kuehnemund. A medianoche estaba en la cima de la colina enfrentada al lado norte del castillo.

»Los hombres que se hallaban en el patio de atrás coincidieron en afirmar que el ruido del tiro había salido de la torre. El señor Wiggershaus mintió cuando lo dijo. Los otros dos lo dijeron de buena fe. Pero en el instante del disparo ellos estaban abajo, no en lo alto de la muralla. Lo que ellos oyeron fue el eco del tiro al rebotar en el muro de la torre.

»Más tarde, el señor Wiggershaus y la señora Gundelfinger borraron todas las huellas de las que pudiese deducirse cómo se había cometido el crimen. Lo que no sabían era que el conde albergaba ya algunas sospechas, y nos dejó una pista importante. Cuando supieron de la existencia de ésta, los tres, y sobre todo la señora Gundelfinger, intentaron cuanto estuvo en sus manos para atraerse a Edgar y ponerlo de su parte.

-¡Bruja! -exclamó Susanne.

-¡Puta! -exclamó Kuehnemund.

-¡Embustera! -exclamé yo.

-Interesante -dijo Greifenclau-. Pero, ¿no estaba Kuehnemund lejos del castillo? ¿Cómo pudo disparar?

-A esto nos responderá el señor de Spalatina —dijo Adriane—. ¿Cuántos de vuestros hombres persiguieron al segundo explorador una vez hicisteis prisionero a Edgar?

-Nunca hubo un segundo explorador -replicó Spalatina-. Si mis hombres hubieran salido para dar caza a alguien, seguro que no se les habría escapado.

-Aquella tarde la señora Gundelfinger tuvo una conversación con el conde -explicó Adriane-. Pero no para confesarle que no sabía cómo fabricar oro, según ha declarado ella. Se trataba de conseguir que el conde estuviera a solas trabajando en su laboratorio, convencido de hallarse muy cerca del ansiado objetivo. ¿Qué le dijisteis, señora Gundelfinger? ¿Qué habíais encontrado trazas de

oro? ¿Y tal vez le exigisteis una recompensa especial a cambio de revelarle el secreto?

-Todo eso no son más que invenciones de tu mente calenturienta -replicó Susanne.

-El señor Kuehnemund le dio al conde una pistola supuestamente para que se defendiese -continuó Adriane-. La señora Gundelfinger se apoderó del arma, que yacía descuidada por el laboratorio, y la cambió por otra de la misma serie que no se diferenciaba de la primera sino en un solo punto: Kuehnemund la cargó y la disparó en la galería de tiro del sótano, para fingir que la había disparado el conde. Pero como he dicho antes, Frowin desconfiaba y se dio cuenta de que le habían colado un arma que no estaba en condiciones de servir. Quiso interpelar a la señora Gundelfinger y quizá también a los demás. Pero antes fue a buscar otra pistola.

»Prefirió no tomarla de la armería para no poner sobre aviso a los sospechosos. Por eso se apoderó del arma de Hurten y escondió la otra pistola debajo del montón de leña, donde luego fue hallada por Edgar. Lo que no sabía Frowin era que la pistola de Hutten tampoco funcionaba.

«Antes de salir del castillo, Kuehnemund solicitó a voces, para que le oyera todo el mundo, un guía conocedor de la comarca. Que todos creyeran que no conocía el camino más corto, el que ataja por Damscheid. Pero semanas antes, cuando salió río abajo para tratar de establecer una alianza con las ciudades, tuvo oportunidad de explorar esa ruta. Dinos, Edgar, ¿qué ocurrió cuando llegasteis al campamento de los bandoleros?

-Nos separamos para acercarnos desde dos direcciones distintas. De tal manera, si apresaban a uno de los dos el otro tendría la oportunidad de escapar.

-¿Llevabais todo el equipo?

-Claro que no. Escondimos nuestros caballos, y también las capas y casi todo el armamento. Al fin y al cabo, no íbamos a combatir sino sólo en misión de reconocimiento, para averiguar de qué fuerzas disponía el enemigo y regresar en seguida.

-¿Fuisteis vos el que abatió a Edgar, señor Von Cleve?

-No -dijo—.Yo lo vi cuando lo trajeron al campamento.

-Sólo una persona conocía la presencia de Edgar -explicó Adriane—. El señor Kuehnemund se acercó a Edgar por detrás, lo abatió y lo dejó atado. A la mañana siguiente lo «encontraría» y lo pondría en libertad. De este modo contaba con un testigo agradecido que corroboraría su inocencia. Sin embargo, sucedió un imprevisto. Edgar fue hallado por otro y llevado a presencia de Spalatina. Pero como luego acudió a salvarlo, el prisionero quedaba agradecido con más razón.

-Es imposible -dije.

-Salisteis con cuatro caballos y regresasteis sólo con dos. ¿Qué pasó con los otros dos caballos?

-Los reventamos durante la carrera.

-¿Cuántas veces los habíais cambiado?

-No llegamos a cambiarlos. Los dos caballos de repuesto quedaron inválidos durante el camino y nos vimos obligados a abandonarlos.

-¿No habría sido más lógico que los caballos que montabais cayesen antes que los de repuesto, que andaban holgados? ¿Por qué crees que tropezaron antes los de repuesto?

-Fue un caso de mala suerte -dijo Kuehnemund-. Naturalmente habríamos preferido que resistieran.

-Pero no pudieron -replicó Adriane-, porque habían cubierto la carrera dos veces, mientras los caballos que montabais iban frescos.

»Cuando el señor Kuehnemund dejó atado a Edgar, se apoderó de la capa de éste, que había quedado con los caballos. Para no ser reconocido por si le veía alguien, contando con la oscuridad. Se llevó los dos caballos de repuesto y galopó por el atajo de Damscheid hacia el castillo. Era preciso que estuviese allí a medianoche para realizar su disparo y regresar luego por el mismo camino al bosque para quitar las ataduras a Edgar.

»Al pasar por Damscheid fue cuando Ottokar Frischlin vio a Kuehnemund y lo confundió con su hermano.

-Pero la declaración de Ottokar es falsa -objeté.

-Sólo en parte. Estuvisteis en la calle del pueblo, Ottokar Frischlin, pero no salíais de vuestra casa. ¿De dónde veníais?

-Es lo que yo he declarado -dijo Ottokar-. Tú nunca has estado en Damscheid, ¿cómo pretendes conocer los caminos y las calles? Di un pequeño rodeo, eso es todo, y tal vez pasé por la calle principal.

-Crispin -ordenó Greifenclau—. Rómpele a ese hombre el brazo derecho.

-¡De la taberna! -se apresuró a exclamar Ottokar antes de que Schongauer hiciese siquiera un ademán-. Había tomado unos vasitos de vino. Eso no está prohibido, ¿verdad? Y me disponía a regresar a casa.

-Estabais borracho como una cuba -dijo Adriane—. Seguramente ibais dando tumbos por la calle principal y caísteis al suelo. Cuando visteis a un jinete y os pareció que podía ser vuestro hermano, se os ocurrió la. idea del supuesto atropello. ¿Quién de los dos es el hermano mayor, vos o Edgar?

-Es Edgar. Pero él nunca se ocupó de la granja.Y ahora se presenta para arrebatarme mi herencia.

-Así pues, convertisteis la verdad de lo ocurrido en una mentira. Lo cual nos hizo creer que toda la historia era una fábula. Excepto el señor Kuehnemund, que naturalmente conocía lo sucedido.

«Mientras tanto, en el castillo el señor Wiggershaus y la señora Gundelfinger también procuraban rodearse de testigos agradecidos. El señor Wiggershaus le concedió a Henning Locher el ansiado permiso para emplazar a su querida Edwina detrás de la torre. Era fácil hacer ver que la idea hubiese partido de Locher. Le bastó a Wiggershaus con mencionar el tema para que Locher contase las ideas que siempre había explicado. De este modo, a medianoche el señor Wiggershaus pudo asomarse a la parte norte de la muralla, donde le dio a Kuehnemund la seña convenida por medio de una linterna.

»La señora Gundelfinger estaba en la parte alta de la torre y pudo contar con el testimonio del señor Von Hutten, tras haber sido la única persona que se preocupó de su estado.

-Demasiado rebuscada la explicación -dijo Susanne—. Si yo tuviese algo que ver con el crimen, no me dejaría ver en la torre, sino que procuraría hallarme bien lejos de ella.

-Un poco de paciencia, señora Gundelfinger. En seguida explicaré por qué era necesario que estuvierais dentro de la torre.

»Desde lo alto de la colina el señor Kuehnemund dominaba el interior del laboratorio. Para un tirador de tan buena puntería como él era fácil acertarle al conde, que andaba atareado junto a los fogones. Cuando Wiggershaus dio la señal con la linterna, Kuehnemund disparó y el conde cayó muerto al lado de la ventana.

-¡Pero si no fue encontrado allí! -dijo Kuehnemund-. Tú mismo, Edgar, interrogaste a todos los que estuvieron presentes cuando se abrió el laboratorio. ¿No han declarado todos que el conde yacía detrás de la puerta? Es verdad que soy buen tirador, pero nadie puede disparar rodeando un obstáculo.

-En efecto —dijo Adriane—. Hubo muy poca sangre. Tu inspeccionaste la herida, Edgar. ¿Te parece que debió sangrar poco?

-Al contrario, debió producir un charco muy grande, atendido el tamaño de la herida —reconocí-. Pero, ¿adonde fue a parar la sangre?

-A la lona. Como se trataba de una lona vieja y manchada, y no te pareció que hubiese nada de particular en ella, no la examinaste a fondo. Porque la lona sí estaba extendida en el suelo cuando murió el conde. Media hora más tarde y mientras el señor Kuehnemund se hallaba en el camino de retorno, entró en la torre el señor Wiggershaus. Dijo a sus acompañantes que estaba preocupado por el conde y los convenció para que le esperasen delante de la torre. Luego hizo ruido junto a la puerta del laboratorio, bastante para que lo oyesen el señor Hutten y la señora Gundelfinger. Entonces ésta se reunió con él. Ahora, Edgar, ¿cuánto resquicio queda entre el suelo y el borde inferior de la puerta?

Levanté dos dedos para indicar aproximadamente la anchura del resquicio. ,

-¿Lo bastante para mirar?

-No -dije—. Ni siquiera apoyando la oreja en el suelo se consigue poner el ojo a la altura del borde inferior.

-¿Pero sí se podría pasar un gancho?

-¿Qué clase de gancho?

-Un bastón, o un alambre por ejemplo.

-Seguro, pero no creo que alcanzase hasta tirar del cadáver para arrastrarlo y dejarlo cerca de la puerta por ese procedimiento.

-Pero sí para alcanzar una punta de la lona —replicó Adriane—.Y una vez tuviéramos el extremo en la mano, podríamos tirar para sacar toda la lona por debajo de la puerta.

»Cuando el conde estaba con sus experimentos colocaba todos los objetos del laboratorio, incluso los taburetes, sobre los tableros que le servían de mesas, para poder extender la lona. De modo que al tirar de ella, se arrastraría al mismo tiempo el cadáver del conde.

»De esta manera alejaron el cuerpo de la ventana y lo llevaron hasta la puerta el señor Wiggershaus y la señora Gundelfinger.Y allí quedó mientras ellos tiraban hasta sacar toda la lona. Después de esto, cualquiera que entrase en la estancia descartaría que el tiro hubiese entrado por la ventana.

»Un muerto en una habitación cerrada y con él una pistola descargada. Todo apuntaba al suicidio. Por desesperación, supongamos, al comprobar el fracaso de sus experimentos de alquimia. No se sospecharía de nadie.

«Wiggershaus y la señora Gundelfinger se llevaron la lona al altillo que hay sobre el laboratorio, donde no se le ocurriría buscar a nadie.

»A continuación movieron un gran alboroto, con muchos testigos presenciales mientras rompían la puerta y se descubría oficialmente el cadáver.

»Por desgracia para ellos, Henning Locher averiguó demasiado pronto que el arma que estaba con el conde no había sido utilizada. Así que el proyecto del supuesto suicidio se caía por su base.

»Cuando hubieron salido de la torre los simples mirones, la señora Gundelfinger devolvió la lona al laboratorio. Aunque, naturalmente, no era posible extenderla en el suelo, puesto que no estaba allí cuando se abrió la puerta en presencia de tantas personas. De modo que la plegó y la colocó sobre la mesa de trabajo junto con las demás cosas.

»Los tres conjurados encargaron a Edgar la investigación del crimen y empezaron a manipularlo contándole historias acerca del señor Cleve. Hasta que él creyó haber encontrado al verdadero asesino. La señora Gundelfinger marcaba la pauta y los demás se limitaron a seguirla. Le encarecieron mucho que guardase el secreto de lo que le contaban, y Edgar cumplió la promesa hasta ahora mismo, que lo ha contado todo.

-Efectivamente -dijo Greifenclau-.Y son unas historias tan fantásticas, que me extrañó la credulidad de Edgar. Así que se trataba de encaminar las sospechas en contra de mi agente.

-Además iban a servir como preparación para cuando ellos mismos, limpios de toda sospecha, se diesen a conocer como hijos del difunto Nikolaus a fin de reclamar la herencia.

»Pero por otra parte, dichas historias se caracterizaban por reflejar en parte la verdad. No fue casual el encuentro de los tres asesinos en el castillo. Leo von Cleve los reunió aquí, y no dudo que los procedimientos utilizados fueron los que han relatado ellos.

-¿Qué intentas hacernos creer ahora? -preguntó Greifenclau-. ¿Que esos tres son quienes dicen ser? ¿Que realmente Frowin hizo matar a su hermano Nikolaus?

-Ni lo uno ni lo otro -replicó Adriane—. Nikolaus hizo matar a su hermano Frowin.

Greifenclau soltó una carcajada sarcástica.

-¡Descartado! Yo sé cuál era el aspecto de Nikolaus. Y también sé cuál era el aspecto de Frowin. A mí no podían engañarme.

-No hizo falta que os engañaran, Eminencia. Es verdad que sabéis cuál es el aspecto de Nikolaus. Al fin y al cabo, trabaja para vos, ¿no es cierto, conde Nikolaus von Pirckheim? -preguntó volviéndose hacia Leo von Cleve.

Hasta aquí todos habíamos seguido las explicaciones de Adriane con diversas reacciones de asombro, incredulidad o admiración.

En cambio el de Hutten había asistido a la mayor parte de ellas con bastante indiferencia. Sin duda aquellas consideraciones no le eran desconocidas, si es que no provenían directamente de él.

-Acabarán contigo por eso que has dicho, muchacha -dijo entonces.

Spalatina se había pasado la mayor parte del tiempo mirando a Cleve con aire furibundo. A él no le importaba en absoluto el descubrimiento de los asesinos de Frowin. Todo su odio iba dirigido contra el hombre que le hizo caer en una trampa.

Leo von Cleve dijo:

-Nunca sospeché que alguien como tú acabaría dándome sopas con honda. Sí, yo soy Nikolaus von Pirckheim. Antaño Frowin trató de asesinarme, pero mató por error a otra persona. Me vi obligado a ocultarme bajo una falsa identidad, pero gracias a la protección de Su Eminencia vuelvo a ser el amo de Schónburg.

Susanne avanzó, hincó la rodilla en tierra delante de Nikolaus y dijo:

-¡Padre! Reconóceme como hija tuya y yo te ayudaré a conseguir la riqueza que Frowin me exigía en vano.

La reacción de Kuehnemund fue completamente distinta. Tras escuchar con fingida calma todas las acusaciones, saltó hacia uno de los lansquenetes antes de que nadie adivinase su intención, le arrebató la espada y cargó contra Adriane.

En ese preciso instante caí en la cuenta, o mejor dicho me confesé a mí mismo que Adriane tenía razón. Yo era el único que se interponía entre Kuehnemund y ella.

Pese a estar atado de manos, Hutten quiso adelantarse para colocarse entre ambos. Pero no hizo falta. Cargué todo mi peso en la pierna sana y levanté el bastón hasta poner la contera en coincidencia con el bajo vientre de Kuehnemund.

En seguida el lansquenete a quien había desarmado Kuehnemund se abalanzó sobre éste. Otros dos acudieron luego y el grupo de los prisioneros atados y desarmados aumentó en uno, el ex comandante del castillo.

-Tenemos la impresión de que aún no has terminado -dijo Greifenclau cuando el tumulto remitió un poco.

-Sí que ha terminado -dijo Hutten-. Ha desenmascarado a los asesinos y ha demostrado cómo lo hicieron. Cumplid vuestra palabra y dejad que se vaya Adriane. En cuanto a mí, haced lo que os plazca.

-Siempre hacemos lo que nos place, Hutten.Y ahora nos place escuchar a Adriane, y que ella termine lo que tiene por decir. Así pues, muchacha, ¿tú crees que nos sabíamos desde el primer momento que Nikolaus von Pirckheim aún estaba vivo y se hacía llamar Leo von Cleve?

-Desde el primer momento tal vez no, Eminencia, pero indudablemente desde que entró a vuestro servicio — contestó Adriane—. Corrieron muchos rumores y muchos cuentos de la buena pipa sobre el sanguinario Nikolaus von Pirckheim que sacrificó a sus hijos, y sobre cómo se lo llevó el diablo. Estos rumores llegaron a oídos del entonces príncipe obispo de Tréveris, vuestro antecesor. El cual envió un juez de instrucción para que averiguase cuánto había de cierto en tan tremebundas habladurías. El conde Nikolaus no vio más que una solución para evitar el más que probable castigo, y fue hacerse pasar por muerto. Su hermano Frowin se declaró dispuesto a ayudarle, aunque a condición de que Nikolaus saliera del país para siempre jamás.

«Condición que Nikolaus aceptó. Entre los dos mataron a un gitano vagabundo que andaba sin compañía, y le destrozaron la cara hasta dejarlo irreconocible.

»Nikolaus se exilió y Frowin quedó convertido en el nuevo conde. El titular del juzgado de Tréveris hizo acto de presencia y certificó el fallecimiento de Nikolaus. Pero no fue posible reconstruir los hechos. Henning Locher repitió la historia una y otra vez tal como se la contaron a él, enriqueciéndola con más detalles cada vez. Una cosa que llamó la atención fue que después de la muerte de Nikolaus el juez de instrucción llegó al castillo casi en seguida, cuando resulta que se necesitan varios días para el viaje de Tréveris a Schónburg. Era de suponer que el juez debió

salir antes de que Nikolaus estuviese muerto, y por tanto la defunción del conde no sería la causa del desplazamiento.

»Por consiguiente, si Nikolaus se hacía pasar por muerto para sustraerse a la investigación, eso significaba que eran ciertos los rumores, que realmente se atrevió a experimentar con la magia negra y que sacrificó a sus propios hijos.

—Pero yo soy hija suya -dijo Susanne.

-Vos no sois más que una expósita de Damscheid -la contradijo Adriane—, y Nikolaus os reclutó para sus planes, lo mismo que hizo con vuestros supuestos hermanos. Pasaron los años, un nuevo príncipe obispo... vos, Eminencia..., reemplazó al predecesor, y Nikolaus quiso recuperar su puesto. Pero Frowin no tenía ni la menor intención de cedérselo. Por lo cual Nikolaus ideó un astuto plan, bastante parecido al que nos explicaba antes Edgar. Buscó a tres personas que no se conocían entre sí y las persuadió de que eran los herederos de un conde asesinado. Además tendrían la ocasión de vengar la muerte de su padre. Los manipuló a los tres hasta reunidos en Schónburg. Con cada uno de ellos habló aparte, pero siempre sembrando indicios de manera que los indujese a fijarse los unos en los otros y acabasen por colaborar.

«Sólo quedaba esperar a que los tres ejecutasen la venganza y eliminasen a Frowin.

»Él visitaba con frecuencia el castillo, sembraba mutuas desconfianzas entre todos, sin exceptuar al mismo Frowin, y al mismo tiempo procuraba ganar protecciones poderosas. La de Vuestra Eminencia, sin ir más lejos, a cuyo servicio entró con la esperanza de proclamarse amo legítimo de Schónburg cuando le hicieran el favor de eliminar a su rival.

»Pero los tres supuestos hijos no se daban mucha prisa con la venganza. En consecuencia decidió hacer algo para precipitar los acontecimientos. La posibilidad se presentó con la ocasión de tender una trampa al de Spalatina y su banda.

»Esa trampa se cerraría en Schónburg. La confusión y los combates crearían las condiciones favorables para alguien que estuviese planeando un crimen y no esperase sino el momento oportuno. El cual se produjo, y los tres asesinos comprendieron que era preciso dar el golpe.

»La última vez que Nikolaus entró en el castillo por el pasadizo secreto, llegó a tiempo para ver que estaban rompiendo la puerta del laboratorio.

»Su plan se había cumplido.

-¿Has terminado?

-Casi, Eminencia. Vuestro interés por Schónburg provenía de la creencia de que efectivamente estaban fabricando oro. Por las cartas que recibisteis de Conrad teníais indicios de ello. Por eso aceptasteis las proposiciones de Nikolaus. La receta para fabricar oro, eso era lo que deseabais, a cambio de lo cual se le devolvería el castillo a Nikolaus y se le liberaría de toda sospecha. Pero ahí abajo, en un tonel de la bodega, están los esqueletos de los hijos de Nikolaus. El los asesinó hace años durante sus intentos de fabricar oro. He dicho.

-Nos respetamos mucho la inteligencia y el valor —dijo Greifenclau-. Aunque en este caso nos parece que la mayor parte debe apuntarse a la cuenta de Hutten.

-Ha sido resultado de una alianza -dijo Hutten—. O como decimos nosotros los humanistas, de una cooperación. Nos hicimos las preguntas correctas hasta dar con las respuestas correctas. Es necio el que pregunta «cómo puede un asesino desaparecer de una habitación cerrada». La pregunta correcta es «¿por qué quiso el asesino que la habitación estuviese cerrada?».

-Tal vez leeremos vuestras enseñanzas en alguno de vuestros próximos libros -dijo Greifenclau—. Naturalmente, si os queda lugar para unas líneas de consideraciones objetivas en medio de los muchos improperios.

-Si lleváis recado de escribir a mi calabozo, no dudéis que no escribiré nada que pueda serviros de instrucción.

-Salta a la vista que no nos equivocábamos al juzgaros. Pero no habrá calabozo porque nos siempre cumplimos nuestra palabra. Hemos apostado contigo, Adriane, y hemos perdido la apuesta.

«Eres libre, y también el de Hutten puede abandonar el castillo. Que vaya adonde guste, pues carece de importancia para el porvenir del país.

-¿Que carezco de importancia? -montó en cólera Hutten-. Cuando vos no seáis más que polvo y cenizas, la humanidad seguirá citando las palabras que yo escribo. ¡No creáis que acaba aquí la batalla contra los papistas!

-¿Cómo decís eso vos, que hace un momento me llamabais a la prudencia? -se maravilló Adriane.

Greifenclau comentó con insospechada indulgencia:

-Un roble alemán bien puede tolerar que el jabalí se rasque las costras en su tronco.

## CAPITULO 30

### Que comienza justo cuando creíamos que había quedado atrás lo peor

HAS SOLICITADO LICENCIA para emprender la búsqueda de tu enemigo de toda la vida -me dijo Greifenclau. Estábamos en el gabinete que había sido de Frowin, con Crispin Schongauer y Nikolaus von Pirckheim.

-Estamos dispuestos a considerar favorablemente tu petición, y te pedimos un último servicio.

-¿Qué he de hacer, Eminencia? -pregunté.

-Hemos empeñado nuestra palabra ante gran número de testigos. Por supuesto sería impensable que la quebrantásemos, aunque la beneficiaría de la promesa sea una moza de cocina. ¿Con qué autoridad implantaríamos el estado de derecho, si el señor fuese el primero en traicionar su palabra? ¿No te parece?

-Ciertamente, y tengo a orgullo el haber servido a un señor en cuya palabra se puede confiar.

Era una mentira escandalosa, pero ¿qué iba a decir yo? Lo que Greifenclau quisiera escuchar, con tal de que me licenciara de su servicio.

-Por otra parte, no podemos consentir que el de Hutten ande por el país llamando a la sublevación -prosiguió Greifenclau—. Nos confirmaremos al conde Nikolaus como señor de Schónburg. ¡Quién se acuerda ya de cómo murieron sus hijos! Si se lo preguntáramos al conde, seguro que escucharíamos una explicación perfectamente normal.

-La tisis, señoría -dijo Nikolaus—. Tal día jugaban y reían, la mañana siguiente enfermaron, y al tercer día estaban de cuerpo presente. No quise que los enterrasen lejos de mí, en una fosa anónima. Quise tenerlos cerca, y por eso...

-Basta ya —le interrumpió Greifenclau—. No nos interesan vuestros asuntos, conde Nikolaus. En cambio, nos preguntamos, ¿cómo podríamos librarnos de Von Hutten sin quebrantar nuestra palabra? ¿Y qué haremos con Adriane? Prácticamente confesó ser autora de la muerte de Conrad von Pirckheim. Pero si no le pedimos cuentas por ello, será preciso hallar otro culpable. ¿Se te ocurre algo, Edgar?

-Que yo sepa, el de Hutten se dirige a Suiza -dije-. Dejemos que se vaya. A enemigo que huye, puente de plata. Es un hombre enfermo y le restan pocos años de vida, o tal vez sólo meses. Y que se vaya Adriane con él. Ninguno de los dos regresará jamás.

-Desde luego celebraríamos no tener que volver a verlos. Sin embargo, queda un punto pendiente. Dijiste que Conrad expiró en tus brazos y acusándose de su propia muerte. Pero todos los indicios apuntan a que murió de mano ajena. ¿Hasta qué punto podemos confiar en tu testimonio, Edgar?

-Quiero corresponder a la confianza que depositáis en mí. Tal vez entendí mal las últimas palabras de Conrad. A fin de cuentas, estaba ya moribundo cuando lo encontré.

Greifenclau y Nikolaus cambiaron una breve mirada. Evidentemente habían acordado algo entre los dos antes de llamarme a mí, pero ¿qué sería?

-Tú ocúpate de que Hutten y Adriane no regresen jamás. Acompáñalos dondequiera que vayan. Quédate con ellos hasta asegurarte de que no regresan.

-Pero, ¿cómo voy a estar seguro de eso?

-Este género de problema no es de nuestra incumbencia. Tú mismo has dicho que le queda poca vida al de Hutten. La seguridad de que no regresa la tendrás el día de su muerte. Si Hutten alcanza a vivir todavía diez años, quedarás licenciado dentro de diez años. Si muere mañana, eres libre mañana.

-No olvidemos a la moza de cocina -dijo Nikolaus-. Es joven y tiene una larga vida por delante. Sería muy enojoso para Vuestra Eminencia que anduviese por ahí contando historias susceptibles de originar interpretaciones equivocadas.

-Naturalmente, estamos seguros de que tú nunca harías nada que no pudieras compaginar con tu conciencia -dijo Greifenclau.

-Por otra parte, a veces ocurren accidentes imprevistos -agregó Nikolaus-. No digo que yo desee ningún mal a nadie.

-Hoy mismo Crispin te dejará con tus acompañantes en la otra orilla del Rin -anunció Greifenclau-. Te dará armas para que puedas defenderte.

-O atacar, si lo consideras necesario -dijo Nikolaus.

-No digáis más, señor conde -dijo Greifenclau-. Estamos seguros de que nuestro Edgar ha comprendido lo que esperamos de él.

Anochecía y brillaban las luces de Schónburg y del campamento de los lansquenetes. En el valle del Rin se había hecho ya la oscuridad.

Cruzamos el río en una barca, Schongauer y yo a los remos, Hutten y Adriane en la popa, los hatillos con sus escasas pertenencias sobre las rodillas.

-Un obispo sin escrúpulos, un intrigante codicioso y dos asesinos -pasó revista el de Hutten a la situación-. Será curioso saber cómo se ponen de acuerdo esos cuatro. Pero sobre todo, preferiría estar lejos y enterarme por medio de terceras personas.

-¿A ti que te parece, Edgar? -me preguntó Adriane-. ¿Tú crees que ajusticiarán a Kuehnemund y a la señora

Gundelfinger? ¿O que el obispo juzgará útil el poder disponer de un buen tirador y de una alquimista?

-Cierra el pico -dijo Schongauer.

-¿Y qué utilidad ha encontrado para ti? -siguió preguntando Adriane. -Os escoltaré hasta Suiza -dije.

-¿De veras consiste en eso tu misión?

-Es exactamente lo que me dijo el príncipe obispo. Quiere que os vayáis cuanto antes y que no regreséis nunca.

-Para eso valdría más un coche tirado por seis caballos que una barca de remos, digo yo -replicó Hutten.

-Os he dicho que cerréis el pico -gruñó Schongauer.

-Y si no lo hago, ¿qué pasará? -preguntó Hutten-. ¿Nos arrojarás por la borda? Yo sé nadar. ¿Tú también?

-Esperad a que lleguemos a la otra orilla. Hutten levantó los ojos al cielo.

-¡Qué desgracia la mía! En barca de remos con dos necios del obispo hasta el último descanso.

-No vamos a remar hasta Suiza -dije-. Compraremos caballos.

-No veré el próximo amanecer, ¿creéis que no lo sé? ¡Necios que sois los dos!

-Edgar no es necio, lo que pasó fue que lo engañaron -dijo Adriane.

-¿Quieres apostar otra vez? -preguntó Hutten-. Pues yo apostaré a que todavía no sabe por qué me preguntaste lo de las cebollas.

-Lo entendió así que yo lo dije -objetó Adriane-. Lo leí en su expresión. Al principio pensó que yo mentía, pero en seguida se dio cuenta de que tenía razón.

-Pues entonces decidió ignorarse a sí mismo, puesto que te llamó embustera.

-Lo he perdonado.

-Estoy harto de vuestra estúpida conversación -dijo Schongauer.

-Pues entonces, ¿por qué no te tiras por la borda? —le aconsejó Hutten. Y luego, volviéndose hacia mí, agregó en son de desafío—: Anda, Frischlin. Explícanos qué significa lo de las cebollas.

-Susanne estaba en la cocina pelando cebollas -dije-. Eso fue el día después del crimen, mientras yo registraba la torre. Quiso hacer creer que eran para la cura que os aplicaba. En realidad sólo se trataba de empapar un paño en jugo de cebolla. Cuando Susanne me contó que era hija de Nikolaus rompió a llorar y se enjugó los ojos, pero entonces las lágrimas corrieron todavía más abundantes.

»Quise consolarla, y yo mismo me eché a llorar también. En aquel momento creí que era por compasión. Pero era el trapo empapado en jugo de cebolla.

-Me asombra que lo recordéis con tanta tranquilidad —dijo Hutten-. Opino que debería sentirse avergonzado uno que se ha comportado como un grandísimo tonto.

-Sí está avergonzado -dijo Adriane—. Lo que pasa es que no quiere demostrarlo.

Poco después Schongauer sacaba la barca a tierra tirando de la proa.

Adriane nos ayudó a desembarcar, primero a Hutten y después a mí.

Schongauer me arrojó una manta enrollada. Al desenvolver el paquete vi que contenía la carabina de Kuehnemund, con un saquito de balas de plomo y un cuerno de pólvora.

-Esto contesta a tu pregunta en cuanto a la utilidad de un tirador para el obispo —se volvió Hutten hacia Adriane—. Supongo que una alquimista fracasada...

-Callad, por Dios, señor Von Hutten -le interrumpió Adriane-. ¿No veis que ponéis a Edgar en un aprieto más grande todavía? Examiné el arma. No estaba cargada.

-Cada cosa a su tiempo -dijo Schongauer—. Regresa cuando hayas cumplido tu misión.

-El que ha matado una vez por cuenta de Greifenclau nunca más se libra, ¿verdad, Crispin? Ésta no es la última misión para mí. Si ahora acabo con Hutten y Adriane me pongo en sus manos para siempre.

-Lo estás ya. Los dos lo estamos.

-No fue por casualidad que me colocaron en la unidad de Gassenhauer, ¿no es cierto? Tú tenías el encargo de suprimirlo. La cuestión no era fabricar una falsa identidad para mí, ¿verdad? ¿Qué hizo aquel hombre? ¿Sabía demasiado, como Adriane? ¿O tenía demasiados seguidores, como Hutten?

-No hice más que cumplir una orden -dijo Schongauer.

-¿Es lo único que cuenta para ti?

-Todavía no has entendido nada. Cumplir las órdenes de Greifenclau no es más que el comienzo. Aprenderás a interpretar sus pensamientos, y te anticiparás a sus deseos sin que él necesite decírtelos.

Con un fuerte empujón Schongauer botó la barca al agua y se metió en ella de un brinco.

Tomé la carabina de Kuehnemund, eché pólvora del cuerno en la boca, le metí un pedazo de trapo y me puse a empujar con la baqueta.

Schongauer se hizo con los remos y la barca empezó a alejarse rápidamente.

Cargar aquella carabina era desde luego una empresa difícil. La estopa se atascaba en las rayas del ánima y se hacía necesario hurgar a fondo con la baqueta.

-No pierdas más tiempo -le dijo el de Hutten a Adriane-. Si echas a correr ahora, él no está en condiciones de alcanzarte. Pronto será de noche y podrás desaparecer sin dejar rastro.

-¿Qué piensas hacer, Edgar? -preguntó Adriane.

-Voy a cargar la carabina -dije-. Luego voy a buscar un bastón para mí, y nos pondremos en camino. Hay que conseguir unos caballos cuanto antes.

-Eso no te lo crees ni tú mismo -dijo Hutten-.Te lo repito, muchacha. Corre ahora que todavía puedes. Primero me matará a mí y luego lo intentará contigo.

-No antes de que hayáis terminado, señor Von Hutten -le dije.

-Terminado, ¿el qué?

-Esto.

Metí la mano en la pechera de mi camisa y saqué el papel doblado con el fragmento de poema que había encontrado en el sótano. El le echó una ojeada y dijo:

-Iba a ser mi testamento. Los últimos versos, con los que hago el resumen de toda mi vida. Los tengo de memoria, pero no creo que consiga escribirlos otra vez.

—En Suiza venden tinta y papel lo mismo que aquí.

—¿Queréis que me fíe de vos para dispararme por la espalda? ¿No os atrevéis a hacerlo mirando cara a cara? Le miré cara a cara y contesté:

—No soy el sabueso de Greifenclau. Preferiría morir antes que seguir viviendo como hasta ahora, siempre temeroso de caer en desgracia -le tendí la carabina-. Ahí tenéis el arma, si la queréis.

—Me habéis sorprendido, señor Frischlin —replicó Hutten— . Esto no lo esperaba.

—Yo sí -dijo Adriane—. Siempre he confiado en él.

—Quedaos con eso -dijo Hutten—.Yo no le acierto a un burro a dos pasos.

Seguí cargando.

Debimos emprender el viaje en seguida. Siempre me quedaría tiempo para cargar la carabina más adelante.

Siempre se ven las cosas más claras después de que hayan ocurrido.

Mientras seguía peleando con la carabina y echando maldiciones entre dientes, oí de pronto que Hutten decía:

—¿Qué haces? ¡Aparta el cuchillo de esa mujer!

Me volví y vi a Joseph Peutinger que se escudaba detrás de Adriane. Había apoyado la punta de un cuchillo en su garganta. Una sola gota de sangre brotó y corrió a lo largo del filo.

Peutinger tenía aspecto de haber sido autopsiado, enterrado y vuelto a desenterrar.

No le quedaban cabellos ni casi rostro. Sus facciones antaño tan agraciadas se habían convertido en un montón de carne cruda. Un solo ojo lanzaba hacia mí sus destellos maléficos. El otro era una caverna oscura que goteaba un líquido repugnante.

La mano parecía un tizón, pero conservaba la fuerza suficiente para empuñar el cuchillo.

Apoyé la culata en el suelo, cargué con todo mi peso sobre la baqueta y noté que la carga quedaba por fin atacada.

—Me las pagarás —murmuró Peutinger-. Me las pagarás por lo que me hiciste. Anda, acaba de cargar tu arma y dispara. Le darás a la moza, como aquella vez.

—Esta vez no será así -dije.

-Tú no puedes salvarla. Aunque me aciertes a mí, me restarán fuerzas para rebanarle la garganta.

-¿Adonde quieres ir a parar? -pregunté-. No tienes escapatoria. ¡Si apenas te aguantas de pie!

Extraje la baqueta y metí una bala en el cañón.

-Estoy muerto —dijo Peutinger-. Estoy fusilado. Estoy quemado. Estoy ahogado. Pero he vuelto, porque tengo el poder de quitarte todo cuanto amas.

Empujé la bala hasta el fondo con varios golpes vigorosos de baqueta.

-Antes de morir definitivamente quiero ver cómo sufres -dijo Peutinger-. Y te deseo que vivas muchos años recordando lo que va a pasar ahora. ¡Dispara ya!

Golpeé la bala que se había atascado en las rayas del ánima.

-No dispares —dijo Hutten-. Le darías a Adriane.

-Dispara -dijo Adriane-. Confío en ti.

-Sí, lo mismo que la otra —rió Peutinger con malicia-. Pero él destruye a los que confían en él.

La bala llegó al final de su carrera. Renuncié a meter otro taco y cargué la cazoleta.

Peutinger escondió la cabeza detrás de Adriane. Apenas si asomaba el ojo sano.

-Eres un perdedor. Le volarás la cabeza a la muchacha -dijo Peutinger. Levanté la carabina y apunté justo al lado de la cabeza de Adriane, al ojo de Peutinger.

-Anda, mátame —dijo Peutinger-. Me harás un favor. Pero antes me demostrarás que eres un perdedor y un fracasado. Hutten recogió una piedra del suelo.

-¡Ah! Veo que esta vez tienes ayuda —continuó Peutinger—. Un inválido que arroja piedras. Anda, inválido. Arrójame la piedra, y la mujer muere.

Salté hacia la izquierda con la pierna buena, pero Peutinger giró lentamente, siempre llevando a Adriane ante sí.

-Fíjate bien -dijo Peutinger—. Ahora voy a clavarle un poco más el cuchillo, y ella empezará a gritar en seguida. Hasta que le corte el tubo de la respiración. Entonces dejará de gritar. Pero recuérdalo, estará viva todavía.

-Tú me buscas a mí. Suéltala y arreglemos esto entre nosotros —propuse.

-No, no. Yo marco las reglas. En eso consiste el poder verdadero. El que marca las reglas, manda. Si la suelto, salvará la vida. Pero yo quiero que la veas morir.

—Estás muerto, Joseph -dije—. Muerto, muerto, muerto.

Yo sabía que no tenía más que una probabilidad, una sola y minúscula probabilidad. Elevé una plegaria silenciosa, una oración verdaderamente desesperada, sin fe, sin esperanza de que fuese escuchada. Doblé el dedo sobre el gatillo. Seguí doblándolo hasta notar la resistencia del resorte, que aumentó hasta que se soltó el martillo y cayó sobre la

cazoleta.Y en este instante desvié la carabina hacia la derecha. El alza y el punto de mira enfilaban exactamente el rostro de Adriane. Sentí el culatazo, la deflagración de la pólvora. El cañón escupió la bala, derecha hacia el rostro de Adriane...

...para matarla...

...y Peutinger apartó el cuchillo y la empujó hacia el lugar donde él mismo estaba hacía un instante, creyendo que yo apuntaría hacia el único lugar expuesto por él. Para que la bala la matase a ella...

...y la bala no acertó en la cabeza de Adriane, sino que traspasó la órbita vacía de Peutinger y le echó la cabeza hacia atrás, llevándose el resto de cuerpo y la mano con el cuchillo lejos de Adriane.

Peutinger cayó. Por grandes que fuesen su malicia y su odio no pudieron resistir aquel impacto.

A una orden mía, Adriane y Hutten echaron a andar hasta el primer recodo del camino.

Cuando desaparecieron de mi vista, me acerqué cojeando al cuerpo de Peutinger, que no se movía ni respiraba.

Un hombre que tiene la cabeza traspasada por una bala está muerto.

Pero yo no estaba tranquilo y deseaba estarlo, de tal manera que no volviese a encontrármelo ni en mis pesadillas.

Adriane nunca me preguntó lo que hice durante la media hora que tardé en reunirme con ellos. Ella siempre lo preguntaba todo, pero esa pregunta jamás la hizo.

Tardé veinte minutos en hallar un bastón que me pareció lo bastante grueso como para apoyar mi peso en él. Lo demás fue cosa mía.

Cuando abandoné definitivamente el cuerpo de Peutinger quedé tranquilo.

Y así los tres extraños compañeros de viaje seguimos caminando por la orilla del río hasta que se hizo de noche. La oscuridad cayó sobre nosotros y se tragó la luz del día.

**ANEXO**

A todo me arrojé, pero con sentido.
Nada he ganado, ni estoy arrepentido.
En el país fui bien nombrado
aunque repitan algunos
que he sido de los curas
el mayor enemigo.

Pongan o quiten, digan lo que quieran,
si la verdad callaba, tuviere más amigos.
Por hablar, de mi patria soy desterrado.
Por eso a los cristianos proclamo
tal vez algún día por mis fueros vuelva.

Porque ninguna culpa me alcanza, gracia no pido
ni admito la caridad, por la vergüenza que encierra.
Justicia reclamo, según es debido
y pues justicia se me niega
pido a Dios que se me conceda la fuerza
de perseverar en lo mío sin descanso ni tregua.

Tantas veces ocurrirá y ha ocurrido
que el poderoso perdió la partida ganada
y una chispa pequeña un gran fuego ha prendido.
Quién sabe si aún habrá venganza
para mí, pues estoy en ello,
por más que tropiece o caiga.

¡Ah! Que las cortesanas de mí se hagan lenguas,
el corazón recto no se llama a ofensa.
Mucho sé, y quiero continuar aún la partida
aunque en ello me vaya toda la vida:
¡Sus y a ellos, lansquenetes! Todos a una,
válgale al de Hutten la buena fortuna.

ULRICH VON HUTTEN